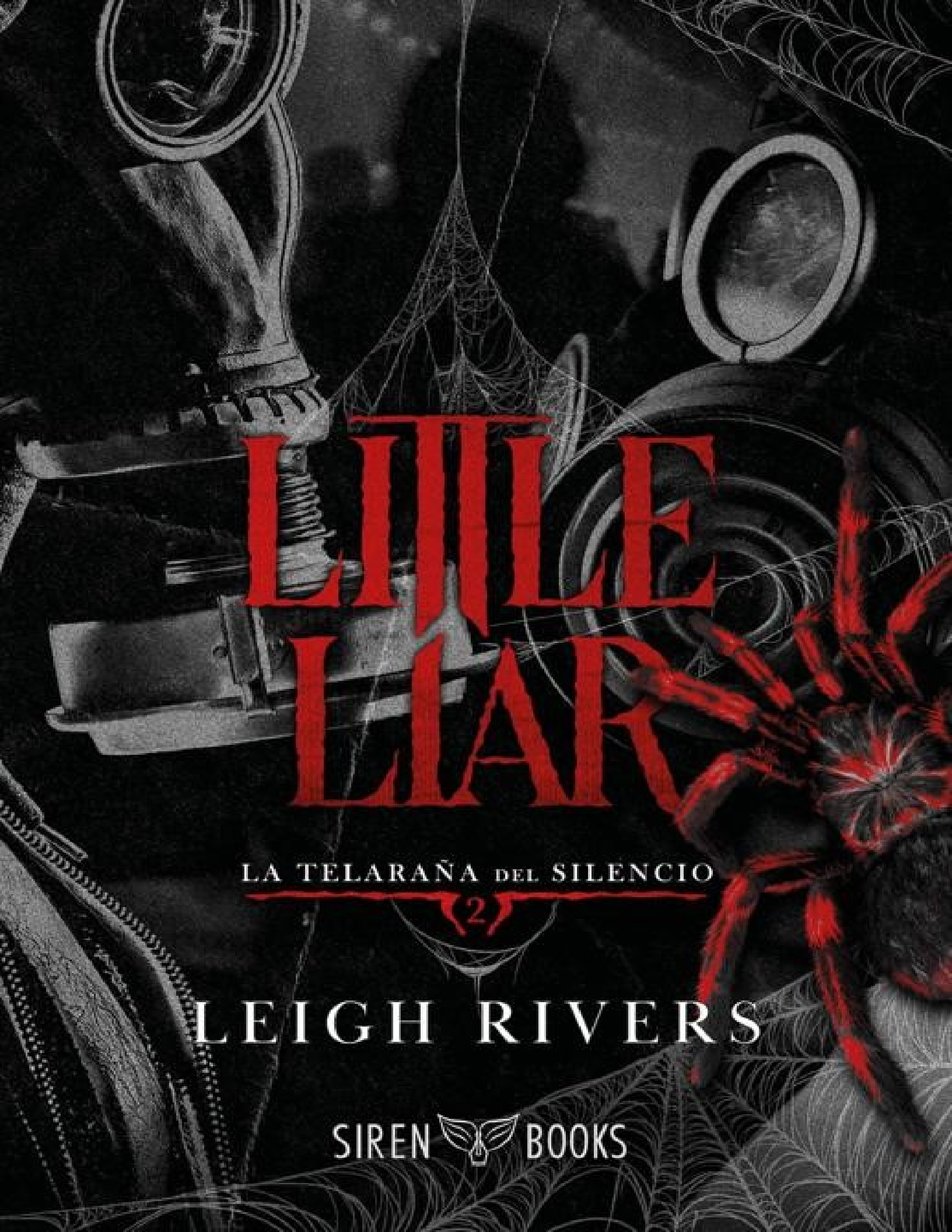

LITTLE LIAR
LA TELARAÑA DEL SILENCIO
2
LEIGH RIVERS
SIREN BOOKS

LITTLE LIAR

LA TELARAÑA DEL SILENCIO 2

Traducción de
Andrea Carnicero Sacristán

LEIGH RIVERS

SIREN BOOKS

Primera edición: marzo 2026
© *Little Liar* by Leigh Rivers, 2024
© de la traducción: Andrea Carnicero Sacristán, 2026
© de la corrección: Patricia Sevillano Mateo
© diseño de cubierta: JAB Design Studio
© imágenes de interior: Freepik
© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2026
info@sirenbooks.es
https://sirenbooks.es/

ISBN: 979-13-87864-26-2
THEMA: FRV

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DE LA AUTORA

Esta novela contiene escenas y situaciones sensibles que podrían resultar perturbadoras para cierto público. La oscura historia de Malachi y Olivia presenta temáticas fuertes como relaciones sexuales no consentidas, sexo no consentido consensuado (CNC), uso de drogas, consentimiento dudoso, somnofilia, conductas posesivas y obsesivas, actitudes acosadoras, problemas de salud mental, uso de medicación, alucinaciones, secuestro, maltrato animal (araña) que deriva en muerte, suicidio, grooming, violencia explícita y gore, muertes y fallecimiento de los progenitores.

La obra también incluye sexo anal, así como varias prácticas o juegos de carácter sexual poco convencionales, como juegos de miedo, juegos sexuales de persecución o con arañas, y fetiches, como negación del orgasmo, *cockwarming*, uso de máscaras, exhibicionismo, voyerismo y el favorito de Malachi: el fetiche de hermanos. Los protagonistas no están emparentados por sangre, pero se llaman «hermano» y «hermana». Si dichos elementos te incomodan, te recomiendo encarecidamente no continuar con la lectura.

Asimismo, este libro aborda temas muy delicados relacionados con el abuso infantil y sus secuelas, entre ellas el mutismo, un desencadenante que NO debe tomarse a la ligera. Además, hay personajes secundarios de *Al filo de la oscuridad* que aparecen en *Little Liar*, por lo que podría contener pequeños spoilers de la trilogía, aunque no es necesario leerla antes, ya que las historias no se cruzan.

Para el libro que casi me cuesta la vida.
Esta vez, gano yo.

PARTE I

1

Malachi

Cuatro años

El viento me despeina mientras papá me lleva en sus hombros de camino al parque infantil en la parte baja del barrio en el que vivimos.

Mamá está trabajando, así que vamos a divertirnos un poco antes de ir a buscarla con el coche nuevo de papá. ¡Esta noche vamos a hacer galletas!

—¿Te lo has pasado bien hoy en el cole? —me pregunta papá.

—¡Sí! —grito.

Le rodeo la cabeza con los brazos dándole un fuerte abrazo mientras cruzamos la calle. Unas pequeñas gotas de lluvia me caen en la cara, pero llevo puesto el chubasquero y mis botas de agua para poder saltar en los charcos.

—¿Papá?

—¿Sí, hijo?

—¿Podemos ir a por más helado cuando vayamos a casa?

Él se ríe y me baja de sus hombros. Suelto una risita y chillo cuando me hace cosquillas y me deja sobre mis pies. Me limpia los restos de helado de chocolate de la barbilla y me coge de la mano.

—Si tenemos tiempo, sí. Tenemos que ir a buscar a mamá al trabajo en una hora.

Sonrío y salto en los charcos a medida que avanzamos. Un gran camión nos adelanta de repente y doy un respingo, tapándome los oídos y cerrando los ojos.

—Hey. —Papá se agacha delante de mí hasta que el camión desaparece, pero mis oídos siguen pitando dolorosamente. Quiero que pare. ¿Por qué no para?

Me tiembla el labio inferior, y cuando abro los ojos, papá me está observando.

—Está empeorando, ¿no?

Asiento, despacio. No me gustan los sonidos fuertes, me hacen daño en los oídos y me oprimen el pecho.

—Vamos —dice, poniéndose de pie y dándome la mano de nuevo—. Juega un rato en los columpios y luego iremos a por más helado.

Se me dibuja una sonrisa en la cara y papá avanza conmigo por el parque, me sube al columpio y me empuja hacia arriba. Yo sonrío más y grito más alto.

No hay ningún otro niño aquí, lo cual es bueno. Nunca venimos a este sitio cuando hay mucha gente. Creo que a papá le gusta que estemos los dos solos.

Papá siempre me lleva al parque. O vamos a la piscina, donde me enseña a flotar.

Me guía hacia el carrusel giratorio.

—No lo giraré demasiado deprisa —me promete, levantándome la capucha mientras llueve mucho, mucho—. Agárrate fuerte.

Antes de que pueda moverse, jadeo y me inclino hacia delante.

—¡Papá, mira!

Una pequeña araña está haciendo una tela en la barra. Es pequeña y negra, y las gotas se interponen en su cometido. Papá estira el dedo y la araña se arrastra hasta él.

—Mira eso. —Se sienta a mi lado, haciendo que la estructura del carrusel cruja, y baja el dedo hasta mi mano—. ¿Quieres cogerla?

Asiento e incluso me pongo un poco nervioso mientras apoyo la mano en mi regazo, con la palma hacia arriba, y suelto una risita cuando papá hace que la araña se arrastre hasta ella. Es muy pequeña, indefensa y solitaria. La lluvia la está mojando y debe de tener frío.

—¿Podemos llevárnosla a casa?

Cuando papá va a responder, un trueno retumba sobre nosotros, sobresaltándome. Aprieto las manos y, sin querer, aplasto a la araña y la dejo caer. Aterriza justo en un pequeño charco que se ha formado sobre el metal.

Respiro unas cuantas veces, mirándola con los ojos muy abiertos. No se mueve.

—¡No! —exclamo, y trato de cogerla, pero él no me deja—. ¡Sálvala, papá!

—Está dormida, hijo. Los truenos hacen que las arañas se duerman. No pasa nada. ¿Quieres que vayamos a por un helado ahora?

—Pero… Pero…

Las lágrimas comienzan a resbalar por mis mejillas y papá me coge en brazos.

—No pasa nada, Malachi. No te disgustes. Está dormida.

Me acurruco contra él y lloro. Porque sé que he aplastado a la araña. Sé que está muerta por mi culpa. Mi cuerpo tiembla sin control hasta que me duermo en los brazos de mi padre mientras salimos del parque infantil.

—Eres un niño muy bueno, Malachi.

Me gusta cuando hay silencio. No me duelen los oídos y no siento esas cosquillas malas en la tripa, esperando a que alguien me grite.

La casa nunca está tranquila.

Cuando mamá me deja solo, puedo jugar con las cajas que ha dejado por ahí. A veces son lo bastante grandes como para meterme dentro y cerrar la tapa, y así puedo esconderme hasta que vuelve a casa y me lleva a mi habitación.

Ahora estoy demasiado asustado para buscarlas. ¿Ha vuelto mamá? ¿Papá? Hace mucho tiempo que no veo a mi papá.

Me deslizo fuera de la cama y casi me caigo sobre la bolsa de ropa sucia mientras me dirijo a la puerta de mi habitación. Tiro del picaporte y hago una mueca.

¿Por qué no se abre?

—¿Mamá? —la llamo, golpeando la puerta con mi pequeño puño. Me tapo la boca, tosiendo, y vuelvo a golpear la puerta—. ¿Papá?

Como todas las noches, nada. Me pone triste que mamá ya no se acurruque conmigo. Papá solía abrazarme de tal manera que lloraba y reía al mismo tiempo.

La música está muy alta; como siempre, mamá no me va a oír. Se me llenan los ojos de lágrimas y agacho la cabeza para volver a la cama. Me tropiezo por el camino; no veo por dónde voy porque mamá me quitó la luz quitamiedos cuando le pregunté cuándo volvería papá del trabajo para leerme un cuento.

Como no me dormía, mamá dijo que me estaba portando mal, pero no estaba cansado. Me dolía la barriga y también la mejilla por la bofetada que me había dado porque le había pedido a gritos que me leyera el libro.

Me paso el dorso de las manos por las mejillas mojadas y me abrazo con la mantita para intentar entrar en calor. Ahora siempre hace frío. La lluvia se cuela por la ventana y empapa el suelo. Intento limpiar el charco que ha mojado mis juguetes con mi osito de peluche y me doy cuenta de que él también se ha estropeado.

Me duermo y cuando me despierto, mi madre está abrazándome. Huele raro y la cama está húmeda. A lo mejor mamá necesita llevar pañal como yo. A veces me pica, sobre todo cuando lo llevo puesto durante días.

Sonrío y la miro a la cara. Tiene los ojos cerrados y ronca, así que escondo la cabeza en su pecho y vuelvo a dormirme.

Vuelvo a ser feliz.

La noche siguiente es exactamente igual.

La semana siguiente, más de lo mismo. Y luego se convierten en más semanas. Meses.

¿Ya tengo cinco años?

Mamá dice que soy raro. No le gusta que sea raro. ¿Cómo puedo dejar de ser raro? No quiero ser raro. Me culpa de que papá se haya ido.

Después del colegio, mamá me lleva de la mano hasta el autobús. Me cuenta que mi padre me ha enviado un regalo de cumpleaños y que me está esperando en casa. Sonrío de emoción y voy dando saltitos en lo que queda de camino, y tengo que tirar de mamá porque apenas camina erguida y huele a cerveza.

—¡Más despacio, Malachi! —me suelta con brusquedad, tirándome del brazo con tanta fuerza que me duele, lo que hace que se me borre la sonrisa.

Hoy se ha pintado los labios de un rojo brillante. El carmín se le ha corrido un poco en la comisura y se le han manchado los dientes. No se lo voy a decir; la última vez que lo hice me gritó.

—Lo siento —respondo en voz baja.

Camino despacio hasta casa con el brazo dolorido: creo que me ha arañado, pero no digo nada.

En la mesa hay una caja con agujeritos y otra de cristal al lado. En la parte delantera hay una tarjeta de cumpleaños con un gran número cinco. Mamá se tumba en el sofá mientras yo abro la tarjeta e intento leer lo que pone. Aunque mamá piensa que soy tonto, mi profesora siempre me dice lo bueno que soy con las palabras, así que, a pesar de que la letra no se entiende muy bien, soy capaz de leer la nota.

Malachi:

Siento no poder estar más a tu lado, hijo. Espero que algún día puedas perdonarme por haberme ido. Verás, la cabeza de papá no es un lugar agradable, y no soy bueno ni para ti ni para tu madre. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero los dos os merecéis algo mejor.

Ojalá pudiera elegirte y luchar contra el veneno de mis pensamientos, pero no puedo. Te volveré a ver algún día, aunque espero que no sea pronto.

Tu nuevo amigo de ocho patas te protegerá, igual que sé que tú lo protegerás a él. Te sugiero el nombre de Rex o Spikey. No le tengas miedo.

Después de todo, eres aracnófilo, como yo.

Te quiere,

Papá

Frunzo el ceño y miro hacia arriba. Mamá ya está dormida en el sofá. ¿Qué quiere decir papá? ¿Por qué no puede elegirme a mí? ¿A dónde va?

Mi mirada se dirige a la caja, dejo caer la tarjeta sobre la mesa y me acerco. Despego la cinta adhesiva de la tapa con mis uñas largas y sucias y, al abrirla, veo una araña enorme y peluda que se arrastra por el fondo.

Abro mucho los ojos.

—Um, ¿mamá?

Sigue roncando y, cuando la sacudo, me aparta de un golpe y me caigo de culo.

—Vete.

Me pongo en pie y vuelvo a observar la caja, vacilante y un poco asustado, antes de encaminarme de nuevo hacia ella, y bajo la mirada para ver la mascota que me ha regalado mi papá. Entonces meto la mano para ver si viene a mí y tiemblo un poco cuando se apresura a subirse a mi palma. Me hace cosquillas, pero el corazón me late demasiado rápido como para preocuparme.

¿Me picará?

Levanto la mano hasta que la araña queda a la altura de mis ojos.

—Hola —digo con mi voz aguda—. Eres mi nueva mejor amiga.

Durante las próximas semanas, la vida vuelve a tener un poco de diversión. Mamá me dijo que mi nueva mascota era una tarántula y que tenía que tenerla en mi habitación. Se llama Rex.

Duerme en su caja de cristal cuando yo estoy tumbado en la cama. A veces le canto. Incluso me mira mientras le leo un libro, para que mi mamá no tenga que hacerlo.

Ahora no la veo mucho, siempre está ocupada con sus amigos. Echo de menos a mi papá, aunque me ha dicho que volverá a verme, así que esperaré a que regrese a casa.

Siempre hay hombres malos en casa. Uno de ellos entró una vez en mi habitación e intentó llevarse a Rex, pero mi mamá volvió a cerrar la puerta y esa vez echó las dos llaves.

Ahora mismo hay mucha gente en casa, pero necesito dormir. Quiero salir de aquí. Mamá no me deja ir a la escuela porque estoy malito. Pero yo me encuentro bien. ¿Por qué mi mamá no me da permiso para salir a jugar?

Papá solía jugar siempre a un juego conmigo: yo me escondía y él intentaba encontrarme. Me perseguía hasta que me reía, gritando tan fuerte que me dolía la garganta, y las lágrimas resbalaban por mis mejillas mientras sonreía a mi héroe.

Ahora Rex es mi único amigo. Es silencioso. Y yo también.

A pesar de que mamá odia que ya no hable con ella, me gusta guardarme las cosas para mí. Todo lo que digo siempre acaba con ella dándome una bofetada o gritándome.

En este momento Rex es el único que me habla sin usar palabras. Mi mejor amigo. Mi protector. Mi héroe hasta que papá vuelva a casa.

Mis ojos se abren de golpe cuando oigo un portazo en el piso de abajo.

¿Se supone que debería estar durmiendo? Ya no sé si hay estrellas. Mamá ha pintado la ventana de mi habitación de negro y no puedo salir de ella. No es que quiera hacerlo. La casa está muy desordenada, los perros hacen caca por todas partes y nunca hay comida.

Creo que Rex también tiene hambre.

La última vez que hablé, le dije a mamá que ya no quería llevar pañales. Sé ir al baño, pero no me deja.

Me pica. Me duele cuando me siento. Me respondió que me callara y me desahogué con Rex hasta que acordamos que nadie volvería a oír nuestras voces. Él podía hacerlo, y como ya he pasado varias semanas sin hablar, yo también puedo.

Me pongo de pie, con las piernas temblorosas, y abro la caja de cristal de Rex, encontrando a mi amigo escondido en su pequeña guarida. Meto la mano y tarda unos minutos en captar mi olor y arrastrarse hasta mi palma.

Los gritos son cada vez más fuertes y mi respiración se vuelve agitada.

No te preocupes. Yo te protegeré, pienso.

Doy un respingo cuando escucho una carcajada estridente al otro lado de la puerta.

Es mi última advertencia para esconderme rápidamente debajo de la cama. Me deslizo debajo y coloco a Rex en el suelo delante de

mi cara, luego apoyo la barbilla en las palmas de las manos y espero a que las voces desaparezcan.

Entonces alguien abre la puerta de mi habitación y me quedo paralizado. Son dos personas. Puedo ver sus calcetines sucios mientras exploran mi cuarto y luego un par de botas aparecen delante de mis ojos.

—Joder. Aquí huele a mierda. ¿Dónde está?

—Elise dijo que estaba aquí. ¿Cuánto le has pagado?

—Cincuenta —responde—. ¿Esa puta aún respira?

—Apenas. Me aseguré de que tomara más que suficiente para matarla.

El corazón me late con fuerza y contengo la respiración; siempre que lo hago me ayuda a no llorar, aunque me duela el pecho y se me llenen los ojos de lágrimas.

Las botas se acercan a mi cama. Trago saliva e intento alejarme.

Se me acelera el corazón y cojo a Rex entre mis manos para protegerlo. No dejaré que le hagan daño. Yo…

Una mano me agarra el tobillo; el sonido que quiero soltar hace que me ardan los pulmones cuando me sacan de debajo de la cama y veo a un hombre con barba que me sonríe.

Cierro los ojos y grito tan fuerte en mi mente que me duele la cabeza y me mareo.

Sostengo a Rex contra mi pecho y cierro los ojos, enrojecidos por las lágrimas. El hombre me agarra de la mandíbula, haciendo que los abra, y veo al otro esbozando una sonrisa sin dientes. Baja la mirada hasta mis manos.

—¿Qué tenemos aquí?

Agarra a Rex y me entra el pánico. Soy incapaz de reunir las palabras para decirles que paren mientras se empiezan a lanzar a Rex de un lado a otro como si fuera un juego. El hombre malo lo rodea con los dedos y yo lo miro con los ojos muy abiertos, desesperado por que no le haga daño a mi mejor amigo. Quiero gritarles que lo dejen en paz, pero no puedo.

No puedo. No puedo, no puedo, no puedo.

Rex es lo único que me queda de mi papá hasta que venga a por mí.

—Tu mamá se está muriendo —me informa—. ¿Quieres que la ayudemos?

Asiento, me tiembla el labio inferior.

Por favor, salvadla. Por favor, por favor, por favor.

—Usa tus palabras, chico.

Mis labios se entreabren, pero no sale ningún sonido. No puedo hablar. ¿Qué me pasa?

El hombre se ríe a carcajadas y mira a su amigo.

—Creo que hemos traumatizado al crío.

—Llévalo abajo. Que vea a la puta de su madre respirando por última vez.

Me agarra por el hombro y me arrastra hasta ponerme en pie, y entonces vuelve a reírse.

—Lleva un maldito pañal lleno de mierda.

—Quiero que me devuelvan mis cincuenta pavos —se queja su amigo, haciendo una mueca.

Me llevan abajo y oigo ladrar a los perros, encerrados en la cocina. El hombre me deja caer al suelo y abro los ojos para ver a mamá en el suelo, con el vómito goteándole de la boca, sin pestañear, mirándome fijamente mientras su pecho se esfuerza por subir y bajar; está emitiendo un sonido terrible, como si se asfixiara.

Oh, no. ¿Mamá? ¿Estás bien? No me salen las palabras.

—Suplícanos que la salvemos y llamaremos a una ambulancia.

Observo al hombre barbudo y me castañean los dientes por el miedo.

No puedo.

No puedo salvarla.

—Mmm —dice, cogiendo algo de la mesa—. El chico puede hablar. Elise nos enseñó esos vídeos suyos, ¿recuerdas? Solo tenemos que obligarle a que lo haga. ¿Qué hay aquí dentro? —Levanta la cosa puntiaguda con la que he visto jugar a mi madre y su amigo se encoge de hombros.

De pronto, siento un intenso dolor en el brazo. Contengo la respiración y cierro los ojos mientras los hombres se ríen.

—Es testarudo como su madre.

Noto los ojos raros, no puedo controlarlos, ni a ellos ni a mi cuerpo, y me debilito y me canso muy rápido.

Horas después, me siento en el suelo. Mamá sigue en la misma posición; sin embargo, tiene los labios azules y los ojos abiertos.

Los hombres malos están sentados en el sofá.

—Mira, el cabroncete se ha vuelto a despertar.

Me duelen los pies y los brazos.

Tienen a Rex.

—Tenemos que irnos pronto, pero hemos hecho una apuesta sobre quién puede obligarte a hablar. Eres como un ratoncito, ¿verdad, muchacho? Es triste. —Mira la foto en la que salimos papá, mamá y yo. Los tres estamos felices, y yo sonrío para la cámara en brazos de papá. Nuestros perros también se sentaron bien para la foto—. Vaya, al final la buena vida se fue a pique. —Suspira profundamente y coge a Rex en la palma de la mano—. ¿Sabes contar? —me pregunta.

Asiento una vez, temblando. Aprieto los dientes mientras mantengo la mirada en mi amigo.

Entonces cada parte de mí grita desesperada cuando, lentamente, arranca las patas a Rex una a una. Me dice que cuente, que hable, que grite, y entonces, cuando se da cuenta de que no voy a hacerlo, aplasta a mi mejor amigo con la mano, lo deja caer al suelo y lo pisa con la bota.

Debería gritar. Debería llorar. Debería hacer algo. Sin embargo, no puedo protegerlo, igual que no puedo proteger a mamá.

He fallado.

—Está muy demacrado —comenta una señora mientras el médico me apunta con una luz a los ojos—. Llevaba un pañal sucio cuando lo encontraron. Tiene llagas y sarpullidos por todas partes.

Alguien chasquea la lengua y me asusto. Tengo sueño y quiero a mi mamá y a mi papá. Quiero irme a casa.

—¿El padre?

—Muerto. Suicidio —añade alguien en voz baja, pero oigo mejor que nunca desde que dejé de hablar, como si pudiera concentrarme más en lo que me rodea—. Los servicios sociales están reunidos en

este mismo instante para encontrar un hogar de acogida de emergencia.

—Este niño no va a salir de este hospital pronto. ¿Podemos administrarle más suero? Y necesitamos realizarle un análisis de sangre. Tiene pinchazos en los brazos y en la planta de los pies.

—Tiene una araña muerta en el bolsillo. —La voz de la señora se entrecorta—. Dios —susurra.

Parpadeo. Siguen preguntando cosas, pero no respondo. Podrían hacerme daño también.

Una lágrima resbala por mi mejilla cuando pienso en cuánto tiempo estuve tumbado en el suelo con Rex y mi mamá. No se despertaban. Se me caen más lágrimas y siento una mano en el hombro, que me hace estremecerme y apartarme.

—Ahora estás a salvo —me asegura la mujer—. ¿Puedes decirme cómo te llamas?

Ya lo saben. Me llamo Malachi.

Mantengo los labios apretados y cierro los ojos con fuerza. Quizá, si cuento hasta diez, todos desaparecerán.

Cuento mentalmente.

No sé hasta qué número llego antes de volver a quedarme dormido.

2

Malachi

Ocho años

Semanas más tarde, cuando voy a mi primer nuevo hogar, mis nuevos padres me encierran en mi habitación porque sus hijos se ponen tristes porque no hablo.

Me devuelven al edificio grande lleno de niños hasta que viene otra familia a buscarme. No sé cuántas veces ocurre esto. Cuántas nuevas mamás y papás recogen a sus nuevos hijos y parecen felices, mientras que los míos parecen aterrorizados, pero sigue pasando una y otra vez. Nadie me quiere como hijo. Nadie me elige de entre todo el grupo. Me entregan a familias que están desesperadas, pero nunca funciona para ninguna de las dos partes.

Cuando cumplo ocho años, no recibo tarjetas de cumpleaños ni una tarta como los demás niños del orfanato. En cambio, me siento debajo de la cama con un dibujo de mi araña, imagino a una multitud cantándome *Cumpleaños feliz* y soplo las velas que yo dibujo.

Cierro los ojos y pido un deseo.

Deseo que alguien me elija.

Escucho que se acercan pasos, la puerta de mi habitación se abre y espero a que me tiren de la pierna. Aunque no pasará. Al parecer, es una reacción al trauma que arrastro del pasado. Es la pesadilla de la que no puedo escapar. Levanto la vista desde debajo de la cama.

La señora que es la jefa del edificio me mira con desprecio.

—¿Qué haces?

Intento hacer señas como me han enseñado, pero ella niega con la cabeza y se aleja de mí.

—No importa. Vístete y mete todas tus cosas en una bolsa.

Me levanto como un robot y tardo unos instantes en recordar el signo de «¿Por qué?».

—Vas a coger un avión —me explica, entregándome una bolsa de plástico usada—. Para conocer a una nueva familia. Tendrán el mismo periodo de prueba que las demás. ¿Te portarás bien esta vez? En esta ocasión, ha sido esta familia la que te ha elegido. Tengo fe.

Siempre me porto bien. Simplemente no les gusta que no sea normal. Querían jugar y ser amigos y todas esas cosas. Sin embargo, nunca he sabido cómo hacerlo; me costaba comunicarme con ellos porque ninguno sabía la lengua de signos. Nadie quería tomarse la molestia de aprender. Todos intentaban hacerme hablar, pero estoy contento de ser como soy. Es un modo de vida tranquilo y silencioso, y eso me agrada.

En todas las casas a las que he ido yo era el raro, y lo sigo siendo.

«Sí», digo con señas. «Me portaré bien».

La primera vez que me encontraron una nueva familia estaba emocionado.

Ahora ya no.

Tardo un día entero en llegar al lugar al que llamaré hogar durante las próximas semanas. Odio volar y la señora que viaja conmigo no me habla ni una sola vez; ni siquiera entiende la lengua de signos.

—Compórtate, Malachi —me advierte con tono de enfado mientras camino a su lado con mi bolsa de plástico por el aeropuerto lleno de gente. Me agarra con fuerza de la mano—. No quiero haber volado hasta aquí para tener que llevarte a otra casa.

Lo que quiere decir es que no debo ser raro y asustar a la hija adoptiva de la familia. Todos piensan que lo soy. Me tienen miedo. Les hago sentir incómodos y no les gusta. He estado en cinco hogares de acogida y a las pocas semanas, me devolvieron de todos ellos como si fuera un juguete roto.

Hay gente que habla de mí, pero yo mantengo la mirada desenfocada y en el suelo. Me pregunto cuánto duraré aquí.

Me encerrarán en el dormitorio y me tratarán como si fuera frágil: seré el niño por el que fingirán sentir lástima hasta que me devuelvan.

Si lo hacen, que probablemente será el caso, me escaparé de nuevo y me aseguraré de que nunca me encuentren.

Porque estaré en el cielo con mis padres.

Me detengo en seco cuando una niña de pelo largo y castaño aparece delante de mí con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hola! —Me sonríe—. Me llamo Olivia. ¡Tengo siete años! —Levanta siete dedos y yo, en mi cabeza, ocho.

Hola, Olivia. Soy Malachi, quiero decir o hacer señas; no obstante, solo me quedo mirándola.

—¿Crees que parezco una princesa?

Mentalmente, asiento. Pero físicamente, doy un paso adelante. Me gusta, no me incomoda. En comparación con los demás, parece muy contenta. Y está feliz de conocerme.

Inclino la cabeza.

Se le borra la sonrisa.

—¿No te gusta mi vestido?

Sin pensarlo, porque quiero gustarle a ella también, levanto las manos y le hablo con señas.

«Por favor, no me tengas miedo».

Sin embargo, la confusión en su cara y la mirada que le dirige a su madre me indican que no tiene ni idea de lo que estoy diciendo.

No pasa nada. Ya le enseñaré.

Le repito lo mismo porque necesito que entienda que no quiero asustarla; estoy desesperado por asegurarme de que lo sepa.

—¿Te ha dado miedo ir en avión? ¡Yo siempre lloro cuando va muy rápido y sale disparado hacia el cielo! Papá siempre nos hace ir en uno. ¡Ahora él también es tu papá!

Me froto la nuca, tirándome de los largos mechones de pelo. Parece feliz, ¿significa eso que le gusta su familia? Tengo muchas ganas de hablar con ella, aunque no creo que pueda.

Vuelve a mirar a sus padres, pero le toco la muñeca para llamar su atención y le hago una seña.

«Ven conmigo».

Parece confundida, así que le señalo las puertas giratorias. Nos cogemos de la mano y corremos hacia ellas. Se ríe y se le alborota el cabello por el movimiento.

Veo el letrero del baño. Intentaré hablar con ella ahí, lejos de todo el mundo.

—¿A dónde vamos? —pregunta, tropezando.

La cojo antes de que se caiga y tiro de ella hacia el baño, esquivando a todo el mundo mientras corremos.

Cuando entramos, intenta marcharse, pero la detengo.

«Quiero hablar contigo», le digo señalándome a mí mismo.

¿Ya la estoy asustando? ¿Lo he estropeado todo?

Ella sigue confusa, así que me señalo la boca y niego con la cabeza, porque, aunque estemos solos, parece que no puedo hablar. Señalo su boca y asiento.

Sus labios se entreabren.

—¿No puedes hablar?

Niego con la cabeza. Tengo muchísimas ganas de hablar con ella, de decirle que puede que sea raro, pero que puedo ser su amigo, que soy inofensivo. Sin embargo… no puedo.

—No pasa nada. ¡Yo tampoco pude hablar durante mucho, mucho tiempo! Te puedo enseñar.

Hago una pausa y pongo los ojos en blanco. ¿Por qué no puede aceptarme todo el mundo tal y como soy? No necesito que me enseñen a hablar.

Sus ojos son muy vivos y coloridos. Es simpática y está siendo muy amable conmigo.

La señalo y luego me apoyo la palma de la mano en el pecho, acercándome a ella. Quiero coger la suya y hacer que haga el mismo signo, para que me diga que yo también soy suyo, su mejor amigo, su nuevo hermano… Sin embargo, antes de que pueda, la puerta se abre y mi nuevo padre adoptivo entra corriendo seguido de la madre, que coge en brazos a Olivia.

—¡Te he dicho que no causaras problemas! —le grita el hombre, y yo quiero dar un pisotón y decirle que se aparte, pero entonces se gira hacia mí—. Y en cuanto a ti, este es tu primer aviso, jovencito. Dos más e irás derechito a *otro* nuevo hogar. Ahora eres Malachi Vize, y los Vize no se pasan de la raya, así que vete acostumbrando.

¿No me va a mandar de vuelta? ¿Me está dando otra oportunidad? ¿Puedo quedarme?

Miro a la chica y luego bajo la cabeza.

«Lo siento».

—Está diciendo que lo siente, cariño —dice la madre—. Se comunica mediante lengua de signos.

—¿Qué es eso? ¡Yo también quiero hacerlo!

Levanto la cabeza al oír sus palabras y una chispa de emoción crece en mi pecho, sobre todo cuando la madre le dice que enseñarán a todos los que trabajan en la casa.

—Malachi estará cómodo en nuestro hogar. Ahora es uno de nosotros.

Contengo las lágrimas y parpadeo un par de veces mientras nos conducen fuera del baño. El padre me pone la mano en el hombro, dirigiéndome fuera del aeropuerto y hacia un coche enorme y lujoso, y la casa a la que llegamos es una mansión. Me parece que son ricos. Mis ojos se abren un poco al verla, pero mi atención vuelve a centrarse en la chica que está a mi lado. No puedo dejar de mirarla. No me sentía tan contento desde que tuve a Rex, antes de que me lo arrebataran.

No me la quitarán a ella también. Me aseguraré de ello. Seré bueno. Haré lo que me digan. Seré el niño que obviamente necesitaban para completar su familia.

Olivia.

Mi nueva hermanita. No pude proteger a mi mamá ni a Rex, pero creo que puedo protegerla a ella.

Lo haré.

Porque es mía.

3

Malachi

Doce años

Cuando me bajo del autobús escolar, me echo la mochila al hombro y me dirijo directamente hacia donde sé que se encontrará Olivia. Mi hermana estará con su grupo de amigas. Siempre lo está. Atrae la atención de todos continuamente: es la chica popular. Los martes sale de casa antes que yo; sus amigas llevan años haciendo eso de llegar a clase una hora antes y sentarse a cotillear.

En cuanto la veo, dejo de andar y me escondo a un lado, recostando la espalda en la pared. Es mi posición habitual: quedarme de pie mientras el mundo sigue moviéndose a mi alrededor. Mis ojos la siguen a medida que se dirige a los columpios. Su amiga Abigail está sentada en el de al lado y hablan, pero, con las cabezas giradas, no puedo leer sus labios. ¿Y si está hablando de mí?

No voy a ir a quedarme de pie junto a ella, pero mientras pueda verla, soy feliz. Apoyo la planta del pie en la pared y dejo de respirar cuando un grupo de tres chicos se encamina también a los columpios.

Son de un curso inferior al mío, tal vez dos, y les saco una cabeza. Como soy el más alto de mi curso y del posterior, además de no tener amigos ni hablar, no soy muy querido aquí en el colegio.

Me llaman bicho raro.

Dicen que soy raro y extraño.

Olivia no piensa eso, así que sus opiniones no importan y no significan nada para mí. Me gusta quedarme en mi rincón y observar

a mi hermana pequeña de lejos en público, y luego lo más cerca posible cuando estamos en casa. A pesar de que no lo hago de un modo espeluznante, mamá comenta que soy demasiado protector con ella y papá me dice a menudo que me calme.

Me hierve la sangre cuando uno de ellos empuja a Olivia en su columpio; sin embargo, ella se aparta de él y le da la espalda. No estoy seguro, pero creo que le dice que se vaya y la deje en paz.

El chico le tira del lazo del pelo justo cuando suena el timbre, y siento que la rabia se apodera de mí. Ella lo empuja por el pecho y se aleja del trío, con Abigail pisándole los talones. Él intenta agarrarla de nuevo, pero Olivia echa a correr.

El chico se ríe con sus amigos.

Me aparto de la pared y me dirijo directamente hacia ellos, apretando los dientes lo suficiente como para que me duelan.

Nadie intimida a mi hermana pequeña y se sale con la suya.

Solo pienso en una cosa: el dolor. Quiero hacerles daño. Los tres son los últimos en abandonar el patio. Me muevo detrás de ellos, en silencio, quitándome la mochila de los hombros.

Agarro una de las asas, la balanceo y golpeo la cabeza de uno de ellos, derribándolo; el almuerzo que mamá me ha preparado y el libro de texto hacen que pese más.

A continuación, se la estampo en la cabeza al segundo cuando intenta escapar, y luego persigo al tercero, el que ha tirado del lazo a Olivia y se ha reído de ella, hasta el pasillo.

—¿Qué demonios? —grita mientras lo persigo. Quiero verlo sangrar.

Abre una puerta de un tirón y me doy de bruces contra ella. Siento un dolor en el ojo por el impacto, pero sigo adelante, dándole patadas en los tobillos para que tropiece y caiga de bruces.

Un profesor me agarra justo después de que le dé un puñetazo en la cara.

Mi padre me saca a rastras de la cama en mitad de la noche y del dormitorio que comparto con mi hermana, mientras pataleo y lanzo puñetazos. He estado en la cama desde que he vuelto del colegio, negándome a ver a nadie, ni siquiera a Olivia. Me preguntará qué me ha pasado en el ojo y se enterará de lo que he hecho. No puedo

decirle que he pegado a unos niños por ella.

Tendrá miedo. No puedo permitir que me tenga miedo.

Papá me suelta, me rodea la muñeca con la mano y me lleva por el pasillo. Bajamos la gran escalera principal y entramos en su despacho. Cierra la puerta de un portazo y da unos pasos, pasándose las manos por el pelo canoso.

—¿En qué demonios estabas pensando? ¡El director del colegio y los padres estaban gritando al otro lado del teléfono que habías atacado a sus hijos!

«Estaban molestando a Olivia».

Deja de caminar y se lleva las manos a los costados. Entonces se acerca y me agarra la mandíbula.

—¿Y qué te ha pasado en el ojo?

La vergüenza hace que mis mejillas se pongan rojas.

«Me choqué contra una puerta mientras perseguía a uno de ellos».

—No puedes ir por ahí pegando a la gente. Tienes doce años. ¡Ni siquiera eres adolescente y ya vas por ahí rompiendo narices!

Es lo único que he oído en todo el día: cómo alguien de mi edad puede ser tan agresivo. ¿Desde cuándo la edad es un factor importante? Defendí a mi hermana; debería estar agradecido.

—¿Qué voy a hacer contigo?

La pregunta hace que me ponga rígido y mis ojos se abren un poco.

«No me envíes de vuelta», le pido. «Prometo que me portaré bien».

Papá se acerca a su escritorio, se apoya en él y se cruza de brazos.

—No te voy a mandar a ningún sitio, Malachi. Solo quiero que te comportes. Soy abogado y no puedo acabar en las noticias porque mi hijo está fuera de control. ¿Por qué no pudiste simplemente amenazarlos? ¿Decirles que se alejaran? O mejor aún, ¿por qué no nos lo contaste a un profesor o a mí?

Lo único que he oído es que no me va a devolver al orfanato. Suspiro aliviado y la tensión en mis hombros desaparece.

—Creo que tendrías que ir a terapia más seguido, una vez al mes no es suficiente. Hablaré con tu médico para que vayas una vez a la semana. Olivia no está al tanto de este incidente y no se lo diremos. Ella te ve como un ancla y tenemos que hacer que continúe siendo así. Prefiero que esto quede entre nosotros. Los padres de esos chicos los han sacado del colegio porque ya no creen que sea seguro para ellos. Por favor, por el amor de Dios, Malachi, no más peleas.

Asiento y bajo la cabeza.

—Has asustado a tu hermana con la forma en que te has puesto a patear cuando te he sacado de la cama. Vuelve, discúlpate y duérmete. Tu madre te llevará mañana al médico para que te miren ese ojo.

¿La he asustado?

Me pongo en pie y salgo hacia el dormitorio. En cuanto abro la puerta, Olivia se sienta en la cama y se frota los ojos.

—¿Malachi?

«Lo siento», le digo por señas, inclinándome sobre el borde de la cama. «Lo siento», repito, esta vez con más firmeza, rozándome el pecho con el puño.

—¿Papá te ha hecho daño?

Sacudo la cabeza, pero no creo que me crea. Papá me odia, lo sé. A veces me lleva a rastras a su despacho por las cosas más insignificantes y me grita mucho más que a Olivia, así que sé que nos ve de forma diferente.

Soy el hijo que ninguno de los dos quería pero con el que les ha tocado quedarse.

Según ellos, el terapeuta debería hacerme más pruebas, aunque, por lo visto, aún no estoy «preparado», sea lo que sea que eso signifique.

Olivia inclina la cabeza y el pelo le cae en la cara. Siempre huele a fresas; es un olor suave, reconfortante.

—¿Quieres un abrazo?

Asiento y me deslizo en la cama junto a ella. Nos rodeamos con los brazos, protegiéndonos mutuamente como hemos hecho desde que nos convertimos en hermanos, y nos quedamos dormidos.

4

Malachi

Diecisiete años

La música de Olivia es una mierda y, joder, me está dando dolor de cabeza.

Estamos corriendo junto a la mansión, a lo largo del lago al que nos dirigimos. Ella sigue encabezando la marcha y casi me hace tropezar. Podría darle una patada en los tobillos y tirarla al suelo, pero entonces me sentiría mal y terminaría disculpándome, así que decido no hacerlo.

La ridícula música pop que le gusta suena en mi oído. Olivia tiene puesto el otro auricular mientras sigue mi ritmo. Está en forma. Ser animadora y hacer casi tanto ejercicio como yo significa hacer cosas juntos más a menudo. A ambos nos gusta correr.

Es la combinación perfecta entre hermanos. Y puedo pasar más tiempo con ella.

¿Es raro? Si es así, no me importa. Siempre estoy de mejor humor cuando estoy cerca de mi hermana pequeña, como si pudiera ser la mejor versión de mí mismo. No intenta obligarme a hablar ni actúa como si hubiera algo malo conmigo, como los gilipollas de mis amigos.

Es decir, no son gilipollas, pero tampoco es que no lo sean.

«Papá va a enseñarme a conducir luego», digo, sacudiendo la cabeza para centrarme y desviando la mirada hacia un lado para intentar no clavar mis ojos en su pecho.

Se ríe.

—Será una experiencia horrible. Deberías limitarte a montar en moto. Lo único que va a hacer es gritarte todo el rato.

Es lo más probable. No tiene mucha paciencia, sobre todo desde que el año pasado me metí en más peleas de las que puedo contar, además de que me pilló fumándome un porro en el balcón.

Ahora me tolera. Me han criado durante los últimos nueve años, así que no pueden volver a meterme en el sistema, y, sinceramente, por mucho que crea que mi padre me odia a veces, tengo la sensación de que aún se preocupa por mí lo suficiente como para dejar que me quede.

Aunque discutimos y peleamos mucho, así que tal vez son imaginaciones mías.

—Sigue así o se cortará el Bluetooth —me advierte Olivia.

Parpadeo y me doy cuenta de que me he quedado atrás, pero me quedo un rato observando su culo, queriendo darme un cabezazo contra la pared mentalmente porque no volvería a hablarme si supiera que la estoy mirando de esa manera. Además, si su conexión se corta, puedo librarme de la puta canción pop de algún grupo de chicas cantando sobre la ruptura con su ex y ahorrarme el dolor de oídos.

La alcanzo de todos modos, y su música cambia a algo lento cuando llegamos al lago. Ella se agacha y recupera el aliento mientras yo saco mis cigarrillos del bolsillo de mis pantalones cortos y enciendo uno. Me mira por encima del hombro, todavía agachada y ofreciéndome una vista perfecta en la que definitivamente no debería estar tan concentrado.

Frunce el ceño y se endereza.

—¿Por qué haces eso?

Levanto una ceja en señal de pregunta y espero por Dios que no haya visto a su propio hermano mirándola de esa manera.

—Fumar es malo para ti, sobre todo cuando sales a correr, Malachi.

Mmm. Me encanta cuando dice mi nombre.

No. Cierra la puta boca.

—Mamá y papá lo olerán cuando lleguemos a casa. No volveré a dar la cara por ti cuando te arrinconen en la cocina para echarte la

bronca.

Me encojo de hombros y soplo una nube de humo por encima de mi cabeza, apoyándome en el tocón de un árbol mientras la observo hacer estiramientos. Vuelve a agacharse, tocándose los dedos de los pies, y alzo la vista al cielo antes de que me sorprenda mirándole el escote.

Esto es nuevo.

Tampoco está bien, que digamos.

Sin embargo, en los últimos meses no he podido dejar de mirarla y me he dado cuenta de que no solo está tan guapa como siempre, sino que además es muy, muy atractiva. Y no de una forma en la que un hermano debería fijarse o pensar.

Tengo la sensación de que un montón de mariposas se alborotan en mi interior cuando se ríe o me dedica una sonrisa. Es adictivo estar feliz y emocionado. Intento estar con ella en todo momento para mantener esa sensación y discutir con las voces de mi cabeza que me dicen que está muy mal enamorarse de alguien a quien llamas hermana y con quien te has criado.

Papá me ahorcaría y luego me pegaría un tiro para asegurarse de que estoy muerto.

Aunque creo que encontraría la manera de estar cerca de Olivia, ya fuese como el fantasma escondido en su armario o el monstruo bajo su cama del que se hace amiga y al que abraza para dormir.

Frunzo el ceño ante esos pensamientos ridículos e inmaduros mientras ella teclea en su teléfono.

Está empezando a salir el sol. Nos rodea un suave resplandor que se cuela entre las copas de los árboles. A través del bosque, podemos verlo cada vez más brillante en la distancia. A pesar de que siempre es la misma vista, no dejamos de sentirnos cautivados por ella.

Pero esta vez parece que soy el único que presta atención, porque Olivia se acerca a mí, coge mi cigarrillo y lo tira al lago.

Sus ojos entrecerrados me hacen sonreír.

«¿Quieres ser la siguiente en meterte en el lago?», le pregunto por señas. «Porque estoy a punto de tirarte a ti también».

Se cruza de brazos y saca la cadera.

—No serías capaz.

Chilla cuando la agarro, levantándola hasta que sus pies dejan de tocar el suelo, y me la echo al hombro, caminando hacia la orilla del lago. Agita las piernas desnudas, grita mi nombre y me da palmadas en los hombros. Me río en silencio, de pie a un palmo del agua, la bajo por mi torso y finjo que voy a tirarla, lo que hace que se aferre a mi cuello con más fuerza.

Me detengo cuando me rodea la cintura con las piernas y aprieta los muslos.

—Por favor, no —me ruega—. Te lo suplico.

Joder.

Está demasiado cerca.

La dejo caer como si me hubiera quemado. Ella recupera el equilibrio antes de acabar en el agua y me da una palmada en el pecho.

—¡Imbécil!

Siento el impulso repentino de agarrarle la cara y besarla.

Es brusco, absurdo y nuevo. He besado a Olivia un millón de veces, pero no como quiero hacerlo ahora. Está mal en muchos sentidos.

Me siento atraído por mi hermana. No es raro, ¿verdad? Es imposible que no me atraiga; para mí es una obra maestra.

Darme cuenta de ello es como si me atropellara un camión. Parpadeo un par de veces y miro hacia otro lado. El corazón me late desbocado en el pecho por mi mala suerte. Siempre he sabido que no estaba bien de la cabeza, pero ¿esto? Esto ya es el colmo. Papá quiere que vuelva a terapia y me medique. Quizá debería hacerlo, aunque no por mis pensamientos retorcidos, sino por los sentimientos que no debería tener por Olivia.

¿Hay alguna medicación que te impida querer besar a tu hermana?

Antes, se trataba de protegerla; siempre sentí apego, pero no así. Quiero besarla como lo hacen los novios y las novias.

Mi respiración cambia y estoy muy confuso por la forma en que me siento. Ella sigue estando demasiado cerca de mí, y doblo los dedos por la necesidad que tengo de envolverlos en su top y tirar de

ella hacia mí para aplastar mi boca contra la suya. Sin embargo, en lugar de eso, doy un paso atrás y trago saliva.

Ella vuelve a escribir en su teléfono mientras yo enciendo otro cigarrillo y me niego a mirarla. A ella no le afecta y no se da cuenta de que su hermano está librando una guerra interior para no arruinarlo todo actuando por impulso. Tenemos dieciséis y diecisiete años, pero aún somos demasiado jóvenes para que yo piense de esta forma.

Ahora estoy enfadado. Porque estoy enamorado de alguien que nunca podré tener. Quiero hacer estallar el mundo, o tal vez pelearme con mi padre y ver si cuando me amenaza con darme una paliza va en serio.

Olivia se pone a mi lado, me da un empujón con el hombro e inclina la barbilla hacia el amanecer.

—Sé que tienes un corazón de piedra, pero tienes que admitir que es bonito.

«Lo es», respondo, haciendo gestos con desgana, con los ojos clavados en ella mientras vuelve a mirar el paisaje.

Mi corazón no es de piedra. Está lleno de veneno.

¿Qué haría si la besara? ¿Me devolvería el beso y se convertiría en mi pequeño secreto, o iría corriendo a chivarse a nuestros padres y haría que me echaran de la familia?

Tal vez se alejaría de mí, pero no se lo diría a nadie.

Joder, aunque es un riesgo enorme, tengo muchísimas ganas de sentir sus labios contra los míos.

Al final, mientras me rodea la cintura con los brazos y apoya la cabeza en mi pecho, vemos cómo el sol alcanza el horizonte. Yo aspiro el aroma a fresa de su pelo y paso los dedos por las suaves hebras como hago siempre.

Ni siquiera esto es normal. Sé que no lo es, pero no me importa.

No podemos mostrarnos así de unidos delante de nuestros padres o nuestros amigos. Ya me enviaron al otro lado de la mansión porque la besé en los labios durante la celebración de un juego de mesa. Lo hice de manera inocente, pero mamá y papá perdieron la puta cabeza.

Así que solo somos así de íntimos en secreto. Cuando salimos a correr juntos o nos colamos en la habitación del otro para abrazarnos en la cama, o cuando la tomo de la mano mientras intenta calmarse de una pesadilla.

Hay un límite establecido por la sociedad que me impide enamorarme de mi hermana, y quiero romperlo en pedazos y quedarme con ella. Le prenderé fuego a él y a todos los que se interpongan en mi camino.

Amo a Olivia, aunque ya no estoy seguro de que sea de la misma forma en que crecí haciéndolo. Es más fuerte, violento, y tengo la sensación de que si me ordenara arrodillarme y besarle los putos pies lo haría. Haría cualquier cosa que me pidiera.

Joder. Estoy muy jodido. Definitivamente, papá va a matarme, porque no puedo sentirme así por mi maldita hermana.

—Necesito decirte algo —dice en voz baja.

«¿Qué?».

—¿Recuerdas que hace un tiempo mamá nos habló de la tradición de los matrimonios concertados que hay en nuestra familia?

Me rechinan los dientes al pensar en la primera vez que me dijeron que emparejarían a Olivia con alguien y la apartarían de mí. Sí, lo recuerdo, joder. ¿Cómo podría olvidar una de las peores cosas que he oído en mi vida?

—Bueno, ya ha empezado.

Frunzo el ceño y la miro, esperando a que me explique qué cojones quiere decir con eso. Es demasiado joven, demasiado inocente para que la arrojen a esa vida.

—Um… —Titubea y luego hunde la cabeza en mi pecho, amortiguando la voz—. Mamá ya está organizando las citas.

Todo mi cuerpo se tensa y dejo de acariciarle el pelo.

—La primera es este fin de semana. Mamá y yo iremos a casa de mi pretendiente a hablar con sus padres. Es un poco mayor que yo y tiene muchas ganas de conocerme.

Esto es ridículo. Solo tiene dieciséis años.

Le diera la respuesta que le diera, terminaría en una discusión. Yo le diría que no puede hacer eso, ella me mandaría a la mierda y

luego estaríamos sin hablar durante un día entero antes de que uno de los dos se colara en la habitación del otro.

—Aunque espero que sea simpático. Imagina que sea malo… Tendría que mandar a mi hermano mayor a darle una paliza. —Suelta una risita, pero yo me quedo quieto, callado como siempre, y creo que me voy a desmayar de rabia.

Me imagino a ese tío en una bolsa para cadáveres.

Ensangrentado.

Hecho trizas.

Cortado en dados, triturado y pulverizado.

Ya no existe.

Nadie será lo suficientemente bueno para Olivia.

—Tengo que permanecer virgen hasta la noche de bodas. No es que a esta edad me vaya a acostar con cualquiera. —Olivia levanta la cabeza para mirarme—. ¿Tú eres virgen?

Frunzo el ceño ante su pregunta. Lo soy; el sexo nunca ha sido algo que me haya interesado. Sí, me he masturbado viendo porno, pero nunca he pensado en salir y follarme a alguien como hacen todos mis amigos. Intentan que lo haga, pero siempre acabo marchándome de la fiesta antes de tiempo y sobrio, o me emborracho tanto que ni siquiera veo bien y regreso a casa tambaleándome en busca de mi hermana. Cuando eso pasa, ella me cuida: me da un vaso de agua, me prepara un cubo para vomitar, me pone un paño frío en la cabeza y me abraza hasta que me quedo dormido.

Cierra la boca con cara de decepción cuando se da cuenta de que no va a obtener una respuesta de mi parte.

—Lo siento. Eso ha estado fuera de lugar.

Aparto la mano de su pelo.

«¿Quieres casarte?».

Se encoge de hombros.

—Mamá me ha estado preparando para esto desde que era una niña. Incluso se emocionó cuando me vino la regla porque le da más valor al compromiso.

Trago saliva y empiezo a trazar un plan para secuestrar a Olivia y alejarla de esta vida.

—Uf… —Ella se tapa la cara con la mano en señal de frustración —. Lo siento. Este tema te tiene que dar ganas de vomitar.

«No te disculpes», digo. «Puedes hablarme de cualquier cosa y nunca me sentiré incómodo».

Ahora mismo estoy furioso. Podría matar a nuestros padres y hacerlo parecer un accidente. Podría prender fuego a la casa, encerrarlos a los dos en el despacho de papá y ser el apoyo en esos momentos difíciles de Olivia antes de que inevitablemente, de alguna manera, haga que se enamore de mí.

Joder. Acabo de decir eso.

Ya no puedo retractarme: quiero a mi hermana y la quiero con todas mis fuerzas. No sé cómo lo conseguiré, pero Olivia y yo vamos a ser la primera vez del otro en todo. Aún no, pero dentro de unos años, cuando seamos lo bastante mayores y comprendamos cómo funciona todo eso.

Cuando ella esté lista, entonces yo también lo estaré.

Mi mente necesita ir más despacio. Puede que Olivia me vea como su hermano y la sola idea de besarme apasionadamente la repugne.

A menos que finja ser otra persona. ¿Y si oculto mi rostro? No, eso arruinaría el propósito.

Joder.

Ella no se va a casar con nadie más que conmigo. Hablaré con nuestros padres. Seguro que preferirían que estuviera con alguien de confianza y no con un capullo mayor que ella.

Suelto el aire por la nariz con fuerza y me retiro, tomándola de la mano y señalando el sendero que lleva a casa. Me la aprieta antes de soltarme, vuelve a poner su música, esa que hace que me sangren los oídos, y corremos de vuelta para prepararnos para ir a clase.

Mamá y papá están en el despacho de mi padre cuando llegamos del instituto. Olivia se dirige a su habitación a cambiarse porque va a casa de su amiga para el entrenamiento habitual de animadoras.

Intento repasar todo lo que tengo que hablar con nuestros padres sin que ella se entere de mi plan o de que estoy teniendo un

colapso mental y que aún me duelen los nudillos por haberle dado una paliza a alguien en el vestuario.

Me dijo que si le suplicaba en voz alta, no intentaría follarse a mi hermana ni lo grabaría, así que le aplasté la cabeza contra el banquillo y le dejé un ojo morado.

Papá ya estará al tanto del asunto, pero hace tiempo que dejó de intentar disciplinarme. Me lanzará una advertencia, intentará obligarme a volver a terapia y luego me reprochará que estoy haciendo que la casa sea insegura para futuros niños de acogida y bla, bla, bla.

Solo me estoy defendiendo a mí mismo y a mi hermana, no es como si fuera a salir y elegir a alguien como mi próximo objetivo, pero nadie lo entiende. Me pusieron la etiqueta de niño problemático, el hijo con un pasado lleno de traumas, así que habría sido un milagro que fuera normal.

Cuando llego al despacho, los oigo. Papá le está echando la bronca a mamá por la edad de Olivia y por estar manipulando a su hija psicológicamente y preparándola para mantener relaciones.

Joder. Respiro hondo.

Llamo a la puerta y sus cuchicheos se detienen.

—Pasa —me dice mi padre.

Abro la puerta y entro en su despacho, con los ojos de ambos fijos en mí y llenos de confusión. Nunca hago esto. Nunca los busco. No acudo a ellos para nada ni me comunico a menos que sea estrictamente necesario.

No por ninguna razón en particular, tan solo me gusta reservar toda mi conversación para alguien en concreto. De todos modos, sé que antes preferirían clavarse agujas en los ojos que hablar conmigo. Ni siquiera mis amigos consiguen que les cuente mis cosas. Uno de ellos sabe lengua de signos y con eso le basta para traducir al grupo.

Sinceramente, sigo sin saber por qué son amigos míos.

Solo me acogieron en su grupito después de que empezara a pegar a la gente que se metía con Olivia.

—¿Malachi?

Parpadeo, dándome cuenta de que me he quedado congelado en el sitio y mis padres me miran como si tuviera dos cabezas.

Bueno, si nos ponemos tiquismiquis, lo cierto es que las tengo…

—¿Ocurre algo? —pregunta mamá.

«Olivia no se va a casar con nadie», contesto mediante señas, cerrando la puerta tras de mí y yendo directo al grano. «Es demasiado joven».

Mamá resopla, burlona.

—Lárgate, Malachi. ¿No tienes que estudiar para el examen de la semana que viene?

Doy un paso adelante.

«¿Por qué necesita casarse?».

—Tradición, hijo —responde papá—. Ya lo sabes.

«A la mierda la tradición».

Papá pone los ojos en blanco y se pellizca el puente de la nariz.

—Esto no te concierne. Encontraremos un pretendiente en el que podamos confiar y, cuando tenga edad suficiente, se casará con él. Así se ha hecho en la familia durante generaciones.

A pesar de que mi padre pronuncia esas palabras, sé que las odia. Su cara muestra arrepentimiento mientras mamá intenta disimular su sonrisa. Llevan peleándose sin parar por esto. Él se niega, pero ella gana cada vez que discuten.

«Puedes confiar en mí» insisto, sin mostrar ni un ápice de nerviosismo y manteniendo mi confianza. «Me casaré con ella». Me adentro aún más en la habitación, desesperado por que me escuchen, y continúo hablando. «Estará a salvo conmigo. Lo prometo. Podéis anular mi adopción y esperaré hasta que los dos seamos lo bastante mayores».

Estoy a punto de cumplir dieciocho años; ella acaba de cumplir dieciséis.

No pueden negarse porque soy la única persona en el mundo que puede proteger a Olivia.

¿Por qué se me quedan mirando? Parecen… indignados. Decepcionados. A lo mejor es porque les acabo de ofrecer directamente que me echen de la familia.

«No necesitáis buscar a alguien. Yo lo haré».

Papá se ríe.

—Muy gracioso.

Lo observo fijamente durante un largo segundo y luego dirijo la mirada a mamá.

«¿Por qué no puedo hacerlo yo?».

—¿Hablas en serio? —me cuestiona con cara de asco—. Eso es repugnante. Eso…

—No va a pasar —termina papá con severidad—. Pero estoy de acuerdo en que es demasiado joven. —Mira a mamá—. Dale unos años para que encuentre a alguien con quien quiera estar.

—Ya tengo pretendientes en fila. Uno que me interesa especialmente es el hijo de tu socio. Parker Melrose.

—De ninguna manera. Tiene veintiún años, Jennifer.

Por encima de mi cadáver. Olivia omitió ese dato. ¿Por qué cojones mamá intenta juntarla con alguien cinco años mayor?

A pesar de la necesidad imperiosa de destrozar este lugar para transmitir lo enfadado que estoy, siento la desesperación apoderándose de mí.

«Dejad que me case con ella».

Mamá me fulmina con la mirada.

—No. No seas ridículo. Eres su hermano. Ella necesita a alguien que venga de una familia adinerada. Necesita a alguien estable que pueda darle hijos.

«Lo haré», signo despacio. «Puedo hacerlo, mamá».

A pesar de que arruga la cara, es papá quien me agarra de la camisa y tira de mí hacia delante, arrastrándome a la silla. Quiero romperle la puta mano, pero necesito que estén de acuerdo. No voy a dejar que empujen a Olivia a los brazos de un hombre adulto cuando soy el pretendiente perfecto para ella.

Me empuja, sentándome en la silla, y se aparta, intentando controlar su rabia.

—Esta fascinación que sientes por Olivia tiene que acabar, Malachi. Está mal y es enfermiza, y no lo toleraré más. Eres su hermano. Empieza a comportarte como tal.

Mamá se cruza de brazos, negando con la cabeza.

—Ya hablamos de esto cuando te cambiamos de habitación. Tu padre te ha estado advirtiendo desde que eras un niño. Pensamos que querías ser su amigo y que solo la necesitabas para ayudarte a… poner los pies en la tierra. Nos preocupaba que la arrastraras contigo. ¿Pero ahora sugieres incesto? ¿Cómo puedes estar tan enfermo?

Rechino los dientes, sin molestarme en responder. No es incesto. No estamos emparentados por sangre. Tenemos orígenes diferentes. Solo somos dos niños adoptados por la misma familia. Con gusto renunciaría a una madre y a un padre para poder llamar mía a Olivia aunque sea un día.

«Quitadme de la adopción», insisto. «Me casaré con ella cuando seamos mayores». Luego hago una pausa, tengo que tragar saliva por lo mucho que necesito que acepten. «Se sentirá segura conmigo. La protegeré. Por favor».

Me repito porque estoy desesperado, pero no me importa. Si no me dejan hacerlo, acabaré en la cárcel o algo por el estilo por asesinar a cualquier gilipollas que se acerque a Olivia.

Probablemente esta sea la vez que más he hablado con mis padres desde que era un crío; ni siquiera estoy seguro de que se den cuenta.

Mamá se cruza de brazos, resoplando, y camina hacia la ventana.

—Cuando recibimos tu diagnóstico, acordamos que mantendríamos las cosas como siempre han sido desde que te adoptamos. Pero si miras a tu propia hermana y piensas en… —Se detiene y se gira para mirarme, haciendo una mueca—. No puedes sentirte atraído por ella, Malachi. No está bien.

«No me siento atraído por ella», miento. «Quiero mantenerla a salvo de ti».

Se ríe a carcajadas.

—Increíble.

—Esta conversación ha terminado. Olivia tiene dieciséis años. Es demasiado joven para que estemos hablando de esto. —Papá se encamina hacia su escritorio sacudiendo la cabeza—. Quítate la idea de la cabeza de casar a nuestra hija con un Melrose. Puede que la

familia sea rica, pero el hijo no será fiel y es un capullo malcriado. Retomaremos este tema cuando ella termine el instituto y madure lo suficiente. Y tú. —Me mira—. No te acerques a tu hermana. Ya estás advertido. Creo que lo haces por tu necesidad de protegerla, pero ha ido demasiado lejos. Saldrás con tus amigos, vivirás tu vida, tendrás citas, irás de fiesta… hasta que estés listo para trabajar conmigo. Eso es todo lo que harás por esta familia.

Creo que mi padre estaría mejor muerto. También mamá. Cortaré sus cuerpos y apilaré sus miembros en una maleta antes de prenderle fuego.

—Fuera, los dos.

Mamá resopla dramáticamente y sale furiosa, pero yo me quedo quieto. Mi padre suspira cuando ve que no he movido ni un músculo. Lucharé por esto. Renunciaré a una familia, al futuro que él me entregaría, a todo lo que la familia Vize me ofrece por ser hijo suyo.

—Tienes mi palabra de que no la casaré a esta edad y respeto que quieras protegerla, pero tienes que mantenerte al margen. —Se frota la cara—. Dime la verdad. Entre nosotros, ¿qué sientes por Olivia?

Tengo muchas ganas de decirle lo que siento de verdad. Quizá esté enfermo y él pueda ayudarme, o quizá me eche y no vuelva a verla nunca más.

Trago saliva, apartando los ojos antes de decir por señas la mayor mentira que jamás diré.

«Es mi hermana pequeña. Eso es todo».

—Protégela. Sé su hermano mayor y mantenla a salvo, pero ya está. No puedes ni vas a casarte con ella. Tienes casi dieciocho años, seguro que sabes que eso está fuera de discusión.

Clavo los ojos en la alfombra a mis pies. Aprieto las manos con tanta fuerza que las uñas redondeadas se me clavan en las palmas.

—Mírame, hijo —me exige.

Levanto la vista y se me aprieta el pecho al ver cómo me observa.

—Los dos vamos a perder a Olivia, así que tenemos que disfrutar de su presencia mientras podamos. Ahora, lárgate de mi despacho y no vuelvas a sugerir lo que nos has pedido.

En este momento sé, simplemente lo sé, que cualquier relación que tuviéramos como padre e hijo ha terminado. No confía en mí. No cree que sea lo suficientemente seguro para su hija. Tampoco soy lo suficientemente bueno. Soy inestable. Impredecible. Y, usando la palabra que usaron cuando no sabían que yo podía oír, estoy roto.

Solo soy el hermano mayor roto e iluso que intenta casarse con la puta hermana de la que está malsanamente enamorado.

Doy un portazo al salir, me quito bruscamente la gorra y me paso la mano por el pelo mientras me dirijo a mi dormitorio. Llego a lo alto de la escalera cuando oigo que algo se cae en la habitación de Olivia.

Cuando llego a su puerta, la abro un poco y veo a mi hermana rebuscando entre sus cosas. Lleva puesto su uniforme de animadora y, por sus labios al natural, sé que está buscando el brillo de labios que tengo en el bolsillo. Técnicamente no lo he robado, pero me gusta cómo huele en ella cuando se queda dormida sin querer a mi lado durante las películas, así que a veces cojo el botecito y lo huelo cuando no está cerca.

No es nada como la adicción que provoca el aroma de su pelo, pero se le acerca.

Evito hacerme notar mientras cierra el cajón del tocador y mira debajo de la cama; está a cuatro patas, con el culo en pompa, y yo lucho conmigo mismo para concentrarme en el desorden que ha montado en su habitación y no en lo expuesta que está bajo su falda.

Saco el brillo de labios del bolsillo y llamo a la puerta. Olivia se endereza y se vuelve hacia mí. Su pelo se alborota con el movimiento y mi corazón se acelera al instante.

Es preciosa.

Cuanto más la miro, más me doy cuenta de lo condenado que estoy. Nunca he tenido suerte, pero a ella la voy a seguir hasta el fin del mundo si hace falta, aunque me cueste la vida.

Quiero besarla. Quiero saber cómo se siente el *gloss* en sus labios, probarlo, asegurarme de que nadie más en el mundo llegue a conocer esa sensación.

Mierda. ¿Por qué está empeorando? La necesidad que tengo de ella.

Mamá tiene razón. Está mal, pero nunca me he sentido tan bien como cuando estoy cerca de ella.

Aunque tiene el ceño fruncido, sus ojos se iluminan.

—¿Qué haces tú con eso? ¿Me lo he dejado en la cocina otra vez?

Asiento, entro y cierro la puerta.

El zumbido de mi teléfono desvía mi atención de la película que estoy viendo. Estoy medio dormido, con el pelo aún húmedo de la ducha y la toalla alrededor de la cintura.

Olivia
¿Estás despierto?

Ni siquiera tengo que responder, sé lo que quiere. A veces Olivia tiene pesadillas y, cuando eso ocurre, me necesita. Siempre me necesitará para alejar sus demonios.

Me visto y me pongo la sudadera con capucha, pero luego lo pienso mejor, me la quito y la llevo en la mano mientras trepo por el balcón, cruzando la cornisa hasta llegar a la ventana abierta. La deslizo, entro de un salto y me detengo al ver a Olivia sentada en la cama, visiblemente agitada.

Esta vez ha debido de ser una pesadilla horrible.

Aparta el edredón y coge la sudadera cuando se la dejo en el regazo. Pero cuando veo que tiene los ojos enrojecidos, frunzo el ceño.

«¿Qué te pasa? ¿Has estado llorando?».

Niega con la cabeza y vuelve a tumbarse y, cuando me tiendo a su lado, pega su espalda contra mi torso y me rodea con el brazo, entrelazando nuestros dedos y llevando nuestras manos al lado de su mejilla. Está húmeda por las lágrimas, y siento que otra se desliza contra mi piel.

En lugar de presionarla para que me cuente lo que ha pasado en el sueño, la estrecho contra mí y aspiro el dulce aroma de las fresas.

—Me duele la tripa —susurra. Se agarra el estómago con la otra mano, se acurruca sobre sí misma y su cuerpo se estremece mientras suelta suaves sollozos—. Me duele mucho.

Después de unos minutos, me separo de ella y me dirijo al baño para servirle un vaso de agua del lavabo. Me detengo al ver la ropa interior y los pantalones tirados en el suelo junto al inodoro.

Están manchados de sangre. No es mucha, pero está ahí.

Los meto en su cesto de la ropa sucia; no quiero que se sienta avergonzada por la regla. Las bolsas de agua caliente que usa para los cólicos no están debajo del lavabo, así que le hago saber que vuelvo enseguida y me dirijo a la cocina.

Haré lo que sea para que se sienta mejor. Cuando era más pequeña y le dolía la tripa porque había comido demasiados caramelos y se ponía a llorar, yo la abrazaba hasta que se dormía. Odio cuando está así.

La primera vez que tuvo la regla, vino a verme llorando otra vez y me dijo que le dolía todo. Tras una rápida búsqueda en internet de remedios caseros, le preparé un baño caliente, le calenté la sopa que mamá nos había hecho ese mismo día y nos quedamos dos días en la cama hasta que se sintió mejor.

Mañana tenemos que ir al colegio, si no, volveríamos a hacerlo.

Me detengo nada más entrar al encontrarme a mamá en la barra americana, con la cabeza gacha, bebiendo directamente de la botella de vino. A un lado hay una caja de pañuelos; algunos están arrugados y manchados de lágrimas teñidas de rímel.

Debería preguntarle si está bien, pero no lo hago. Entro, caliento dos bolsas y cojo Tylenol y un paquete de patatas fritas.

Mamá levanta la cabeza para mirarme y sus ojos se posan en lo que tengo en las manos. Aprieta los labios y agacha la cabeza de nuevo, con los hombros temblorosos.

Papá entra a toda prisa, ignorándome, y se detiene frente a la barra.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? ¡Acordamos esperar a que Olivia tuviera dieciocho años para que conociera a Parker!

Mamá hace un gesto de desdén.

—Cálmate, Jamieson. Él quería verla en persona antes de acordar nada. Se han caído bien.

Entrecierro los ojos. Siento una punzada de dolor en el pecho al saber que esta noche ha conocido al posible amor de su vida.

—No tenías derecho. Olivia es tan hija mía como tuya. No tenías derecho a exhibirla ante la familia Melrose.

Mamá lo observa con hastío.

—¿Has terminado?

La mirada de papá se clava en mí y luego se percata de lo que tengo en los brazos. Justo cuando creo que va a soltarme un discurso para que me aleje de Olivia, cierra las manos en puños, sale de la cocina y entra a su despacho, cerrando la puerta con un portazo.

Cuando llego a la habitación, Olivia sigue despierta y llorando.

Sus pequeños gemidos se interrumpen, pero se sienta y toma las pastillas, se bebe el agua y sonríe débilmente mientras le pongo una bolsa en el estómago para que la apriete contra la zona. Vuelvo a colocarme detrás de ella, le pongo la otra en la parte baja de la espalda y presiono mi cuerpo contra el suyo para sujetarlo.

—Gracias —susurra al cabo de un minuto.

Asiento y cierro los ojos, esperando que los analgésicos empiecen a hacer efecto pronto. Sus sollozos empiezan a calmarse, se gira en mis brazos y me besa la mejilla.

—Eres mi mejor amigo y también el mejor hermano que podría haber pedido. Me alegro de que nos adoptaran a los dos.

La miro fijamente durante un instante, luego sonrío levemente, aunque quiero besar cada una de sus lágrimas hasta hacerlas desaparecer y decirle que ya no quiero ser su hermano, que ocuparía el lugar de cualquier pretendiente si ella me aceptara. Mamá y papá lo permitirán si ella acepta.

No pueden negarnos a los dos lo que queremos.

Se da la vuelta, se ajusta las bolsas y suspira.

—Parker no es nada agradable —la oigo decir antes de dormirme.

5

Malachi

Diecinueve años

Después de salir a correr de noche por la mansión, atravesar el bosque y volver, me ducho con la música sonando a todo volumen por el altavoz. Incluso a pesar de que he estado paranoico toda la noche pensando que mi hermana está con sus amigas, consigo mantener la calma mientras me lavo el pelo, me enjabono y me enjuago.

Cuando salgo del baño y entro en mi habitación, la música se detiene y veo que mi móvil está parpadeando en la mesilla de noche. En la pantalla aparece el nombre de Olivia. Nunca me llama, por razones obvias, así que frunzo el ceño y contesto, acercándomelo a la oreja.

—Hey. Hola. Holi. Creo que estoy borracha —habla arrastrando las palabras. Suelta un pequeño chillido y yo ya me estoy poniendo la ropa mientras su voz suena por el altavoz—. Me he tropezado. ¿Estás ahí? ¿Puedes tocar algo y hacerme saber que puedes oírme?

Voy a mi cómoda, golpeo la madera tres veces y me pongo las botas de la moto.

—V-vale. Estábamos en casa de Abbi, pero me he ido. —Le entra el hipo y se ríe—. ¿Por qué está lloviendo? Necesito un abrazo o algo así. No flores o chocolates o joyas, odio eso. Con un abrazo será… suficiente.

Una vez vestido, le escribo un mensaje mientras sigue al teléfono.

¿Dónde estás?

—Ahora te-te lo digo.

Se queda callada un momento y vuelve a darle hipo. Enseguida me llega una notificación con su ubicación.

—¿Sabes que eres el mejor hermano mayor del mundo? Te quiero —añade—. Te superquiero. Probablemente sea… raro, pero te quiero mucho.

Entrecierro los ojos y frunzo el ceño. Siempre me dice que me quiere, pero ahora me gustaría que lo dijese de otra forma.

—Tienes prohibido acercarte a mis amigas. El hermano de Anna se acostó con Abbi y ahora se están peleando —masculla, haciendo que vuelva a tener hipo—. Aunque, bueno, ¿acaso tú te acuestas con alguien? Dios, no me lo digas. Si no, no voy a poder quitarme esa imagen de la cabeza cu-cuando te mire.

No tengo ni idea de cómo responder a eso.

Te oigo caminar. Siéntate y voy a buscarte.

Ella suelta una risita y llega una respuesta.

Olivia
Me quieres.

—Admítelo. —Se ríe como si le hubieran contado un chiste gracioso—. ¡Soy la mejor hermana pequeña del mundo!

Joder, nunca había estado tan borracha.

La línea se corta. Vuelvo a llamar, pero no da señal.

Mierda.

Desde que cumplió los dieciocho hace unos meses, cada vez que se emborracha, casi me muero del desasosiego. Va a fiestas con Abigail, se emborracha y casi siempre acabo yendo a por ella y llevándola a casa. Una vez, vino a una fiesta en la que yo estaba: se presentó delante de la casa de mis amigos y tuve que poner a Mason, uno de ellos, en su sitio cuando intentó ligar con ella.

Es el único que sabe hacer señas, pero a veces me saca de quicio cuando se trata de Olivia. Creo que mi hermana ni siquiera sabe cómo se llama ninguno de mis amigos, y sin embargo yo conozco a todos los que se encuentran en un radio de ocho kilómetros a la redonda de ella.

Bueno, la verdad es que no. No llego a ese nivel.

No me molesto en hablar con mi padre cuando paso junto a él por la escalera. De todos modos, no me dirige la palabra, así que tampoco me presta atención mientras me dirijo directamente a la puerta del garaje. Cojo el casco, pulso el botón para abrir las puertas y me subo a la moto. Es de noche y llueve. La ubicación que me ha enviado Olivia indica que está en un lugar que se encuentra a las afueras de un barrio no muy lejos de aquí.

Para cuando llego allí, ya se ha ido, e intento no pensar en todas las formas en que alguien podría habérsela llevado. Verían a una chica guapa borracha cayéndose y querrían aprovecharse de ella.

¿Y si ese cabrón de Parker ha llegado a ella primero?

Me bajo de la moto y busco por la zona, rezando en silencio para que no esté en un arbusto, para que no la hayan atropellado y se hayan dado a la fuga.

No está aquí.

Abro el chat de grupo que tengo con mis amigos y escribo un mensaje.

¿Alguien ha visto a mi hermana pequeña?

Es una pregunta ridícula. Sus caminos nunca se cruzan: mi grupo es un puñado de gamberros y ella es la chica popular, demasiado guapa para su propio bien.

Respiro hondo, doy más vueltas por los alrededores con la moto y termino frente a la casa de Abigail. También está a oscuras, pero la luz de la habitación está encendida.

He subido a esa ventana más veces de las que puedo contar. No tardo más de dos minutos en trepar por el árbol que hay justo enfrente de ella, pero hago una mueca y aparto la vista cuando veo

a la amiga de Olivia besándose con un tío mientras su amigo los observa desde la cama.

Vale, no está ahí, aunque puede que necesite lavarme los putos ojos con jabón después de ver las tetas de Abigail. Mi hermana no se comporta así: sigue siendo inocente, se pone nerviosa con los chicos y, en principio, no puede ir follando por ahí.

Me estremezco al pensar en ella con otro.

Mataré a cualquiera que se le acerque.

¿Dónde cojones estás, Olivia?

Intento llamarla de nuevo, pero sigo sin tener suerte. Después de buscar por las calles durante otra hora, al ver que el sol ya está empezando a salir, el pánico se convierte en una ansiedad brutal y decido que necesito ayuda.

Me dirijo a casa, con toda la intención de avisar a papá para que llame a la policía e inicie la búsqueda de mi hermana; no está con Abbi, y se me están pasando muchos posibles escenarios por la cabeza como para preocuparme siquiera por la velocidad a la que voy en la moto.

¿Y si está herida?

Debería dar media vuelta e ir a hablar con su amiga, inmovilizarla y obligarla a decirme dónde está Olivia, pero el hecho de que probablemente la estén embistiendo dos pollas a la vez me hace descartar esa idea.

Al llegar a la casa, suelto un taco en silencio al ver que está a oscuras de nuevo. Mamá está en algún evento y estaba convencido de que papá seguiría en casa, pero su coche no está. Entro corriendo, compruebo su despacho por si acaso y me dirijo a mi habitación mientras le escribo un mensaje.

Los últimos mensajes que nos enviamos fueron hace cuatro meses, cuando me pidió que recogiera a Olivia del entrenamiento en su coche y que le enseñara fotos de lo que le pasaba a mi moto; la había estrellado y él iba a arreglarla. Sin embargo, ignoré los mensajes y le di largas hasta que arreglé la moto yo mismo.

Antes de enviar el mensaje, me detengo a unos pasos de la puerta al ver que está abierta.

La había cerrado al salir.

La empujo para abrirla del todo. Mis hombros se destensan y mi ritmo cardíaco se ralentiza cuando veo a Olivia dormida en mi cama. Respiro, apoyo la espalda en el marco de la puerta y dejo caer el casco al suelo.

Algún día me va a matar, joder.

Borro el mensaje que le estaba escribiendo a papá, tiro el móvil en el banco de pesas, me quito la chaqueta y las botas de una patada. Luego me pellizco el puente de la nariz y cuento hasta diez, tratando de convencerme de que no debo estrangularla por hacerme entrar en pánico de esa manera.

Tiene el vestido sucio, como si se hubiera caído, y el rímel corrido por las mejillas, como si hubiera estado llorando. Creo que ha estado llorando toda la semana, pero no me dice por qué. Últimamente lo hace mucho, y no creo que sea por las pesadillas. Suele ser sincera conmigo cuando se trata de ellas.

Abro el último cajón de mi cómoda y cojo unos pantalones cortos y un top del montón de ropa suya que guarda ahí. Tienen copos de nieve; se lo regaló por Navidad una de las trabajadoras de la casa que a mí nunca me regala nada. No es que me importe. Nadie en esta casa me trata como tratan a mi hermana o a mis padres.

Después de asegurarme de que la puerta está cerrada, aunque sé que no hay nadie en casa, apago la luz principal y enciendo la lámpara que hay junto a la cama, y esta ilumina su bonita cara.

Tiene los labios entreabiertos y no se mueve mientras los recorro lentamente con la yema del pulgar, esparciendo el carmín rojo, suave pero pegajoso, que odio. Observo cómo el color se desplaza por su piel y luego froto la mancha entre el pulgar y las yemas de los dedos.

Está más guapa con el brillo de labios.

Cuando la descalzo, intento averiguar dónde está la cremallera del vestido para desabrochárselo. Su pelo se queda pillado en la tela cuando la desvisto y lo tiro al cesto de la ropa sucia.

No lleva sujetador. Me detengo y miro sus senos.

La veo mucho en ropa interior. Joder, la veo desnuda muchas veces, solo que ella no lo sabe. Tengo cinco cámaras instaladas en

su habitación, una en su baño y otra en mi propia habitación para verla dormir en mi cama cuando no estoy. No se me ha pasado por la cabeza echarles un vistazo para comprobar si ella estaba aquí mientras la buscaba.

Qué idiota eres, Malachi.

Es horrible y embarazoso admitir cuántas veces me he tocado mientras la veía en la pantalla de mi portátil. Al principio, cuando puse las cámaras, era solo para poder observarla. Obsesivamente. Siempre comprobaba qué estaba haciendo.

Pero una noche todo cambió. Ella estaba en su cama y yo estaba en mi habitación. Íbamos a dormir. Como siempre. Pero ella se quitó la blusa, luego los pantalones cortos y se quedó en bragas sobre el edredón.

Entonces su mano se deslizó por debajo de la cinturilla de su ropa interior y la mía la imitó distraídamente.

Era la primera vez que me masturbaba mientras la veía tocarse. No emitía ningún sonido, pero por la forma de su boca y la manera en que arqueaba la espalda me di cuenta de que estaba gimiendo.

Aceleró el movimiento con su mano, yo también, y se agarró uno de sus pechos hasta que ambos nos corrimos.

Ya he perdido la cuenta de las veces que me ha pasado.

Es perfecta.

Es mía.

O lo será. Mi reclamo está ahí, pero nadie lo sabe. Nuestros padres han aceptado que cuando les pedí su mano solo estaba siendo posesivo con mi hermana. Desde entonces no he vuelto a pedirles casarme con Olivia y suelo mantenerme alejado de ella cuando están cerca y atentos a mi comportamiento. Creen que quiero protegerla, mantenerla a salvo.

A ver, no es mentira, pero también la quiero debajo de mí, retorciéndose, gritando mientras me la follo hasta hacerle ver las estrellas y hasta que el semen de su hermano la llene por completo.

Tendría que usar protección, ¿verdad? No tengo ni idea de si toma anticonceptivos, pero no tiene por qué, a no ser que haya otro uso para esas cosas que desconozco.

Si no me pongo un condón, podría dejarla embarazada, ¿te imaginas el caos que se armaría?

Pero esa podría ser mi manera de atraparla, de atarla a mí para siempre. Mamá y papá nunca separarían a una madre y un padre con un hijo recién nacido.

Mmm. Es algo que definitivamente necesito tener en cuenta. Técnicamente, no sería justo para el bebé, ya que no tengo ni una pizca de instinto paternal y Olivia está demasiado controlada por nuestra madre.

Mi hermana se mueve en la cama, con las piernas abiertas, y yo tengo que contener la respiración y morderme los nudillos para no perder el control mientras miro fijamente su coño, apenas oculto por las bragas. El material es una tira que le sube por el culo y apenas cubre el lugar donde quiero enterrar mi cara.

Me hormiguea la lengua al pensar en probar su dulzura. Ya me imagino sus dedos tirándome del pelo y obligándome a devorar su bonito coño hasta que se desmorone contra mi boca.

Me acerco, me siento en el borde de la cama y separo más sus piernas, comprobando que no tiene moratones en la cara interna de los muslos. Si descubro que alguien se ha aprovechado de ella esta noche, lo colgaré del edificio más alto por sus putas fosas nasales.

Su piel es suave y, al pasarle el pulgar por esa zona, mi polla se estremece, haciéndome retroceder y cerrar los ojos. Me falta poco para correrme.

No puedo hacerlo. No cuando está inconsciente. Imagina que se despierta con los dedos de su hermano cerca de su coño.

He hecho *zoom* con la cámara, he tomado una captura de pantalla de ella con los dedos enterrados hasta el fondo y he entrado en su baño cuando se estaba duchando o bañando, pero esto… esto es lo más cerca que he estado de que nunca se entere de que la he tocado.

No debería.

Ella nunca lo sabrá.

Toca a tu hermanita, Malachi.

Ella lo desea, Malachi.

Gritará tu nombre, Malachi.

Hazlo, puto cobarde.

La voz en mi cabeza y la tentación ganan cuando miro sus tetas, la forma en que su pecho sube y baja mientras respira, sumida en un sueño profundo sin tener ni idea. Bajo la cabeza y dejo que la punta de mi lengua se deslice sobre su pezón. Mi polla se engrosa en mis pantalones y me duelen los huevos a medida que la chupo ligeramente. Aunque no tengo experiencia, consigo que arquee un poco la espalda y gime en voz baja cuando lo atrapo entre los dientes y lo suelto.

¿Qué cojones estoy haciendo?

Me aparto y me levanto.

Mierda.

No puedo. Es una completa violación. No es que espiarla con cámaras no lo sea, pero no estoy haciendo cosas físicamente sin su consentimiento; solo la estoy observando.

Una parte de mí, la parte enferma y retorcida, se relame los labios y se regodea en su interior por haber sentido su pezón en mi boca. Podría volver a hacerlo. El daño ya está hecho, ¿verdad?

Lo lameré y chuparé solo una vez más.

No.

Joder, no.

Vuelvo a mirar entre sus piernas y se me hace la boca agua. Sin embargo, retrocedo unos pasos hasta estar lo bastante lejos para recuperar el aliento, me paso las manos por el pelo y me doy la vuelta.

Podría follármela.

¿Está lo suficientemente dormida como para saber si he estado dentro de ella?

Pero sangraría en mi cama al perder la virginidad.

Acabaría sabiéndolo. Podría dejarla embarazada. Nunca me lo perdonaría.

Quiero que esté despierta cuando ocurra. Quiero que sepa que somos la primera vez del otro y que ella es mía para siempre. Dejaremos a la familia Vize; de todos modos, ya somos mayores de edad.

La paciencia nunca ha sido uno de mis puntos fuertes, pero me felicito mientras me dirijo a la ducha. Dejo que el agua fría me calme y mi polla se ablande de nuevo, necesitando que cesen los pensamientos. Podría hacerle daño si lo hago y no quiero. Yo no soy así. No soy una mala persona. Puedo ser bueno.

Puedo ser bueno.

Puedo serlo.

Pero no eres bueno. Eres raro y estás muerto por dentro, así que usa eso como excusa para robársela a la familia que te arrebata la felicidad, dice la voz en mi cabeza.

Salgo del baño y mantengo la mirada desenfocada mientras le pongo a Olivia la ropa de dormir y uso un paño húmedo para limpiar el maquillaje que embadurna sus mejillas. Luego apago la lámpara y me meto en la cama a su lado. Mantengo la distancia. Normalmente, estaría pegado a ella, con nuestros cuerpos enredados, pero necesito mantenerme lo más lejos posible. No puedo dejar que esos pensamientos ganen.

No importa lo que decida hacer, porque mientras dormimos, gravitamos el uno hacia el otro de forma natural, y por la mañana me despierto con ella tumbada sobre mi pecho, con las piernas enroscadas alrededor de las mías.

A pesar de haber bebido y haberse revolcado en la maldita tierra anoche, su pelo sigue oliendo igual que siempre. Algunos mechones me caen en la cara.

Tiene la pierna levantada y el muslo peligrosamente cerca de mi polla.

Olivia no habla, pero sé que está despierta. Suspira un par de veces, se acomoda contra mí y deja que sus dedos exploren.

Finjo seguir dormido mientras me roza el pecho lentamente. Es tan suave, tan jodidamente suave e inocente… No obstante, imagino que me toca la polla de la misma manera mientras mis labios están alrededor de su pezón otra vez, que gime mientras se mueve encima de mí. Con sus tetas en mi cara, su lengua en mi boca y su coño restregándose hacia arriba y hacia abajo por cada centímetro de mi pene.

No puedo evitar que mi polla reaccione. Se está poniendo dura y ella lo sabe. Levanta la cabeza de mi pecho, deslizando la vista por mi cuerpo, y baja la pierna, apoyándola sobre mis muslos.

¿Está… mirándome la polla?

¿Está avergonzada? ¿Intrigada? ¿Cachonda? ¿Me tocará estando dormido como hice con ella?

No puedo ver su cara para saberlo y me está matando.

Es toda tuya, Olivia, quiero decirle, pero eso podría hacer que ella se lo contara a nuestro padre y él me metiera una bala en la cabeza por ser un gilipollas incestuoso.

Sin embargo, por suerte, justo cuando empiezo a perder el control y mi polla empieza a palpitar, Olivia se separa de mí y hace lo posible por no despertarme mientras se escabulle de mi cama como si acabara de tener una aventura de una noche. No se va por la puerta, porque puede que alguno de nuestros padres la vea y sospeche, así que sale por el balcón y desaparece.

6

Malachi

Casi me detienen por agresión.

El tal Adam estaba mirando a Olivia como si quisiera saborear cada centímetro de su cuerpo mientras hablaban, y nadie más que yo puede mirarla así, joder.

Pero me salió el tiro por la culata, porque para que la familia no presentara cargos, ahora ese tío y Olivia tienen que salir juntos, ya que él era otro posible pretendiente para mi hermana.

Ya estaba planeando la muerte de Parker Melrose, así que esto lo complica todo.

Olivia vino a mi habitación hace dos meses y eso pareció haber cambiado las cosas entre nosotros. Estaba acurrucada en la cama conmigo después de que casi le diera un puto infarto cuando intenté ponerle a Spikey, mi nueva tarántula, en la mano, y de alguna manera se quedó, a pesar de que se me había puesto dura y estaba apretado contra ella.

Incluso restregó su culo contra mi polla mientras dormíamos.

Era una señal. El primer indicio claro de que tenemos una oportunidad para estar juntos, a pesar de que todavía está de mal humor por todo el asunto de Adam y Parker.

No entiendo por qué estaba tan enfadada. No es como si tuviera que follárselos o casarse con ellos. Lo del beso me cabreó, pero puedo superarlo si no lo vuelve a hacer. Sin embargo, no se le va a volver a acercar ningún otro capullo.

Ella puede decir que no.

Mamá no la va a obligar a abrirse de piernas ni la va a empujar al matrimonio, no a esta edad. Sigo trabajando en un plan para

hacerla mía.

He pasado años manteniéndome al margen y observándola, tocando su piel mientras duerme, besándole la mejilla y oliéndole el pelo, escuchando cómo habla con mamá sobre que vuelva a terapia, pero necesito más, no solo las cámaras, esconderme debajo de su cama y mirar la pantalla del teléfono mientras ambos nos masturbamos. Podía oírla de verdad, y eso solo hacía que el semen que había debajo del somier de su cama fuera todavía peor.

El viaje a las montañas se me hace eterno. Me aburro como una ostra y estoy seguro de que aún estoy hecho polvo por lo de anoche: Mason consiguió convencerme para que me tomara unas pastillas y, sinceramente, lo último que recuerdo es que me escapé para ir a ver a mi hermana y decirle que me gustaba.

Ella no entendía mis gestos. Yo tampoco. No conseguía coordinar mis manos como debía y me frustré, tambaleándome por la habitación y tirándome del pelo. Quería usar mi voz, pero no podía. Entonces, Olivia me desnudó, me dio un vaso de agua y me metió en la cama.

Estaba tan mal que casi lo estropeo todo diciéndole lo que sentía.

Idiota.

Me desperté con su cuerpo apretado contra el mío y estuve a punto de follármela, así que tuve que irme. Menos mal que lo hice, ya que papá anduvo aporreando todas las puertas y exigiendo que todos hiciéramos la maleta para este viaje de acampada.

Ahora siento que estoy al borde de la muerte: siento que me va a estallar la cabeza, me duele el cuerpo y veo borroso.

Lo que sea que me diera Mason era muy fuerte.

Olivia está sentada a mi lado en el coche, mirando el móvil y resoplando… Sé que le ha escrito uno de ellos. Adam o Parker. Los dos están luchando por su atención y su aprobación. Ninguno de ellos me gusta. Aunque odio más a Parker. Es un bastardo asqueroso con el que ya me he topado en varias ocasiones. Al parecer, el hecho de que me quedara en la puerta de su casa fumándome un porro lo incomodaba; mamá me dijo que me mantuviera al margen y dejara a mi hermana vivir su vida.

Pero Olivia no está viviendo su vida: está a la sombra de mi madre y hace lo que ella le dice, obedeciéndola siempre, tal como la criaron: para ser la hija perfecta.

Eso me cabrea.

El chat grupal está demasiado activo: todo el mundo envía memes y *gifs*.

Siguen despiertos y de fiesta. Me fui cuando empezaba a salir el sol, y esos gilipollas seguían tomando pastillas, esnifando cocaína de tetas y magreándose en las escaleras.

Los ignoro. Intentan captar mi atención, pero salgo del chat y abro el que tengo con Olivia. Llamadme necesitado, pero no me encuentro bien y quiero tumbarme con ella en la cama y abrazarla.

Dame la mano.

Me mira después de haber estado demasiado tiempo con la vista clavada en la pantalla.

Pero hazlo disimuladamente.

Olivia
¿Por qué quieres darme la mano?

¿Necesito un motivo? Dame la mano o le diré a mamá que me has tocado la polla mientras dormía.

Ella se atraganta y yo intento contener una sonrisa burlona, apartando la mirada.

¿He ido demasiado lejos? No es mentira. Su mano se deslizó por debajo de la cinturilla de mis calzoncillos y me tocó mientras creía que estaba dormido. Básicamente, la había secuestrado de la casa de su amiga y la había hecho venir a casa porque me sentía mal y la necesitaba. Ese fue el siguiente indicio de que las cosas habían cambiado entre nosotros.

Ella nunca lo supo, pero estaba despierto y desesperado por más.

Papá mira por encima del hombro.
—¿Estás bien, ángel?
—Sí —responde, demasiado ansiosa—. Estoy perfectamente.
Mi teléfono vuelve a vibrar.

Olivia
¿Estabas despierto?

¿Por qué me pone duro el hecho de que pensara que estaba dormido?

Siempre estoy despierto. Dame la puta mano.

«Siempre estoy despierto: cuando arrastras tus uñas por mi pecho, bajas tus labios a mi mejilla durante más tiempo del necesario, empujas tu pierna entre las mías mientras finges seguir dormida, aunque mi polla estaba metida entre tus muslos… Sé que me miras constantemente creyendo que no me doy cuenta».

Ha habido demasiados momentos en los que he estado despierto, desde aquella noche en la que se tocó mientras me duchaba y luego restregó su culo contra mi polla cuando, de nuevo, pensaba que yo estaba dormido.

Creo que mi dulce y retorcida hermanita tiene un fetiche. O varios, teniendo en cuenta que tenía los dedos alrededor de la polla de su hermano y ni siquiera intenta defenderse.

Olivia
No, podrían vernos.

Ahora solo nos cogemos de la mano si estamos calmando al otro o si estamos dormidos y ocurre inconscientemente. No como antes. Pero aun así me gusta. Puedo protegerla y sentirme tranquilo si la sostengo. Es como si pudiera respirar un poco mejor.

Me quito la camisa de franela, la pongo entre los dos y lucho para reprimir una sonrisa de satisfacción cuando me deja meterle la mano por debajo de la prenda.

Cuando se la aprieto, ella me devuelve el apretón.

Frotando mi pulgar sobre su piel, vuelvo a centrarme en mi teléfono, en el chat de los gilipollas colocados de mis amigos, que sigue lleno de memes y cosas sin sentido. Me doy cuenta de que está intentando mirar, puedo sentirlo, y a una parte de mí le hace ilusión que sienta curiosidad, e incluso quizá sienta celos de que pueda estar enviando mensajes a alguien que no es ella.

Técnicamente, no tiene derecho a sentirse así. Hace tiempo que tiene citas con chicos, que va por ahí besándolos, y yo me he limitado a no hacer nada y observarla desde lejos. Los únicos orgasmos que tengo son los que yo me doy, y el único momento en que pienso en sexo es cuando mi hermana está tumbada a mi lado en la cama, medio desnuda la mayor parte del tiempo y restregándose contra mí como si fuera una sonámbula cachonda.

Durante las siguientes horas, papá y mamá hablan por encima de la música, discutiendo sobre vete tú a saber qué. Olivia casi aparta la mano cuando papá menciona a una chica con la que ha intentado emparejarme, pero que me tenía demasiado miedo.

Qué bien. Veo que fulminarla con la mirada funcionó. Quizá no le gustaron todos los tatuajes y *piercings* que me he hecho o el porro que tenía entre los labios. Hacerme rayas en las cejas definitivamente terminó de convencerla de que saliera corriendo en dirección contraria y que mi padre no volviera a organizar esa mierda para mí nunca más. Sé de sobra que Olivia se pone celosa, aunque lo niegue.

Cuando llegamos al destino, montamos las tiendas, que son demasiado pequeñas para que las compartan dos adolescentes o dos adultos. No me quejo. Esto me permite estar más cerca de ella.

Además, algo ha cambiado. Todo es diferente y me siento inquieto, insatisfecho con la forma en que estamos progresando tan lentamente.

Puede que ni siquiera se dé cuenta de que estamos gravitando el uno hacia el otro con una poderosa atracción que al final terminará colisionando y nos mantendrá juntos para siempre.

Se ríe de algo que dice papá mientras la ayudo a poner un malvavisco en el palo para que lo tueste en el fuego alrededor del

que estamos sentados.

El muslo de Olivia choca contra el mío.

Aprieto los dedos y cierro los puños a los lados mientras muevo las piernas.

Estoy agitado.

Necesito algo.

Necesitas más, Malachi. Continúa. Hazla tuya.

Parpadeo varias veces y echo un vistazo a la oscuridad, luego a los padres que me criaron. Ellos no me quieren aquí, no realmente, y a Olivia… la perderé pronto.

Se olvidará de mí.

Volveré a estar solo.

Empiezo a respirar con dificultad y aprieto los dientes, mirando fijamente las llamas.

Papá dice algo y mamá se ríe, pero Olivia se limita a abrazarse a sí misma con un brazo y sigue tostando su malvavisco.

Mason me confesó anoche que a veces lo asusto, porque cuando me concentro en algo de la habitación en la que estamos, no aparto la mirada de ello, ni siquiera cuando él intenta hablarme. Al parecer, mis ojos se vuelven vacíos y parece que quiero estar en cualquier sitio menos allí. ¿Es eso lo que ven mis padres cada vez que estoy cerca de ellos? ¿Que mis ojos están vacíos y son aterradores?

Olivia nunca ha comentado que me tenga miedo. Al contrario, siempre me busca, pero mamá odia estar a solas conmigo y papá me evita a toda costa.

Me han criado, pero no me quieren.

Me importa bastante poco, así que mentalmente niego con la cabeza y miro a Olivia y no a los dos adultos que discuten porque mi hermana podría quemarse los dedos con el palo. Se muerde el labio inferior, intentando reprimir una sonrisa que asoma, deja de abrazarse para sacar la golosina azucarada del palito y la huele.

Sus ojos se dirigen hacia mí y yo la esquivo cuando me acerca el malvavisco a la boca. La agarro de la muñeca y suelta una risita cuando se lo quito de la mano, dejándolo caer sobre la tierra que nos rodea.

—Gilipollas —dice, moviendo los labios, y vuelve a reírse cuando busco el malvavisco más grande y lo clavo con fuerza en el palo antes de devolvérselo.

Sonríe mientras se ríe en voz baja. Parece que se ruboriza.

Mmm.

Podría escuchar su risa eternamente, pero hay algo más que quiero oír. Un sonido solo para mí, causado por mí, todo por mí: Olivia gimiendo mi nombre mientras está encima de mi cuerpo, dejando caer su bonito y pequeño culo sobre mi polla, diciéndome que no aguanta más, aunque sigue moviéndose hasta correrse…

—¿Quién quiere dar un paseo? —pregunta papá, interrumpiendo mis pensamientos.

Mamá levanta la mano. Olivia no, así que yo tampoco.

—Vamos —continúa papá—. Creo que veremos mejor las estrellas cerca del acantilado. ¿Os apuntáis, niños?

Sacudo la cabeza, muy consciente de que mi hermana hace lo mismo. La sangre me corre muy deprisa por las venas, joder, me quema, y si no enciendo un cigarrillo en el próximo minuto, podría tirarme al fuego.

Por suerte, mis padres se largan y, en cuanto se van, saco los cigarrillos y me fumo uno, disfrutando de la forma en que la toxicidad quema mis pulmones.

Doy otra calada y cierro los ojos. Cuando los vuelvo a abrir, me doy cuenta de que Olivia me está observando.

«No te voy a dar uno, así que no preguntes».

Resopla.

—No lo quiero. Fumar es malo para la salud.

No tengo ni idea de lo que dice a continuación, porque siento que mi alma se conecta lentamente con la suya, una conexión que, me temo, puede matarme algún día. Sus labios se mueven y quiero saborearlos. Me río en silencio porque, sin duda, el mundo me odia. ¿Por qué, de todo el universo, he tenido que acabar siendo adoptado por la misma familia que la de la chica de la que estoy locamente enamorado?

Nunca podré tenerla. No realmente.

Pensar en ello hace que me enfade. ¿Quién coño es nadie para decir lo que puedo o no puedo tener?

Exhalo el humo, me levanto, cojo a Olivia de la mano y tiro de ella hacia la tienda. La misma que vamos a compartir, toda la noche, los dos solos.

Cuando la meto dentro, no tengo que contar hasta tres ni pararme a pensar en lo que voy a hacer. Cierro la cremallera, pongo el candado y me vuelvo hacia mi hermana, que intenta entender qué coño está pasando.

—¡Jesús, Malachi! —sisea—. ¿Tienes que ser tan brusco?

«Sí. Nunca escuchas, cabezota».

A pesar de que la he arrojado al interior, no parece tenerme miedo. Bien. Así me resultará más fácil hacer lo que quiero que haga. Me ha dado señales más que suficientes de que me desea.

Olivia dice algo, pero estoy tratando de averiguar cómo empiezo esto exactamente. ¿La beso? ¿La inmovilizo, le arranco la ropa y hago lo que quiero con ella? ¿Le pregunto qué siente por mí y si quiere que estemos juntos en secreto a espaldas de nuestros padres hasta que nos sintamos cómodos para hablar sin tapujos de nuestra relación?

¿Le pregunto si quiere verme la polla, ya que parece estar muy fascinada por tocármela mientras duermo?

A lo mejor solo debería besarla.

Caigo de rodillas, mordiéndome el interior de la mejilla. Siento una presión repentina en el pecho. ¿Cómo lo hago?

¿Cómo la beso?

Quiero besarla.

Me muero por hacerlo.

Con. Todas. Mis. Putas. Ganas.

Joder.

A menos que empecemos despacio. Creo que a eso se le denomina primera base.

«¿Puedo verte?». Quiero añadir que quiero verla desnuda, pero ganan los nervios, así que lo dejo así.

Frunce el ceño.

—¿Es que no me ves?

Qué mona es.

Me acerco y tiro del cuello de su jersey.

«Sin esto». Luego le toco los pantalones y vuelvo a subir las manos. «Y esto».

Existe la posibilidad de que muera esta noche. Mi corazón no debería latir tan rápido. «Murió porque se puso nervioso» quedaría horrible junto a mi nombre en mi lápida.

—¿Por qué? —pregunta.

«Quiero verte. Te prometo que no voy a tocarte». Ahora soy oficialmente el mayor mentiroso de su vida. Porque la voy a tocar. Haré mucho más que eso.

Y a ella también le encantará.

—Seguro que has visto a muchas chicas sin ropa. No necesitas verme a mí.

¿Cómo de ilusa es esta chica? La única persona desnuda que he visto es Olivia, pero ella no es plenamente consciente de lo mucho que me paso el día espiándola.

Tengo fotos y vídeos, y pronto tendré imágenes mías follándomela en una de nuestras camas. O en ambas. O tal vez en distintos sitios. Tal vez la ate y me grabe follándole el culo mientras me grita.

Entonces pienso en lo que acaba de decir y sacudo la cabeza.

—¿No?

«No. Además, es tu cuerpo el que quiero ver. ¿Por qué no me lo enseñas?».

Su nerviosismo hace que mi inminente ataque de ansiedad disminuya y observo cómo se mueve, inquieta.

—¿Y si nos pillan papá y mamá? Sabes que está mal.

«No nos pillarán. Los oiremos llegar».

—Pero… yo… ¿En serio?

¿Por qué no puede ver lo que ya somos? Sin siquiera estar juntos, tenemos una relación más sólida que el matrimonio de nuestros padres… Joder, somos más poderosos que el mundo entero.

—Soy tu hermana.

«Y eso es algo que no dejas de recordarme. Quítate la ropa, Olivia».

Mi paciencia se desvanece con cada palabra que digo.

Espero que me abofetee, pero solo se muerde el labio, nerviosa.

—Lo haré, pero con una condición.

Joder.

¿Acaba de decir que… lo hará? ¿De verdad? ¿Y ahora qué cojones hago?

—Que sea un juego. —Sonríe, inclinando la cabeza y echándose hacia atrás, recostándose sobre los codos—. Te hago preguntas y, si respondes con sinceridad, me quito una prenda. Si no contestas, o sé que estás mintiendo, entonces serás tú quien se la quite.

Mierda.

«Vale, pregúntame algo».

La confianza que ha tenido durante unos pocos segundos se esfuma mientras se abraza las rodillas.

—¿Tomaste drogas anoche?

Esperaba preguntas un poco más… explícitas. ¿Qué coño es esto?

¿Y cómo narices lo sabe?

Espera. ¿Y si me está espiando igual que yo a ella? ¿Y si ha puesto cámaras en mi habitación, se esconde en las sombras y se escabulle para ver cómo me visto y hago ejercicio e incluso cómo me masturbo?

«Sí. Algunos de mis amigos las estaban probando, así que yo también lo hice». Tiro de la manga de su horrible jersey; es tan espantoso que está pidiendo que le prendan fuego. «Quítate esto».

—Creo que puedo decidir qué prenda me quito primero, muchas gracias —replica mientras se quita un zapato—. Y no tomes drogas. Son malas para ti, mucho peores que fumar cigarrillos.

Mi risa silenciosa me sorprende. Es involuntaria, y casi olvido que lo que estoy haciendo ahora mismo me aterroriza.

En última instancia, la quiero desnuda. ¿Y después qué?

—¿Recuerdas cómo se habla? —pregunta, con un tono lleno de curiosidad—. ¿Sabes pronunciar palabras y esas cosas?

Hace años que no me oigo hablar. Lo intenté una vez, pero mi voz no me resultaba familiar y la odié. Tratar de hablar conmigo mismo en el espejo a los diez años y sentir la necesidad de buscar a mi hermana para que me consolara después no es algo de lo que un chico de mi edad debería estar orgulloso.

«Un poco. Hace mucho que no hablo en voz alta».

Se quita el otro zapato.

—¿Tienes la voz grave?

Mason me preguntó lo mismo. Su voz lo es, igual que la del resto del grupo, así que supongo que la mía también lo es.

«Creo que sí».

Se quita el jersey y quiero arrancarle la camiseta interior también. Esta se ajusta a su cuerpo, marcando las curvas que quiero recorrer con mi lengua, a las que quiero aferrarme mientras empujo profundamente en su interior.

—¿Puedo oírla? Incluso aunque solo digas mi nombre. O algo así.

«No». Me acerco más, dándole un empujón con el hombro. «Tienes que quitarte algo».

—Has dicho que no, eres tú quien se tiene que quitar algo.

¿Me odiaría si la estrangulo?

«He respondido a tu pregunta con sinceridad».

Cuando se quita el calcetín, me imagino toda su ropa en la hoguera que hay fuera de la tienda, derritiéndose hasta quedar reducida a cenizas, mientras ella yace expuesta ante mí.

Pero sus siguientes palabras me pillan desprevenido.

—¿Me ves como una hermana? Porque muchas de mis amigas tienen hermanos y tienen… una relación diferente de la nuestra. No me los imagino acurrucándose en la cama o jugando a esto, por ejemplo. Así que, bueno, ¿soy una hermana de verdad para ti?

Sin pensarlo —porque ¿qué coño voy a responder eso?—, me quito la camisa de franela y la dejo caer sobre su ropa.

—¿No vas a responder a mi pregunta?

«No».

Juego con los anillos que llevo puestos un segundo, observando cómo me mira embobada. Necesito más. Necesito que me pregunte

algo que me impulse a besarla. No que me pregunte si la veo como una hermana y que luego huya de mí.

«No. Tus preguntas son aburridas».

Pone los ojos en blanco y me dan ganas de azotarla.

—¿Tienes algún *piercing*?

Sí, aunque no en sitios que la gente pueda ver.

«Sí».

Frunce el ceño.

—¿Qué? ¿Dónde?

Me quito la camiseta. Mi ansiedad empieza a desaparecer al ver que se ruboriza con intensidad. Está afectada por mí. Eso es bueno, ¿no?

¿O está avergonzada?

Joder.

Justo cuando empiezo a dar marcha atrás, su mirada recorre mi pecho y mis abdominales, estudiando mis tatuajes. Su respiración se agita.

«¿Por qué me miras?».

—No te estoy mirando.

«Mentirosa».

—Mamá y papá van a flipar si entran y nos pillan así.

Me encojo de hombros. Los dejaré ciegos si la ven así.

«Pregúntame otra cosa».

—¿Por qué quieres verme sin ropa?

«Ya te lo he dicho. Quiero ver tu cuerpo».

Ahora su cara está aún más roja. No estoy seguro de cómo me hace sentir eso.

—¿Por qué? Me has visto en bikini, y hubo una vez que me pillaste en la ducha.

Y cuando no te das cuenta. Tengo primeros planos y todo, pero nada de eso es suficiente.

«Quiero verte entera».

Lo necesito. Creo que, si tengo que esperar un día más, haré algo de lo que me arrepentiré y ella nunca me lo perdonará. Mis impulsos son malos, extremos y poderosos. La fuerza que me queda para no hacerla mía ya está al límite.

Mi cerebro entra en cortocircuito cuando ella duda solo un segundo antes de quitarse la camiseta, mostrándome su sujetador deportivo.

Más. Necesito más. Ya. Apenas puedo respirar correctamente sin que ella se dé cuenta de que casi no puedo controlarme.

«Otra. He contestado dos».

Mi sucia hermanita se quita el sujetador y se lo lleva al pecho enrojecido. Su nerviosismo me hace sentir un cosquilleo en los huevos y noto que me empalmo. Por lo que puedo ver, sus pezones están duros, y, joder, quiero meterme uno en la boca otra vez con tantas ganas que esta se me hace agua.

«Dámelo».

Vuelve a dudar.

—¿Me prometes que no te vas a reír? —me pregunta en voz baja.

¿Me está tomando el pelo? ¿En qué mundo me reiría de algo relacionado con Olivia o su aspecto? Es preciosa; cada átomo de su ser está hecho para mí y solo para mí.

«¿Por qué demonios me reiría?».

—Es que son… pequeñas.

Son perfectas. Creo que habría que revisar la cabeza de esta chica si piensa que hay algo mal en ella.

«Enséñamelas. O haré que me las muestres».

—Deja de ser un cavernícola.

Gira la cabeza, desviando la mirada mientras deja caer el sujetador deportivo, y todo a mi alrededor se detiene. El mundo se queda en silencio ahora que puedo contemplar su belleza expuesta con su permiso. Tiene los pezones duros y rosados, y unos pechos lo suficientemente grandes para abarcarlos con la mano. Tiembla levemente, lo que hace que me acerque y que mi polla se mueva con fuerza cuando ella me devuelve la mirada.

«Pregúntame algo más».

Su silencio, la forma en que me mira…

Estoy a punto de explotar. Voy a agarrarle la nuca y besarla si no hace lo que le digo.

«Pregúntame algo, joder».

—¿Por qué atacaste a Adam en la gasolinera? Solo estábamos hablando, y tú entraste como un torbellino y te volviste loco.

«Estaba intentando quitarme lo que es mío».

—No soy tuya —responde, y el mundo se oscurece. Ella sigue hablando, agrandando el agujero que siento en el pecho—. Soy tu hermana, eso es todo. Somos los hijos de los Vize.

«No. Eras mía cuando éramos niños y eres mía ahora. Siempre serás mía».

Incluso cuando estemos muertos, nuestras almas pertenecerán la una a la otra.

Cuanto antes se dé cuenta, mejor.

—¿Me ves como a una hermana?

«No hagas trampas con tus propias reglas. Ya he respondido a una pregunta».

Ella suelta un «De acuerdo» por lo bajo y se quita lentamente los pantalones.

Su coño está justo ahí, oculto tras un trozo de tela rosa pálido, y yo estoy delante de ella. Mi hermana está prácticamente desnuda y me duele la polla de lo dura que la tengo. Me pregunto si les dirá a nuestros padres que ya está harta de citas y que se casará conmigo o si nos escaparemos.

¿Cuántos hijos querrá?

¿Querrá la vida que tuvimos cuando éramos pequeños, o tendremos un apartamento en algún sitio, con una pequeña cocina, un baño y una habitación libre para los invitados?

De la punta de mi polla gotea líquido preseminal y mis pantalones de chándal apenas ocultan la evidencia de lo mucho que la necesito.

—Creo que ahora te toca a ti empezar a preguntar. Estoy a una respuesta de quedarme desnuda y eso no es justo.

Técnicamente ya lo está. Al menos, lo suficiente para mí.

A Olivia le gusta masturbarse. Lo hace mucho cuando está tumbada en la cama, sola, ya sea viendo porno o leyendo un libro, y yo veo cómo sus dedos entran y salen de su pequeño coño perfecto.

Tenso la mandíbula y me esfuerzo por decir las palabras que podrían arruinar esta noche.

«Si te pidiera que te tocaras, ¿lo harías?».

Su silencio es ensordecedor y me mira con la boca entreabierta. Quizá espera que le diga que estoy bromeando o que pase a la siguiente pregunta.

«Te he observado antes. Te masturbas mucho con los dedos con las cortinas abiertas».

—¿Me has espiado por la ventana?

«Y con las cámaras de tu habitación».

Acabo de revelar uno de mis mayores secretos.

Qué puto idiota.

Su cara refleja su claro estado de *shock*.

—¿Has puesto cámaras en mi habitación?

«Sí. Deja de cambiar de tema. No has respondido a mi pregunta. Si te pidiera que te tocaras ahora mismo, ¿lo harías?».

—¡Primero quita las cámaras!

Ni de coña voy a quitarlas. Son mi refugio cuando ella no está o cuando está enfadada conmigo y no puedo acudir a su lado.

Me da una palmada en el brazo cuando niego con la cabeza y aprieto los dientes, deseando que me pegue más fuerte. Que me abofetee. Que me escupa. Que me tire del pelo y me llame el mejor hermano mayor del mundo.

«Responde».

Sus siguientes palabras encienden algo dentro de mí.

—Creo que haría cualquier cosa que me pidieras. —Hace una pausa—. Con la condición de que sea un secreto.

¿Estoy soñando?

¿Sigo en una especie de trance por las drogas de anoche? ¿Me lo estoy imaginando todo? ¿Está Olivia de acuerdo con esto?

Si ha respondido con sinceridad, necesito quitarme otra prenda de ropa. La miro fijamente, sin pestañear. ¿Ha pronunciado realmente esas palabras o me lo he imaginado? ¿Puedo pedirle que lo repita? ¿Que me aclare que, en efecto, acaba de decir que haría cualquier cosa que le pidiera?

Olivia va a coger su ropa, pero la detengo y me arrodillo para bajarme el pantalón de chándal, sin importarme lo empalmado que estoy: la polla me está apretando los calzoncillos y me cuesta

disimular lo que está provocando en mí. Mi preciosa hermana, desnuda ante su trastornado hermano mayor, diciéndome que se va a masturbar con los dedos para mí mientras no se lo cuente a nadie.

El hecho de que me esté mirando la polla y se esté lamiendo los labios hace que me palpite el glande.

A pesar de que hay un largo y prolongado silencio entre nosotros, en mi cabeza todo se oye muy fuerte. Ella me mira como nunca lo ha hecho y yo me siento… nervioso.

Me aterroriza.

¿Qué hago ahora? ¿Le digo que haga lo que le digo y se tumbe, que se meta los dedos en el coño y me enseñe cómo se da placer?

—¿Nos vestimos?

«Todavía no», contesto, sintiendo cómo aumenta mi ansiedad porque no tengo la menor idea de qué hacer en este punto. «Y esa es otra pregunta a la que he respondido».

No le doy la oportunidad de discutir. Agarro el borde de sus bragas y se las quito de un tirón. Olivia jadea mi nombre, pero le tapo la boca con la mano y la empujo para que se tumbe boca arriba.

Le separo las piernas. La tengo justo ahí, tan cerca… ¿Me dejaría follarla? ¿Y si le hago daño? Somos vírgenes, no tenemos experiencia, pero podemos aprender. Le enseñaré lo que me gusta y ella puede hacer lo mismo.

Le hago señas para que se quede quieta, poniéndome de rodillas entre sus piernas, y el corazón se me acelera cuando mis ojos se posan en su coño. Se me hace la boca agua y se me eriza todo el vello del cuerpo. Está mojada. Veo lo mucho que esa parte de ella necesita atención. Aunque intenta cerrar las piernas, las mantengo abiertas.

—Dijiste que no me tocarías.

No soy un buen tipo, no cumplo mis promesas y miento. Miento todos los días. Porque no quiero ser el hijo de los Vize, quiero estar casado con alguien de la familia. La quiero a ella. Todo el tiempo. Todos los días.

Ella tiembla mientras yo, agitado, le doy un beso al lado de la rodilla.

«¿Puedo probarte?».

—Dijiste que no me tocarías —repite, estremeciéndose aún más mientras le beso la otra rodilla, intentando mantener la compostura; siento que el corazón se me va a salir del pecho y necesito un cigarrillo para calmarme.

O algo más… a ella.

«Pues tócate».

—¿De verdad?

«Sí».

—¿No estarás intentando tomarme el pelo? Si estás burlándote de mí, Malachi, te pegaré.

Quiero que lo haga. Y también que duela.

«Si no me permites tocarte, entonces tienes que hacerlo tú».

—¿Y si me niego?

Amo a esta chica, pero sabe cómo llevarme al límite. No dirá que no. Lo desea tanto como yo.

—Vale, vale, vale. Pero prométeme que no vas a tocarme.

Levanto el meñique y lo engancho con el suyo como solíamos hacer de niños. ¿Está mal? Solía hacerlo cuando guardábamos algunos secretos de mamá, o cuando nos prometíamos que siempre seríamos mejores amigos.

Ahora lo hago para demostrarle que no la tocaré mientras veo cómo se folla con los dedos.

Nunca suelo romper una promesa de meñique, pero siempre hay sitio para más primeras veces entre nosotros.

—Y no se lo cuentes a nadie. Esto no es lo que hacen los hermanos. Nos meteremos en un buen lío.

«No lo haré. Será nuestro secreto, hermanita».

Me aparta las manos de un manotazo, disgustada, a pesar de que se sonroja y sus pupilas se dilatan aún más.

—Por favor, no me llames hermanita ahora.

«Pero eres mi hermana», respondo, sonriendo satisfecho, y mis propias palabras me vuelven jodidamente loco. «Mi pervertida hermanita que va a masturbarse delante de mí. Enséñale a tu hermano mayor cómo gimes cuando te corres».

Observo sus movimientos, movimientos que nunca pensé que llegaría a presenciar en persona. Sus dedos se deslizan hacia abajo, se separa los labios y me cuesta respirar mientras le presta a su clítoris la atención que se merece.

Las pastillas de Mason me han afectado al cerebro, porque no hay ninguna posibilidad de que esto esté sucediendo ahora. Mi hermana no se está dando placer conmigo entre sus piernas. No puede ser. Si pestañeo, podría desvanecerse, así que mantengo la mirada fija entre sus piernas a medida que ella acelera el ritmo. Su espalda se arquea un poco, sus ojos se cierran y siento la piel demasiado caliente a pesar de no llevar ropa.

Olivia no tiene ni idea del peligro que corre. Podría abalanzarme sobre ella, enterrarme en su interior y hacer que se corriera sobre mi polla, y no tendría elección.

Al final pestañeo porque nunca le haría eso. Quiero su permiso. Quiero que me desee.

¿La estoy forzando?

¿Quiere hacer esto?

Mi cuerpo se acerca distraídamente al suyo, como un imán, como si le perteneciera. Necesito que me diga qué quiere que le haga. Necesito… algo.

«¿Puedo tocarte?».

—No. —Jadea, todavía trazando círculos sobre su clítoris—. Por favor, no lo hagas.

«¿Por qué?».

No obtengo respuesta. Olivia está demasiado sumida en su placer. Mientras que con una de sus manos se toca el clítoris, baja la otra y se mete dos dedos en el coño. Mi polla palpita y no puedo aguantar más. La rodeo con las manos por encima de los calzoncillos y aprieto. Me duelen los huevos, mi cerebro entra en cortocircuito una y otra vez, y siento que si Olivia acerca sus labios a mi cuerpo, me correré.

Está gimiendo, e imagino que está diciendo mi nombre a medida que la acaricio, escuchando lo mojada que está mientras sus dedos entran y salen de su interior hasta que alcanza el clímax.

Joder. Quiero ser la causa de ese sonido celestial.

Tiene la boca abierta y la espalda arqueada, y sus pequeños jadeos y gritos hacen que apriete mi polla con más fuerza, lo bastante como para que me duela. Me niego a correrme todavía. Quiero sus labios alrededor de mi pene o sus dedos sustituyendo a los míos.

Me mira fijamente durante su orgasmo, mordiéndose el labio. Probablemente una vocecilla en su interior la esté atormentando, echándole la bronca por lo que está haciendo y por lo cerca que estoy de ponerme encima de ella.

Me cuesta respirar; podría morirme ahora mismo y me sentiría casi feliz.

—¿Aún quieres probarme? —pregunta, jadeando.

¿De verdad me está preguntando eso? ¿Por qué iba a negarme?

Asiento porque no soy un maldito idiota, nunca rechazaría esa oferta. El corazón me va a mil por hora cuando me acerca los dedos a la boca y me quedo quieto cuando me los pasa por los labios.

Sea cual sea la droga que aún tengo en mi organismo, no podría ni acercarse al éxtasis que estoy recibiendo ahora mismo. La agarro de la muñeca y me meto los dedos en la boca. Los lamo, chupo, muerdo… Su sabor estalla en mi lengua mientras mi puta polla suplica por estar en su interior. Todo lo que pueda obtener de ella es más que suficiente.

Gimo por dentro, los ojos se me cierran y la mano que tengo libre apenas puede moverse alrededor de mi polla por las sensaciones que me recorren. Estoy demasiado sensible. Joder, no puedo aguantarlo más.

En cuanto aparta los dedos, estoy sobre ella. Me detiene, poniéndome una mano sobre la boca antes de que pueda besarla.

—No —dice con la voz entrecortada y los ojos muy abiertos—. ¡Esto no es lo que hemos acordado!

Frunzo el ceño, porque, aunque pronuncia esas palabras, veo en su cara cuánto desea que siga. Siento su cuerpo bajo el mío, la dureza de mi polla clavándose en su muslo. Le sujeto la muñeca, retiro su mano de mi boca y agarro su mandíbula. Mi boca baja hasta la suya por segunda vez, y algo en lo más profundo de mi

pecho vacío, mi malvado corazón, se parte en dos cuando ella esquiva mi beso moviendo la cabeza hacia un lado.

—No, Malachi.

Me está volviendo loco.

Me está… matando.

Me levanto, pensando en lo que quiero decir, pero sin saber cómo explicarlo: me ha hecho daño. Me está haciendo sentir cosas que no puedo controlar, y no me gusta.

Me odio por no ser capaz de expresar lo que siento y explicarle por qué deberíamos estar juntos. En lugar de huir, como me gustaría, levanto las manos para hacer señas, pero ella destruye toda la confianza que me queda al darse la vuelta.

—Vamos a dormir. —Apaga la linterna que hay sobre nosotros, sumiéndonos en la oscuridad—. Obviamente no estamos pensando con claridad.

En un instante, la rabia, el dolor y la tristeza ganan a cualquier emoción. Vuelvo a encenderla y la agarro de la garganta, sintiendo su pulso errático, y aprieto. Sus pulmones pronto empezarán a luchar por respirar. Sus ojos se abrirán por la sorpresa y se pondrán rojos e inyectados en sangre. Sus labios se volverán azules. Luego se enfriará. No verá nada.

No pestañeará. No exhalará. No tendría más amor que dar a nadie excepto al hermano que literalmente moriría por ella.

Me doy cuenta de que Olivia tiene problemas para respirar. Mi Olivia. Mi chica. Mi hermana. La suelto. Ella tiembla, intentando aclararse la garganta en silencio tras unos segundos de estrangulamiento.

«No me silencies así. Maldita sea, no vuelvas a silenciarme, Olivia».

¿Cómo se atreve a parecer confusa? ¿Cómo cojones se atreve, cuando ni siquiera ha pasado un minuto desde que me haya roto?

—No… no lo he hecho.

Señalo la linterna.

«No puedo hablar contigo si no puedes verme, joder».

Esto es ridículo. ¿Por qué no puedo ser normal? ¿Por qué?

—Oh. Perdón. No me he dado cuenta. Es que… no podemos besarnos. Eso no es lo que hacen los hermanos, independientemente de lo que acaba de suceder. Por favor, no hagas que esto sea incómodo.

Me estoy torturando a mí mismo. Lo único en lo que puedo pensar es en salir corriendo. Dejar atrás esta mierda de situación. Sin embargo, la agarro del pelo y tiro de ella, acercándola un poco más a mí, pero no lo suficiente. Nunca lo suficiente.

Nunca.

«Solías besarme siempre».

—Cuando éramos pequeños, y los besos eran inocentes. Tú… Nosotros… No, Malachi.

«¿No? Acabas de…». Me detengo, derrotado. Me duele el pecho.

—Mamá me está organizando citas con los chicos para que me *case* con alguno de ellos, Malachi. No puedo arriesgarme a que me pillen besándote.

Si no entiende que no puede estar con nadie más que conmigo, puede que tenga que matar a todo el mundo para que solo quedemos nosotros dos. Entonces, no tendrá más remedio que estarlo. No es exactamente la mejor manera o la más sana de empezar una relación, pero seguro que así no se casa con otro.

¿Imaginarla con un apellido diferente al mío? Ni de coña.

«No te vas a casar con nadie, joder».

Sus ojos están lacrimosos como si intentara llorar. Son lágrimas falsas. Lágrimas de lástima. O está enfadada porque su lunático hermano ha aplastado sus sueños de casarse con su príncipe. Siente pena por mí. El chico perdido sin un futuro, la oveja negra defectuosa con más carga y tendencias psicóticas que la mayoría de los adolescentes. Ella no me quiere; se ha visto obligada a estar en esta situación. Por mi culpa. Yo la he forzado a hacer todo esto. Esto no es consentido.

Aprieto los dientes y me arden los músculos por la necesidad de explotar. ¿Por qué me hace esto? ¿Por qué no me desea como yo a ella? Sus siguientes palabras no hacen más que confirmarlo.

—No podemos —susurra con los labios temblorosos, empeorando mis pensamientos, clavándome la daga más profundamente en el pecho—. Eres Malachi Vize y yo soy Olivia Vize. Somos hermanos.

¿Por qué Jamieson y Jennifer tuvieron que adoptarme? ¿Por qué, joder?

«Deja de decir eso. No estamos emparentados por sangre. No eres mi verdadera hermana, ¿cuál es el maldito problema?».

Se mete en el saco de dormir como si no acabara de estar encima de ella y hubiera observado cada centímetro, curva y peca aleatoria de su piel desnuda.

—Esto ha sido un error.

Necesito volver a pensar cómo ganármela porque esto no está funcionando.

—¿Ya están durmiendo?

Mamá se está acercando. Puedo oír los pasos de papá detrás de ella.

Verá qué guarra es su hija si logra entrar. Pero no lo hará. He cerrado la tienda con candado, aunque en secreto desearía que me hubiera olvidado de hacerlo, para poder ver la vergüenza en su cara cuando nuestros padres nos pillen juntos desnudos.

Quiero que se den cuenta de que su pequeño y perfecto ángel de mierda está confundiendo a su hijo, que está empeorando su estado; que su enfermedad es manejable, sin que Olivia sea un factor.

Niego con la cabeza. Es ridículo. Olivia es la razón por la que respiro.

Ella se esconde bajo el saco de dormir, fingiendo estar en el quinto sueño.

—Niños, ¿estáis dormidos?

Olivia me mira. Quiero que me diga que lo siente, que podemos estar juntos. Que me bese y me elija, joder.

—Deben de estar dormidos —oigo decir a mamá a lo lejos—. ¿Desde cuándo somos nosotros los que nos quedamos hasta tarde? ¡Pilla las cervezas!

Levanto las manos, pensando en disculparme por haberla puesto en esta situación. Luego las bajo. Que se joda por hacerme sentir así. Que le den a Olivia Vize por hacer que me enamore de ella cuando no tiene intención de hacer lo mismo conmigo.

Me tumbo, pero no quiero estar aquí. Está demasiado cerca. Oigo cómo se acomoda la ropa y escucho su respiración hasta que se vuelve pesada y cae en un profundo sueño.

Tardo una hora en calmarme con el sonido de sus ligeros ronquidos antes de abrir el saco de dormir y salir de la tienda. El aire fresco me golpea y me paso las manos por el pelo, agarrando los mechones con fuerza y sin soltarlos mientras me dirijo directamente al bosque.

Me arden los pulmones de lo mucho que necesito respirar. Me duele la cabeza —siento como si alguien me la estuviera oprimiendo— y tengo la boca seca.

En cuanto me adentro unos metros en la arboleda, cedo al ataque y caigo de rodillas, con las manos contra mis sienes. No puedo respirar. Siento todo el cuerpo tenso y me agacho, enterrando la cara en la tierra.

—Respira, hijo.

Una mano se posa en mi espalda, pero no mejora nada: sigo sintiendo que estoy cayendo en espiral, que estoy perdiendo la puta cabeza, mientras papá se arrodilla a mi lado.

—Respira más despacio. Estás hiperventilando.

Intento apartarlo y no lo consigo: me agarra la nuca, intenta que calme mis pulmones sobrecargados, que escuche, que haga algo que no sea perder los estribos.

El mundo se estremece mientras pierdo y recupero el conocimiento. Libro una puta batalla para mantenerme despierto mientras él me frota la espalda, me dice algo al oído, me aprieta la nuca y me sacude.

Creo que pronuncia mi nombre. No le entiendo. Trato de concentrarme, de respirar más despacio, pero al final me rindo y caigo en la oscuridad del vacío, donde pertenezco.

7

MALACHI

Mantenerme alejado de Olivia desde la acampada ha sido difícil.

Al menos, mientras está despierta y consciente.

Suelo colarme en su habitación cuando está dormida para tumbarme con ella, acompañarla andando a su entrenamiento de animadoras desde lejos o vigilarla con la única cámara que queda todavía en su cuarto y que apunta justo a su cama. A veces creo que la ha dejado ahí aposta. Quiere que la mire, que vea cómo se toca cada noche. Ahora es una adicción ver cómo sus dedos se deslizan entre sus muslos, cómo sus uñas pintadas de rojo dibujan círculos sobre su clítoris mientras mira fijamente al objetivo de la cámara.

Quiero follármela. Es lo que más deseo.

La decisión de dar marcha atrás no fue mía. Quiero decir, lo fue, sí, pero no del todo. Si de mí dependiera, la agarraría delante de nuestros padres y les mostraría lo lejos que estamos de ser solo hermanos.

Aunque no quiero distanciarme de Olivia, ni en lo más mínimo, es lo mejor. Me estoy perdiendo a mí mismo. Incluso mis amigos están preocupados: Mason me envía mensajes cada vez más a menudo para quedar y salir con nuestras motos y me pregunta constantemente cómo me siento y si me voy a suicidar.

Está claro que no… No me imagino dejar este mundo sin Olivia.

Tendría que estar muerta ya para que yo abandonara voluntariamente este planeta.

El caso es que en el momento en que me di cuenta de que tenía que ponerme a mí primero fue cuando papá me encontró perdiendo

los papeles aquella noche del fin de semana de la acampada. Me desmayé por la falta de oxígeno y me desperté unos minutos después. Estuvimos sentados en silencio en el bosque durante horas. No se lo contó a mamá porque sabe que ella querría que retomara la mierda de la terapia y la medicación. Papá sabe que lo odio, que nunca lo aguantaría. Sería hacerle perder su dinero y el tiempo de todos.

Papá me preguntó qué había pasado para que se desencadenara el ataque, pero como lleva ocurriendo durante meses, no pude responder. Incluso decírselo por señas me habría hecho parecer más débil de lo que ya soy. Él se hace una idea de lo mal que estoy desde que era más joven. Mi diagnóstico solo demostró que no tenía la misma mentalidad que el resto de la familia Vize. Aun así, me mantuvieron bajo su ala a pesar de tener miedo de mí y de los pensamientos oscuros que me asaltaban.

Sinceramente, no tengo ni idea de por qué no me devolvieron al sistema.

Lo cierto es que me lo merecía.

Soy el hijo que nunca quisieron y ahora tienen que aguantarme. Creo que papá está empezando a darse cuenta de cómo soy con Olivia. Que tenía razón cuando éramos más jóvenes. La obsesión que tengo con cualquier cosa sobre ella no es sana y está mal.

He notado que nos observa mucho desde el viaje de acampada, y está claro que sabe que algo pasa. Olivia y yo no hablamos: solo la miro cuando no está mirando, y ya no la sigo a todas partes como un cachorro perdido.

Sin embargo, incluso si descubre mis verdaderos sentimientos, no hay nada que pueda hacer.

Pueden drogarme con medicamentos, obligarme a entrar en una institución, intentar absolverme de mis putos pecados. Seguiré viviendo y respirando por mi hermana, esperando a que me elija. Joder, ha pasado demasiado tiempo desde que estuve muy cerca de tocarla, besarla, reclamarla, y me muero por hablar con ella, pero esto es más divertido.

Ahora está en la bañera mientras yo me tumbo en su colchón. Normalmente, cuando la música para, me voy antes de que salga o

me meto debajo de su cama y desaparezco cuando se ha dormido.

Mantener las puertas de mi balcón cerradas e ignorarla cuando sé que ha tenido una pesadilla y me busca no ha sido fácil. Aunque cuando se queda frita, siempre me cuelo en su habitación y la veo dormir.

Es un poco *creepy*.

Mis amigos me castrarían si supieran lo que pasa por mi mente.

Mis ojos se posan en el vaso de agua lleno de hielo que hay junto a su cama. Los pequeños cubitos congelados casi se han derretido. Decido hacer algo útil y echar unos nuevos mientras mi hermana se eterniza en la bañera.

Estoy en la cocina vaciando el vaso cuando entra mamá.

—Te has vuelto a dejar la puerta del garaje abierta y en la entrada hay marcas de las ruedas de tu moto. —Resopla—. ¿Alguna vez haces caso?

La ignoro. Su voz me pone de los nervios; es como el sonido de unas uñas arañando una pizarra.

Abre el botiquín, coge un bote de pastillas y saca dos.

—Por lo general solo tomo una, pero necesito dormir profundamente durante las próximas doce horas. Así que hasta que no despierte, no existo para nadie.

¿Está borracha o qué? ¿Cuándo acudo a ella para algo?

Se traga las pastillas con agua y su mirada se clava en mí. Sus párpados se entrecierran como si quisiera seguir hablando, preguntarme algo, pero luego pone los ojos en blanco, deja el vaso en el fregadero y se marcha.

Al oír las palabras de mi madre, se me ocurre una idea: ¿y si uso sus pastillas con Olivia? Es algo depravado y está mal, pero no sé cuánto control me queda. Si no hago esto, tendría que besarla mientras está despierta y podría arruinarlo todo si me aparta o incluso me abofetea por intentar hacerlo.

Pero si está dormida…

Podría besarla y ella no podría decirme que no.

Podría detener mi obsesión. Detener el ansia que siento por mi hermanita. Quitarme la espinita de follarme a la chica junto a la que he crecido como su hermano.

Echo cuatro pastillas en el vaso, luego añado una quinta y las dejo reposar hasta que se disuelven por completo. Remuevo con una cuchara, añado unos cubitos de hielo y un poco de zumo de naranja para disimular el sabor a medicina y subo a la habitación de Olivia.

Por suerte, aún no ha salido del baño, así que dejo el vaso donde estaba y me apresuro a esconderme en su armario cuando oigo que su música se detiene.

El sonido de sus pasos acelera los latidos de mi corazón.

Se envuelve en una toalla y se frota el pelo con otra.

Todavía tiene la piel húmeda. Se me hace la boca agua y respiro con dificultad por la nariz.

Tarda una eternidad en secarse el pelo y se me hace un nudo en la garganta cuando la toalla que envuelve su cuerpo cae a sus pies. Sus pechos, su coño, su puto cuerpo.

Joder.

Tristemente, se pone un camisón, aunque mi entretenimiento me mantiene despierto mientras practica una de sus rutinas de animadora en el espejo. Luego, llama a Abbi, quedan en verse mañana en el centro comercial y se bebe el vaso de un trago, haciendo que los cubitos de hielo que quedan golpeen sus dientes.

Arruga la nariz haciendo una mueca y mira el vaso vacío. Se lame los labios y entra en el cuarto de baño para enjuagarlo y dejarlo a un lado.

Ya está hecho. Pronto, en cuestión de minutos, Olivia perderá el conocimiento.

Mi polla no debería estar dura. No ha pasado nada, pero ahí está, tan tiesa que casi abre la puerta del armario. Quizá debería ser sincero y decirle que es mía en lugar de drogarla hasta que se duerma para mi propio disfrute…

Me encojo de hombros. Demasiado tarde.

Miro el reloj que hay enfrente de donde me escondo. Las manecillas parecen tardar una eternidad en recorrer la esfera y, tictac a tictac, la respiración de Olivia se hace pesada mientras se mete bajo las sábanas.

Debería sentirme mal. Debería estar avergonzado conmigo mismo por haber drogado a mi hermana, pero mi control tiene un

límite y ya lo he pasado. No soy un buen tío, nunca lo he sido. Soy un gilipollas, un controlador y no merezco la vida que tengo. Estoy seguro de que deberían encerrarme en un psiquiátrico o algo así.

Por la forma en que aumenta mi excitación a medida que se va quedando cada vez menos lúcida, creo que definitivamente ya no hay vuelta atrás: he cruzado el límite, cayendo en un abismo desde el que ya no hay forma de regresar.

La puerta se abre con un chirrido cuando salgo de mi escondite, me acerco a su cama y me arrodillo despacio. Estoy nervioso. Nunca he estado tan nervioso en mi vida. Porque puedo hacer lo que quiera, pero no tengo ni idea de por dónde empezar.

Olivia tiene una expresión dulce y relajada. Preciosa. Increíble. Espectacular.

Cualquiera sería afortunado de llamarla su esposa, la madre de sus hijos, la persona con la que envejecer.

Su pecho sube y baja con cada respiración. Sus labios son carnosos y quiero besarlos. Quiero oírla jadear contra mi boca mientras la devoro, darme un festín con su lengua y atrapar su labio inferior entre mis dientes. Aunque preferiría que se diera cuenta de que soy yo, que me viera deslizarme por su cuerpo para saborearla, con esto me basta.

Oigo la voz de papá en mi cabeza, diciéndome que me aleje de Olivia. Nunca ha confiado en mí cerca de ella. Nunca. Y no se equivoca, pero ahora que acaba de cumplir dieciocho años y yo estoy a punto de cumplir veinte, la inocencia ha desaparecido y sé exactamente lo que quiero.

Adoro a mi hermana. Era y es mi ancla. Es la única persona en el mundo con la que quiero comunicarme o por la que me preocupo. Pero no quiero abrazarla, hablar y actuar como si no la amara. La necesito más de lo que necesito el aire.

No está bien, pero me importa una mierda. Sé perfectamente que no está permitido, que mi polla no debería agitarse y endurecerse ante la idea de metérsela entre las tetas hasta pintárselas con mi semen.

Tiro lentamente de la manta y se me corta la respiración al ver su piel suave y delicada.

Se le ha subido el camisón hasta las caderas. Cada vez lleva menos ropa para dormir, y no puedo decir que me queje. Podría estar completamente desnuda y yo seguiría necesitando más. Verla desnuda, duchándose e incluso dándose placer no es suficiente. Necesito ser la causa de esos gemidos tan cautivadores.

Nunca he tocado a una chica, nunca he sentido la necesidad ni he querido hacerlo. Sin embargo, tengo tantas ganas de tocar a mi hermana que no puedo contenerme. Aparto la manta y me quedo mirándole las piernas desnudas, esos malditos muslos perfectos que quiero enroscados a mi alrededor mientras la penetro con tanta fuerza como para que el cabecero golpee contra la pared.

El deseo es insoportable. Deslizo la yema de mi dedo por su clavícula, la engancho bajo el tirante de su camisón y lo deslizo por su hombro. Aparece la curva de su pecho, luego su pezón rosado, y siento que se me ponen duros los huevos y me palpita la polla, que presiona contra la tela de mis calzoncillos, sobre todo cuando la yema de mi pulgar rodea su pezón, haciendo que se endurezca.

No es suficiente. Bajo su otro tirante y dejo ambos pechos libres. Me desplazo sobre el colchón, entre sus piernas, y le quito el camisón del todo y también las bragas, lisas, blancas e inocentes, y me relamo los labios en cuanto veo su coño.

Levanto la vista hacia su rostro —aún está dormida— y mantengo la mirada fija en ella mientras presiono su clítoris con el pulgar. Si se despierta, puede abofetearme y le pediré disculpas. Arruga un poco las cejas y las frunce aún más mientras ejerzo un poco más de presión y dibujo círculos despacio en esa zona sensible.

El hecho de que no se despierte ni me grite me hace sonreír burlonamente, y vuelvo a mover el dedo en círculos, aprendiendo a tocarla, cómo es la fisiología de su parte más íntima.

Uso los dos pulgares para separar los labios de su coño, viendo lo rosado y bonito que es, y luego bajo la cara hasta quedar a apenas unos centímetros de ella e inhalo.

Es mejor que las putas drogas o la adrenalina que siento cuando voy en mi moto o le doy un puñetazo en la cara a algún gilipollas. Su coño es mi nuevo juguete favorito.

Paso los pulgares por los labios de su coño, separando la carne alrededor de su clítoris, abriéndolo más para mí.

Lo acaricio de nuevo con el pulgar y deslizo el dedo hasta su entrada, sin dejar de mirarla, notando lo mojada que está a pesar de estar dormida. Se me escapa un pequeño gemido cuando lo introduzco en su interior, abriendo la boca al comprobar lo caliente que está por dentro, tan perfecto como su exterior.

Resoplo hondo, necesitando liberar mi polla, y después la acaricio, metiendo el dedo más adentro.

Mis manos son mucho más grandes que las suyas. ¿Le hará daño? Sé que cuando una chica pierde la virginidad puede dolerle, hacerla sangrar, pero ¿le dolerá un dedo?

Lo saco para asegurarme de que no hay sangre, pero solo está mojado.

Tragando saliva, me acaricio la polla moviendo la mano desde la base a la punta y me meto el dedo en la boca. Pongo los ojos en blanco y suelto un gemido silencioso. Sabe a gloria.

Doblo sus rodillas, separo sus muslos y me bajo los calzoncillos, tirándolos al suelo, junto con mi camiseta. Si ella está desnuda, es justo que yo también lo esté.

Le meto dos dedos y me detengo cuando su cuerpo se tensa, incapaz de parpadear, moverse ni nada. Se contrae alrededor de ellos durante un segundo, mojándose aún más.

Despierta, hermanita. Despierta y mira lo que te está haciendo tu hermano mayor. Siente cuánto deseas que te meta los dedos en el coño, digo en mi cabeza.

Debería follármela. Ser el primero que lo haga. Si la lleno con mi semen y lo mantengo ahí, podría quedarse embarazada. Entonces, se vería obligada a estar conmigo.

Son las tres de la mañana. Mamá está sumida en un profundo sueño por sus pastillas para dormir, papá está trabajando en un caso de apelación que está en todas las noticias y todo el servicio está fuera. Nadie puede pillarme violando a mi hermana. Desciendo sobre su cuerpo, hundo la nariz en su pelo e inhalo.

Es adictivo. Inhalo hondo, asegurándome de no aplastar su pequeño cuerpo mientras mi polla presiona el lugar donde mis dedos

entran y salen con facilidad. Despacio. Sin meterlos del todo ni siquiera hasta el primer nudillo. Húmedos. Cada vez más apretada con cada embestida.

Llevo mi otra mano a su pelo y cierro los ojos, sintiendo cómo mi pene se pone cada vez más duro por lo delicada y suave que es. Introduzco dos dedos y me detengo cuando sus caderas se balancean hacia arriba, introduciéndolos hasta los nudillos. Sea cual sea el sueño que crea estar teniendo, está atrapada en él, impidiéndole despertar.

Una parte de mí quiere que lo haga y pida más, que gima mi nombre y admita sus sentimientos. Aunque no estoy seguro de cómo reaccionaría si al despertar me viera encima de ella, con mi polla golpeándole el muslo y mis dedos en su interior, haciéndola gemir aún más.

Restregó su culo perfecto contra mí, pero se acobardó cuando intenté que metiera una de sus manos en mis calzoncillos. Me confunde. Sé que mi hermanita está enamorada de mí; que todas esas citas que le organiza mamá son inútiles porque no se casará con ninguno de los tíos con los que sale. Me aseguraré de ello.

Mi Olivia vuelve a gemir en sueños cuando saco los dedos y me los chupo.

Doblo su rodilla, enroscando su pierna en mi cadera, y deslizo la parte inferior de mi polla contra su coño. Joder, está empapada. Y por los detalles demasiado explícitos de Mason sobre toda la gente a la que se ha follado, y por sentido común, sé que es una buena señal que su cuerpo se mueva por voluntad propia, que su respiración esté entrecortada.

Creo que lo estoy haciendo bien, y por la forma en que levanta las caderas, persiguiendo la suavidad de mi polla, sé que a pesar de que mi chica esté inconsciente lo está disfrutando. Qué hermanita tan pervertida, persiguiendo la polla de su hermano mientras él practica con ella.

Ni siquiera se acordará por la mañana. Entierro mi nariz en su pelo y empujo con más fuerza entre sus piernas. No se la voy a meter, incluso aunque la cabeza de mi polla esté cubierta de líquido preseminal, haciendo que resbale contra su entrada. Quiero que

Olivia sea consciente de quién está dentro de ella cuando perdamos juntos la virginidad.

Me estremezco con la sensación. Con cada ligero empujón que doy y al inhalar su aroma, mi corazón se acelera, siento un cosquilleo en los huevos y la polla me palpita y cada vez está más dura. Estoy cubierto de su excitación y mi semen, por todo su coño.

Los sonidos que hace contra mi oído provocan que mi pene palpite y se endurezca aún más mientras follo en seco su cuerpo dormido.

Beso su garganta. Una parte de mí desea a medias que despierte y acepte lo que somos. La otra quiere que siga dormida y no estropee esto, porque diría que somos hermanos y que está mal.

Capturo el lóbulo de su oreja y lo chupo suavemente mientras sigo arrastrando mi polla entre sus piernas, necesitando más, necesitando saber lo que es follarla de verdad, tener la carne caliente de su coño envuelta alrededor de mi polla, pero me contengo.

Oigo vibrar su móvil en la mesilla de noche. Estoy a punto de correrme. Cuando llega otro zumbido, me detengo, jadeante, y cedo ante la curiosidad al tercer mensaje. Me inclino y tecleo la contraseña: mi fecha de nacimiento. La pantalla se desbloquea y miro con el ceño fruncido los mensajes del gilipollas al que ataqué hace un tiempo.

> **Adam**
> ¿A qué hora vas a venir mañana a casa?
> No quiero cancelarlo y fastidiar a nuestros padres. ¿Cómo salimos de esta?
> Quizá podríamos fingir otra vez. Me aseguraré de que mi asistenta no nos oiga esta vez.

Aprieto los dientes y miro con odio a mi hermana. Luego borro los mensajes y vuelvo a tirar su teléfono sobre la mesa. ¿Tiene una cita mañana? ¿Le gusta ese chico? Ahora es un pretendiente potencial para mi hermana por mi culpa. Aunque si le gusta…

Vuelvo a inclinarme sobre ella, apretándome la polla con el puño y apoyando el codo en la almohada junto a su cabeza. Tiene los

labios entreabiertos. Llevo demasiado tiempo pensando en besarlos, pero ahora estoy cabreado y la idea de que la bese otra persona me hace querer hacerle daño.

Coloco la polla de modo que el glande hinchado quede alineado justo contra su entrada empapada y le muerdo el labio, clavándole los dientes hasta que se estremece y luego aliviando la zona con la lengua.

Me arrepiento en cuanto lo hago, cierro los ojos y aprieto los labios contra los suyos. Su boca permanece inmóvil como una estatua mientras inhalo profundamente y le agarro la barbilla, inclinando su cabeza para besarla con más fuerza.

Gruño en silencio, deslizando la lengua entre sus labios. No me devuelve el beso, pero no importa. Subo más su rodilla por mi cadera y sigo deleitándome con su boca, con cuidado de no empujar mi polla dentro de ella y causarle algún daño.

En primer lugar, porque nunca ha tenido relaciones sexuales, y, en segundo lugar, porque no tengo precisamente una polla de tamaño medio.

Ni siquiera sabe que tengo un *piercing*. Mason se lo hizo, así que yo también, y sentí un dolor horrible e inimaginable, especialmente a esa edad. Pero ahora ya está todo curado. Soy un chico virgen con un *piercing* en la polla, estoy obsesionado con mi hermana y sigo oponiéndome a ir a terapia y a tomar medicación.

Pero no pasa nada. En cuanto se dé cuenta y me elija, seré normal.

Sus mejillas se sonrojan y casi me muero cuando se balancea contra mí y la cabeza de mi polla casi entra en su interior. Me alejo unos centímetros, con la frente pegada a la suya, y vuelvo a acercar el glande a su entrada.

Joder, qué ganas tengo de que sea mía. ¿Qué puedo hacer para que pare esta mierda de las citas? Olivia es mía. Cuanto antes se dé cuenta mamá, mejor.

La beso de nuevo, introduciendo mi lengua en su boca hasta que siento la suya, y siento que se me tensan cada vez más los huevos. Me arden los pulmones y tengo muchísimas ganas de

empujarme en su interior, pero me contengo, aunque la polla se me pone dura y empieza a palpitarme.

Me he corrido pensando en Olivia millones de veces: viendo vídeos, fotos o estando físicamente cerca de ella mientras se toca. Me he manchado la mano, el edredón, la pared de la ducha con mi semen. Sin embargo, ahora, mientras sigo besando a Olivia y su lengua reacciona, moviéndose contra la mía, vacilo cuando empieza a tensarse debajo de mí. Su espalda se arquea y suelta un gemido tan fuerte que podría revivir a los muertos a medida que su coño palpita contra la cabeza de mi polla.

Me corro con tanto ímpetu que necesito volver a clavarle los dientes en el labio mientras lo hago y mi semen pinta su precioso coño.

La presión sigue creciendo en mi interior. Deslizo la mano entre nosotros, lo recojo con dos dedos y se los introduzco, hasta que estoy satisfecho.

Mañana tendrá una cita con mi semen dentro de su coño virgen.

Me separo de ella, con la respiración agitada, me pongo en pie y me guardo la polla en los calzoncillos, con el corazón acelerado. Me paso la mano por el pelo, cojo el móvil, le hago una foto a Olivia y la envío al portátil. La guardo con las demás imágenes que tengo de ella dormida, desnuda, comiendo, bailando y sonriendo. Si alguien encontrara la mierda que tengo ahí, pensaría que soy un pervertido y que acoso a mi propia hermana. Y supongo que, en cierto modo, tienen razón.

Echo un último vistazo a su cuerpo y vuelvo a ponerle las bragas y el camisón sin molestarme en limpiar el desastre que he causado, planeando ya lo que le haré mañana por la noche.

8

MALACHI

Olivia se cierne sobre mí, con nuestros meñiques enganchados, después de que yo haya contado la mayor mentira de mi vida sobre mi falta de experiencia para que ella me enseñe a besar.

Técnicamente, lo es. He besado a alguien antes. A ella. Mientras estaba drogada y me devolvía el beso, distraída, sin ser consciente en absoluto de que tenía los dedos de su hermano en el interior de su coño.

Fue un desastre. No es algo de lo que pueda presumir, pero sigue siendo una mentira.

Cuando me llegó su mensaje, preguntándome cómo me había ido en la cita, sonreí a la pantalla, dejé a mis amigos y me fui directo a casa. La ventana de su habitación estaba abierta, me colé por ella y esperé a que saliera del baño.

La cita había sido una mierda. La había planeado para poner celosa a Olivia, y funcionó. Anna me pidió que fuera a la fiesta de su amiga cuando quedáramos. Yo había aceptado, asintiendo porque ella no tenía ni idea de la lengua de signos, y me aseguré de que las amigas de Olivia me vieran subir al piso de arriba con ella.

Era una idea perfecta. Hasta que entré en la habitación, la puerta se cerró y Ana intentó besarme. No formaba parte de mi plan, pero, por alguna razón, cuando me aparté, siguió acercándose a mí hasta que le puse la mano en la frente y la empujé, haciéndola retroceder unos pasos. No estuvo contenta con mi rechazo; sin embargo, me importó una mierda y me largué de allí.

El corazón me va a estallar en el pecho porque, por mucho que haya estado junto a Olivia durante años, por mucho que nos

hayamos acurrucado en la cama desde que éramos niños y por todo lo demás, estoy tan malditamente nervioso que me cuesta tragar saliva.

Intenta cubrirse, apretándose la toalla alrededor del cuerpo, pero la verdad es que no tiene mucha importancia. La he visto desnuda demasiadas veces.

El hecho de que haya hecho esto antes, despierta, con alguien que no soy yo, no me cuadra. Culparé a mamá. Así no tengo que culpar a Olivia.

Solo puedo pensar en ella besando a alguien más. Siempre lo supe, ya que lo oí por casualidad en numerosas ocasiones, pero sigue siendo como si tuviera una daga clavada en mi frío corazón, que apenas late. Sobre todo al oírla confirmarlo, o incluso el hecho de que crea que puede «enseñarme» a besar porque tiene mucha experiencia.

Joder. Ahora estoy enfadado otra vez.

Se apoya en un brazo.

—¿Estás seguro? ¿No te molesta que seamos hermanos?

Enarco una ceja. Este es el mejor día de mi vida. ¿Por qué se le ocurre siquiera preguntar eso? ¿Era un problema cuando estábamos en la tienda de campaña, o cuando restregaba su precioso culo de animadora contra mi polla mientras creía que estaba dormido, o cuando me tocaba de verdad?

Creo que mi hermanita tiene cierta predilección por la somnofilia. No es que me queje.

«Deja de decir eso».

Un rubor sube por su pecho y su cuello, y su pelo cae como una cortina oscura a nuestro alrededor. Me enrollo un mechón en el dedo, preguntándome si se habrá percatado de lo mucho que me tiemblan las manos. Tiro de él lo suficiente para acercarla a mí. El rubor se extiende a sus mejillas y, maldita sea, su nerviosismo me hace sentir menos ansioso por todo esto.

—¿Recuerdas que mamá nos prohibió besarnos en los labios cuando éramos más pequeños? Dijiste que podíamos hacerlo porque éramos hermanos, pero eso nos metió en problemas. Y esto, sin duda, tendrá peores consecuencias.

Solo puedo pensar en esos labios tan tentadores, en lo suaves que son sus rasgos faciales, incluso cuando se corre. Sigo jugando con su pelo, acercándolo a mi nariz para inhalar el aroma que me mantiene con los pies en la tierra. Como ella. Como toda ella.

Desde que era pequeño, ha sido algo que buscaba cuando sentía que algo no andaba bien en mi cabeza: abrazar a mi nueva hermana adoptiva mientras olía su pelo y me sentía demasiado confundido sobre por qué era mi ancla.

Le tiro del pelo con más fuerza y ella se inclina sobre mi cuerpo, acortando la infinitesimal distancia.

—Malachi —susurra nerviosa—. ¿Estás seguro?

«Cállate», le digo, necesitándola más y más cerca, hasta que ni siquiera podemos respirar sin compartir el mismo aire. Desvía la vista hacia la puerta y luego vuelve a mirarme antes de que su nariz roce la mía, deslizándose aún más hacia abajo sobre mi cuerpo.

Mis pulmones no funcionan y creo que voy a entrar en estado de *shock*. Ella está ahí, ladeando la cabeza, y todo deja de existir cuando sus labios presionan los míos.

Espero que Olivia sea consciente de que todo está cambiando.

Nosotros. Su vida. La mía. Nuestro futuro.

Ahora vamos a estar juntos. Me aseguraré de que mamá y papá lo entiendan, porque Olivia me está besando por voluntad propia y creo que, si deja de hacerlo, podría morirme. Sus besos son suaves, tiernos, y yo la sigo, intentando no ser patético y jadear incontrolablemente en su boca.

Siento un fuerte tirón en la garganta, y creo que es un gemido silencioso cuando me chupa el labio inferior, rozándolo con los dientes.

Olivia se aparta y me mira.

—¿Sigo? —pregunta, y me quedo aturdido durante un momento, incapaz de comunicarme, contemplando lo hermosa que es.

Trago saliva. No estaría haciendo esto si supiera las cosas que le he hecho cuando estaba inconsciente, ¿verdad?

Por supuesto que no. ¿Por qué lo haría si ese fuera el caso?

Me estoy enfadando conmigo mismo. La voz en mi cabeza se burla de mí diciendo que se está viendo forzada a hacerlo.

No. Olivia quiere esto.

Sé que, si la tocara entre sus piernas, estaría empapada. Lo estaría. Siempre está mojada para mí.

«No tienes permitido parar aún. Sigue, hermanita».

—Pon la mano aquí —me indica, tomándola y apoyándola en su mejilla—. O puedes poner las manos en sus caderas o en su pelo. A la gente le gusta que la toquen, sobre todo cuando la besan.

«¿A ti qué te gusta?».

Por alguna razón, se queda muda durante un largo segundo, y yo quiero entrecerrar los malditos ojos y decirle que lo piense bien antes de responder. Sin embargo, se limita a agarrarme la mano una vez más, y mi polla se estremece cuando se la lleva a la garganta.

Sus dedos se aprietan alrededor de los míos, y joder.

Joder, joder, joder.

—Me gusta que me estrangulen. Me gustan los besos intensos que duelen.

Quiero matarla.

Suelta un chillido cuando nos doy la vuelta, de modo que estoy encima de ella, agarro con fuerza su puta garganta y aplasto mis labios contra los suyos y los chupo.

Mi lengua se abre paso en su boca, profundizando el beso a medida que ella lucha por respirar. Oigo sus jadeos ahogados mientras me rodea las caderas con las piernas y mi polla se clava en su muslo.

Le agarro las muñecas, se las aprisiono por encima de la cabeza, sujetándola para mantenerla en su sitio, y presiono la parte inferior de mi pene entre sus piernas.

Me desgarra la piel y un reguero de sangre gotea de mi pequeña herida, haciéndonos probar a los dos el sabor a cobre.

No me duele, pero me pica y, por alguna razón, el dolor me pone aún más duro. Me inclino hacia ella sin dejar de mirarla, deslizando mi polla contra su vientre. Sus gemidos me están volviendo loco. Podría hacer que se desmayara de lo fuerte que la estoy agarrando del cuello.

Sus gemidos se vuelven más fuertes y tengo que taparle la boca. Nuestra madre está pintando la habitación de al lado con la música puesta, y aunque lo más probable es que la tenga demasiado alta como para oírnos, no puedo arriesgarme. Hacer esto y que nos pillen es un billete solo de ida fuera de esta casa, y estar aquí es lo único que mantiene a Olivia atada a mí.

Ella sigue gimoteando en mi palma recibiendo cada embestida con los ojos en blanco, y todo su cuerpo se tensa cuando bajo hasta su garganta y hundo los dientes en su carne. Chupo la piel, saboreándola, devorándola, y sus músculos se ponen rígidos. Está a punto de correrse, pero yo no estoy listo para que esto termine.

Nos doy la vuelta poniéndola encima de mí, a horcajadas sobre mis muslos, sin la toalla, para poder ver perfectamente su cuerpo.

El cuerpo que me pertenece.

Antes de que pueda tomar el control, Olivia me agarra del pelo y vuelve a acercar su boca a la mía. Toco toda la piel que puedo: sus caderas, sus pechos, sus muslos, su cuello y su cara. Mi lengua se mueve con la suya, siguiéndola, copiándola, y ella empieza a menear las caderas, restregándose contra mi polla. Necesito más fricción, así que le agarro el pelo de la nuca y la arrastro hacia abajo con más fuerza, con más firmeza, hasta que suelta un ligero gemido cuando vuelvo a chuparle la garganta.

Es la lección de besos más explícita de la que he oído hablar nunca. Hemos pasado de rozarnos los labios a prácticamente estar a punto de follar en cuestión de minutos.

Debemos tener mucha química. Pronto vamos a estar follando como conejos, si no lo hacemos ya.

—Puedo enseñarte a hacerlo —dice, cogiéndome la mano y guiándola entre nosotros. Presiona mis dedos contra su clítoris, mostrándome cómo, porque tiene mucha experiencia.

Cuanto más habla, cuanto más me enseña a tocarla con los dedos, más se me clava un puñal en el pecho y más profundo se hunde.

¿Significa eso que la ha tocado alguien que no soy yo?

Dejo de besarla y miro entre nosotros, imaginando que lo hace otra persona. No es mi mano, es la de otro chico, y tengo que

apretar los dientes y parpadear para volver a ver la mía.

¿Por qué siento una presión detrás de los ojos? ¿Por qué, mientras le doy placer a mi hermana, tengo ganas de salir corriendo de esta habitación y encontrar a quien coño la ha tocado ya?

—¿Has hecho esto antes?

Joder. Tengo que mentir otra vez. ¿O debería decirle la verdad? No puedo mirarla: tengo los ojos clavados en cómo mis dedos rodean su clítoris.

Niego con la cabeza.

—A las chicas les encanta —continúa, haciendo que me entren ganas de asesinar a alguien—. Hazlo mientras las besas. Si lo haces bien, puedes hacer que una chica se corra en tus dedos. —A pesar de mi aparente inexperiencia, gime tan fuerte que temo por nuestra intimidad—. Joder, sí. Justo así, Malachi.

Supongo que, en cierto modo, soy inexperto. Solo he tocado su cuerpo unas pocas veces desde la primera vez que la drogué. La he lamido y le he metido la lengua en el coño e incluso he estado a punto de hacerlo por el culo.

Vuelvo a besarla para que no haga más preguntas. Con más fuerza. Aprieto su garganta porque me encanta el sonido que hace cuando se esfuerza por respirar; me encanta controlar su fuerza vital, aunque nunca me arriesgaría a hacerle daño.

—Más rápido —me pide—. Lo estás haciendo muy bien.

Tal vez, solo tal vez, me deje follarla esta noche. Y tal vez, solo tal vez, no use protección. Y tal vez, solo tal vez, se quede embarazada y nunca pueda dejarme.

Es un pensamiento irracional pero realista.

Joder. No. Eso es ridículo.

—Malachi. —Jadea mientras pellizco su clítoris entre las yemas de mis dedos—. Me estás poniendo muy cachonda.

Restriega su coño contra mis dedos hasta que baja la pelvis, haciendo que se hundan un poco en su interior y, aunque ya me la he follado con ellos antes y me ha parecido el paraíso, hacerlo con ella estando lúcida, despierta y gimiendo encima de mí hace que casi me corra en los calzoncillos al sentirla.

Necesito desnudarme. Restriego mi polla contra su culo con cada rotación de sus caderas, introduciendo más mis dedos en su interior. Necesito dar un paso más allá. Lo que sea. Me duelen los huevos, me palpita el labio de lo mucho que lo ha mordido, y creo que me enamoro más de mi hermana cada vez que deja caer sus caderas sobre mis dedos.

Tiene los ojos vidriosos. Su coño se aprieta alrededor de ellos, y sé por lo que he visto en otras ocasiones que está a punto de llegar al orgasmo. Me agarro a su cuello y la beso. Sus gemidos contra mi lengua hacen que el líquido preseminal gotee de la punta de mi miembro.

Me follaría su culo. Me encanta su culo. ¿Cómo sería tener mi polla dentro de él?

Lo deseo con toda mi alma.

¿Sería demasiado confesarle que todo esto no es verdad? ¿Que no necesito lecciones y que estoy enamorado de ella?

Entonces arruinaría el momento.

Joder. Mi boca vuelve a encontrarse con la suya.

Golpea las manos contra la pared mientras su cuerpo convulsiona por el orgasmo, haciendo que se caiga un marco de fotos.

—Joder —maldice, con la voz temblorosa—. Sigue.

Mi chica es muy ruidosa. Me alegro de que mi cámara esté grabando todo esto, pero es una pena que no haya sonido cuando lo vuelva a ver. Debería actualizar el sistema y comprar cámaras que también registren el audio.

Justo cuando estoy a punto de quitarme los calzoncillos y follármela hasta el final de su orgasmo, llaman a la puerta.

—¿Cariño? ¿Va todo bien ahí dentro?

Olivia se queda inmóvil e intenta zafarse de mí, pero la agarro del pelo y arqueo su espalda lo suficiente para llevarme un pezón a la boca. Chupo lo bastante fuerte como para marcar la piel que lo rodea y doblo los dedos en su coño hasta hacerla temblar.

Se escucha otro golpe en la puerta y cambio al otro pecho, prestándole la misma atención. Gime en silencio, y su coño se

contrae alrededor de mis dedos con una fuerza increíble en tanto que su culo se frota contra mi polla.

No estoy seguro de si tiene otro orgasmo, o acaba de alcanzar el clímax del primero, pero se queda tensa por completo, como si la hubieran convertido en piedra. La beso de nuevo, tragándome sus gemidos a la vez que nuestra madre sigue llamando a la puerta, y mi lengua roza ligeramente la suya. Sus músculos empiezan a flaquear, aunque sus paredes internas siguen aprisionando mis dedos, empapados de su excitación.

Me aparta todo lo que puede. Tiene la respiración entrecortada, y los ojos muy abiertos, observando mi boca.

¿Quiere volver a besarme? No pasa nada. Soy todo suyo.

—No, creo que se ha escapado con Parker. Llamaré a sus padres para decirles que les estamos arreglando un matrimonio concertado, no dándoles vía libre para que se estén acostando a todas horas. Además, estuvo con Adam el fin de semana pasado, ¿recuerdas? Tuve que ir a comprarle la píldora del día después. —Hay una larga pausa mientras pienso que mi cerebro no funciona—. ¿Está Malachi en su habitación?

Estoy seguro de que lo he oído mal. Debo de haberlo hecho.

No hay ninguna puta posibilidad de que Olivia necesitara la píldora del día después, ¿verdad?

—Iré a comprobarlo —responde papá.

¿Qué cojones acaban de decir?

Olivia coge su toalla y salta de la cama.

—¡Vete! —dice sin hablar, solo gesticulando con la boca—. Date prisa antes de que papá llegue a tu habitación.

Estoy deleitándome con su sabor en mis dedos al mismo tiempo que intento no perder la cabeza. Mi corazón ya estaba acelerado por lo que acaba de pasar, pero ahora lo hace a un ritmo insano, y mi vista se oscurece. Me levanto de la cama y camino hacia ella con los dedos en la boca, limpiándolos.

«¿Por qué necesitabas la píldora del día después?». La arrincono contra la pared. Aunque siento que muchas voces se agolpan en mi cabeza, consigo hacer una seña con rabia. «¡Respóndeme, joder!».

Tiembla y se cubre los pechos; parece inocente, tímida y jodidamente culpable. No me lo dice porque eso significa que tiene que admitir que se ha follado a alguien. Que ha perdido la virginidad con otra persona. Que ha intimado con alguien que no soy yo.

Me pongo la camiseta y me alejo de ella antes de que termine estrangulándola. No quiero hacerle daño. La amo. ¿Por qué quiero hacerle daño?

«¿Voy a tener que salir ahora mismo a preguntarles por qué necesitabas un plan B?».

Tiene los ojos llorosos.

—Querían que me acostara con él para demostrar mi lealtad.

La miro con furia y aprieto los dientes, con tanta fuerza que casi me los destrozo, mientras los puntos negros casi se apoderan de mi visión por la rabia que me recorre por las venas.

«¿Qué?».

—No me mires así. Ya sabes cómo son cuando se trata de que me empareje con un gilipollas adinerado. No les iba a decir que no, Malachi —sisea, como si yo fuera el que no está entendiendo la situación—. No puedo permitirme ese lujo.

Miro hacia la puerta, decidiendo a qué progenitor enterrar primero: quizá a papá, para que nuestra madre pueda sentir el horror de verme despellejarlo vivo y arrancarle el amor de su vida como está intentando hacer conmigo.

«¿Tu primera vez fue con Adam? ¿Fue él quien te hizo darte cuenta de que te gustaba que te estrangularan?».

—No.

Se me cae el alma a los pies y me arden los ojos.

«¿No a qué parte, Olivia?». ¿Con quién más se ha acostado? ¿Por qué siento que estoy a punto de desmayarme? «Si te lo follas otra vez, o a cualquier otro, los mataré».

—Se supone que tengo que casarme con uno de ellos —se queja, como si tuviera derecho a enfadarse conmigo. Debería haberme dicho que estas putas citas consistían en algo más que salir a cenar juntos o ver una maldita película; si hubiera sabido que mamá estaba organizando que se follara a gente para demostrar su lealtad, le habría puesto fin.

Joder. Incluso ahora, quiero salir y arrastrar a nuestra madre por toda la casa, pero eso significaría golpear a una mujer, y por muy gilipollas que pueda ser no caería tan bajo.

Esta es la vida de Olivia. Ha sido criada así por esa maldita bruja.

¿Y para qué? ¿Para que se case con la familia más rica y se asegure de que la nuestra no tenga deudas? Papá ni siquiera sabe cuánto nos está llevando a la quiebra.

Mi hermana parece aterrorizada, así que, en lugar de enfadarme aún más, porque sé que no es culpa suya, me acerco a ella, le pongo el pelo detrás de la oreja y le beso los labios antes de coger mi ropa y desaparecer por la ventana.

Mantengo el equilibro por la cornisa hasta llegar a mi balcón, tiro la ropa al suelo y me apoyo en la pared de ladrillo. Bajo la cabeza y cierro los ojos.

Mi cuerpo está confuso. Mi corazón lo está aún más.

Me siento en la puta gloria, porque tengo su sabor en la boca y en los dedos, y nunca me he sentido tan vivo… pero también tengo un nudo en el estómago.

Me siento traicionado.

Eso creo.

Tiene que ser eso.

No puedo ser la primera vez de Olivia porque alguien la ha tenido antes que yo, y no sé si estoy enfadado, celoso o si me estoy muriendo lentamente por dentro porque no me ha esperado.

Mi móvil suena haciéndome saber que tengo un nuevo mensaje. Retengo el humo en la boca mientras lo leo.

> **Papá**
> ¿Qué coño le ha pasado a tu moto?

Ha adjuntado una foto del manillar colgando y la rueda doblada. No fue culpa mía. Tenía que llegar a casa para ver a Olivia, y la puerta estaba en medio de mi camino. Yo estoy ileso, aunque no puedo decir lo mismo de mi maldita moto. La estrello todo el tiempo,

así que será otra factura que tendrán que cubrir, ya que se niegan a dejarme conseguir un trabajo.

La única vez que mi padre se pone en contacto conmigo es para gritarme o para hacerme saber lo disgustado que está. Ha ido empeorando poco a poco. Ni siquiera me ha preguntado si estoy bien. Podría tener un puto brazo roto o haber perdido un dedo, y él está más preocupado por una maldita moto.

Su siguiente mensaje hace que apriete los dientes y tire el cigarrillo a medio fumar.

Papá
Ven aquí ahora mismo.

A pesar de que necesito espacio, me ducho y bajo las escaleras, y por quinta vez nos aseguramos de que venga un mecánico a arreglarme la moto mientras yo me siento en silencio, intentando calcular cuándo, dónde y quién fue el primero en tener a Olivia.

9

MALACHI

Aquí hay demasiados amigos de mamá y papá: la piscina está llena de animadoras; la música, a todo volumen, y en la barbacoa hay una cola de personas que no he visto en mi vida. Algunas de ellas ni siquiera les han dirigido la palabra a mis padres.

Es el cumpleaños de mamá. Creo que ha pagado a la gente para que esté aquí porque no hay ni una puta posibilidad de que tantas personas toleren a esa mujer lo suficiente como para celebrar el día de su nacimiento.

En cierto modo, solía idolatrarla por salvarme. Aún le estoy agradecido, y probablemente por eso aguanto sus estupideces. Me crio, me vistió, me dio dinero siempre que lo necesité —los cumpleaños y las vacaciones siempre fueron extravagantes— y me deja hacer lo que quiero a diferencia de Olivia, que tiene reglas muy estrictas incluso a pesar de tener ya dieciocho años. Sé que le debo mucho porque pasé de no tener nada a tenerlo todo, pero por su culpa perdí a alguien que me pertenecía desde el momento en que nos conocimos en aquel aeropuerto.

Dejó que mi hermana se follara a otro, ¿y para qué? ¿Para probar que tiene lo que se necesita para casarse con alguien de una familia adinerada? ¿O para dejar claro por fin cuánto control y cuánta influencia tiene sobre la vida de una chica a la que crio desde que era una niña?

Se me tensa la mandíbula al pensarlo y me bebo la mitad de la cerveza de un trago, aunque necesito algo más fuerte para disipar el amargo sabor de la traición.

Mason está a mi lado, pero no he invitado a ninguno de mis otros amigos; tampoco es que fueran a encajar con estos gilipollas. Acabarían drogándose y destrozándolo todo. Además, alguno de ellos flirtearía con mi hermana, ya que todos piensan que es guapa, y entonces me arrestarían por homicidio múltiple.

El único en quien confío es en Mason, porque ha dejado de intentar molestarme comentando lo buena que está mi hermana. Sin embargo, dada la forma en que está mirando al grupo de amigas de Olivia en la piscina, empiezo a pensar que invitarlo ha sido un error. Si descubro que está mirando a mi chica, le freiré los ojos y se los haré comer con kétchup.

Es broma. Mason puede arreglárselas solo y me planta cara. Hemos discutido por estupideces en las que ninguno de los dos ha salido vencedor, y no estoy de humor para acabar con una nariz ensangrentada o huesos rotos.

«¿Quién es la chica de pelo morado?», me dice por señas, señalando a Abigail.

Pongo los ojos en blanco.

«No pierdas el tiempo».

A veces utiliza la lengua de signos, y otras, habla. Sin embargo, la mayoría de las ocasiones es para que podamos poner verde a nuestra compañía sin que ninguno de ellos sepa de qué coño estamos hablando. Aprendió la lengua de signos en cuanto nos hicimos amigos: les pidió a sus padres que contrataran a un profesor particular para que yo tuviera un amigo en el colegio.

Pero si se folla a Abigail y le rompe el corazón, tendré que oír hablar a Olivia de ello durante los próximos meses hasta que lo supere. Mason no es monógamo y le gusta tener más de una pareja a la vez, un camino seguro hacia el fracaso cuando se trata de que él tenga algún interés en una de esas animadoras.

«Ella es la que no deja de mirarme». Aprieta el tacón de su bota contra la pared, inhalando el humo del cigarrillo mientras estudia a la amiga de Olivia.

«Está como una cabra». Me termino el resto de la cerveza y me dirijo al barril de hielo lleno de botellas para coger otra.

«Creo que tu padre está de muy mala leche», me informa Mason cuando regreso a su lado.

Mis ojos se desvían hacia él. Papá parece querer desaparecer o pegarse un tiro mientras observa a mamá socializando como el alma de la fiesta que es. Él es todo lo contrario a ella en todos los sentidos. Odia a la gente y no tiene paciencia, a pesar de ser un abogado defensor famoso.

Ya somos dos. No soporto estar con los amigos de mamá. Somos más parecidos de lo que nos gustaría admitir: papá odia a la gente; yo también. Él no finge mantener una conversación falsa; yo tampoco. Nuestros grupos de amigos son pequeños. De hecho, creo que él ni siquiera tiene amigos.

Incluso nos miramos de la misma manera. Si no tuviera recuerdos de antes de llegar a la familia Vize, creería de verdad que soy su hijo biológico.

Mason se mueve a mi lado, suspirando.

—Sé que me has dicho que ni siquiera me atreva a pensarlo, pero la pequeña animadora de pelo morado me mira como si quisiera que se la metiera por cualquier agujero. Dame tres buenas razones por las que no debería hacerlo.

Me río en silencio.

«Es de las que se pegan como una lapa».

—Puede pegarse a mi polla.

Me muerdo el labio, buscando más razones.

«Coquetea con todo el mundo».

—Yo también.

Resoplo con fastidio y lo fulmino con la mirada hasta que pone los ojos en blanco.

Justo en ese momento, Abigail sale de la piscina y avisa a Olivia de que va a entrar en casa para ir al baño. Es la primera vez que veo a Mason apagar un cigarrillo y respirar hondo un par de veces antes de decirme que volverá enseguida dándome una palmada en el pecho.

Chasqueo la lengua y niego con la cabeza. No tiene ni idea de dónde se está metiendo con esa chica. Por lo que me ha contado Olivia, se lo va a comer vivo.

Vuelvo a centrar mi atención en la piscina e ignoro la molestia que siento en el estómago. ¿Ha subido alguien el volumen de la música? Me vuelvo hiperconsciente de lo que me rodea cuanto más tiempo paso sin Mason a mi lado: oigo las risitas de Olivia, un grito cuando alguien chapotea y el chisporroteo de la parrilla.

Tantas caras, tantos ojos, tantas voces, y solo puedo concentrarme en mi hermana pequeña. No para de gritar y de salpicar a sus amigas, luego sale de la piscina con su ajustado bikini negro y vuelve a meterse tirándose de bomba.

Sé que la gente la está mirando. ¿Cómo no iban a hacerlo?

Me ha buscado un par de veces con la mirada y me ha pillado con los ojos puestos en ella, pero eso no le hace fruncir el ceño ni le estropea la diversión; en todo caso, se siente más cómoda y segura de sí misma, y, joder, qué guapa es cuando cree en sí misma.

Últimamente he notado que ha estado un poco apagada. Incluso sus besos son cada vez más desesperados mientras se miente a sí misma diciendo que solo me está enseñando.

Por desgracia, siempre está en casa de Parker o de Adam. Es como si se la pasaran el uno al otro, a pesar de que ninguno de ellos sabe que el otro existe.

Adam me tiene pánico. Lo he seguido con la moto, le he pinchado las ruedas del coche, lo he empujado contra la pared por el cuello hasta que me suplicó que creyera que ni siquiera quiere estar con Olivia, sino que nuestros padres los obligan.

No he perdido mucho el tiempo con él las últimas semanas. No es una amenaza, por mucho que quiera darle una paliza por puros celos.

Aunque, a pesar de que puedo besar a Olivia siempre que quiero, cuando viene a mi habitación o yo voy a la suya, la envidia me corroe y siento rabia por ese chico. Mis problemas de ira debidos a la obsesión de mamá de casar a mi hermana se han visto eclipsados por la alegría que siento cada vez que Olivia gime contra mis labios mientras cabalga mis dedos como mi propia putita.

Ya han sido cuatro veces.

Cinco contando esta noche, una vez que todos se vayan a la mierda y me dejen a solas con ella. Nunca hemos dado un paso más

allá, a pesar de lo que le dije a la mañana siguiente de la primera noche: que quería que me enseñara lo que se siente al tener sus labios alrededor de mi polla. Ese mismo día salió con Parker —parece que ha estado follando con él constantemente—, así que no pude cumplir mi amenaza, pero cada vez que he podido robarle un momento desde entonces he llevado las cosas tan lejos como ella me ha dejado.

Todavía no me ha tocado como es debido. Siempre me agarra la polla a través de los calzoncillos, pero nunca piel con piel ni me acaricia. Por lo visto, las lecciones consisten en enseñarme y no en que ella me haga cosas, y no voy a discutir, por mucho que me muera de ganas de ponerla de rodillas y ver cómo se le humedecen los ojos al ahogarse con mi…

Mis pensamientos se ven interrumpidos cuando otra familia se acerca por el lateral de la casa, lo que provoca que mi padre resople y suelte un «joder» por lo bajo. Casi rompo el botellín de cerveza que tengo en la mano al ver al socio de mi padre, Victor Melrose, y al imbécil de su hijo, Parker. Es un puto pijo. Tiene el pelo rubio desaliñado y lleva ropa demasiado grande para él, pero se cree un icono de la moda. Parece que huele a sudor desde hace cinco días, aunque no haya levantado un peso en su vida.

Se verá muy bien cubierto de su propia sangre, todavía será un imbécil, pero al menos estará inmóvil, sin ver, silencioso, muerto. Alargaré su sufrimiento. Me aseguraré de que es consciente de quién es su atacante y sentiré cómo cruje cada hueso mientras grabo mi nombre y el de Olivia en su piel antes de arrancársela también.

Sus ojos echan un vistazo por el patio y la piscina. Su padre le da un empujón con el hombro y señala a Olivia. Se la ve inquieta e interroga a la chica de pelo morado a la que llama su mejor amiga y con la que pasa mucho tiempo.

También la odio. No me gusta la influencia inmadura que ejerce sobre Olivia. Sin embargo, mi mirada se dirige al tipo que cree que puede tener a mi hermana. El tipo que, no importa cuántas veces lo amenace, sigue apareciendo y poniéndome de los putos nervios.

Sus ojos se encuentran con los míos y lo veo palidecer antes de darse la vuelta.

Me paso la lengua por los dientes cuando Mason aparece de nuevo. Parece cabreado, y desvío la vista hacia Abigail, que pone los ojos en blanco y le hace una peineta.

—Creo que le gusto —dice, aunque parece como si alguien le hubiera dado un rodillazo en los huevos.

«Tengo que venir más a menudo», signa.

No, no tiene que hacerlo. Y no lo hará. Le diré a Olivia que su amiga ya no es bienvenida porque me niego a que nuestros grupos se vean involucrados en un drama.

«¿Quién es el pijo?».

Aprieto los dientes.

«Alguien con quien mi hermana podría casarse».

Él resopla, sonriendo al ver mi mirada malvada.

«¿Quieres hacerlo pedazos?».

Asiento. Parker es tres años mayor que yo, cuatro si contamos los meses que faltan para mi cumpleaños, que es antes que el suyo, pero yo lo supero en altura y tengo casi el doble de masa muscular. Podría aplastarlo como a un insecto en un minuto.

Olivia todavía no se ha dado cuenta de que Parker está aquí, está demasiado ocupada cotilleando con sus amigas y mirándome con deseo cuando nadie la ve. El pelo le cae por la espalda, a medio camino de su culo respingón, y el bikini se ciñe a sus curvas. No soporto la idea de que todos la miren, incluido Parker.

¿Se ha follado a mi hermana?

Vuelvo a observarlo, se mete las manos en los bolsillos de los pantalones y se ríe de algo que dice mi madre. A la izquierda, mi padre está bebiendo una cerveza sin alcohol, frunciendo el ceño hacia la misma persona que yo. Su mirada se desplaza hacia mí y luego vuelve a mirar a Parker y sus ojos se oscurecen con un brillo mortal.

Genial. Los dos le odiamos.

Eso significa que no tiene la aprobación de papá. Nunca podrá casarse con ella.

¿Pero me dará su bendición? ¿Debería pedírselo de nuevo, pero esta vez diciéndole que estamos juntos y enamorados? ¿Prometiéndole que la trataré bien y la haré feliz?

Un grupo más aparece en la fiesta: saluda a la familia Melrose y luego a mi madre, y mi corazón se acelera ante la posibilidad de que estalle una pelea.

Juro por Dios que, si Adam aparece, hago saltar el patio por los aires y a todos los que están en él.

La fiesta sigue dos horas más. Durante ciento veinte minutos, frunzo el ceño al ver cómo Parker intenta llamar la atención de Olivia. Ella va a la mesa de la comida, lo esquiva cuando le dice algo y luego, cuando se sienta en el borde de la piscina, salta al agua cuando él intenta agacharse a su lado.

Buena chica. Al menos sé que no le gusta.

Su padre lo obligará a acercarse a ella. Mamá está flirteando abiertamente con él, se lleva la mano al pecho mientras se ríe de algo que ni siquiera tiene gracia y luego le susurra algo al oído. Camino hasta ponerme al lado de mi padre, cerca de la puerta trasera que da a la cocina, mientras Mason se acerca a las animadoras para ligar de nuevo con Abigail.

—Más vale que tu amigo gamberro no cause problemas —me advierte—. No estoy de humor para darle una paliza a un adolescente con más tatuajes que el insolente de mi hijo.

Mason tiene veinte años, pero no lo corrijo.

Le doy un buen trago a mi cerveza, sin molestarme en responder. El hecho de que esté a su lado es suficiente después de que me haya llamado insolente.

El sonido de una risita me hace mirar en la misma dirección que él.

Seguro que se ha dado cuenta del evidente flirteo de mamá. Está a unos segundos de entrar con el padre de Parker en casa. El hombre está mirando las tetas de mi madre como si su mujer y su hijo no estuvieran a un metro y medio de distancia.

Harto de la flagrante falta de respeto, doy un paso adelante, pero papá me agarra del brazo.

—No te molestes —dice sin emoción—. Deja que sufra las consecuencias de sus propios actos.

Vuelvo a mirar a mi madre, resoplo y me apoyo en la pared con el móvil, echando una ojeada al chat para ver si nuestros amigos

han salido a dar una vuelta en moto. Aunque no nos vamos a ir de aquí hasta que Parker se pire y Olivia esté en mi cama, recobrando el aliento después del orgasmo, esperando a que vuelva para abrazarla hasta que se duerma.

La música sube aún más de volumen y me pica la piel de escuchar tantas voces.

Papá se da cuenta.

—No hace falta que estés aquí si es demasiado para ti.

Trago saliva.

Lo ignoro.

Ignoro todo por completo.

—Tu madre lo entenderá.

No. Mamá está demasiado ocupada tirando por la borda su matrimonio poniendo ojitos a un hombre casado, y mi padre no está haciendo nada al respecto. A ella no le importa una mierda si estoy aquí o no, pero Olivia estaría decepcionada.

Para mi sorpresa, Mason y Abigail vuelven a entrar a casa, o más bien, él la sigue, y ella reprime una sonrisa oculta tras su ceño fruncido.

Si se les ocurre follar en mi cama, los quemo vivos.

—¡Malachi! —grita mi hermana, y la miro enseguida—. ¿Puedes ayudarme?

Ladeo la cabeza, confundido.

—Los filtros para la piscina no se encienden —aclara, empujando sus gafas de sol hacia la parte superior de su cabeza—. Por favor.

Me bebo el resto de la cerveza y me dirijo hacia ella, sintiendo los ojos de Parker clavados en mi nuca —lo más probable es que los de papá también— mientras desaparezco por el lateral de la casa de la piscina y voy hacia donde están todos los filtros. Nunca podrá arreglarlos ella sola.

En cuanto me pierden de vista, Olivia me agarra de la camisa y me atrae hacia sí, apoyándose contra la pared de ladrillo y acariciándome la mejilla con la palma de la mano.

—Hola —me saluda sonriendo—. Esta es una lección de besos espontáneos.

Le devuelvo la sonrisa y le rodeo la espalda con los brazos, apretando nuestros cuerpos.

—Bésame —susurra.

Mi boca se acerca a la suya y presiono mis labios contra los de ella casta y suavemente hasta que abre la boca y nuestras lenguas se mueven juntas.

Puedo saborear su bebida afrutada, y lo más seguro es que Olivia haga lo mismo con la menta de mi chicle y el humo de mi tabaco, con un toque de cerveza. Aunque no parece estar concentrada en eso, porque nos da la vuelta, me sienta en el borde del saliente de la pared y se sube a horcajadas sobre mis muslos en su ajustado bikini.

O está borracha o confía en que nadie va a pasar por aquí y nos va a pillar. El lugar está lleno de gente, pero ella me mete la lengua hasta la garganta haciendo que ponga los ojos en blanco con solo besarme.

Joder. Esta chica me tiene comiendo de la palma de su mano.

—Estás enfadado —comenta entre las caricias que le da a mi lengua con la suya—. Porque está aquí.

Asiento, mordiéndole el labio inferior. No puedo hacer señas porque tengo mis manos sobre ella, y además las palabras no podrían describir lo cabreado que me siento ahora mismo.

La estrecho contra mi cuerpo, devorando su boca como si fuera la última vez que quisiera enseñarme algo íntimo. Su piel es suave y está caliente por el sol, pero húmeda por haber estado en la piscina, y se amolda a mí como si mi regazo fuera su hogar.

El drástico contraste entre nosotros es evidente. Hace un calor de cojones y yo llevo un pantalón negro, botas y una camisa blanca, mientras que ella apenas lleva un trozo de tela y está radiante por haberse bronceado en una tumbona todo el día.

Se echa hacia atrás y me mira a los ojos. La forma en que lo hace me paraliza momentáneamente. Me he sentido como si estuviera atrapado en un sueño desde el momento en que supe que podía sobrepasar mis límites con ella: la tienda de campaña, cuando se durmió en mis brazos de un modo nada fraternal e hizo que me latiera rápido el corazón, cuando me tocó la polla y me la puso dura,

cuando me devolvió el beso por primera vez y sentí una presión en el pecho por la suerte que tenía, la primera maldita sonrisa que me provocó mariposas en el estómago a los diecisiete años… cuando la atracción se convirtió en el puto paraíso.

Siempre he sentido algo por Olivia. Desde que era un niño. No tenía ni idea de que ese sentimiento podría hacerse más fuerte. Tanto que creo que soy un riesgo para mi bienestar y el de todos los que nos rodean, porque mataría por esta chica sin pensármelo dos veces.

La sonrisa de Olivia se ensancha.

—Si no estás enfadado, entonces estás celoso.

Entrecierro los ojos, sintiendo que un fuego se enciende y se extiende como un reguero de pólvora en mi interior. Ella emite un sonido suave, sonriendo contra mis labios como si estuviera genuinamente feliz.

—Me gusta cuando te pones celoso.

Le aprieto las caderas, haciéndola reír un poco más.

Luego inclina la cabeza.

—Mantén a Mason lejos de Abbi.

Le lanzo una mirada que le dice en silencio que ella haga lo mismo con su amiga.

—Deberíamos irnos antes de que alguien nos vea.

Sacudo la cabeza.

«Todavía no».

Esto es lo mejor de mi día hasta ahora. Todavía no me he cansado de tener su atención.

Sus ojos se iluminan cuando mis dedos juegan con el cordón de su bikini, que descansa sobre su cadera, y tiro de él para aflojarlo. Se aprieta el labio inferior entre los dientes mientras hago lo mismo con el otro lado. La prenda húmeda cae al suelo debajo de nosotros con un golpe.

—Quítate tu ropa también —me ordena, tirando de la cintura de mis pantalones militares.

Dejo que me desabroche el botón y deslice la mano por debajo de la cinturilla de mi ropa interior para sentir mi erección. Me toca la

polla, y el suave roce me provoca un cosquilleo en los huevos que me arranca un gemido sordo.

—¿Te han tocado alguna vez, Malachi?

Sabe la respuesta. Pero la forma en que sus pupilas se dilatan cuando niego con la cabeza me hace querer adorarla hasta el día de mi muerte.

Olivia me ha manoseado a través de la ropa, me ha tocado, pero nunca me ha hecho correrme con su mano ni me ha acariciado la polla hasta llegar al orgasmo. Así que, cuando sus dedos envuelven el grosor de mi pene, trago saliva nervioso, deseando tocarla pero dejando mis manos en sus caderas. Mis dedos se clavan en su piel mientras ella va de la base a la punta, gira la muñeca y vuelve a bajar.

—Esto puede ser otra lección —dice—. Una lección sobre cómo recibir.

Puede llamarlo como quiera. Parpadeo demasiado, viendo su mano subir y bajar por mi polla. Una cálida sensación de euforia me recorre la espalda, tensando mis piernas y mi estómago.

Con la mano que tiene libre, me agarra del cuello y me obliga a mirarla.

—Tócame mientras te hago esto.

Joder. ¡Maldita sea!

Trago saliva contra su palma, con el pulso a mil. Mis dedos abandonan su cadera y se deslizan temblorosos entre sus piernas para sentir el calor de su coño.

Debe excitarla ver cómo se me ponen los ojos en blanco, porque está empapada. Le meto dos dedos al mismo tiempo que ella menea las caderas, haciendo que entren hasta los nudillos.

Suelta un suave gemido y cierra los ojos. Me quedo hipnotizado por lo hermosa que es mientras cabalga mis dedos al mismo tiempo que me masturba. Se me pone cada vez más dura por su tacto y me estremezco cuando la yema de su pulgar se desliza sobre la gota de líquido preseminal de mi glande hinchado.

Muevo los labios para decir un «joder» en silencio, le bajo la copa del bikini por debajo del pecho y me meto un pezón en la boca, lo que hace que se apriete contra mis dedos y suelte un gemido.

Tan caliente, apretado y jodidamente mío.

—No necesitas más lecciones sobre caricias. —Suspira—. Supongo que soy egoísta y avariciosa con los dedos de mi hermano mayor.

Mi polla se estremece, muriéndose por sumergirse en su coño. Por meterse en su boca. En su culo. Por follarme lo que sea. La forma en que habla hace que le meta aún más los dedos y me agarre a ella como si me fuera la vida en ello, mientras responde a mi toque.

Los sonidos que hace cuando añado otro dedo me están llevando al límite; se me tensan los huevos y tengo que clavarle los dientes en el pezón por la intensidad del orgasmo.

Las gotas de mi semen cubren sus muslos mientras chupo con fuerza. Lleva la mano que tiene libre a mi pelo y tira de él en tanto que doblo los dedos en su interior y acaricio un punto que hace que todo su cuerpo se ponga rígido en el momento en que su orgasmo la golpea como un maremoto.

Nos dejamos llevar juntos. Ella lleva mi boca hasta la suya y yo acallo sus fuertes gritos hasta que los dos jadeamos el mismo aire y nos aferramos el uno al otro.

Tras unos minutos recuperando el aliento, levanta la cabeza de mi hombro, se muerde el labio nerviosamente y sonríe.

Olivia se baja de mi regazo y mira el rastro que le he dejado en la piel; sus mejillas y su pecho están de un rojo intenso y sus pupilas se dilatan aún más cuando me quito la camisa blanca y limpio mi semen de sus muslos.

Recorre con los dedos mis brazos de arriba abajo, aturdida, hasta que me aseguro de haberme deshecho de la prueba de que los hermanos Vize han estado haciendo guarradas.

—El filtro no estaba roto —admite antes de coger la braguita del bikini y atársela de nuevo—. Solo era una excusa para tenerte a solas.

Eso ya lo sabía, ya que se tarda menos de un minuto en arreglar los malditos filtros y llevamos aquí más de diez. No es muy creativa.

Como si los nervios se apoderaran de ella, se mueve con nerviosismo, luego me besa la mejilla y vuelve corriendo a la fiesta, dejándome con la sensación de ser el tío más afortunado del mundo y con una estúpida sonrisa en la boca.

Cuando me levanto y compruebo si puedo volver a ponerme la camiseta, Mason aparece por la esquina y me llama con un tono preocupado.

Se detiene.

Me observa con atención.

Vuelve a mirar en dirección a la fiesta y luego a mí.

—No. Joder, no. Dime que no estabas haciendo lo que creo que estabas haciendo.

Mis fosas nasales se dilatan mientras me paso la mano por el pelo.

«Entonces no preguntes».

Los labios de Mason se separan para decir algo más, pero luego cierra la boca.

—Eso está mal, Vizey.

Muevo la mandíbula y sacudo la cabeza, molesto.

«Si se lo cuentas a alguien, te mato».

«Tiene mucho sentido», signa. «Joder, tiene todo el sentido del mundo».

Le hago una peineta y se ríe como si le hubieran contado el mejor chiste de la historia.

«Bueno, he cabreado a la amiga de tu hermana que ahora ha pasado a ser tu novia y creo que podría tirarme una copa a la cara o golpearme con una botella de cristal, así que ¿podemos irnos?».

Ambos pillamos una última cerveza antes de marcharnos. Mason promete guardar mi secreto, siempre y cuando encuentre la manera de que Abigail y él vuelvan a estar juntos en la misma habitación.

Puto idiota chantajista.

10

Malachi

Nunca me habían hecho una mamada.

Bueno, como Olivia está haciendo equilibrios en la cornisa para llegar a su ventana con mi semen cayendo por su garganta, puedo tachar eso de la lista de cosas que quiero que mi hermana me haga en esta vida. Aún puedo sentir el calor de su boca alrededor de mi polla y oír el sonido de sus arcadas mientras papá me gritaba que entrara.

Olivia esperó a que se marchara para volver a su habitación. Imagínate que se enterara de que era ella. Sería hombre muerto.

El hecho de que vaya a ver al gilipollas de Parker me hace querer arrancarle la puta cabeza.

¿Cuántas veces tengo que amenazarlo para que se aleje? Me importa una mierda si su familia hizo un trato con la mía: se irá a menos que quiera que reemplace sus ojos por sus huevos.

Con Adam fue más fácil: bastó que me echara una mirada desde el acceso al garaje —yo tenía la capucha puesta y soltaba el humo de mis labios—, y no ha vuelto a la mansión desde entonces. Aunque creo que Olivia sigue yendo a verlo cuando se ve obligada, al menos él no está bajo mi maldito techo, fingiendo ser la parejita feliz con mi chica como hace Parker.

Ella puede pensar que me está ayudando con estas lecciones, pero están muy lejos de la verdad. Yo no necesito que me enseñen nada, teniendo en cuenta que le he hecho cosas mientras ella no se daba cuenta; sin embargo, la excusa funcionó, así que mi yo interior se regodea de las otras voces que intentaron disuadirlo.

Esas voces me acusan de ser un mentiroso, y el diablo en mi hombro no para de reírse. Soy un cretino astuto, y no me importa.

Mi teléfono vibra y espero un mensaje de mi hermana, pero es el chat del grupo. Todo el mundo está planeando quedar e irnos con la moto por ahí, así que decido unirme a ellos para matar el tiempo hasta que Olivia llegue a casa.

Mamá y papá no me preguntan a dónde voy cuando paso junto a ellos en el pasillo. Están discutiendo, como de costumbre. Mamá lo apunta con el dedo índice a la cara, pero a él no parece importarle una mierda lo enfadada que está.

Se ha vuelto muy indiferente con ella. Estaban enamorados y felices en el viaje de acampada, y en algún punto, la relación se rompió.

Me pongo el casco, pulso el botón para que se abra la puerta del garaje y salgo hacia el punto de encuentro, a solo cinco manzanas de aquí.

Mason también está de camino. Dijo que estaba en casa de una chica y necesitaba despejarse. No ha comentado nada de la relación que tengo con mi hermana desde que nos vimos el fin de semana pasado. La única vez que lo menciona es cuando no le contesto enseguida y me pregunta si estoy demasiado ocupado follándomela.

La mayor parte del tiempo lo ignoro porque estoy besándola, viendo una película con ella o haciendo *jogging* juntos en nuestro lugar habitual mientras pone música pop a todo volumen a través de los auriculares que compartimos y yo miro el culo que pronto será mío. Al menos, eso creo. Si ella está permitiendo todo lo demás, seguramente me dejará acercarme a esa zona de su cuerpo.

Así que Mason tiene parte de razón. No me la voy a follar. Todavía no. Pero sé que esa lección llegará pronto. No hay muchas más cosas que podamos hacer con las manos para hacer que nos corramos antes de que la cosa vaya a más… Por fin me ha chupado la polla, así que seguimos adelante. Estoy seguro de que Olivia me pondrá de rodillas para devolverle el favor en cualquier momento.

Empiezo a pensar que tengo una fascinación malsana.

Solo pienso en ella. Siempre que pasa algo, lo hago. Cuando estoy aburrido u ocupado, o simplemente tumbado en la cama o

haciendo pesas, intento imaginarme qué estará haciendo y si también estará pensando en mí.

Sin duda, estoy enamorado de ella. Pronto haré que también se enamore de mí.

—¿Vamos hacia el lago?

Algunos asentimos y salimos a toda velocidad hacia el agua. La adrenalina que siento al apretar el acelerador ni siquiera se acerca a lo que sentí al tener los labios de Olivia alrededor de mi polla, pasándome la lengua por los *piercings*, con los ojos clavados en mí, pero voy aún más rápido y adelanto a Mason y a Rory.

Este último es nuevo en el grupo. Todavía está aprendiendo a conducir una moto más grande y se cae más que yo. Aunque tiene la estatura de un niño, es el alma de la fiesta con el alcohol y las drogas y el que siempre me pide que lo invite para poder ver a mi madre.

Nunca le he dejado acercarse a mi casa.

Tres horas después, acabamos en el garaje de Mason. Sus padres lo convirtieron en un sitio donde solemos juntarnos. Pedimos *pizza*, echamos unas partidas en la consola y nos pasamos porros hasta que alguien se pone blanco y vomita por todas partes.

Mason frunce el ceño a mi lado, con la vista clavada en la pantalla de su móvil. Echo un vistazo y veo el emoji del dedo corazón enviado desde un contacto llamado «Animadora», debajo de un mensaje que le dice que solo ha sido un polvo rápido y fácil.

Reprimo una carcajada silenciosa y le doy un empujón en el hombro.

«¿De verdad te han utilizado?».

Apaga la pantalla y me quita el porro de entre los labios.

—Que te jodan.

«¿Te has follado ya a tu hermana?», signa.

Mis ojos se alzan hacia el grupo. Ninguno de ellos sabe usar lengua de signos ni la entienden, pero aun así me entra la paranoia por lo que me ha preguntado delante de todos ellos.

—Tranquilo —me dice—. Tu secreto está a salvo conmigo.

—¿Qué secreto? —quiere saber uno de los chicos, y Mason niega con la cabeza a modo de respuesta.

Mi teléfono vibra. Lo saco y veo que Olivia me ha escrito. Frunzo el ceño al comprobar que me ha enviado su ubicación, y deslizo el dedo hacia abajo para verificar si hay algún otro mensaje.

—¿Qué pasa? —pregunta Mason al notar que me he puesto rígido.

Le muestro la pantalla. Sus ojos se entrecierran mientras lee. Entonces nos damos cuenta los dos a la vez: Olivia tiene problemas.

Nos levantamos de un salto.

—La hermana de Vizey está en problemas. ¡Coged los bates y las máscaras y vámonos cagando leches!

El pánico se apodera de mí a medida que nos dirigimos a toda velocidad a la dirección que he compartido con todos ellos. Casi nos arrolla un camión por el camino.

En cuanto llegamos al sitio que indica la ubicación en medio de un barrio caro, dejamos las motos a un lado, nos bajamos los pasamontañas para ocultar nuestra identidad y nos colamos en la casa.

Del sótano llegan voces y música. Todo sucede tan deprisa que apenas me doy cuenta de que he dado una patada a la puerta, he oído a Olivia decirme lo que le iban a hacer y le he ordenado que saliera antes de golpear demasiadas caras con mi bate. Parker es mi primera víctima: le rompo la puta nariz mientras intenta defender su postura.

Agarro un cenicero lleno de porros y se lo parto en la cara a alguien, después le doy un rodillazo en el pecho y un puñetazo en la nuca.

Esquivo un golpe de milagro, y el tipo chilla como un cerdo cuando le meto el mango del bate por la garganta y le rompo la mandíbula por varias partes.

La sangre caliente me salpica la cara y la ropa. Vomita carmesí en el suelo junto a mis pies, llorando y moqueando. Si no llega enseguida a un hospital, está jodido. Ahora mismo no me importa lo suficiente como para preocuparme por las repercusiones de mis actos. Iban a hacerle daño a Olivia, así que voy a asegurarme de que ni siquiera vuelvan a mirar en su dirección.

Mason y los chicos están dándoles una paliza al resto en tanto que yo agarro a Parker por el cuello y le doy una patada en el estómago, haciéndole retroceder hacia la puerta del sótano, y sonrío bajo el pasamontañas.

Él sube corriendo las escaleras y cae al suelo al llegar a la cocina. Abre las puertas del patio de un tirón y huye al patio trasero, y es entonces cuando decido que nunca volverá a andar.

Me gusta cómo me suplica que lo deje en paz: ahora tengo todo el poder y este gilipollas ha pasado su último día acercándose demasiado a mi hermana.

Las lluvias de antes han convertido el patio en lodazal, así que no llega muy lejos antes de que lo alcance, blandiendo mi bate, y lo derribe, dejándolo boca abajo en el barro.

Le aprieto la nuca con la bota, asfixiándolo en la tierra, donde debe estar. Lucha, agitando los brazos y las piernas mientras se ahoga, pero eso solo hace que le hunda más la cara.

Este pedazo de mierda. Quiero matarlo. Quiero que sufra.

Solo lo dejo respirar para poder darle un buen golpe en la pierna, riéndome por dentro al oír el asqueroso chasquido del hueso. Solo me produce alegría.

Grita de dolor.

—¡Joder! ¡Puto psicópata! ¿Quién coño eres?

Me quito la máscara, delatándome a mí mismo al asegurarme de que puede identificarme, y veo cómo sus ojos se abren de par en par. Con la cara manchada de la sangre de su amigo, que espero que esté muerto, lo golpeo con el puño en la mandíbula una, dos, tres veces, hasta que el cabrón me pide a gritos que pare.

Tiene la pierna rota, así que no puede levantarse, y el barro que tiene debajo se traga su cuerpo. Aprieto los dientes y le rompo la otra pierna, aplastándosela con mi pesada bota tan fuerte como puedo. Una y otra vez.

—¡Joder! —grita, probablemente meándose encima a medida que empieza a suplicarme que lo deje en paz y prometiéndome que hará lo que yo quiera. Pero es demasiado tarde. Se ha metido con la única persona que significa para mí más que la vida misma.

Le doy un último puñetazo, dejándolo inconsciente, antes de parar y llevarme el bate al hombro, escupiéndole.

Si pudiera hablar, le diría que ha sido por Olivia. Y si pudiera reír, lo haría mientras le digo que es mía.

11

Malachi

La idea de Olivia de salir a dar una vuelta y hacer algo lejos del caos que hay en casa no era lo que yo había planeado para hoy. Habíamos pasado horas abrazados. Ella estaba entre mis piernas y yo entre las suyas, antes de que nuestros padres nos interrumpieran bruscamente, discutiendo justo delante de la puerta de mi habitación.

Mi hermana resopló y me dijo que me vistiera. Como cuando se pone mandona me parece adorable, me duché, me vestí y me reuní con ella en el garaje. Ahora me mira fijamente, con los ojos puestos en mis manos apretadas en el volante y los ojos vidriosos.

Nos han dejado a medias. Necesita algo que la ayude a aguantar hasta que volvamos a casa. Le pongo la mano en el muslo, y ella esboza una sonrisa y aparta la vista para mirar por la ventanilla.

No puede ni soportar que se lo toque de lo necesitada que está. Clavo los dedos en su piel y abre las piernas para mí mientras intento mantener la atención en la carretera. Cuando me coge de la muñeca y desliza mi mano más arriba, trago saliva y agarro con fuerza el volante al sentir lo empapada que está.

Todavía sigue muy mojada.

Siempre lo está por su hermano mayor.

—Los ojos en la carretera, Malachi —ordena, mordiéndose el labio—. Si te estrellas, no volveré a chupártela.

Hago lo que me dice, presionando con mis dedos la mancha húmeda de sus bragas, justo donde su sexo palpita para mí.

Gimotea y mueve las caderas, guiando mis dedos bajo sus bragas para que sienta directamente el calor de su coño.

Quizá deberíamos follar ya. ¿Qué queda por aprender? No hay nada que nos impida aparcar en algún lugar discreto y hacerlo. Entonces le diría la verdad. Toda la verdad.

Le diría que estoy locamente enamorado de ella y que, si tiene la paciencia suficiente para tenerme como hermano sin voz, también me aceptará como novio. Tal vez le contaría todo lo que le he hecho. Cómo, aunque ella me enseña lo que tengo que hacer, me sigue gustando tocarla cuando no es consciente de ello. Lamerla. Chuparla. Por todas partes.

De repente, me aparta la mano.

—Para aquí.

Frunzo el ceño y observo hacia dónde dirige su mirada: un restaurante en medio de la nada. Suelto un suspiro, pongo los intermitentes y entro en el concurrido aparcamiento.

Esto no es ni por asomo lo que había planeado. ¿Por qué no vamos a algún sitio a enrollarnos hasta que se nos caiga la boca?

Se desabrocha el cinturón y sale del coche sin decir palabra. La sigo, saco el móvil para ver si tengo algún mensaje y veo una llamada perdida de Mason. Lo llamaré más tarde.

Olivia entra en el restaurante, pide una mesa para dos y seguimos a la camarera a una mesa en medio de la sala; estamos rodeados, el local está lleno y creo que podría matar a mi hermana por haber querido venir aquí.

—Tengo hambre —comenta—. Ya es prácticamente de noche, y hemos estado en la cama todo el día.

Y por una puta buena razón, quiero decirle, pero me quedo inmóvil, observándola leer la carta y pedir agua con hielo para los dos. Me siento incómodo: hay demasiada gente y estoy seguro de que algunos nos están mirando.

No parecemos hermanos, pero tampoco pareja. Ella es una animadora muy guapa y yo soy lo más alejado del deportista con el que se supone que salen las chicas como ella. Sin embargo, me importa más cómo se siente ella con los ojos de todos los presentes puestos en nosotros.

Me está hablando de comida. Mueve los labios, pero no capto nada de lo que dice. Son tan suaves, se perfilan con cada sílaba que pronuncia y cada vez que los lame. Levanta la vista hacia mí. Le devuelvo la mirada y me concentro en su boca otra vez.

Su zapato golpea mi bota y luego me frota el tobillo y la rodilla con el pie, y jadea cuando se lo agarro por debajo de la mesa.

En el momento que se lo suelto, separa los labios y me mira fijamente durante demasiado tiempo.

«Corre», le digo.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué?

«A no ser que quieras que te folle en esta mesa delante de todo el restaurante, será mejor que corras».

Ella traga saliva, observando a su alrededor.

—Todavía no hemos llegado a esa lección.

Aprieto las manos sobre la mesa, con la mirada clavada en ella.

«Corre, Olivia. Quiero perseguirte. Quiero atraparte. Quiero follarte hasta que grites tan fuerte que te quedes sin voz, como lo he hecho yo».

Sabe que lo haré. Una parte retorcida de ella sabe que no estoy bromeando. Así que, o todos se van, o van a verme perder la virginidad con mi hermana pequeña mientras la inclino sobre esta puta mesa. Al diablo las consecuencias. Ella me dijo que quería que la persiguiesen y la follasen, y eso es exactamente lo que voy a hacer con ella.

Mis ojos se oscurecen al verla, al observar la forma en que sigue sentada en su asiento.

En cuanto me pongo en pie, se levanta de un salto, coge su bolso y corre hacia la salida. Dejo unos cuantos billetes en la mesa por las molestias y la sigo.

Veo su pelo ondeando al viento mientras desaparece en el bosque junto al aparcamiento: corre como si fuera a matarla.

Salgo tras ella. Los curiosos que bajan de sus coches me ven adentrarme en el bosque y perseguir a mi hermana pequeña, a la que cada parte de mí está a punto de poseer.

Las ramas crujen bajo mis botas y sigo el sonido de su respiración agitada y sus pisadas. Cuanto más nos adentramos en el bosque, más oscuro y húmedo se vuelve, y los pájaros trinan mientras se esconden entre las copas de los árboles.

Me detengo y escucho. Ya no corre. El corazón me late con fuerza en los oídos y la adrenalina me corre por las venas con la determinación de encontrarla.

—No eres muy bueno en esto, ¿verdad?

Aprieto los dientes y avanzo hacia su voz en la dirección en la que vuelvo a oír sus pisadas. Es rápida. Normalmente, cuando salimos a correr, me gusta pensar que puedo ir un paso por delante, a veces incluso la hago esprintar, pero ahora mismo es como un maldito cohete.

Suelta una risita y se detiene de nuevo, y yo avanzo despacio, aunque las ramas aún crujen bajo mi peso. Olivia está detrás del tronco de un árbol, lo bastante grueso como para ocultarla, pero lo bastante cerca como para que pueda oírla jadear. La forma física nunca ha sido un problema para ella, así que quiero pensar que lo hace por la expectación de lo que pasará cuando la atrape.

Justo antes de que pueda alcanzarla, se da la vuelta y salta a mis brazos, tirándome del pelo y llevando mi boca hacia la suya. Me tambaleo hacia atrás hasta que mi espalda choca contra otro árbol, manteniendo el equilibrio, y luego le rodeo la espalda con un brazo y le agarro el muslo con el otro para levantarla más.

Me mete la lengua en la boca y gime, sonriendo y apretando los muslos contra mi cintura. Luego me empuja por el pecho hasta que la suelto.

—Cierra los ojos —me pide, y obedezco.

Frunzo el ceño al oírla correr de nuevo y resoplo cuando abro los ojos y la veo desaparecer a lo lejos una vez más.

Maldigo para mis adentros y salgo disparado tras ella. Mira por encima del hombro y suelta un grito cuando la atrapo por el pelo y la tiro al suelo.

Quiero asegurarme de que está bien, pero la sonrisa de su cara y la forma en que intenta escabullirse hacia atrás me indican que lo está y que está disfrutando de esto mucho más de lo que lo haría

cualquier persona normal. Me acerco a ella y enrollo su pelo en mi mano para echarle la cabeza hacia atrás.

Sonríe y me clava las uñas en la muñeca, lo que hace que mi polla se ponga dura y mi cuerpo descienda sobre el suyo hasta que la inmovilizo contra el suelo con las caderas.

La obligo a tumbarse sujetándola por la garganta y estiro el brazo junto a su cabeza. La última vez que vi este miedo en sus ojos fue cuando Spikey se cayó al suelo y ella se subió a mi cama para escapar de él. A pesar de que está asustada, tiene las pupilas dilatadas.

Mi polla está dura como una piedra, empujando justo entre sus piernas. Y ella las abre para que yo encaje perfectamente entre sus muslos.

Apenas puede respirar y sus pupilas se dilatan aún más. Aprieto los dientes mientras ella mueve sus caderas contra mí. Lo hace una vez, y otra, y una tercera, mirándome mientras mi mano rodea su garganta para cortarle el aire.

Que Olivia intente tomar el control me parece adorable. Para ser justos, ella ha sido la que lo ha tenido desde el principio, pero ahora es mi turno.

No poder respirar no la asusta, aunque veo presión detrás de sus ojos vidriosos. Sigue moviéndose contra mí, frotándose arriba y abajo por la cabeza de mi polla.

Emite una tos ahogada cuando aparto la mano de su garganta y le arranco el vestido por delante, dejando al descubierto su pecho desnudo y sus bragas azul celeste.

Está empapada, como era de esperar.

Jadea cuando la despojo de su ropa interior y me la guardo en un bolsillo. Luego arrastro los dedos por su coño, abriéndole los labios y mordisqueando su clítoris entre ellos. Está tan mojada, tan necesitada, pienso que podría desmayarme si no siento lo que es estar dentro de ella.

Me inclino y me bajo la cremallera del pantalón, liberando mi dura y gruesa polla, de la que ya gotea líquido preseminal.

—Si alguien nos ve…

«Los cegaré y los golpearé lo bastante fuerte para que olviden lo que han visto».

Se ríe y hace ademán de rodear mi miembro con los dedos, pero la agarro de la muñeca y le cojo la otra. Se le escapa un suspiro y roza mis labios mientras le sujeto ambas manos por encima de la cabeza.

Alineo nuestros cuerpos, pero los nervios empiezan a apoderarse de mí a medida que aprieto mi polla contra su coño, sintiendo el calor, la calidez, la forma en que ya está preparada para mí.

Mi líquido preseminal y su humedad se mezclan, haciendo que la parte inferior de mi pene se deslice contra ella a la perfección. Los *piercings* rozan su clítoris. Ella gime, intenta liberar sus manos, pero yo afianzo mi agarre y empujo más deprisa.

—Esto está muy mal —dice, jadeando mientras sigo frotándome contra ella—. Desearte. —Vuelve a jadear y levanta las caderas para recibir mis embestidas, y mi glande casi la penetra—. A ti, a mi hermano mayor.

Gimo para mis adentros y cierro los ojos. Cada vez que me llama hermano durante un acto sexual casi me corro encima de ella. Está mal. Es de locos. Es jodido querer estar en el interior de tu hermanita. Pero Olivia es mía, así que merezco saber lo que se siente cuando se corre alrededor de mi polla. Merezco oír cómo grita mi nombre mientras la lleno con cada gota de mi semen.

Bajo la cabeza y la beso.

No es suave ni delicado, ni nada romántico. Nos devoramos como si estuviéramos hambrientos, hay lengua, dientes, labios y gemidos, respirándonos el uno al otro mientras mi polla casi la penetra.

—Malachi —susurra contra mis labios cuando la cabeza hinchada de mi miembro se asienta en su entrada, desesperada por entrar, por embestirla. Un empujón y seré suyo para siempre—. Todavía no.

Suelto una de sus muñecas, y Olivia automáticamente baja la mano entre nosotros y me agarra la polla, acariciándola mientras el glande permanece apretado contra su entrada. Apenas puedo

moverme, inhalar, nada, mientras ella desliza su lengua en mi boca y me toca desde la base hasta la punta.

Desliza su mano sobre ella un poco, llega a la punta y frota sus dedos cubiertos de mi líquido preseminal y de su propia humedad sobre su clítoris en un movimiento circular.

Los dos nos fusionamos el uno en el otro en tanto que ella continúa. Acariciando. Besando. Frotando. Grita en mi boca cuando se corre, y siento su coño estremeciéndose contra la cabeza de mi polla, lo que me lleva a alcanzar mi propio clímax. Mi semen cubre su coño exactamente igual que cuando me metí con su forma dormida, y veo cómo se mete los dedos, empujando mi semen y gimiendo, aún sumida en su éxtasis.

Joder.

—Puede que haya metido la pata —me dice Mason.

Suspiro para mis adentros y apoyo los antebrazos en el manillar de la moto, subiéndome la visera del casco para que pueda verme los ojos. Levanto una ceja; necesito que se explique mejor, aunque estoy seguro de que ya sé lo que va a contarme.

—Abigail. —Pasa la pierna por encima de su moto y se coloca el casco mientras su madre le dice que conduzca con cuidado. Él se despide de ella haciendo un gesto despreocupado con la mano—. No quiere hablar conmigo.

«¿Y?», le respondo.

—Empiezo a pensar que solo me utiliza para echar un buen polvo.

Chasqueo la lengua en silencio y sacudo la cabeza. Lleva pilladísimo por esa chica desde la fiesta de cumpleaños de mi madre. O aparece en su trabajo, o la espera a la salida de su entrenamiento de animadoras, o la acecha en las redes sociales hasta que la pilla por su cuenta y, de alguna manera, se la lleva a la cama. Es agotador de ver, a pesar de que solo han pasado unas pocas semanas.

Mason se aburre con facilidad, así que estoy esperando que eso pase. La siguiente persona que despierte su interés tomará el relevo y Abigail caerá en el olvido.

Yo soy todo lo contrario a él. Nací para una chica y para nadie más. La sola idea de pensar en otra persona me hace sentir incómodo. Nunca me traicionaría a mí mismo o a Olivia pasando el rato con alguien más.

Todavía puedo ver la forma en que yacía debajo de mí en el bosque. Cómo empujó mi semen dentro de ella y me hizo perder la cabeza. Casi me dan ganas de drogarla otra vez, solo para poder follármela continuamente, para ver mi semen salir de su coño hasta que se quede embarazada de mi hijo. Sin embargo, puede que eso no le guste… Creo que para eso sí que necesito permiso.

Mi móvil suena y frunzo el ceño. Olivia nunca me llama. Se me acelera el corazón al instante, me quito el casco y me llevo el teléfono a la oreja.

Está llorando.

Joder.

Si alguien le ha hecho daño…

—¿Cómo te atreves, Malachi? ¿Cómo coño te atreves? Me has mentido. Me… Me-me has mentido. Me mentiste y me engañaste para que te enseñara todo, puto bicho raro. Pensé que te estaba ayudando, y me estaba enamorando de ti en el proceso, ¡pero todo el tiempo sabías muy bien qué hacer! ¿Qué clase de enfermo hace eso? ¡Soy tu hermana! Y yo… yo estaba…

Se queda callada y yo frunzo el ceño aún más. Mason puede oír todo lo que dice. Él también tiene el ceño fruncido. Quizá porque es un poco protector conmigo y ella me ha llamado bicho raro. Sus gritos son lo bastante fuertes como para no tener que poner el altavoz para que oiga la conversación.

—Espero que tirarte a Anna haya valido la pena lo suficiente como para arruinar la relación tan jodida que teníamos. No volverás a acercarte a mí, Malachi. Nunca. Te odio. Te o-o-dio muchísimo.

Rápidamente, envío un mensaje de texto mientras intento controlar cada bocanada de aire desesperada que sale de mis pulmones. No puede terminar esto. No se lo permitiré.

¿Dónde estás?

—Que te jodan —suelta antes de colgar.

Levanto la mirada hacia Mason, con la boca seca y el pulso retumbándome en los oídos.

Exhala un suspiro pesado.

—Joder. Drama familiar. Tienes que irte, tío. —Me da unas palmaditas en la espalda mientras me pongo el casco.

«No hagas ninguna estupidez. Deja que te grite y luego explícale tu versión. Los dos sabemos que lo que crea que ha pasado con Anna no es verdad», signa.

Asiento, apenas capaz de pensar con claridad.

«Buena suerte», añade.

Conduzco a toda velocidad y tardo cinco minutos en llegar a casa. Dejo la moto frente a la entrada, subo al ala de la mansión donde está su habitación para llegar más rápido hasta ella y salto por su ventana, que no está cerrada. Mantengo las cortinas echadas, y doy vueltas por el dormitorio, esperando a que vuelva a casa. No contesta a mis llamadas, pero papá me ha mandado un mensaje diciéndome que nos iba a traer comida a casa, así que sé que no tardará en llegar.

¿Qué cojones digo? No me follé a Anna.

Ni siquiera la besé, así que ¿por qué me acusa de esta mierda?

Repaso una y otra vez todo lo que puedo decir. Dejaré que me levante la voz, que chille, que grite, incluso que me abofetee si es necesario, y luego la sentaré, como dijo Mason, y le explicaré que yo no hice nada y que todo lo que ha oído es una sarta de mentiras. Apuesto a que a Anna le ha dolido en su orgullo porque no me acerco a ella y esta es su manera de vengarse. Lo juro, voy a estrangular a esa zorra cuando la vea.

—Vale —la oigo decir al otro lado de la puerta—. Te quiero, papá. Gracias.

Mis nervios se disparan mientras espero, encendiendo una y otra vez el mechero. No entra en el dormitorio enseguida, aunque sé que está ahí, en el pasillo. Me siento en la cama y miro de la ventana a la puerta una y otra vez, y enciendo el mechero cada vez más rápido, sintiendo la quemadura en la yema del pulgar, pero

incapaz de detenerme. Si siento dolor, tal vez enmascare el pánico que siento en las tripas.

La puerta se abre.

Contengo la respiración y dirijo la vista hacia la ventana.

—Vete —me suelta—. No quiero ni mirarte.

Me doy la vuelta, temblando, pero ella se niega a establecer contacto visual. Se queda en el marco de la puerta, sosteniéndola para que permanezca abierta.

—Vete, Malachi —continúa, recostándose contra ella, agotada, con los ojos enrojecidos por las lágrimas—. Lo que sea que estábamos haciendo se ha acabado. Quiero que te vayas de mi habitación y que no vuelvas a acercarte a mí.

Y una mierda.

«No he mentido en nada», signo, pero no me está observando. Es parcialmente cierto. Se corrió en mis dedos mientras dormía, y la he tocado más veces así de las que ha estado despierta; sin embargo, no es por eso por lo que está enfadada.

Me acerco a ella y le agarro la barbilla para que me mire, pero evita mis ojos.

—¿Puedes irte, por favor? —Se le quiebra la voz—. Me has hecho daño y no puedo mirarte.

No. No, no, no. Esto no está pasando. No puede pasar. Aprieto mi frente contra la suya, rogándole en silencio que se quede conmigo, que me mantenga cerca, y acunando su cara. Intento besarla, demostrarle lo mucho que significa para mí y que no puedo respirar sin ella, pero me aparta con la mano y me da una bofetada.

—¡Que te vayas, joder!

Intento hacer señas y decirle que me deje explicarle que Anna miente, pero me agarra de las manos para detenerme. Me arden los ojos y siento una mezcla de rabia y angustia. Estoy a segundos de encadenarla a la cama y obligarla a que me escuche.

Me empuja y, por la fuerza de sus manos en mi pecho, doy un paso atrás y soy incapaz de esquivar el frasco de perfume que me lanza.

—¡Que te largues!

Me estoy enfadando. Olivia se está comportando de manera frenética y jodidamente egoísta. Puede enfadarse conmigo, gritarme, pegarme, pero si me hace callar una vez más, voy a estallar de una puta vez.

Sacudiendo la cabeza, me dirijo a ella de nuevo.

«Deja que te lo explique, joder».

—Que te jodan. —Me abofetea de nuevo—. Te odio. ¿Lo entiendes, maldito bicho raro? Te odio por engañarme. Por manipularme para que haga cosas por ti.

Olivia me ha vuelto a llamar bicho raro. ¿Y manipular? ¿Lo dice en serio?

Ella es la que me ha estado manipulando a mí desde el puto día que la conocí.

«Yo no he hecho nada», insisto, pero me agarra los dedos y me los retuerce. Aprieto los dientes por el dolor, pero ella sigue, con los ojos llenos de un fuego que pienso apagar cuando finalmente termine suplicando de rodillas por haberme hecho daño, por no hacerme ni puto caso.

Pronto se calmará. Mason dijo que dejara que se desahogase. Por una vez, como no tengo ni idea de cómo arreglar esto, voy a seguir el consejo de mi amigo.

Olivia me golpea el pecho una y otra vez hasta que la agarro y la empujo contra la pared. Intento decir su nombre. Decirlo de verdad, pero no consigo ni pronunciar las palabras. Es una lucha inútil. No puedo hacer señas porque ella no me mira o me agarra las manos; no puedo hablar porque soy incapaz de hacerlo. ¿Cómo puedo salir victorioso de esta situación?

Me esquiva pasando por debajo de mi brazo y tira del pomo de la puerta.

—Vete. Solo… solo vete, Malachi. Aquí no hay nada que arreglar.

«Íbamos a ser la primera vez el uno del otro», signo, consiguiendo por fin que me mire. Si por fin ha dejado de estar de malhumor, puedo explicarme. «Íbamos a…».

Ella sacude la cabeza, riendo mientras sale del dormitorio.

—No soy una puta virgen, Malachi. ¡Llevo sin serlo desde los dieciséis años!

Dejo caer ambos brazos a mis costados. ¿Dieciséis?

Ya sabía que no era virgen, que yo no había sido su primera y única vez, pero oírlo de su boca es como ser atropellado por un camión.

—¡Y aparentemente tú tampoco!

«No soy un mentiroso», digo angustiado. «Tienes que creerme».

—Nunca volveré a creerte.

Lo único que me queda es obligarla a hacerlo. De todas las opciones que tengo en la cabeza esta es la que menos me gusta de todas, pero le agarro el pelo con el puño, la giro para que me mire y luego aplasto mi boca contra la suya en un último intento desesperado por conquistarla.

Me golpea el pecho, resistiéndose, y la beso con más fuerza, aprisionándola contra la pared y rodeándole la parte baja de la espalda con el brazo. Poco a poco, siento que cede.

Su cuerpo se relaja mientras me araña la mejilla, abriéndome la piel. El dolor punzante me hace gruñir en su boca y sujeto su muslo cuando intenta darme un rodillazo en las pelotas.

Engancho su pierna alrededor de mi cadera, y siento una presión en el pecho cuando cede y empieza a besarme casi tan desesperadamente como yo la beso a ella.

Los dos lo necesitamos.

Necesita mover las caderas para frotarse contra mi polla cada vez más dura. Necesita que la pellizque, la muerda y le chupe la lengua en tanto que gime de placer en mi boca. Cuando mis manos descienden para agarrarle el culo, se frota contra mí.

—Te odio. —Jadea, mordiéndome el labio, lo bastante fuerte como para hacer que me estremezca. Se aparta para mirarme. Una lágrima resbala por su mejilla. La lamo y luego bajo la cabeza para chuparle la zona donde se encuentra su pulso lo bastante fuerte como para dejarle una marca.

Gimo en silencio contra su garganta mientras ella rodea mi polla con los dedos. La agarra con firmeza y la acaricia con fuerza, pero parece que disfruto del dolor. Presiono mi miembro contra su mano y le agarro el culo.

Olivia me suelta, me empuja y se arrodilla. Me baja los pantalones y me observa mientras vuelve a rodear mi polla con los dedos.

Esto no es exactamente lo que pretendía cuando la he besado, solo quería que se calmara, que se sentara conmigo hasta que se lo explicara todo. Necesito que sepa lo que significa para mí. Lo mucho que la amo y cómo todo mi mundo gira a su alrededor. Sin embargo, por la forma en que me mira, con la cabeza de mi polla a centímetros de su boca, supongo que puedo esperar a que acabemos de follar.

Pero entonces habla.

—Espero que cuando veas a otras arrodilladas ante ti, me veas a mí, tu inocente hermanita, con tu polla en la boca. Espero que cuando salga de tu vida, eches de menos esta visión, porque en cuanto te corras en mi garganta y me trague todo tu semen, hermano mayor, harás las maletas y te irás. —Trago saliva, apoyando la mano en la pared, por encima de su cabeza—. ¿Lo has entendido?

Ni siquiera un poco. Si intenta huir, encontraré la forma de retenerla. La encerraré en una caja junto a Spikey.

Clava las uñas en la carne de mi polla y, joder, me hace retorcerme y necesitar que siga. La quiero más que a nada, pero la forma en que intenta dominarme es adorable y me pone a mil.

Necesito recordarle quién es el dominante en nuestra relación. Aunque puede que sea débil por esta chica, también puedo tener todo el control. La agarro del pelo con las dos manos y se lo demuestro mientras le meto el pene en la boca, haciendo que se atragante.

Me hundo en su garganta, sin dejarla respirar ni un segundo hasta que mi frente se pega a la pared y respiro agitadamente para llenar mis pulmones. Le lloran los ojos de ahogarse con la polla de su hermano mayor. Ojalá llevara el móvil encima para poder hacer una foto.

Aun así, me niego a correrme en su boca. Necesito estar dentro de ella. Si de verdad cree que hemos terminado, tengo que follármela y demostrarle que no es así. Cuando se dé cuenta de que

puedo hacerla sentir mejor que cualquier otro con el que haya estado antes que yo, puede que ceda.

Puede que me elija a mí.

La forma en que me mira arrodillada, con un hilo de babas que va desde mi polla hasta sus labios… Se me hace la boca agua; necesito más babas sobre sus bonitos labios. Reacciono antes de que pueda pensar y le escupo en la cara.

—¿Qué coñ…?

La interrumpo, la empujo hasta tumbarla, me abalanzo sobre ella y vuelvo a besarla. Es un beso profundo y sin duda controlador. Ella jadea para apartarme, pero gime cuando empujo mi polla contra sus vaqueros.

Se los quito y los tiro a mis espaldas, sin fijarme en dónde caen. Voy a hacer que se sienta bien. Necesito que se corra, que me abrace en la cama para ahuyentar los sentimientos indeseados que hacen que sienta un hormigueo por todo el cuerpo y que me diga que soy suyo y que ella es mía. Lo necesito todo. Y lo necesito ahora.

«Dime que estás enamorada de mí, hermanita».

—No —dice entre dientes, y la rabia me invade con tanta fuerza que mi puño se clava en el mármol que hay junto a su cabeza.

«Dime que me quieres. Joder, di que sientes lo mismo que yo por ti».

—No te quiero, Malachi. Nunca podría querer a alguien como tú.

Bien podría haberme disparado en el corazón, o haberse follado a alguien delante de mí, porque sus palabras duelen más que cualquier accidente de moto que haya tenido.

Nunca he sido suficiente. Ni para mis padres biológicos, ni para mis padres adoptivos, ni siquiera para la hermana de la que me he enamorado.

«¿Porque no puedo hablar? ¿Porque no puedo decirte lo jodidamente impresionante que eres cada segundo de cada día? ¿Porque no puedo respirar sin estar cerca de ti? Alguien como yo… Soy diferente, no puedo ser normal para ti. No puedo defenderte sin usar mis puños o mi bate, y no puedo tocarte al mismo tiempo que te digo que lo eres todo para mí. No puedo susurrarte palabras

cariñosas en la boca y, joder, no puedo casarme contigo porque no solo soy tu hermano, sino que soy defectuoso». Me arden los ojos cuando me siento encima de ella. Lo suelto. Todo. «Da igual si me crees o no, pero eres la única persona que tengo en la vida, la más importante, y siempre lo has sido. Y cuando tomes tu último aliento, o sea yo quien lo haga, eso no cambiará. Tú. Eres. Mía. Mi maldita propiedad. ¿Entiendes?».

Se queda en silencio demasiado tiempo. Luego suelta un suave sollozo, como si lo que le he dicho le estuviera rompiendo el corazón más de lo que ya lo tengo yo.

—Ni siquiera puedes sentir amor, así que todo lo que dices es otra mentira.

Se tapa la cara y se pone a llorar.

Como si ella supiera que es verdad y yo aún no me hubiera dado cuenta de que nunca tendríamos la oportunidad de tener un final feliz. Estoy demasiado jodido. Soy demasiado raro. Soy un monstruo. Nunca la haré feliz. No porque sea un Vize o porque no pueda hablar. Simplemente… no soy suficiente para que me elija.

«Te quiero demasiado como para marcharme, Olivia», signo, y luego le doy un golpecito en el brazo porque no está mirando.

Lo único que hace es llorar y no tengo ni idea de qué hacer.

Mi respiración se acelera y hago lo único que sé que le gustará. Lo único que la tranquilizará. Me pongo encima de ella, bajo para situarme entre sus piernas y arrastro la lengua por su coño.

Gime sin apartar las manos de su cara mientras deslizo la lengua por su entrada, dibujo círculos en su clítoris y me retiro para escupir sobre él y chuparle los labios. Los abro con los pulgares, con los ojos clavados en su cara cubierta, meto la lengua en su entrada y la devoro. Le separo las piernas y sus gemidos se hacen más fuertes.

—Oh, Dios. Vas a hacer que me corra, Malachi. Joder. ¡Joder, joder, joder! —grita de placer, y sus palabras me instan a seguir lamiéndole el coño y el clítoris, atrapándolo entre los dientes y deslizando los dedos hacia su culo. No dejo que se adapte. Ni siquiera le doy una advertencia: introduzco un dedo en ese estrecho

agujero a la vez que le meto dos dedos en el coño, y la follo por ambos lados, sintiendo cómo su clítoris palpita contra mi lengua.

—¿Ángel?

Ignorando la voz de mi padre —porque estoy demasiado concentrado en lo que estoy haciendo y necesito que se corra—, saco los dedos y le agarro los muslos mientras me empapa la cara y se restriega contra mi boca.

—¿Papá? —susurra.

Oigo pasos y luego la voz atronadora de mi padre.

—¡Malachi!

Intenta apartarme, pero prefiero morir a romper esta conexión que tengo con mi hermana. No me importa que nuestro padre nos haya pillado, ni que me esté agarrando por los hombros y tirando de mí, arrastrándonos a Olivia y a mí por el suelo. Le chupo el clítoris con más fuerza y la oigo gemir.

Su sabor está en mi lengua mientras su orgasmo empieza a recorrerla. Pero antes de que pueda hacer que se corra, papá consigue apartarme de ella y me da un puñetazo tan fuerte en la cara que mi visión se oscurece y me sale un líquido caliente por la nariz.

Menudo imbécil.

Lo agarro por la mandíbula y le escupo los jugos de Olivia en la cara.

«Tu hija sabe de puta madre», le digo, lamentando que ahora él también pueda saborearla. «Lástima que sea toda mía».

Papá se limpia la cara con cara de asco.

—¡Grandísimo hijo de puta!

Se lanza sobre mí, y todo lo que he estado conteniendo estalla en mi mente como una oscura tormenta que me inunda de maldad. Como si supiera que es el fin. Todo ha terminado. Estoy a punto de perderlo todo.

En el momento en que mi puño se estrella contra la cara de mi padre, siento que ocurre. La desconexión mental. El vacío que me atrae. Intento dejar de pegarle, pero no puedo. Quiero decirle que se aleje de mí, que no soy capaz de controlar la oscuridad que se apodera de mí, que me dispare si puede.

A pesar de la guerra interna que libro con mis demonios, lo único que puedo hacer es pegarle más fuerte mientras mi hermana me pide a gritos que pare.

Pero entonces…

Todo dentro de mí se rompe por completo. El vacío en mi mente crece.

Y me arrastra hacia abajo hasta que estoy atrapado.

12

Olivia

Tengo las manos manchadas con la sangre de mi padre. Malachi se apoya en la pared.

Le resulta indiferente el desastre que nos rodea y es evidente que no se arrepiente de lo que ha hecho: se limita a sacar un cigarrillo, encenderlo y observarme mientras las sirenas suenan cada vez más fuerte.

Intento ignorar la sangre que me rodea y el semen de mi hermano saliendo de mí y empapándome las bragas mientras las luces intermitentes brillan a través de las ventanas.

En unos segundos, voy a perder a Malachi y a mi padre.

Voy a perderlos a los dos.

¿Y por qué? ¿Por un polvo prohibido?

Mi hermano me mira fijamente con el cigarrillo en la boca, sin molestarse en correr ni intentar huir de su inminente arresto. Tiene los tobillos cruzados y me observa llorar sobre el cuerpo de nuestro padre a medida que la vida se le escapa. Se muestra despreocupado e impasible cuando abren la puerta de una patada y los agentes irrumpen en casa y lo detienen.

Malachi se arrodilla, con las manos detrás de la cabeza. Aún puedo sentir su mirada ardiente clavándose en mi nuca: quiere que me fije en él, pero no puedo.

Lo único que puedo hacer es echarme hacia atrás, manchando de sangre el suelo de mármol, en tanto que mi padre es atendido por los médicos.

A Malachi le leen sus derechos mientras lo esposan; no se resiste ni lucha, pero en cuanto oigo el chasquido de los grilletes, sé

que su única forma de comunicarse ha desaparecido, así que lo observo.

Nuestras miradas se encuentran y de pronto me siento vacía. Ni siquiera parpadea mientras sus ojos permanecen fijos en los míos, incluso cuando lo ponen en pie y lo apartan de mí.

Es Malachi, pero no lo es. No tengo ni idea de quién me está observando. Sin mostrar ningún tipo de emoción ni una chispa de humanidad, gira la cabeza para mirarme por encima del hombro cuando los agentes lo sacan y, por alguna razón, me gustaría poder gritarles que lo suelten.

Quiero llorar por él, el hermano al que nunca han comprendido, al que siempre han abandonado y silenciado, y el que siempre ha necesitado tanta ayuda. Sin embargo, soy yo quien rompe el contacto visual cerrando los ojos y me permito llorar.

La puerta del coche se cierra a lo lejos, se oye el rugido de un motor y sé que mi hermano se ha ido para siempre.

¿Por qué, mientras estoy aquí sentada cubierta con la sangre de mi padre, con los paramédicos trabajando duro para mantenerlo con vida, estoy llena de tanto remordimiento que desearía desaparecer?

Esta mañana estábamos contentos: íbamos a dar el siguiente paso en nuestras lecciones e iba a enseñarle a decir mi nombre. Incluso iba a confesarle que no estaba haciendo lo de las lecciones para enseñarle, sino porque lo amaba. La dinámica que teníamos era perfecta. Era divertida y emocionante, y yo era feliz.

Ahora me siento vacía.

Un agente me coge del brazo y me pone en pie; me dicen algo, pero no los oigo. Aparece otro que me ilumina la cara con una linterna y me sacan de casa justo cuando mi madre entra derrapando con el coche al acceso del garaje y abre la puerta de golpe.

—¡Olivia! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —Llega hasta mí, me aparta el pelo de la cara y me mira de arriba abajo—. ¿Eso que tienes es sangre?

Pero cuando sacan a mi padre en camilla, el grito que suelta casi me revienta los tímpanos y corre hacia él. Llora y exige

respuestas a los médicos y agentes cuando lo suben a la ambulancia.

Suenan más sirenas y mi cuerpo empieza a paralizarse, ahogando los sonidos que me rodean. Creo que ni siquiera pestañeo a medida que me encierro en mi mente, intentando despertarme.

Necesito hacerlo.

Esto es una pesadilla. Malachi estará a mi lado cuando abra los ojos. Me abrazará y me prometerá que estaremos juntos para siempre. Y todo esto no será más que un sueño.

Pero nunca despierto.

13

Olivia

Mamá me llama por mi nombre, pero no respondo. Mantengo la mirada en el espejo mientras me aplico el brillo de labios lo más despacio posible, como si tomarme mi tiempo fuera a hacer que las horas pasaran más rápido y no tuviera que salir por la puerta y arruinarle la vida a mi hermano.

Es inevitable que mi madre entre en mi habitación en cuestión de minutos y me grite por lo que voy a decir.

Me está buscando. La oigo abrir la puerta del baño principal y luego la del vestidor.

—¡Olivia!

Por el tono de su voz, no está contenta. Desde que papá se despertó días después de la operación, se ha propuesto tener el control de todo y sobre todos. Me he convertido en el blanco de su ira, así que he estado manteniendo las distancias.

Después de todo, Malachi estuvo a punto de matar a nuestro padre, y ella me oyó rogarle a mi padre comatoso que lo perdonara. Estaba llorando, suplicándole que me ayudara a conseguirle a su hijo la ayuda que tan desesperadamente necesita.

Quería que mi padre viviera, pero en secreto esperaba que el daño cerebral del que habló el médico tras la resonancia magnética significara que no recordaría la verdad.

La idea de perderlo era peor que el hecho de que se despertara, se acordase de lo que pasó aquella noche de hace un mes y me sacara de su vida para siempre. Por suerte, tuvo daños cerebrales y solo recuerda haber hablado por teléfono conmigo aquella noche y algún que otro *flash* de Malachi pegándolo, pero eso es todo. Puede

que lo que conté fuera lo que terminó de provocar la detención de Malachi. No podía mentir sobre quién atacó a papá. Malachi estaba cubierto de sangre, con los nudillos rotos y arañazos en la cara causados por mis uñas, y no hizo el menor esfuerzo por negarlo.

Podría haber salido corriendo del patio trasero y haber huido antes de que todo esto ocurriera, pero se quedó allí, en silencio, mirándome fijamente como si me estuviera memorizando.

Sin sentir nada, alejado de la realidad, incluso cuando la policía y los paramédicos irrumpieron en la casa. Se me rompe lentamente el corazón al recordar la traición de la que nunca me podré retractar. Debería haber protegido a Malachi.

Aún puedo hacerlo.

Mamá entra en mi habitación y resopla al verme y notar lo hinchados que tengo los ojos.

—Tenemos que irnos. ¿Estás lista? —Mira mi atuendo: un sencillo vestido negro y medias—. ¿Por qué lloras?

Respiro hondo y me siento al borde de la cama.

—No puedo hacerlo.

Hay un silencio doloroso y luego se cruza de brazos.

—¿No puedes hacer qué?

—No puedo testificar. —Contengo la respiración, esperando a que estalle la tormenta que se está gestando en sus ojos—. No lo haré.

Baja la mirada y suelta una carcajada incrédula.

—Te tiene comiendo de la palma de su mano tanto que ni siquiera te das cuenta de hasta qué punto te está manipulando.

Frunzo el ceño. Mamá nunca me había hablado así; claro que me ha gritado, pero nunca en este tono, como si le diera asco. No cuando se trata de mi hermano. Claro que se pone muy seria cuando se trata de las citas y de mi estilo de vida, pero nunca me había mirado con tanto… desprecio.

—No me está manipulando —digo, poniéndome en pie y dando dos pasos hacia ella—. No voy a testificar contra él. Necesita ayuda, no que lo encierren con delincuentes.

—*Es* un delincuente, Olivia.

Malachi no es una mala persona. La gente tiene esa imagen de él ahora por cómo reaccionó, pero se perdió a sí mismo, eso es todo. Todo el mundo tiene miedo de mi hermano. Incluso sus propios amigos lo abandonaron cuando se difundió la noticia de que se había vuelto loco y casi había matado a su padre adoptivo.

Todos menos Mason.

Si mi hermano supiera que su mejor amigo murió la misma noche en que lo arrestaron mientras iba a toda velocidad a la mansión para asegurarse de que Malachi estaba bien sería la gota que colma el vaso. Abigail está destrozada y no ha salido de casa ni para venir a verme. No es que la culpe. Hemos tenido periodistas y curiosos en la puerta desde que el caso dio la vuelta al mundo. Gracias a la notoriedad de mi padre, está en todas las redes sociales.

Echo de menos a Malachi. Y me siento egoísta por ello, teniendo en cuenta lo que pasó entre nosotros. Una parte de mí desearía no haber escuchado a las chicas en el vestuario. No me habría enterado de que Malachi fingía ser inexperto para poder acostarse conmigo.

Otra parte de mí también piensa que, tal vez, no era verdad. No le dejé explicarse. Lo silencié y vi cómo lo arrestaban.

Papá se estaba muriendo. Ambos estábamos manchados con su sangre. Él era mi principal foco de atención cuando rompí nuestro contacto visual por última vez. No puedo volver a mirarlo.

Yo podría ser la persona que lo envíe a la cárcel. La razón por la que podrían acusarlo de intento de asesinato y meterlo entre rejas durante mucho tiempo. Podría no volver a verlo nunca más. No tengo ninguna duda de que no querría volver a saber nada de mí si hago esto.

Así que… no lo haré.

Estoy demasiado decidida como para echarme atrás. No pienso hacerlo. Testificar contra la única persona a la que quiero, la única persona que siempre me ha protegido, sería como clavarme un puñal en el corazón y dejar la hoja ahí para que se retuerza cada vez que piense en él.

Mamá me observa con atención: puede ver la determinación y el amor en mis ojos cuando pienso en la posibilidad de salvar a mi

hermano, o al menos de negarme a testificar. Me retractaré de mi declaración. Conseguiré que salga en libertad, conmigo. Tengo que hacerlo.

—Tú no recuerdas mucho de tu infancia, pero yo sí. Tengo tus informes. ¿Sabes lo mal que te trataron tus padres biológicos? Estaban más interesados en drogarse otra vez que en alimentaros a ti y a tu hermanito. Los estuvieron investigando durante años. La única razón por la que los servicios sociales hicieron que un bombero irrumpiera en tu casa fue porque no asistieron a un control de drogas y no respondieron a las llamadas, y después un vecino se puso en contacto con ellos para decirles que un bebé había estado llorando durante días y días hasta que finalmente se calló. Estabas escuálida y apenas tenías energía, y aun así sostuviste a tu hermano muerto en brazos hasta que te encontraron.

Me escuecen los ojos mientras ella sigue hablando.

—Te salvé de esa vida. Si no fuera por nosotros, te habrías quedado en el sistema. Te di esta oportunidad, así que sé una buena hija y defiende a tu padre del monstruo que intentó matarlo.

Las lágrimas resbalan por mis mejillas y mi cuerpo tiembla de rabia.

—¡Cómo te atreves a usar así mi pasado en mi contra! Yo no pedí que me adoptaras. No pedí esta vida que me estás obligando a tener.

Se ríe.

—¿Obligarte? Abre los ojos, Olivia. ¿Malachi te ha trastornado tanto la mente que no te das cuenta de lo que está pasando? Te niegas a defender al hombre que te crio frente a una bestia repugnante que nunca debimos haber adoptado.

Tengo que contenerme para no abofetearla.

—Ya basta, mamá.

—¿Así es como nos lo agradeces? —gruñe—. Eres tan mala como tu hermano.

Malachi no es asqueroso ni una bestia. Pero mamá tiene razón en una cosa: me salvó.

Me muerdo el labio para que no me tiemble y me duele el pecho. Todo lo que dice, cada maldita palabra, me hiere. Intento

alejar el recuerdo de lo frío que estaba mi hermano pequeño antes de que me lo arrebataran de mis frágiles brazos, de lo mucho que me dolía el cuerpo cuando un bombero me levantó de la cuna sucia y me sacó al sol, cuya luz me quemaba los ojos.

Es el único recuerdo que tengo.

El único que permanece conmigo.

Mamá ve la crisis que estalla en mi interior y sus hombros se hunden al poner las manos sobre los míos.

—Lo siento, cariño. Malachi recibirá la mejor ayuda posible en privado. Es un peligro para ti, para sí mismo y para la sociedad.

Las lágrimas empapan mis mejillas y siento que algo dentro de mí estalla en mil pedazos.

—Prométeme que te asegurarás de que esté a salvo. Prométeme que tendrá ayuda. —Resoplo y dejo caer la cabeza sobre su hombro—. Lo haré, pero solo bajo esa condición.

—Te lo prometo —dice, echándose hacia atrás y secándome los ojos—. Límpiate, arréglate el pelo y vámonos.

No digo ni una palabra durante el trayecto hasta el juzgado, ni siquiera cuando mi madre me pregunta si estoy bien.

Cuando el coche se para, me dice que levante la cabeza. Fuera se ven los *flashes* de las cámaras y los periodistas esperan cinco segundos antes de interponerse en nuestro camino mientras nos abrimos paso hacia la entrada principal. El hecho de que mi padre sea un abogado con una gran reputación solo empeora las cosas. La gente privilegiada cree que puede gritarnos palabras repugnantes, aunque nosotras seamos inocentes. No tiene sentido: Malachi fue quien atacó a nuestro padre.

Una parte de mí se siente nerviosa, como si alguien fuera capaz de leer mi mente y ver con claridad todo lo que ocurrió aquella noche. Alguien descubrirá la verdad y perderé para siempre a la familia que me salvó.

Malachi fue acusado de intento de asesinato y condenado a prisión. Se negó a alegar demencia, por mucho que intentamos presionar a su abogado.

Me ha enviado cartas. Algunas no puedo leerlas completas; otras son tan desgarradoras que las guardo directamente bajo la

almohada. Se está perdiendo a sí mismo ahí dentro. No puede entender por qué no voy a visitarlo, por qué no estoy con él. Algunas cartas son preocupantes, así que les he sacado fotos y se las he dado a su psiquiatra del centro penitenciario. En algunas, me suplica. Esas son las que están cubiertas de lágrimas. Las lágrimas de ambos. Me doy cuenta de cuáles son de enfado, cuáles de tristeza y cuáles le ha costado escribir.

Después de su décima carta, he estado sentada en el escritorio de mi padre, mirando un papel en blanco. Si alguno supiera lo que voy a hacerle a mi familia, me llamarían traidora.

Me tiemblan demasiado los dedos para empezar, así que suelto el bolígrafo y los flexiono, cierro los ojos e imagino su cara; la habitación en la que estará encerrado; las cuatro paredes que va a estar mirando durante años. En sus cartas ya ha descrito su celda, las cenas que odia y cómo puede oír mi voz y ver mi cara cuando cierra los ojos.

Yo también puedo verlo. Me esfuerzo por imaginarlo. Me obligo a sentir su mano sobre mí, aunque sea la mía. Mi corazón late con fuerza por la noche y, a veces, cuando abrazo mi almohada, finjo sentir que son los latidos de su corazón.

Él sabrá lo que intento escribir. Mi letra es muy fea, pero él lo sabrá. Me conoce más que nadie y descifrará esto si es necesario.

Muevo el lápiz sobre la hoja y las palabras salen casi tan rápido como las lágrimas que caen de mis mejillas al papel.

> *Malachi:*
> *¿Qué nos ha pasado? Lo teníamos todo. Una familia, amigos, comida en nuestros estómagos y un techo sobre nuestras cabezas. Teníamos amor. Amor verdadero. ¿Alguna vez existió? ¿Era todo falso? ¿Soy idiota por querer tu amor, en cualquiera de sus formas? Estaba furiosa contigo por mentirme sobre tu cita con Anna, pero nunca quise que esto pasara. Se suponía que íbamos a discutir, gritar, besarnos y hacer las paces. Me habrías explicado tu versión si te hubiera dejado. No debería haberte silenciado de la forma en que lo*

hice. Fue horrible por mi parte y lo siento. Lo siento muchísimo, Malachi.

Sé que lo que pasó con papá fue un error. Era la señal que todos necesitábamos de ti para mostrar que tienes problemas, y voy a ayudarte, lo prometo. Dame algo de tiempo para hablar con nuestros padres. Les contaré la verdad sobre nosotros. Cuando papá esté mejor y mamá no esté en pie de guerra con todo el mundo, les diré que estoy enamorada de ti y que todo lo que dijiste era cierto. Sin embargo, les ahorraré los detalles de esa noche. Acordemos no hablar nunca de lo que pasó. Haremos como que empezamos de cero. Todo.

Mamá sigue empeñada en que me case, así que tengo que intentar que pare. Me negaré. No me casaré con nadie que no seas tú, Malachi, porque tú eres con quien quiero pasar el resto de mi vida, aunque tenga que esperar un tiempo. Por favor, no te metas en líos. Te visitaré en cuanto mamá me lo permita. Siento mucho haberte hecho esto. No tienes que perdonarme. Pero espero que lo hagas.

Te quiero más que a nada: no debería haber tenido que perderte para darme cuenta.

Debería haberte elegido a ti.

Olivia

Miro fijamente las palabras. Algunas las veo borrosas por mis lágrimas.

Paso la página y cojo una foto de los dos. En ella le estoy besando la mejilla mientras me carga a la espalda. Su expresión está en blanco. Ninguna sonrisa, ninguna emoción. Aunque sé que estaba feliz. Fue uno de tantos buenos momentos juntos, una prueba de que tenemos una oportunidad.

¿Pero qué pasa si no puedo convencer a mamá de que no me case? Pensaba que estaba alucinando cuando sentía mariposas en el estómago al estar con mi hermano mayor, y sabía que él también las sentía. Éramos demasiado jóvenes para darnos cuenta de nuestros sentimientos. Estábamos demasiado confundidos por lo ridículo que

era enamorarnos de alguien con quien habíamos crecido y al que llamábamos hermano y hermana.

Esta carta… representa una falsa esperanza para nosotros.

Y a mí no me queda ni el más mínimo atisbo de ella, pero Malachi tiene vía libre para seguir adelante sin mí. Cuando sea puesto en libertad, podrá encontrar a alguien con quien pueda estar de verdad, y no alguien que ya esté atada a otra persona.

Darme cuenta de ello me rompe el corazón tan dolorosamente que suelto un sollozo.

Con la respiración entrecortada, cojo el mechero, lo enciendo y vacilo, leyendo lo que he escrito por última vez. Ojalá viviéramos en un mundo en el que pudiera darle esta carta, en el que pudiera estar de pie frente a él y verlo leer palabra por palabra lo que dice antes de pasar el resto de nuestras vidas juntos.

Observo cómo las llamas envuelven la esquina de la hoja, extendiéndose hacia los bordes y devorando todo aquello de lo que nunca hablaré. Malachi nunca sabrá de mis sentimientos. Nunca recibirá la disculpa que se merece, y nunca sentirá ningún tipo de esperanza por nosotros. No puede. Si envío esta carta, lo estaré engañando mientras me caso con quien sea que nuestra madre me obligue a estar.

Es un suicidio emocional para nuestros corazones: son órganos frágiles e importantes que hay que proteger, y yo estoy protegiendo el de Malachi al reducirla en un montón de cenizas.

Gracias a mamá, nunca he tenido ni voz ni voto sobre mi futuro.

Es inevitable que me convierta en lo que ella me crio para ser. Esposa de un hombre rico. Silenciosa. Complaciente. La hija perfecta. La peor hermana.

Al menos quemando el último vínculo con mi hermano, puedo protegerlo de que nunca vuelva a sufrir por mi culpa.

PARTE II

14

MALACHI

PRESENTE

Apoyo la espalda contra el árbol mientras me esfuerzo por llenar de aire mis pulmones, que suplican oxígeno.

El sudor se me pega al cuerpo como una segunda piel, y tengo las piernas salpicadas de barro y los zapatos sucios de lo rápido que he corrido bajo la lluvia. Despejarme y ahogar las voces solo funciona cuando hago ejercicio o cuando estoy entre los brazos de Olivia, pero algo no iba bien cuando me desperté. Tuve que desenredarme de ella y salir de debajo de las sábanas.

Eso fue hace horas. Creo que he estado corriendo toda la mañana.

Mi mente va a mil por hora. No sé muy bien por qué.

Me devora la ansiedad, esa que te despierta por la noche como si te hubieran estrangulado. La que te quita el apetito. La que te hace pensar que estás perdiendo la cabeza.

Para ser sincero, lo más probable es que el tercer punto sea cierto.

Giro el cuello, disfrutando de la sensación del crujido, y me quito los auriculares para escuchar los ruidos del bosque. Luego reprimo una sonrisa cuando oigo las pisadas apresuradas de mi novia buscándome.

Cuando me llamó y me preguntó dónde estaba, le dije que esperara veinte minutos antes de venir a buscarme. Solo ha conseguido hacerlo durante cinco.

A pesar de que no quería despertarla cuando salí a hurtadillas, la verdad es que también quería sacarla a rastras de la cama y exigirle que se ocupara de mi polla, pues me había despertado duro como una piedra después de que se frotara contra mí durante horas, manteniéndome despierto.

Estuve a punto de deslizarme en su interior mientras roncaba ligeramente.

A punto.

Habría ayudado con cómo me siento. Tal vez habría aliviado todo, incluso durante una hora.

Al parecer, follármela de nuevo sin que se dé cuenta está descartado: me ha dado normas estrictas de no tocarla mientras no está consciente a menos que me dé su consentimiento previo.

Por muy aburrida que me parezca la prohibición que ha establecido desde que volvió a mí la semana pasada, le he hecho caso; incluso cubrí su cuerpo desnudo antes de ir a hacer ejercicio, aunque la voz en mi hombro me gritaba que la dejara agotada.

¿Ves? Puedo ser amable.

Olivia aún no lo sabe, pero estoy empezando a…

Zas.

—¡Joder!

Algo me golpea con fuerza en un lado de la cabeza, luego siento un estallido de dolor y calor que me recorre la cara. Me separo del árbol y me giro para ver a Olivia quitándose la máscara antigás y tirando el bate de béisbol al suelo del bosque.

—¡Lo siento! —grita, con los ojos muy abiertos—. ¡Se suponía que tenía que golpear el árbol, no a ti!

Me limpio la sangre de la herida y observo mis dedos enrojecidos antes de mirar lentamente en su dirección. Ella traga saliva y da un paso atrás, pero sacudo la cabeza y se detiene.

—Ha sido un accidente.

«Vuelve a ponerte la máscara», le digo por señas, porque aún me siento más cómodo usando la lengua de signos que hablando en voz alta. Ella la coge y se la pone mientras yo ignoro el rastro de sangre que me llega hasta el hombro y que seguramente me esté manchando la piel. «Ahora coge el bate».

Se agacha para agarrarlo. Sus movimientos son lentos, calculados, como si estuviera lista para correr en cualquier momento.

—¿Y ahora qué?

Se pone un poco rígida cuando camino hacia ella. Las ramas chasquean bajo mis zapatos. MEJKO sigue sonando en uno de mis AirPods; el otro está a salvo en el bolsillo de mi pantalón corto.

Olivia suelta un gemido cuando tiro de la parte delantera de su camisa, haciendo saltar los botones que están a la altura de sus pechos. Está temblando, aunque no sé si de miedo o por la posibilidad de que la toque.

No la tocaré. No realmente.

No lleva sujetador y sus pezones se endurecen por el aire frío. Recorro con delicadeza la piel inmaculada con los dedos cubiertos de sangre y rodeo uno de sus pezones con la yema del pulgar.

Sus tetas siempre son perfectas, pero con mi sangre en ellas, pintándolas de rojo… con mi máscara y mi bate en la mano, creo que podría abandonar mi plan y follármela aquí mismo.

La suelto y doy un paso atrás.

«Quítate la ropa. Pero déjate la máscara puesta».

Despacio, se pone el bate entre los muslos, sujetándolo con ellos, se desabrocha los dos últimos botones y deja que la camisa caiga al suelo. A continuación, hace lo mismo con los pantalones y deja caer el bate mientras los desliza por sus piernas, de modo que solo se queda en bragas.

De encaje blanco.

Ahora se me ha puesto más dura todavía.

Uno pensaría que después de haber estado dentro de mi hermana más veces de las que puedo contar, viéndola así, básicamente desnuda con mi sangre sobre ella, estaría acostumbrado. Pero no, sigo obsesionado con ella, incluso cuando está en pijama, con el pelo revuelto y oliendo a ajo o a cualquier otra cosa asquerosa.

¿Qué chico de veintiocho años sigue sintiendo mariposas así? Joder, me encanta esta puta chica.

—¿Te vas a quedar ahí mirándome todo el día? —me pregunta, con la voz apagada bajo mi máscara antigás.

La misma máscara que me puse la noche de Halloween. Le gusta, al parecer le recuerda cómo se dejó llevar y se permitió tenerme plenamente sin preocuparse por las repercusiones.

Creo que voy a quedarme observándola: es una puta obra maestra.

Trago saliva, sabiendo que mi erección está presionando contra mis pantalones cortos mientras arrastro los dientes por el labio inferior.

El miedo de Olivia es imposible de ocultar.

Está asustada. Es hermosa. E irresistible.

Quiero devorar su puta alma. Si ella me lo pidiera, lo haría. Sin importar lo que eso signifique. La inmovilizaría en el suelo y me la follaría tan fuerte que su cabeza acabaría enterrada en la tierra del bosque.

Incluso si me gritara para que parase, no lo haría hasta que se desmayara por falta de oxígeno. Hasta que estuviera llena de la última gota de mi semen, y si se escapara algo, se lo metería de nuevo en el coño con un dedo y le daría otro orgasmo.

—¿Malachi?

Sin embargo, si se convirtiera en un cadáver, eso significaría que estaría muerta. Y entonces yo también lo estaría.

Podríamos embrujar nuestra casa juntos.

Mi hermana se va a quedar conmigo para siempre. Si intentara huir de nuevo, la volvería a encadenar en el sótano y nunca volvería a ver la luz del día.

Es mía. Mía para siempre. Y lo digo en serio. No solo como si fuera un reclamo de propiedad o un reclamo de vida. Toda ella será mía.

Ya lo es.

—¿Malachi?

Si alguien se interpone en mi camino, lo mataré. Acabaré con papá, le romperé el cuello a mamá, y si esa hermanita suya interviene…

—Oye —dice Olivia en voz baja, y ahora está justo delante de mí en la alfombra, sin la máscara ni el bate—. Mírame.

Tiene la ropa puesta. Ropa diferente. Ropa de dormir.

Parpadeo, desorientado de repente, y la confusión me invade cuando echo un vistazo a mi alrededor y veo que estamos en nuestro dormitorio.

15

MALACHI

El olor a fresas invade mis sentidos cuando me despierto.

Tengo el pelo enmarañado de Olivia por toda la cara, su cuerpo sobre el mío, con una de sus piernas entre las mías y su suave mano apoyada en mi pecho. Por una fracción de segundo, creo que aún estoy soñando y en un recuerdo de cuando acostumbraba a colarse en mi habitación cuando éramos adolescentes. Sigo en ese lugar al que solía ir cuando estaba en mi celda, solo, fingiendo que mi hermana dormía a mi lado, hablándome de nuestro futuro.

Íbamos a casarnos. Íbamos a tener hijos, si ella realmente los quería. Íbamos a irnos de vacaciones y a estudiar carreras que nos gustaran. Mientras nos tuviéramos el uno al otro, nadie más importaba.

Éramos un equipo. Un puto equipo fuerte que se desintegraba cuando alguien interrumpía mis pensamientos.

No estaba perdiendo la cabeza como los guardias habían dicho. Me aferraba a esos recuerdos para mantenerme cuerdo. Todas las veces que nos colamos en la habitación del otro se reproducían en bucle en mi mente como una película. Los guardias de la prisión me oyeron hablar con Olivia, con la versión imaginaria de ella que me sonreía y me besaba mientras permanecíamos juntos en la cama durante horas. Me oyeron discutir conmigo mismo, suplicar a alguien que no estaba allí de rodillas, llorando, y pidiéndole a Olivia que me perdonara.

Unas lágrimas que nadie vería salvo ella.

Pensaron que estaba loco y me enviaron para que me hicieran una evaluación más detallada sobre mi diagnóstico de trastorno de

personalidad antisocial. Todo lo que dijeron fue que tenía depresión, y me dieron más horas de llamadas y un horario de visita extra, pero no accedí a aceptar las llamadas o visitas de las personas que trataban de hacerlo. Mis padres me odiaban y la única persona que quería que estuviera allí era Olivia. No necesitaba ver a ninguno de esos falsos imbéciles.

Mis amigos desaparecieron. Ni siquiera Mason intentó verme. Mi relación con mi hermana se acabó. Y perdí a mis padres otra vez. Fue un milagro que no perdiera la cabeza, me pusiera una soga al cuello y acabara con todo.

Cuando mi hermana seguía rechazando mis llamadas y no contestaba a mis cientos de cartas, y cuando me sentaba en aquella mesa, esperando a ver si me visitaba, otra parte de mí se rompía. No sé cómo soy capaz de tumbarme ahora con ella en brazos y pensar que puedo volver a ser normal. Si es que alguna vez lo fui.

Durante la terapia —las cuatro sesiones a las que he asistido desde que me dejaron en libertad— intentan hablar de mi infancia. Me hacen preguntas basadas en lo que han leído en mi informe: «¿Sigues pensando en tu familia biológica? ¿Recuerdas lo que te ocurrió? ¿Tienes pesadillas? ¿Recuerdas el día que casi matas a tu padre adoptivo?».

Independientemente de lo que pasó entre nosotros, yo seguía viéndolo como mi padre, sin importar que no fuera el biológico. Jamieson Vize me crio, a diferencia del hombre que se rindió y me dejó con la mujer que me parió.

A veces recuerdo su cara. Sé que probablemente sea una imagen inventada, ya que murió cuando yo era pequeño. Tenía el pelo largo y de un rubio muy intenso y los labios pintados de un rojo vivo, y fumaba demasiados cigarrillos.

El terapeuta siempre me presiona para que hable de ella.

Es como si pudiera oírla diciéndome que soy débil, inútil, raro y pirado. Puede ver el abuso que sufrí. Me oye llorar por mi madre y mi padre cuando era un niño.

¿Se supone que debo decir que tuve una infancia increíble y que echo de menos a mi verdadera madre? ¿Que mi padre debería haberme llevado con él cuando se tiró de un puente?

Si aún estuvieran vivos, no habría conocido a Olivia. Nadie podría haberme salvado excepto ella. Es la única persona en el mundo que me entiende, incluso cuando no soy capaz de hablar y tengo dificultades para comunicarme; no importa cuántas veces me lo haya llamado, no cree que sea un bicho raro.

No soy normal. Eso ya lo sé. Mi mente no funciona como la suya ni como la de ninguna de las personas con las que crecí. Incluso algunos de los presos con los que compartía litera antes de que me aislaran pensaban que era un lunático o un esquizofrénico.

Todo el mundo dice que soy un enfermo, un depravado, un error… y aun así ella me quiere. Estos gilipollas que parecen creer que me tienen calado no tienen ni idea. Siempre piensan que me conocen mejor que nadie y me preguntan cosas como si fuera un niño indefenso. No tienen ni idea de lo que pasa por mi cabeza. Cada rincón de mi mente está ocupado por una chica llamada Olivia.

Parpadeo un par de veces y la confusión se desvanece cuando acaricio sus mechones oscuros con los dedos. Me los acerco a la nariz e inhalo.

El mismo delicioso aroma a fresas inunda mis sentidos. Es el mismo desde que éramos niños. Ella no sabe lo relajante que es para mí.

Y esta vez es real.

Olivia está en mi cama de verdad, aferrada a mí como si fuera a desaparecer. No está huyendo de mí. No hay padres llamando a la puerta y obligándonos a separarnos y escondernos. La sociedad no nos mantiene alejados ni nos dice que está mal estar juntos. Solo somos dos adultos, acurrucados y felices, y me aterroriza que algo malo vaya a pasar y ponga fin a la alegría que siento que crece en mi interior.

Quiero ser feliz, pero no sé cómo.

La obligación que tiene de casarse con ese gilipollas de Xander aún se cierne sobre nosotros, aunque ya pasará. Ni siquiera conoce a Olivia y no tiene motivos para esperar que ella vaya corriendo a sus brazos. Su familia es rica, mucho más rica que los Vize.

El dinero es lo único que le importa a mamá. Hasta el punto de que vendería a su propia hija por poder.

Tal vez debería matarla, justo después de que haya estrangulado a Xander y deje su cuerpo para que su familia lo encuentre, con mi nombre grabado en su frente.

Aunque con toda la seguridad que tiene alrededor, y la fortaleza del viejo orfanato en el que vive con su familia elitista, por primera vez estoy nervioso. Porque si él viene a por ella, y si lo consigue, no sabré cómo recuperarla.

Podría perderla.

—Tu corazón late muy deprisa de repente —susurra Olivia, depositando un suave beso sobre mi pecho desnudo—. Vuelve a dormirte. Es temprano.

Esbozo una media sonrisa y sigo pasándole los dedos por el pelo recién teñido. Se lo hizo para quitarse el rubio que la obligaron a tener. Todavía tiene algunos mechones dorados, ya que confió en mí para que le diera la parte de atrás y, oh, sorpresa, no sé usar el puto tinte.

Quiero llamarla mandona, pero cuando me siento abrumado, tengo dificultad para pronunciar las palabras. Todavía estoy aprendiendo, y desde que llevamos casi una semana en la cama, no he ido a ninguna de mis citas con el logopeda, a pesar de que Olivia discute conmigo para que lo haga.

Apenas hemos salido de debajo de las sábanas, excepto para ducharnos, deshacernos del millón de condones que me obligó a usar o para comer. Incluso se puso frente a mí y me hizo tomar mis medicamentos y luego me besó como si no lo hubiera hecho en años. Y ayer me persiguió por el bosque a la hora que quiso, y la dejé.

Incluso fingí que luchaba contra ella mientras me chupaba la polla y me follaba.

No se ha despegado de mi lado, y la verdad es que no me molesta. Me encanta tenerla aquí, conmigo, en nuestra cama, en nuestra casa.

Nuestra vida.

A pesar de que estamos jodidamente cerca de tenerlo todo, hay algo que nos lo impide. Hay un peso enorme en mi pecho, y no es la cabeza de Olivia mientras vuelve a dormirse.

Está preocupada por mí. Anoche se despertó y me encontró hablando y haciendo señas conmigo mismo en medio del dormitorio. Tardó diez minutos en volver a meterme en la cama intentando demostrarme que era real.

La verdad es que no me acuerdo de eso. Fue como una experiencia extracorporal; ya la he tenido antes: cuando estaba en la cárcel, cuando vigilaba a Olivia y unas cuantas veces esta última semana.

Observo su rostro relajado y le acomodo un mechón de pelo detrás de la oreja, preguntándome cómo va a aguantarme. Soy un lastre, un equipaje pesado sin el que estaría mejor, pero una parte egoísta de mí quiere que asuma esa carga conmigo.

Yo tampoco vuelvo a dormir. No puedo. Hoy mi mente está en mi contra. A veces puedo bloquearla y otras, lucho contra ella y me supone un gran esfuerzo incluso respirar sin tener la necesidad de asegurarme de saber dónde está Olivia en todo momento.

Cuando vuelve a despertarse, parpadea y me observa con sus pequeños y preciosos ojos. Sus dedos trazan la línea de mi mandíbula y apoyo la mejilla contra su palma, como si no hubiera estado pegado a ella casi de manera constante desde que me eligió.

—¿Podemos hablar ya de nosotros? —pregunta con timidez. Le tiembla un poco la voz.

Lleva casi todos los días pidiéndome que tengamos «la charla» y yo estoy completamente en contra porque me parece inútil.

En contra de todo lo que me dice que lo deje y le siga la corriente, asiento.

—¿Qué hacemos?

La estrecho entre mis brazos, abrazándola.

—¿No es obvio lo que estamos haciendo? Estamos abrazados en la cama.

Sin embargo, por la forma en que me mira, parece que eso le importa una mierda.

—Saliste de la cárcel después de ocho años y luego me acosaste y me secuestraste. Me torturaste y luego me dejaste ir. Volví hace solo una semana. Siento que tenemos que hablar de verdad sobre qué vamos a hacer a partir de ahora.

Mis fosas nasales se dilatan y mi mandíbula se tensa cuando sus dedos recorren mi piel.

«De acuerdo», signo. «Pero no veo por qué tenemos que hablar de eso. Ahora eres mía y nadie puede hacer nada para separarte de mí. Tendría que estar muerto, y aun así te perseguiría y te follaría».

Suspira.

—Lo digo en serio.

«Yo también».

—¿Podemos ir poco a poco con todo esto?

«No».

Vuelve a suspirar, y su pecho se mueve al compás.

—Malachi. —La forma en que pronuncia mi nombre me hace tragar saliva. Arruga la nariz y se sienta a horcajadas sobre mí—. Voy a sugerirte algo. —Sus dedos se extienden sobre mi pecho, sobre mi corazón dolorido al instante—. Y no puedes enfadarte.

Lo que significa que voy a perder los papeles, pero aprieto los dientes y respiro hondo.

«¿Qué?».

—Tienes que dejarme volver al trabajo sin discutir conmigo para que me quede en la cama cada mañana.

«Ya dijiste que ibas a volver aunque me opusiera. Tienes suerte de que no te vuelva a encerrar en el sótano».

—Eso es técnicamente secuestro.

«No sería la primera vez que lo hago».

Sus ojos se entrecierran, fijos en mis manos; ha estado desesperada por oírme hablar cada segundo. Sin embargo, a veces todavía no me siento cómodo usando mi voz.

—No voy a ir a ninguna parte. Viva aquí o no. ¿Por qué sigues pensando que, si voy a trabajar o a ver a nuestros padres, no voy a regresar a casa?

Levanto una ceja como respuesta.

Inclina la cabeza y su expresión se suaviza.

—¿Qué puedo hacer para demostrarte que no lo haré?

—N-no tienes precisamente el me-mejor historial cuando se trata de a-arruinarme la vida.

«Y no confío en ti», continúo por señas.

Estoy tratando de ser lo más honesto posible. Sí, ella me eligió, pero ha tardado diez años en hacerlo. Es normal que me sienta inseguro y preocupado por si me vuelve a dejar.

Incluso me pongo nervioso cuando Abigail o Anna llaman. Querrán salir a cenar o quedar antes de que esta última dé a luz.

Por mucho que quiera dejar de ser un gilipollas paranoico y disfrutar de tenerla aquí conmigo, la idea de que haga algo tan sencillo como ir a trabajar me da mala espina. No puedo impedírselo. No lo haré. Pero quiero cerrar la puerta y tirar la llave, esposarla a la cama y no dejar que vuelva a ver a sus amigas.

Si le digo esto, dirá que soy tóxico y que nuestra relación no funcionará. Y no se equivoca, así que no digo las palabras que me rondan por la cabeza: no puedo permitir que vuelva a huir de mí. No tengo ni idea de lo que haré esta vez si lo hace.

Probablemente quemar el edificio en el que trabaja y secuestrarla de nuevo. Y esa vez, no la dejaría ir. Haría creer al mundo que ha muerto y la mantendría oculta para siempre.

Me besa, acunando mi cara entre sus manos, y me acerca, chupándome el labio inferior.

—Sal de tu cabeza —susurra—. Te quiero.

Olivia me ha manipulado desde que éramos adolescentes. A pesar de que la amo, no confío en ella. Así que que me condenen por querer mantenerla encadenada a mi lado.

Frunce los labios y me pasa los dedos por el pelo.

—Voy a besarte otra vez, y luego me ducharé y me iré a trabajar. No voy a ir a ningún otro sitio. Te lo prometo. Puedes llevarme y recogerme si estás preocupado.

«No quiero que vuelvas a huir de mí».

Hace una mueca y baja la mirada.

—Lo siento.

«¿De esto querías hablar? ¿Vas a trabajar?».

—¿Puedes hablar en alto? —pregunta—. ¿Por favor?

«No quiero usar mi voz».

—Está bien —murmura—. Yo solo…

Sus ojos se dirigen al terrario en la esquina de la habitación y se estremece. Sé que está pensando en volver a tener mi araña encima

y detesta la idea.

Aún no le he puesto nombre a mi nueva mascota. Rex y Spikey estaban claros, pero el de esta… no estoy muy seguro.

La mirada de Olivia está cargada de temor… Con el tiempo, acabaré haciendo que esa emoción desaparezca.

Cuando vuelve a mirarme, haciendo un mohín, sé que voy a odiar lo que va a decirme. A pesar de que está completamente desnuda y sentada sobre mí, está nerviosa, lo que me hace sentir mal.

—Sí que te quiero —empieza, y mi corazón late mucho más rápido de lo que se consideraría normal. Creo que me va a estallar el pecho de la ansiedad, aunque al menos mi sangre pintará su hermoso rostro y me dará una última imagen maravillosa—. No recuerdo ningún momento en el que no te haya querido, pero quiero volver al principio.

La miro fijamente. No entiendo a qué se refiere. Que quiere… ¿qué?

¿Volver al principio?

¿Qué?

En lugar de preguntarle qué coño quiere decir, mantengo mis ojos en los suyos y espero a que explique su absurda idea. O se ha golpeado la cabeza durante uno de nuestros encuentros sexuales más duros, o se ha contagiado de mi enfermedad y delira más que yo.

Se encoje de hombros.

—Nunca me has llevado a una cita.

Frunzo el ceño aún más.

—¿Qué?

—Nunca hemos salido. Nunca hemos probado si somos compatibles. ¿Y si solo compartimos este vínculo debido a un trauma? Somos dos hermanos adoptados con un pasado de mierda, obligados a crecer juntos. ¿Y si no me quieres de verdad y solo nos hemos estado aferrando el uno al otro desde que éramos niños por ello?

Me siento, manteniendo a Olivia en mi regazo.

—No pienses eso —le pido, sujetándola por las caderas y negando con la cabeza—. Por favor, no.

—¿Podemos intentarlo al menos?

«No he hecho nada malo», signo cuando las palabras se me atascan en la garganta.

—Sé que no lo has hecho. Has estado increíble. El hecho de que incluso me permitas estar en tu cama significa el mundo para mí después de lo que te hice.

«Nuestra cama», señalo.

Le tiembla el labio inferior.

—Pídeme una cita, llévame a cenar, hazme sentir especial y déjame en mi apartamento al final de la noche.

¿Dejarla en su apartamento? ¿Qué cojones es esto?

Sacudo la cabeza.

—No.

—Por favor, Malachi.

«¿Por qué haces esto? Hemos estado bien».

Olivia debe estar tratando de arruinar mi vida. ¿Por qué íbamos a dar un paso hacia atrás? Hemos estado todo el rato juntos. Me dijo que me amaba. Me ha besado cada mañana, y compartimos una vida llena de recuerdos.

Técnicamente fuimos a cenar una vez cuando éramos más jóvenes, y no duramos ni diez minutos antes de que le dijera que huyera. ¿Eso no cuenta?

Aprieta los labios y mira hacia otro lado.

—Todas las citas que he tenido las ha organizado mamá. Nunca he podido decidir por mí misma. Si decía que no, me echaba en cara que se lo debía por salvarme. Incluso me obligó a tener novio mientras estabas encarcelado.

Un novio al que me gustaría hacer desaparecer; de hecho, le guardé un lugar para enterrarlo en el patio con el resto, pero sigo escuchando, incluso cuando sus ojos se llenan de lágrimas.

—No estoy pidiendo que lo nuestro se acabe. Solo quiero volver al principio. No como Malachi y Olivia Vize, dos personas que acabaron enamorándose la una de la otra. Sino como Malachi y

Olivia, dos personas que tienen química, compatibilidad y amor y todo lo que nos perdimos al crecer.

Tenemos todas esas cosas. No lo entiendo. ¿Esta es su excusa para dejarme? Hemos estado acostándonos desde que llegó… Quizá ya se haya aburrido.

¿Por qué siento que voy a vomitar?

—Nunca había tenido la oportunidad de hacerlo contigo —añade, resoplando mientras su respiración se entrecorta—. Incluso dejaré que me beses en nuestra primera cita, y eso que hay una norma que lo prohíbe.

Mi hermana pequeña siempre ha sido un producto de su entorno, y está intentando tomar las riendas de su vida. Entiendo por qué, pero lo que no entiendo es por qué necesita hacer esto conmigo.

Para empezar, no sé cómo invitar a alguien a salir.

Y para terminar, no.

Mi silencio es su respuesta. No vamos a volver al principio. Olivia no se va a ir de mi lado. Vivimos aquí juntos. Tenemos un futuro. Nos amamos. Incluso le ofrecí la oportunidad de tener una familia, aunque detesto a los niños.

He perdido la cuenta de todas las veces que mi polla ha estado dentro de ella en la última semana. Me he despertado con ella haciéndome una mamada, y ella se ha despertado conmigo entre sus piernas. Nos hemos acurrucado, besado y hablado durante horas.

Tener una cita no tiene sentido.

Olivia intenta bajarse de mi regazo y yo la rodeo con los brazos para detenerla.

—No pienses eso —repito, y veo cómo la luz abandona los ojos que me han estado mirando toda la semana. Estoy apagando su felicidad y me odio por ello—. Tú… —Me detengo, tragando saliva—. Quieres ser normal. —Mis brazos se tensan, y cuando mis labios se mueven y no salen palabras, la suelto y signo.

«Y yo no sé cómo ser normal para ti».

—Eres exactamente como quiero que seas —me asegura, agarrándome la cara y besándome, dejándome aún más confuso—.

Olvida lo que he dicho. Solo estaba siendo estúpida.

Está mintiendo. No es feliz. Yo no la hago feliz.

«¿Y si vemos una película esta noche? Cualquiera. Tú eliges».

Olivia finge una sonrisa mientras se levanta, y la pérdida de contacto me hace sentir frío.

—Vale. Me parece bien. Ven a ducharte conmigo antes de que vuelva al trabajo. Ya he faltado demasiado.

Dudo ante su tono inexpresivo, pero cuando mira por encima del hombro de camino al baño, sonríe.

Le miro el culo antes de ponerme en pie de un salto y seguirla.

16

Olivia

Los brazos de Malachi me rodean la cintura mientras me miro en el espejo y me aplico máscara de pestañas. Tiene la cara pegada a mi espalda y yo estoy sentada entre sus piernas separadas. Creo que se ha dormido, pero entonces me aprieta un poco más y suelta un gruñido de mal humor.

Sus dedos juegan con la cinturilla del pantalón corto para dormir que me he puesto después de la ducha porque, al parecer, que solo lleve una toalla lo vuelve loco. Le aparto la mano de un manotazo cuando intenta deslizarla entre mis piernas. Levanta la cabeza para mirarme en el espejo por encima de mi hombro.

—Aprende a aceptar un no.

Suspira y vuelve a esconder la cabeza en mi espalda.

—No me quieres.

Intento moverme hacia adelante, riendo, pero me agarra con más fuerza. Resoplo.

—¿Puedes soltarme para que coja mi peine?

Él niega con la cabeza, atrayéndome más hacia su cuerpo.

—Quédate.

—Eres muy dependiente, estás encima de mí todo el tiempo —respondo riendo, y miro la hora en el móvil—. Mierda, llego tarde. Mamá se va a volver loca porque la semana pasada no fui ningún día. ¿Quieres que venga en nuestra búsqueda y te arresten por secuestro?

El silencio es ensordecedor. Está pensando en la posibilidad de que ella se entrometa, reventando nuestra pequeña burbuja de felicidad. Si apareciera, probablemente lo detuvieran por asesinarla.

Solo de pensarlo me hace estremecerme, porque es perfectamente capaz de hacerlo. Puede que la vida de Malachi gire en torno a mí, pero es violento e impredecible.

Creo que mataría a alguien por mí. A ver, casi mata a nuestro padre porque nos pilló en lo alto de la escalera. ¿Qué le haría a mamá?

Tal vez debería organizar una reunión para sentarnos todos y hablar. Acabar con esto de una vez, quitarnos la tirita y aceptar las consecuencias a las que sin duda nos enfrentaremos. Ya saben que estamos juntos, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Que no nos acepten? Ya somos adultos.

Además, ahora me vendría bien su ayuda.

Lo conocen, tendrán una idea de cómo ayudarlo con su forma de ser. Lo adoptaron estando al corriente de sus problemas y dificultades —incluso lo ayudaron a obtener su diagnóstico—, así que podrían darme indicaciones sobre cómo impedir que caiga en un pozo sin salida y se pierda a sí mismo.

Siempre he sabido que había tenido problemas, pero esta última semana desde que volví con él… A veces está presente, pero su mente está en otro lugar. Está empeorando y no sé qué hacer. Intento asegurarme de que se toma sus medicinas, y esta semana no ha ido a terapia porque no soporta la idea de separarse de mí, y se niega a hacer cualquier cosa por estar conmigo.

Es el principal motivo por el que quiero volver a trabajar: necesito que Malachi se centre en sí mismo.

Está al borde del abismo y yo no soy lo bastante fuerte para atraparlo.

Va a herir a alguien, puedo sentirlo. A menos que ya lo haya hecho. Tiene un arsenal de armas en una de las habitaciones de invitados que resulta inquietante.

Creo que ha hecho daño a gente desde que lo pusieron en libertad. Eso explicaría por qué los chicos con los que mamá me ha obligado a salir han desaparecido misteriosamente y no han vuelto a dar señales de vida.

Las imágenes de Malachi tirando a nuestro padre ensangrentado por las escaleras después de darle una paliza

tremenda me hacen estremecerme. Aunque eso fue hace mucho tiempo… Seguro que ya no es así.

Bueno, si obviamos que me secuestró, me encadenó y siguió dándome placer contra mi voluntad mientras ocultaba su identidad. Tenía la sensación de que era Malachi. En mi mente, fingí que era él. Tal vez eso me hace parecer ridícula, pero disfruté cada momento.

Tiene motivos de sobra para no confiar en mí, basándose en el hecho de que dejé que un extraño se aprovechara de mí sin saber a ciencia cierta que se trataba de él todo el tiempo. Sin embargo, la ilusa de mí sabía, en el fondo, que era Malachi.

Me ponía cachonda.

También me asustaba porque estaba totalmente dispuesta a dejar que Malachi usara mi cuerpo para vengarse. Todavía tengo sus iniciales grabadas a fuego en la piel. Las besa cuando su boca desciende sobre mis pechos y baja hacia mi entrepierna para follarme con su lengua.

No se disculpa por las quemaduras. Es su forma de reclamarme. Una marca que le dice a todo el mundo a quién pertenezco.

Y pertenezco a Malachi Vize.

No estoy segura de cómo funcionará esto. Tenemos muchos obstáculos que superar. Aunque quiero que funcione. Amo a mi hermano y él a mí, eso no cambiará nunca.

Parpadeo y me miro en el espejo. Yo también debería dejar de llamarlo así. Ya no somos hermanos. Somos novios. Pero sé que a él le gusta, y a una parte pervertida de mí también. ¿Estamos enfermos por desear una conexión tan tabú y prohibida?

Cuando está en mi interior y lo llamo por su nombre, gime y me folla más rápido. ¿Pero cuando lo llamo hermano mayor? Se le pone más dura dentro de mí, la siento más gruesa, más larga, presionando contra mi punto G mientras ambos llegamos al orgasmo.

Tendré que intentar explicárselo todo a Abigail y Anna. Me he aislado del mundo desde que hui de mi boda. Anna me pidió que la mantuviera al tanto de todo. Le envié un mensaje a Abbi para decirle que estaba bien, y ella me respondió que iba a golpear al hermano mayor de Xander.

Al parecer, después de que yo huyera de la iglesia, discutieron: él le dijo que iba a matarla, y ella le dio una bofetada y lo mandó a tomar por culo.

No estoy segura de lo que pasó después. Los detalles que da de la historia son un poco vagos, y ya ha cambiado tres veces la versión. Ahora está en una etapa en la que ha dicho que se va a poner un cinturón de castidad. Se ha pasado casi una hora hablando de eso, jurando que va a renunciar a los hombres para siempre y usando palabras cada vez más violentas, antes de que Malachi cogiera el teléfono y colgara.

Intento girarme para mirarlo, pero su cuerpo está tan presionado contra el mío que no puedo. Siempre está pegado a mí de alguna manera. Si estoy cocinando algo para nosotros, está detrás de mí. Si estoy en la ducha, está dentro conmigo o sentado en la encimera del lavabo. Si intento ordenar la casa, me ayuda o me obliga a sentarme para que él pueda hacerlo bien.

Desde que le dije que tenía que volver al trabajo, apenas me deja espacio, como si no fuera a volver. Voy a volver. Lo haré. Solo siento que tenemos que pisar el freno e ir poco a poco, pero él se niega en redondo.

A pesar de que eso me duele, también me pone contenta. Podríamos escondernos en esta pequeña casa durante años y yo sería feliz, aunque siempre estará el mundo exterior, que no nos aceptaría. La sociedad. Los padres. El prometido que, con suerte, se rendirá y pasará a la siguiente persona de su lista.

—Si nuestros padres vinieran a vernos, ¿te pondrías furioso y agresivo? —Hay otro silencio y suspiro—. Tienes que aceptarlos si quieres que ellos lo hagan.

—Me odian —responde en voz baja, despacio, con tanto cuidado que sé que le duele admitirlo. Sigue sin pronunciar bien, pero entiendo casi todo lo que dice—. Nada de lo que diga ca-cambiará eso.

Sonrío levemente porque no tiene ni idea de que papá lleva siguiéndole la pista desde que salió de la cárcel, asegurándose de que está bien, y de que mamá le ha dado suficiente dinero para sobrevivir hasta que decida qué hacer con su vida.

Lo han seguido queriendo desde lejos. Después de todo, criaron a Malachi desde que tenía ocho años. Lo acogieron bajo su techo, lo quisieron, hicieron que todo el mundo a su alrededor aprendiera la lengua de signos y se aseguraron de que fuera a un colegio que se adaptara a sus necesidades.

Le dieron todo lo que necesitaba. Se preocupan por él.

Bueno, al menos me gustaría pensar que todavía les importa. Nadie puede pasar tanto tiempo viendo a alguien como su hijo, solo para darle la espalda tan fácilmente. Papá intentó visitarlo, pero Malachi se negó. Si no me equivoco, pagó a un guardia de prisión para que fuera poniéndole al día semanalmente sobre su hijo y se aseguró de que el terapeuta que lo visitaba fuera uno de los mejores de la ciudad. Como abogado penalista, o exabogado, tiene mucha influencia dados los clientes a los que ha representado durante su carrera.

Supongo que conocer a gente con poder ayuda. Que mamá sea jueza sin lugar a dudas lo hace.

—¿Me llevas al trabajo antes de ir a tu cita?

Asiente contra mi espalda. Echo un vistazo por encima del hombro y le doy un suave beso en los labios cuando me encuentro con su mirada.

Me observa como si estuviera a punto de perderme.

Vuelvo a tentar a la suerte respirando hondo y me doy la vuelta en sus brazos, sentándome a horcajadas sobre sus muslos y rodeándole las caderas con las piernas. Sonrío, inclinando la cabeza hacia un lado. él me mira con los ojos entrecerrados.

—No lo hagas —me advierte.

—Pídeme una cita —le pido, ignorándolo, suplicándole con la mirada—. Cena conmigo y trátame como a una princesa antes de dejarme en mi apartamento. Puedes besarme contra la puerta hasta que nos quedemos sin aliento.

Sus fosas nasales se dilatan y sus ojos se oscurecen mientras me tumba boca arriba, haciendo que suelte un grito.

—No —dice antes de aplastar sus labios contra los míos, atrapando mi labio inferior entre sus dientes y mordisqueándolo.

Jadeo cuando mete la mano en la parte delantera de mis pantalones cortos y me acaricia el coño con dedos firmes, tanteando mi entrada con mis bragas como barrera, capturando mi labio inferior entre sus dientes.

Lo suelta con un sonido seco.

—Deja de preguntar.

17

Olivia

Mi teléfono suena mientras respondo a un correo electrónico sobre una vista oral para una nueva adopción. Llevo tanto retraso que mamá ha tenido que pedirle a su otra asistente que se encargue de parte de mi volumen de trabajo antes de entrar en su reunión. Espero pacientemente a que venga a buscarme.

Gritará. No lo dudo en absoluto.

Dejo de escribir y echo un vistazo a la pantalla. Desde que Malachi volvió a conectar su teléfono, me envía mensajes a todas horas, incluso cuando estoy a su lado. Ahora mismo, obviamente, está aburrido.

Malachi
Odio a los niños.

Pongo los ojos en blanco y tecleo una respuesta.

A veces son monos.

Malachi
Están gritando en la sala de espera. ¿Por qué coño tienen que gritar tanto? ¿Por qué tienen que llorar?
Por favor, nunca me hagas padre.

Se me borra la sonrisa. Aunque ya habíamos acordado no tener hijos cuando se ofreció a dejarme embarazada, por alguna razón me sigue doliendo que me diga cosas así. Lo lógico sería pensar que

alguien que no quiere ser padre usaría condón todo el tiempo, pero a él le encanta la idea de correrse dentro de mí. Sin embargo, está obsesionado con que me tome la píldora anticonceptiva.

No lo haré.

Malachi
Pensé en dejarte embarazada para que te quedaras conmigo. Creo que deberías saberlo. Pero no lo hice por mucho tiempo. Te lo prometo.

Oh… Vaya.

Me pregunto cómo debo responder a eso. Una pequeña y solitaria parte de mí secretamente ama la idea de tener un pequeño humano a mi lado, pero nunca lo obligaría si él no lo desea.

Acuérdate de recoger el resto de la medicación después de la cita.

Su respuesta final me hace sonreír.

Malachi
Qué hermanita más mandona.

Conteniendo la respiración, cambio de este chat al otro al que no puedo dejar de entrar desde que recibí el primer mensaje hace cuatro días.

Gilipollas
Ya te he dado tiempo suficiente, mocosa.
Firmaste un contrato, ¿recuerdas?
Así que me estás ignorando, ¿no? Vale. Parece que quieres hacer esto más difícil para los dos.
Me avergonzaste delante de todos. No volverá a ocurrir.
Sé con quién estás. ¿Tu familia sabe que te estás tirando a tu propio hermano?

Y sin ir más lejos, esta mañana he recibido otro. Malachi casi ve los mensajes mientras me maquillaba delante del espejo.

> **Gilipollas**
> Volveré en unos días. A menos que quieras que te rompa el coño con mi polla, no me hagas perseguirte y no vuelvas a ignorarme, joder.

La razón principal por la que le oculto estos mensajes a Malachi no es solo porque me preocupa su estado mental actual, sino también porque hemos estado bien. Hemos estado en nuestra burbuja, disfrutando sin preocupaciones. Que Xander nos amenace lo hará reaccionar, y eso es lo último que quiero.

A pesar de que está mal por mi parte ocultárselo, Malachi no puede controlar su ira, y me llevará lejos donde nadie pueda encontrarme, o cometerá alguna locura.

Me aterra que se meta en problemas otra vez. Definitivamente le hará algo a Xander si se entera, y una gran parte de mí quiere que lo haga.

Esa parte tiene que callarse.

Por el rabillo del ojo, veo a alguien caminando hacia mi despacho a través del cristal de la puerta. Respiro hondo, guardo el teléfono en el bolso y aguardo la tormenta que se va a desatar en tres… dos… uno…

—¿A qué crees que estás jugando, jovencita?

Cierro los ojos y vuelvo a inspirar hondo por la nariz y a soltar el aire por la boca.

—Buenos días, mamá.

—¡Llevo una semana con los Reznikov al teléfono cada hora! —La puerta se cierra bruscamente y se planta delante de mi mesa, cruzándose de brazos y dando golpecitos con el pie—. ¿Dónde estabas?

—Ya sabes dónde estaba —le respondo con calma, arrastrando los ojos hacia la pantalla del ordenador y fingiendo hacer clic en las cosas para calmar mis nervios—. Tengo mucho trabajo que hacer. ¿Podemos hablar de esto más tarde?

—No —espeta—. ¿Sabes cuánto avergonzaste a Xander? Lo dejaste plantado en el altar delante de sus familiares y sus amigos.

—Ha dejado muy claro lo avergonzado que se siente en todos los mensajes amenazantes que me ha enviado.

—¿Qué esperabas? Lo dejaste en el altar —repite.

Es tan ilusa que ha ignorado por completo el hecho de que me está amenazando. La verdad es que de todos modos tampoco pensaba que me fuera a ayudar.

—No me importa —replico, pulsando el teclado, pero sin escribir nada—. ¿Me has reenviado algún correo importante?

La mirada que me echa me hace querer encogerme en la silla, pero muevo los hombros e intento mantener la calma.

La ansiedad me invade y esas mariposas desagradables revolotean sin control: mamá rara vez me grita, así que, cuando lo hace, siempre evito esa situación y me disculpo automáticamente.

Sin embargo, esta vez no voy a ceder. No me casaré con Xander, por mucho que ella me grite por haberle dado la espalda. Es la primera vez que tomo mi propia decisión y temo las repercusiones. Si su familia puede superarlo y seguir adelante, quizá mi madre también lo haga.

Aunque la ira de Xander me dice que a él le costará más hacerlo, quizá si sigo ignorándolo, desaparezca y se vaya con otra.

Mamá me mira con el ceño fruncido.

Era la madre perfecta mientras crecía. La madre que siempre quise. Que siempre necesitaba. Hasta que un día me explicó que era normal que las familias ricas se casaran con otras familias del mismo nivel para combinar su riqueza y me dijo que me casaría con un príncipe y que me trataría como una princesa.

Obviamente, al principio me emocioné. Tenía dieciséis años y que me dijeran que me mimarían y me querrían para siempre, sin necesidad de pasar por el proceso de enamorarme de alguien, me resultaba muy atractivo.

Hasta que mamá me anunció que tenía que acostarme con ellos; incluso me explicó que la primera vez me dolería, que sangraría, pero que no podía contárselo a nadie, ni siquiera a Malachi o a mi padre. Me dijo que se enfadarían y pensarían que era

una guarra, que era una deshonra para el apellido Vize. Que ya no me verían con los mismos ojos, y mi hermano ya no sería mi amigo.

La noche que perdí la virginidad, me tumbé en la cama con Malachi y él me puso bolsas de agua caliente en el cuerpo. Quería contárselo. Para mí era un infierno tener que callar la explotación de la que era víctima, pero no tenía elección.

Parker no fue amable. Ni siquiera me miró mientras lo hacía.

Sin embargo, mamá estaba orgullosa de mí cuando salí de la habitación. Sonrió, me abrazó y me dijo que estaba segura de que él era el indicado.

Ya me estaba enamorando de Malachi, aunque el hecho de que tuviera que casarme con otra persona hacía que reprimiera esas emociones, porque tampoco es que hubiera tenido la oportunidad de casarme con él y ser feliz. Mamá y papá nos adoptaron a los dos. Legalmente, eran nuestros padres.

En ese entonces, no tenía ni idea de si los hermanos adoptados podían tener una relación amorosa, pero sabía que estaba mal a muchos niveles.

En el momento en que empecé a sentir mariposas por él, estábamos condenados. Incluso cuando me di cuenta de que su interés en mí transcendía la mera posesividad, hice todo lo que pude para mantenerlo lo más lejos posible de mi corazón, pero era imposible.

Se coló en él, y ahí sigue.

Desde el instante en que me pidió que lo enseñara a besar, estaba sentenciada. Sabía que nunca lo superaría, y el hecho de que me obligaran a salir con alguien más solo lo empeoraba. Llámame egoísta, pero aproveché la oportunidad de acercarme a mi hermano… De todos modos, iba a ser por poco tiempo.

Esos ocho años que estuvo en prisión, me odié a mí misma. Debería haber llevado a papá al hospital y haber huido con Malachi. O mejor aún, debería haberme sentado con él después de oír lo que habían dicho las chicas en el vestuario y haber escuchado su versión.

No debería haberlo silenciado. Lo han silenciado toda su vida. Tal vez me merezco las amenazas de Xander. El karma no perdona.

Mamá sigue de pie delante de mi mesa, dando golpecitos con el pie como si yo fuera una niña insolente y maleducada que estuviera en problemas por haberle tirado del pelo a alguien. Quiero pedirle ayuda. Malachi no está bien y necesito que ella o mi padre me digan qué hacer, aunque no puedo comentárselo a ella.

Tendrá que ser a papá.

Reviso mis correos electrónicos; hace cinco minutos me ha llegado uno suyo en el que me pide que quedemos para cenar, ya que no he respondido a ninguno de sus mensajes. Esa podría ser mi oportunidad de obtener información sobre Malachi y sobre cómo lo trataron cuando estaba fuera de control.

Además, no he visto a mi padre desde la boda. Iba a intentar librarme de ese acuerdo. Quizá haya encontrado la manera.

Normalmente, le echo una mano a papá con Molly. Cuando mamá está demasiado ocupada, me gusta cuidar de él; necesita mucha ayuda con algunas cosas y tiene fisioterapia tres veces por semana. Mi hermana pequeña está aprendiendo, así que ella se ha encargado de esas cosas mientras yo no estaba.

Miro a mamá.

—¿Llevaste a papá al fisio la semana pasada?

—Es capaz de ir solo.

Aprieto los labios y vuelvo a concentrarme en la pantalla.

—¿Cómo está Molly? ¿Hizo el examen de matemáticas el martes?

—No cambies de tema. Concertaré una reunión con Xander y sus padres en cuanto vuelvan de su viaje de negocios. Te disculparás con ellos por haberte enfrentado a la situación de una manera tan inmadura, y así no habrá necesidad de que tomen acciones legales. Te casarás con Xander a finales de este mes. Y luego te mudarás a Canadá con él como se supone que debes hacer.

Suspiro, apretándome las sienes con los dedos índices y frotándomelas en el sentido de las agujas del reloj.

—No.

—¿No?

—No. No voy a casarme con Xander. Y no me voy a mudar a Canadá.

Apoya las manos en mi escritorio.

—Firmaste un acuerdo, Olivia —escupe con desprecio, inclinándose hacia mí—. Aceptaste casarte con él. Dijiste que sí y pusiste tu firma en la línea de puntos para convertirte en Olivia Reznikov en una fecha concreta. No me avergüences por tercera vez.

Inclino la cabeza, confundida.

—¿Por tercera vez?

—La primera fue cuando, durante su juicio, Malachi anunció al mundo entero que os estabais acostando. —Pone cara de asco—. ¡La segunda fue cuando huiste de tu propia boda delante de todo el mundo! No habrá una tercera. Pondrás fin a lo que sea que tengas con Malachi y cumplirás tu cometido en esta familia.

—Literalmente me hiciste un gesto con la cabeza en la boda para que me fuera.

Vuelve a rechinar los dientes y la línea entre sus cejas se vuelve aún más pronunciada.

—Tuve una pérdida momentánea de juicio y olvidé qué implicaciones había si rompías el acuerdo.

—No, recordaste por un breve instante que se supone que soy tu hija y sabías que obligarme a entrar en esa familia sería un suicidio. Por un momento te comportaste como un ser humano, pero luego regresaste a tu actitud controladora y te recordaste a ti misma que me adoptaste por dinero.

Tiene la audacia de parecer sorprendida.

—¿Perdona?

—No me casaré con él. Que papá rescinda el acuerdo. Xander no tiene motivos para perseguirme. Dejó muy claro que no sentía atracción por mí cuando me dijo que me pusiera a dieta y me tiñera el cabello. —Me tiro del pelo castaño, viendo los destellos dorados que aún asoman a través del tinte de bote—. Que se case con otra que tenga dinero.

—No.

—Me está amenazando. —Cojo mi móvil, abro su chat y busco el mensaje en que dice que me va a romper y le pongo la pantalla

en la cara, pero ella no la mira; en su lugar, la ira emana de cada centímetro de su cuerpo.

—Te comportas como una niña.

—Intentas obligarme a contraer un matrimonio abusivo —replico, dejando caer el teléfono sobre el escritorio cuando me da la espalda—. No voy a hacerlo.

Mamá se pasea por el despacho, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué te opones? Te he preparado desde que eras pequeña para este momento. Después de todo lo que he hecho por ti, ¿así es como me lo pagas? ¡Te di una vida, Olivia!

Me pongo de pie y la miro con desdén.

—¡Me sacaste de un hogar lleno de maltrato y me metiste en otro!

Abre mucho los ojos.

—¿Maltrato? —Se le traba la lengua al pronunciar esa palabra—. El único maltrato que sufriste fue el de tu hermano.

—Tenía dieciséis años —digo, intentando mantener la calma. Me tiembla el cuerpo. No quiero herir sus sentimientos. Ella ha hecho muchas cosas por mí. Me dio una vida mejor. Pero no puedo hacer esto—. Tenía dieciséis años cuando empezaste a obligarme a acostarme con gente mayor que yo. Me peinabas y maquillabas, me decías que me depilara. Cuando me vino la regla, te pusiste muy contenta, no porque me estuviera convirtiendo en una mujer, sino porque lo viste como la oportunidad de conseguir dinero. Por fin podrías casarme.

Se le cae la cara de vergüenza, pero guarda silencio.

—Cuando me obligaste a acostarme con Parker, te grité que me dolía y que no podía volver a hacerlo. Tu respuesta fue que ya me acostumbraría. Me obligaste a ver vídeos de mamadas para que supiera qué hacer porque Parker exigía que le hiciera una. ¿Recuerdas que me dijiste que comiera menos y que hiciera más ejercicio para mantener mi figura, para seguir siendo atractiva para los hombres? ¿Quieres que siga? Has destrozado tantos momentos importantes para mí que ya he perdido la cuenta. Has arruinado cómo veo las relaciones, mamá. Ni siquiera tuve una infancia

normal. ¿Por qué no me dejaste ser una chica corriente? A Malachi le dejabais hacer lo que quisiera, pero a mí me tenías controlada.

—Ya conoces la tradición de ser una Vize.

Me quedo boquiabierta. Es una mujer sumamente fría y desconsiderada. Ni una sola lágrima cae de sus ojos; sin embargo, los míos están empapados, y no puedo parar.

—También era tradición que yo fuera pura, pero tú te lavaste las manos y me vendiste a Parker porque fingió que no estaba interesado en mí para que le pagaran por echar un polvo fácil y tacharme de su lista e ir a gastárselo todo en drogas. Todo lo que tenías que hacer era decir que no, que tenías reglas que seguir.

—Pagarle fue un error —responde ella—. Mi mayor error.

—También me obligaste a acostarme con Adam. —Me dejo caer en la silla y sacudo la cabeza—. Los dos te rogamos que no nos hicierais hacerlo. ¿Eso también fue un error?

—No me vengas con historias —suelta—. No puedes estar con tu hermano. Cumple con tu deber para con esta familia.

—¿Por qué es una tradición, mamá?

Alza los hombros.

—Siempre lo ha sido. Durante generaciones.

—¿Te obligaron a casarte con mi padre?

—Eso fue diferente. Yo ya salía con él en el instituto antes de que la familia Vize acudiera a la mía y sacara el tema del matrimonio concertado. Lo mantenían en secreto, pero mis padres tenían problemas de dinero: ese acuerdo nos salvó.

—¿Te habrías casado con papá si lo odiaras? ¿Si no lo conocieras? ¿Si te hubiera dicho que adelgazaras y cambiaras de peinado y de estilo de vestir? ¿Si te hubiera amenazado? ¿Tu madre te obligó a acostarte con gente mayor como hiciste tú conmigo?

Su silencio es mi respuesta.

—¿Y papá tenía una cláusula por la que no se te permitía usar anticonceptivos? —se me escapa sin que pueda evitarlo—. ¿O encontraste otro vacío legal cuando te trajo mi caso y el de Malachi?

Baja la cabeza, hunde los hombros y suspira.

—Nosotros también teníamos esa cláusula. Pero, aunque lo intentamos durante años, yo no podía quedarme embarazada. Soy

estéril. No lo sabíamos antes de casarnos. Yo quería adoptar porque siempre había querido una familia. Él pensó que tu caso y el de tu hermano me harían feliz, aunque odiaba la idea de tener hijos que no fueran biológicamente suyos.

Mi respiración se vuelve pesada y me duele el pecho de repente.

—¿Papá no quería adoptar?

—Al principio, no —contesta, rompiéndome el corazón un poco más—. Pero os quería a tu hermano y a ti. Todavía os quiere.

Una lágrima cae por mi mejilla.

—¿Querías adoptar para poder manipularme y hacerte ganar más dinero? ¿Es eso todo lo que soy para ti? ¿Otra fuente de ingresos después de casarme con tu pretendiente más rico? Papá ni siquiera me quería, y tú solo me veías como la posibilidad de cumplir otra tradición generacional.

Adam fue un acuerdo al que llegó porque Malachi lo atacó, y a Parker lo eligió ella cuando yo era más joven, pero ninguno de ellos tiene la misma riqueza que los Reznikov. La familia de Xander está rozando ser billonaria. No tiene sentido que quieran hacer tratos con los Vize. Es como si a Xander le dijeran que no y él se negara a aceptarlo.

Xander ni siquiera piensa que soy guapa; su reacción cuando me vio por primera vez fue prueba de ello. Se quedó indiferente y dijo que necesitaba operarme la nariz y que se encargaría de que me hicieran una cirugía de aumento de pecho, después me hizo una foto y se la envió a sus amigos. En las que publica en sus redes sociales salen su hermano y él de fiesta con chicas que no se parecen en nada a mí.

En cuanto mi madre le diga que la boda no va a celebrarse, me enviará más amenazas, pero al final pasará a la siguiente chica de su lista. Mamá solo tiene que aceptar que esto no va a pasar, aunque por la forma en que me mira, no se va a rendir sin luchar.

—¿Y si pido algunos cambios en el acuerdo?

Resoplo, me reclino en la silla del ordenador y cruzo los tobillos.

—¿Por qué no puedes olvidarte de esto? Me has obligado a hacer esto toda mi vida, ¿por qué no puedo tomar mis propias

decisiones ahora? Estoy a punto de cumplir veintisiete años.

—¡Porque la decisión que has tomado es estar con tu hermano! ¡Es enfermizo!

—El hecho de que no se me permita usar métodos anticonceptivos arruinará todos tus planes. Me quedaré embarazada y no sabré quién es el padre porque no dejaré a Malachi, y supongo que Xander me violará.

Preferiría morir antes que acercarme a él.

—Esto es ridículo. ¿Cómo no te das cuenta? Malachi es tu hermano. Sois hermanos. ¡Él es mi hijo y tú eres mi hija! Os criamos a los dos. Crecisteis juntos en la misma casa y actuabais como hermano y hermana. Jugabais juntos. Corríais por la casa con los juguetes y os reíais como lo hacen todos los hermanos. Si no fuera porque Malachi te manipulaba, ni siquiera te preocuparías por él.

Dejo escapar una carcajada.

—Cada vez que me quitabas una de mis opciones, lo necesitaba, y él siempre estaba ahí para mí. Tú hiciste que me acercara a él. Tú eres la razón de que estemos juntos.

Tan pronto como esas palabras traidoras salen de mi boca, siento cómo mi sangre desaparece y en su lugar me recorre un hielo mortal. Mi corazón se parte en dos, porque aunque solo intentaba echárselo en cara…

Puede que sea verdad.

Me levanto, amontonando mis papeles y cojo mi bolso.

—Tengo que irme.

—No te atrevas a huir de mí, Olivia. —Me sigue hasta la puerta y, al abrirla de par en par, me grita para que la oiga todo el mundo en la oficina—. ¡Prepararé una reunión con los Reznikov de todas formas!

Se supone que Malachi tiene que venir a buscarme, pero mi turno no termina hasta dentro de unas horas, así que salgo corriendo y no paro hasta llegar a mi apartamento, al que llevo sin venir desde hace una semana.

Golpeo con el hombro a unas cuantas personas por el camino, pero no me detengo.

Cierro la puerta de golpe tras de mí, tiro mis cosas al suelo y corro hasta mi dormitorio antes de permitirme gritar contra la almohada.

18

MALACHI

No quiero estar aquí.

No quiero estar aquí. No quiero estar aquí. No quiero estar aquí. No quiero estar aquí. No quiero estar aquí. No quiero estar aquí. No quiero estar aquí. Joder, no quiero estar aquí.

Debería estar en casa con Olivia. Ella no debería estar trabajando y yo no debería estar aquí. ¿Qué cojones estoy haciendo? ¿Por qué estoy aquí?

No quiero estar aquí.

Son las únicas palabras que dan vueltas por mi cabeza mientras el doctor Preston me habla de nuestras últimas sesiones de logopedia. Me ha estado mostrando el esquema piramidal de progreso y me ha indicado que estoy a mitad de camino de la cima. Teniendo en cuenta que estaba casi cerca de la base cuando vine por primera vez hace unas semanas, estoy progresando, aunque no siempre lo parezca.

—Cuando viniste por primera vez, analizamos los aspectos que más te costaban y establecimos unos pequeños objetivos, y como aún no los hemos alcanzado, vamos a adoptar otro enfoque. Hemos cubierto las frases más cortas y pronunciaciones más sencillas. Ahora, en lugar de frases más largas, creo que deberíamos añadir palabras con más sílabas, algunas palabras más difíciles que no salen con tanta fluidez y trabajar tu confianza. Puedo escuchar lo nervioso que estás. Intenta no centrarte en el hecho de que estoy sentado delante de ti.

La voz en mi cabeza quiere soltarle que deje de decirme lo que tengo que hacer, pero se trata de una respuesta automática e

inmadura que reprimiré. Me está ayudando y, a su vez, está mejorando mi relación no solo con Olivia, sino también con el mundo exterior.

El doctor Preston tiene más o menos la edad de mi padre. Tiene la voz suave y, por alguna razón, no siento la necesidad de estrangularlo cuando meto la pata. No se ríe, ni siquiera parece inmutarse si la fastidio. Toma notas y se emociona cuando habla de los distintos enfoques que vamos a adoptar.

Sin embargo, me ve como un experimento.

Un poco como hace Olivia. Mi hermana me anima a cada paso que doy, pero sé que está probando cosas diferentes: desde establecer distintas rutinas para que me tome mis medicinas hasta fijar un horario para comer. Todavía no sé por qué se ha centrado tanto en mi estado mental.

Me encuentro bien.

Miro con atención las palabras sobre la mesa que tengo delante. Hemos estado trabajando con frases de cinco elementos y palabras de dos sílabas. El doctor Preston trata de animarme a leer, a que intente pronunciar las que sé que van a ser difíciles, pero a veces le doy tantas vueltas que me atasco pensando en cómo suenan. Aunque puedo oírlas en mi puta cabeza con claridad, a la hora de la verdad nunca puedo pronunciarlas bien.

Frustrado ni siquiera describe cómo me siento ahora mismo.

El logopeda teclea en su portátil y me mira. Lástima que, a pesar de mi mal genio y de odiar la forma en que me observa, necesito que me cure.

—¿Puedes leer la primera línea?

Mis ojos vuelven a posarse en el papel y me relamo los labios, pero no puedo. Algo me lo impide. Como si ya no tuviera cuerdas vocales y mi boca no dejara escapar ningún sonido. Levanto la vista hacia él, y siento que me sonrojo. No debería avergonzarme, pero cuando musita algo entre dientes y vuelve a teclear, me pongo nervioso.

Seguro que está escribiendo sobre lo idiota que soy: ¿a qué chico de veintiocho años le cuesta tanto trabajo hablar? Sé hacerlo.

Sé leer, escribir y, coño, también sé hablar, pero, por alguna razón, a veces no puedo.

—Estás más nervioso que la última vez que viniste. ¿Ha cambiado algo?

Sí. Todo. Toda mi vida.

Lo miro fijamente; quiero decirle que he ganado, joder, que he conseguido a la chica y que por fin me ha elegido a mí; sin embargo, no solo no puedo articular las putas palabras, sino que tampoco me las creo del todo.

La sonrisa de Olivia aparece en mi cabeza. Luego la tristeza que se apodera de sus ojos y apaga su felicidad. No es mía del todo. Todavía no. Lo noto.

Está esperando la oportunidad para marcharse de nuevo.

El corazón me late con fuerza y se me acalambran los dedos, así que dejo caer el papel sobre la mesa del logopeda y me recuesto en la silla. La necesidad de llamar a Olivia me hace ser muy consciente del teléfono en el bolsillo, pero tengo que intentar hacer esto por mi cuenta.

Al principio, cuando llegué esta mañana, todo iba bien, pero en apenas diez minutos las cosas se me complicaron, y ahora mi ánimo se ha escondido debajo de la puta cama y no tiene intención de salir.

—¿Tienes a alguien a quien puedas leerle? —Se pone las gafas y revisa sus papeles—. ¿Algún niño al que le puedas contar un cuento?

Frunzo el ceño y lo miro sin pestañear: sabe que no tengo hijos. Aun así, niego con la cabeza. El pobre niño no sobreviviría ni una semana si yo fuera su padre.

—¿Pareja?

Contengo la respiración y lo observo sin pestañear durante un largo segundo más antes de asentir lentamente.

—Estupendo. Debe ser por eso por lo que se te ve más animado. Lo que me gustaría que hicieras en casa es que te sentaras con tu pareja a leer. O puedes grabarte leyendo y escucharlo después. Así sabrás qué palabras te resultan más difíciles y podrás trabajar también en su pronunciación. Tómatelo como unos pequeños deberes.

Vuelvo a asentir y apoyo el codo en el brazo de la silla, con el puño en la sien. Me explica otros ejercicios mientras imprime hojas de papel y yo respondo con señas.

—¿Tu pareja conoce la lengua de signos? —me pregunta, volviendo a teclear en su portátil.

Parpadeo unos instantes, pero luego respiro hondo.

—Sí —digo en voz baja.

—¿Es paciente contigo?

Entrecierro los ojos. ¿Qué clase de pregunta es esa? Olivia es una de las únicas personas que ha tenido paciencia conmigo. Incluso cuando éramos niños y yo estaba locamente obsesionado con todo lo que tenía que ver con ella. Aprendió la lengua de signos por mí. Le costó mucho, tanto que la mitad de las veces hacía mal las señas, pero como decía las palabras, yo podía corregir los movimientos que hacía con las manos.

La familia de Mason contrató a alguien para que le enseñara y pudiera hablar conmigo.

Papá aprendió con facilidad, pero creo que solo lo hizo para poder ver lo que le decía a mi hermana pequeña. Nunca le gustó que me acercara a ella. Y mi madre se aseguró de que toda la casa también lo supiera para que yo me sintiera incluido.

¿Qué coño salió mal? Tenía una familia que realmente se preocupaba por mí. ¿Acaso se dieron cuenta de cómo me comportaba con Olivia y decidieron que no era lo suficientemente bueno para ellos? ¿Les daba miedo? ¿Solo me toleraban por Olivia? Cuando era adolescente, me llamaron la atención en múltiples ocasiones por la forma en que la miraba, porque me estaba pasando de la raya como hermano mayor.

Querían que me controlara. No me echaron como hicieron las otras familias, sino que se quedaron conmigo a pesar de mis problemas.

Si no hubiera estado a punto de matar a mi padre, ¿me seguirían considerando su hijo?

¿Puse la obsesión que tengo por mi hermana por encima de una familia cariñosa? Yo los convertí en lo que son. Papá me odia por mi

culpa. Mamá me odia por mi culpa. Estamos rotos por mi culpa. Olivia me va a dejar por mi culpa.

Sacudo la cabeza y me pellizco el puente de la nariz. Esos son pensamientos estúpidos para los que nunca tendré respuesta. Aunque vaya a ver a mis padres, me mandarán a la mierda. A pesar de que Olivia quiere que intente retomar el contacto con ellos, creo que se olvida de lo mucho que me desprecian y se engaña pensando que todos podemos volver a la normalidad.

Mamá y papá nunca aceptarán el hecho de que su hijo se esté follando a su hija.

No, no follando. Saliendo con ella. Olivia Vize es mi novia.

Se me dibuja una sonrisa en los labios y me paso la mano por la boca para ocultarla cuando me doy cuenta de que el doctor Preston me observa con curiosidad.

—¿Qué tal te está sentando la medicación?

Levanto el hombro. Todo es nuevo. Me siento exactamente igual.

Mentira. Siento una inexplicable presión en el pecho y como si hubiera una bomba en mi interior, a punto de estallar. Nuestros padres no nos aceptarán y Olivia se irá. Volveré a perder el habla y ella se irá. Haré algo para joderlo y se irá.

No sé cómo hacer que se quede. Tal vez debería encerrarla de nuevo en el sótano…

—Estás tomando una dosis bastante alta. ¿Has notado algún efecto secundario?

Olivia podría darse cuenta de que puede estar con alguien mucho mejor que yo: soy un exconvicto, no tengo trabajo y apenas puedo hablar, por no hablar de que nuestros padres se oponen a nuestra relación. ¿Les ha hablado a sus amigas de nosotros? ¿Se avergüenza de mí?

Joder, me duele la cabeza de tanto darle vueltas a esto.

—Las notas de tu terapeuta indican que te ha derivado para que te hagan un diagnóstico más profundo, concretamente por un posible síndrome esquizofrénico no catatónico. ¿Cómo te sientes al respecto?

Me tiembla el ojo. Es mi logopeda. Eso es todo. ¿Por qué coño intenta hablar conmigo de esta mierda?

Quizá pueda encerrarlo en el sótano, dejando de lado lo sexual, y amordazarlo metiéndole su propia polla en la boca y obligarlo a intentar hablar.

Cierro las manos en puños.

—No puedo hacer eso.

¿Me acabo de contestar a mí mismo en voz alta? Joder. A lo mejor me estoy volviendo loco de verdad.

Él dice algo entre dientes.

—¿Me puedes explicar esa sensación de que te estás alejando de ti mismo?

Como si pudiera matar a alguien sin pestañear siquiera: lo he hecho y lo volvería a hacer sin dudarlo.

El mundo me arruinó, como mis padres biológicos. Si mi madre no se hubiera drogado y mi padre no se hubiera suicidado, quizá yo no sería como soy ahora. Sería lo suficientemente bueno para mí y para Olivia.

El terapeuta me habló de mi infancia.

«¿Qué te quitaron?», quiso saber en mi primera sesión.

Todo.

Me lo quitaron todo.

Se me acelera el corazón y el sudor empieza a cubrirme la frente.

El doctor Preston vuelve a teclear, chasquea la lengua y toma mi silencio como respuesta.

—Aquí hay otra nota sobre derivarte a sesiones de terapia de grupo. Te apuntaré algunos sitios. Te vendría bien estar rodeado de otras personas con problemas similares a los tuyos. Tal vez hagas un amigo.

¿Qué? ¿Un amigo? ¿Este gilipollas lo dice en serio?

No necesito un maldito amigo. Tengo a Olivia. Solía tener amigos, y desaparecieron cuando me arrestaron; ni siquiera intentaron seguir en mi vida, así que ¿qué puto sentido tiene hacer uno ahora? No soy un niño con problemas y necesidad de socializar.

Tenía a alguien a quien consideraba mi mejor amigo. Aún no he encontrado el valor para saber dónde está o qué hace, por la vergüenza que me da haberlo bloqueado de mi memoria.

—Vale —dice, sabiendo que ya no voy a contestar a nada—. Creo que la sugerencia que te he hecho de leer sería muy útil. Aunque solo sea diez minutos al día. Nos vemos aquí dentro de tres días. Ve a una de esas sesiones de terapia grupales.

Mi móvil vibra en el bolsillo y estoy deseando que esto acabe ya para enviarle un mensaje a Olivia y llevarla a casa. Estar en la cama con ella es mi lugar seguro y, joder, ahora mismo lo necesito de verdad.

Esta mañana, antes de dejarla en el trabajo, me ha vuelto a pedir que la lleve a una cita, y obviamente le he dicho que no. No hay necesidad de que volvamos a fingir que somos adolescentes y actuemos como si nuestros mundos no giraran el uno en torno al otro.

Una vez reservada nuestra próxima sesión, me meto los deberes que me ha mandado en el bolsillo y luego cojo el casco. Desbloqueo mi teléfono y veo que el mensaje no es de Olivia; es un aviso de que algunas de mis medicinas están listas y ya puedo pasar a recogerlas. Tardo cinco minutos en llegar a la farmacia. Está al final de la calle donde se encuentra el juzgado en el que Olivia trabaja con mamá.

Me sorprende no haber recibido ningún mensaje por su parte quejándose de ella o de cualquier gilipollez que le eche en cara, no solo que se haya escaqueado de la boda que había planeado, sino también que no haya ido a trabajar la última semana.

A mamá no le gustará que estemos juntos, pero que se joda.

Si Xander tiene algo que decir, también lo mandaré a la mierda.

Aparco la moto delante de la farmacia, abro el asiento y busco la lista de medicamentos que tengo que recoger. Olivia me ha dicho que marque los que tengo para asegurarme de que no se me olvida ninguno.

Una vez dentro, muevo los dedos, nervioso, alternando entre dar golpecitos en los reposabrazos de la silla y retorcerlos en mi regazo mientras espero a que la farmacéutica diga mi nombre. Son más de las tres y Olivia acaba de trabajar dentro de una hora.

Una anciana no deja de mirarme. Su mirada recorre mis brazos, hace una mueca al ver mis tatuajes y luego se desplaza hasta mi cuello y la marca roja que dejó Olivia anoche para dejar claro que soy suyo. Le susurra algo a su amiguita, y las dos me observan como si fuera el hombre más desagradable con el que se han cruzado.

¿Por qué siguen mirándome? No es que difiera tanto de la mitad de la población. No tengo un tatuaje en la frente que diga «Que os jodan». No frunzo el ceño ni pongo mala cara a nadie. Permanezco en silencio, como siempre, y ellas siguen observándome como si fuera a apuñalarlas o a robarles el bolso.

Sacuden la cabeza y cierro las manos en puños.

¿Le importaría a Olivia que matara a dos abuelas? Tal vez pueda hacer que parezca un accidente, o que desaparezcan sin dejar rastro alguno que conduzca a los investigadores hasta mí.

—Vize —me llama una voz, captando mi atención. La farmacéutica me pide que confirme mi fecha de nacimiento y mi dirección. Me cuesta pronunciar las palabras, y las abuelas que tengo detrás resoplan al ver lo lento que soy. Quiero estamparles el puño en la cara, pero me contengo y cojo la bolsa de plástico con varios frascos de pastillas.

No sé qué son la mitad de ellos, pero Olivia sí. Tiene un pastillero con los días de la semana, y cada sección está llena de pastillas diferentes. Algunas de ellas deben tomarse a determinadas horas del día, y tiene una pizarra blanca en uno de los cuartos contiguos a nuestro dormitorio en la que marca cada vez que me tomo una. Es organizada y está obsesionada, y yo, como soy el hermano mayor que quiere complacer a su hermana, obedezco y me tomo las malditas cosas.

Olivia no ha respondido a mi último mensaje. Miro fijamente el móvil mientras tiro las cajas de las medicinas en el compartimento bajo el asiento.

Qué hermanita tan mandona.

Escribo otro.

Ya voy de camino.

Se negará rotundamente a subirse a mi moto y acabaremos discutiendo, pero la obligaré a hacerlo, aunque tenga que dejarla inconsciente y sentarla delante de mí, con una mano entre sus piernas para tocarle el coño desnudo.

Sacudo la cabeza; ya no necesito hacer eso.

Me meto el teléfono en el bolsillo y me dirijo al juzgado. Aún no ha terminado, pero siempre solía esperar para verle la cara, aunque ella no supiera que estaba allí. La acompañaba caminando al trabajo y a su casa, y luego me colaba allí por la noche y…

Suspiro para mis adentros. Disfrutaba haciendo todas esas cosas. Me proporcionaban un sentimiento de emoción, mezclado con la puta sensación de tener control y poder. Echo de menos esconderme, acecharla y vigilarla cuando no sabía que estaba allí. Aunque tenerla a mi lado es mucho mejor. Cuando estoy con mi hermana pequeña, la parte de mí que está perdida deja de estarlo.

Saco un cigarrillo y me acomodo el casco entre las piernas mientras equilibro la moto. Lo enciendo y doy una calada. El sol me da de lleno mientras espero al otro lado de la calle.

Pasan diez minutos y el sol se oculta detrás de los edificios.

Treinta minutos.

Una hora. Ya debería haber salido.

Dos horas y ya es de noche: la luna se pone entre los tejados a lo lejos y las nubes se abren para dejar caer un poco de lluvia. Me empapa el pelo y la ropa, pero sigo esperando.

Frunzo el ceño cuando la mayoría de los trabajadores se marchan. Olivia suele salir con dos mujeres mayores, les sonríe y después se dirige a su apartamento. Sin embargo, las dos mujeres mayores se han ido y no hay ni rastro de mi hermana. Pero no iría allí: ahora vive conmigo.

Enciendo otro cigarrillo y lo protejo de la lluvia tapándolo con la mano. Doy golpecitos impacientes con el dedo en el manillar, comprobando si hay mensajes nuevos en mi teléfono. Intento llamarla, pero me salta el buzón de voz.

Dejo caer el casco y el cigarrillo al suelo y atravieso la calle. Casi me atropella un coche, pero el conductor toca el claxon y se desvía justo a tiempo mientras yo permanezco plenamente concentrado en la puerta principal.

No hay motivo para que Olivia se retrase, a menos que esté intentando ponerse al día con los correos electrónicos. Pero ¿y si el gilipollas con el que iba a casarse está allí?

¿Y si se la ha llevado?

Pensaba que todavía estaba en Canadá en un viaje de negocios. He intentado vigilarlo sin que Olivia se diera cuenta de mi nueva tendencia obsesiva de seguir todos sus movimientos. Sigue follando por ahí a pesar de estar esperando para casarse.

Mi pulso acelerado me empuja hacia delante hasta que llego a la entrada, pero antes de que pueda abrir la puerta de un tirón, esta casi me golpea en la cara y mi madre se queda paralizada como un ciervo frente a los faros de un coche, con los ojos muy abiertos y totalmente conmocionada.

Con sus tacones es tan alta como yo. Tiene los labios entreabiertos y el pelo canoso revolotea alrededor de su cara. Sus gafas le retiran el flequillo de la frente.

Esta es la mujer que me crio.

19

MALACHI

Mamá retrocede, con la boca abierta. Entonces me esboza una mueca de desdén y la rabia se apodera de ella.

—Tienes valor para aparecer por aquí.

Está enfadada. Esperaba que me odiara, pero no me gusta que me mire como si fuera un monstruo.

Frunzo el ceño; estoy confundido por la ligera punzada de dolor que siento en el pecho. Sabía que la había perdido como madre desde el momento en que le puse las manos encima a papá, pero esto me lo deja clarísimo.

Perdí a mi padre el día que me detuvieron.

Y también la he perdido a ella.

A pesar de lo enfadada que está, también parece aterrorizada de mí. Y todo eso es culpa mía. Pero ¿por qué me envía dinero? ¿Por qué me da fondos suficientes para que, siendo un exconvicto que con su pésimo historial en comunicación y conducta no tiene ninguna oportunidad de conseguir trabajo, pueda vivir cómodamente?

—Tú… —Se detiene y sacude la cabeza—. Es culpa tuya. Cada obstáculo en la vida de Olivia es por tu culpa. Eres la razón por la que salió llorando del trabajo. ¿Por qué no la dejas en paz?

Me da una bofetada que me gira la cabeza hacia un lado y hace que me arda la mejilla. Se acomoda el bolso al hombro y se marcha sin esperar respuesta, golpeando el suelo con los tacones hasta que sube al coche que la recoge y se aleja.

Mi madre acaba de pegarme.

Como hacía mi madre biológica.

¿Por qué siguen pegándome?

Mi confusión se desvanece en el momento en que me doy cuenta de lo que ha dicho. ¿Acaba de decir que Olivia lloraba por mi culpa?

Saco el móvil e intento llamarla de nuevo, pero no contesta. El guardia de seguridad sale del edificio y cierra la puerta, así que sé que no está dentro; además, todas las luces están apagadas.

Joder.

Compruebo las cámaras de nuestra casa mientras cruzo la calle, pero no la veo y no se detecta ningún movimiento. Entonces abro mi otra aplicación, la que no he usado desde que ella volvió conmigo, y echo un vistazo a la única cámara que me queda en su antiguo apartamento. Está orientada hacia la puerta principal, justo encima de una foto de la familia, escondida, para que ella nunca sepa que está ahí. En ese momento, me detengo cuando llego junto a mi moto.

Allí está.

En su casa. No en la nuestra.

Su bolso está junto a la puerta.

Joder. ¿Qué he hecho?

Me meto el móvil en el bolsillo, me subo a la moto, me pongo el casco y pongo rumbo a su apartamento. El piso al otro lado de la calle sigue siendo mío. Tiene demasiadas cosas como para que lo abandone ahora mismo. Si se enterara de todas las fotos, las pantallas de televisión, las listas de nombres de las personas que he cazado —personas que tan solo la han mirado—, se pondría hecha una furia conmigo. Me las arreglé para llevarme a casa las que aún necesitaba, pero el resto permanece ahí. Se desmayaría si supiera hasta qué punto me he involucrado en su intimidad.

La policía me detendría si viera lo rápido que voy, sobre todo con esta lluvia torrencial: paso entre los coches, apretando el acelerador para ganar aún más velocidad hasta llegar a nuestra calle.

Me detengo en la entrada principal y, al mirar por encima del hombro, veo un coche negro parado fuera. La ventanilla sube, ocultando a quienquiera que sea tras el cristal tintado.

Abro la puerta de su apartamento con la copia de la llave que me hice hace meses, la cierro en silencio y me detengo cuando oigo en el pasillo suaves sollozos que provienen de su dormitorio.

A pesar de que solo han pasado unas semanas, el lugar me parece diferente. Solía venir aquí todo el tiempo cuando estaba drogada y dormida. Era como un segundo hogar. Pero luego llegó Xander, cambió su forma de vestir, la obligó a teñirse el pelo y el lugar parece más adulterado que las botellas de vino que aún tiene en la nevera.

Cuanto más me acerco al lugar del que provienen sus sollozos, más nervioso me pongo al pensar que alguien le ha hecho daño a mi Olivia. Si no he sido yo, ¿quién la ha hecho llorar así? ¿A quién coño tengo que matar esta vez? Todos los demás tíos con los que mamá la emparejó mientras yo estaba en prisión están enterrados en mi patio trasero, y no he dejado ningún rastro que los conduzca a mí. La única razón por la que Xander sigue vivo es porque literalmente es intocable dada la protección que tiene a su alrededor.

Cuando llego a la habitación, los sollozos son más fuertes. Olivia está boca abajo en la cama y su cuerpo tiembla mientras llora. Se me corta la respiración al verla.

Quiero decir su nombre, pero, a pesar de que mi boca se mueve, no sale ningún sonido. Se me acelera el corazón y lo único que puedo hacer es acercarme despacio a su cama, arrodillarme junto a ella y ponerle la mano en el hombro.

Se estremece y se queda en silencio, a excepción de los resoplidos que no puede controlar debido a que está hiperventilando.

—No puedo perderte —gimotea, sin mirarme—. No puedo.

Eso no va a pasar. Olivia estará conmigo hasta que uno de los dos muera, e incluso entonces seguiremos unidos por nuestro amor eterno. Incluso si me pide que me vaya, no lo haré. Soy suyo y solo suyo, aunque no me quiera.

Soportaré mil bofetadas de mamá. Pero voy a quedarme.

Me quito las botas, me despojo de la ropa mojada hasta quedarme en ropa interior y me meto en la cama a su lado. Me

quedo helado cuando veo lo rojos que tiene los ojos: me mira como si estuviera sufriendo. Por su aspecto, lleva horas llorando.

—¿Por qué no puedo controlar mi propia vida? ¿Por qué mamá me hizo así? —Tiembla de pies a cabeza mientras la sostengo entre mis brazos—. Odio lo que soy porque solo quiero complacerla. Ella me salvó, solo para ponerme de nuevo en peligro. No me casaré con él. Te prometo que no volveré a dejarte. Mamá está organizando un encuentro con ellos, pero no lo haré. No lo haré. Te prometo que no lo haré.

Mi pecho se hincha al mismo tiempo que mis manos se cierran en puños. Mamá la ha puesto triste. Debería hacer algo al respecto. Tal vez amenazarla, o quizá arruinarle su puta vida por completo como está intentando hacer ella con la de Olivia.

—No puedo respirar —dice, jadeando y temblando de nuevo—. Te necesito. Y eso es lo que me asusta. Me asusta lo mucho que te necesito.

La abrazo con fuerza, le meto la mano en el pelo, le masajeo el cuero cabelludo y le beso la sien y las mejillas llenas de lágrimas hasta que se queda dormida. Me quedo aquí, inmóvil como una estatua, y espero a que caiga en un profundo sueño antes de escabullirme de debajo de ella.

Me levanto de la cama y la observo durante un largo minuto mientras intento planear mi próximo movimiento.

Tengo que hablar con mamá. Es culpa suya que Olivia esté disgustada. Es culpa suya que la obligaran a tener esta vida. Es culpa suya que Xander la quiera, y será su puta culpa cuando la entierre junto a todos los demás que se conviertan en un obstáculo entre Olivia y yo. Me quedan dos más con los que lidiar antes de poder seguir adelante.

La imagen de los ojos sin vida de mamá clavados en mí mientras le robo su último aliento no me excita ni me da ganas de aprovechar la oportunidad de vengarme, pero si tengo que hacerlo, lo haré.

Ahora mismo, mi padre y ella se sentarán a cenar, una cena preparada por la chef de la mansión. Hablarán de trabajo, del

matrimonio de Olivia y de lo ridículo que es que ella y yo estemos juntos.

Tengo que eliminarlos a ambos.

También puedo hacerlo discretamente.

Olivia gime y me coge la mano.

—Abrázame —susurra—. Por favor.

Mi plan puede esperar hasta mañana.

—Haz que pare —me suplica. Más lágrimas se derraman por sus mejillas, como si no se hubiera dormido hace un rato. Su cuerpo se estremece cuando vuelvo a tumbarme a su lado y la estrecho entre mis brazos.

Solloza de nuevo y no tengo ni idea de cómo calmarla. Se supone que soy su novio.

¿Le hago un café? ¿Le preparo un baño? ¿Le pongo música?

Llora desconsoladamente contra mí, temblando, y yo me paralizo. Cuando se enfadaba de pequeña, la abrazaba hasta que se quedaba dormida. En dos ocasiones, la cogí en brazos y me moví por la habitación esperando a que se quedara frita con la cabeza apoyada en mi hombro.

Ahora me siento diferente: en esos momentos me estaba portando como un buen hermano mayor. Ya no soy el mismo de entonces, y Olivia también ha cambiado.

Quiero preguntarle qué puedo hacer para ayudarla, pero no me salen las palabras, y como está acurrucada contra mí no puedo hacer señas. Le acaricio el pelo y noto lo caliente que está.

Arrastro la mano por su espalda y la meto debajo de la camisa para tocar su piel desnuda. Todo su cuerpo está caliente. Mi chica está tan alterada que se va a poner enferma. Tengo que distraerla.

Le doy un beso en la sien y trato de masajearle el hombro, la cadera y las costillas mientras levanta la pierna; sin embargo, sigue llorando, sigue aferrándose a mí como si fuera a desaparecer.

Entonces se me ocurre una idea: la agarro por el pelo y la sujeto mientras me siento contra el cabecero y me bajo los pantalones y los calzoncillos, liberando mi polla. No parece inmutarse por el hecho de que me desprenda de la ropa, incluso se mueve para que pueda quitarme los pantalones por los pies.

No estoy empalmado. Pero no se trata de mí, sino de intentar calmar a mi hermana pequeña.

—Abre —logro decir con esfuerzo, apretando con fuerza su pelo y apoyando su cabeza en mi regazo, y usando la otra mano para presionar la punta de mi polla contra sus labios—. Métetela en la boca.

Justo cuando creo que va a fruncir el ceño y mandarme a la mierda, se relaja un poco y separa los labios, abarcando la mayor parte de mi miembro y cerrando los ojos con un sonido de apreciación.

Joder.

Aún le caen lágrimas por la cara, pero ya no está histérica. Siento su lengua húmeda contra mi polla, manteniéndola caliente a medida que respira con dificultad por la nariz.

Se la estoy metiendo en la boca.

Eso la calma un poco.

Lentamente, me empalmo, no puedo evitarlo.

Incluso cuando vuelve a gemir, con el cuerpo temblando por la hiperventilación, no puedo evitar reaccionar. El calor me sube por la espalda y la suavidad con que le acaricio el pelo no tiene nada que ver con lo que siento por dentro.

Su lengua se desliza a lo largo de mi miembro mientras traga, y tenso la mandíbula al ver cómo su boca se aprieta alrededor de él. Su cabeza se queda en mi regazo mientras me pongo duro y siento cómo crece contra su lengua hasta que no puede evitar chupar, lo que hace que sienta un cosquilleo en los huevos. La frente se me cubre de una capa de sudor al contemplar a este ángel con la boca llena de mi polla.

Es como si su ansiedad disminuyera, sustituida por una calma que se extiende hasta mí: quiero hundirme en el colchón sin perder nuestra conexión. Yo también quiero tocarla. Quiero sentir su calor contra mi lengua en tanto que tiene mi polla en la boca.

—Shhh. No más lágrimas de tristeza. —Entonces dejo de acariciarle el pelo y sus ojos se abren para mirarme—. Eres mi hermanita buena, ¿verdad?

Ella asiente, con la cabeza aún apoyada en mi regazo mientras chupa, sin moverse, solo lamiendo y gimiendo, y la tristeza empieza a desaparecer de sus ojos.

Traga de nuevo y su garganta se contrae alrededor de la cabeza de mi polla. Presiono distraídamente las caderas contra su cuerpo, animándola a metérsela más, y me muerdo el labio al oír sus arcadas.

Joder. Voy a estallar en cualquier momento. Lo que se suponía que iba a ser un intento de calmarla y distraerla de lo que fuera que le hubiera provocado ansiedad ahora se ha convertido en la necesidad de follármela.

No lo haré.

No puedo.

Mantengo la polla en su boca, me tumbo y la acomodo sobre mí en la posición del sesenta y nueve. Le bajo los pantalones y las bragas, y me tiemblan las manos al agarrarle el interior de los muslos. Hago una pausa y miro a Olivia. Tiene los ojos muy abiertos y mi pene en la boca, observando, esperando. En su mirada hambrienta se refleja el deseo que tiene de que la pruebe.

Apoyo la cabeza en el interior de su muslo, rozando con la punta de la nariz la zona justo debajo de su entrada, y gime cuando respiro suavemente contra su coño. Tiemblo más que ella, pero me contengo y sigo agarrándole el muslo, acomodándome y relajándome en nuestra posición mientras la lengua de Olivia se desliza por la parte inferior de mi polla.

Se saca mi miembro de la boca.

—Por favor —me suplica.

Hago un sonido de desdén y niego con la cabeza, inhalando hondo, sintiendo el calor de su lengua contra mí. Joder, estoy cerca de correrme. Podría sacar la lengua y saborearla, metérsela en el coño y hacer que se corra. Sin embargo, cuando oigo que sigue hiperventilando, señal de que aún está inmersa en sus emociones, me quedo quieto.

Quiero mover las caderas; su boca es jodidamente perfecta.

Quiero tensar las nalgas, vaciarme en su garganta y oír cómo se ahoga, tiene arcadas y trata de coger aire mientras yo se lo robo.

Cierro los ojos y me concentro en todo menos en cómo gime mi nombre, como siempre. Aprieto sus caderas contra mi pecho y apoyo la cara entre sus piernas, desesperado por saborearla, pero con el suficiente control como para no meterle la lengua en el coño.

Entonces abro los ojos de golpe cuando me toca los huevos y se mete mi polla hasta el fondo de la garganta. Me chupa y lame, y menea la cabeza, acariciándome con la lengua.

El gemido que suelto vibra contra su coño y ella gime tan fuerte que resuena en las paredes y arquea la espalda, presionándose contra mi boca.

En lugar de enloquecer con su coño, mantengo la cabeza apoyada en el interior de su muslo, abro la boca y saco la lengua, dejando que se mueva sobre mí a la vez que se traga cada centímetro de mi pene.

Olivia restriega ese coño perfecto contra mi lengua húmeda hasta que llega al orgasmo, y la forma en que grita alrededor de mi polla, con su suave mano agarrando la base de mi grosor, me hace cerrar los labios alrededor de su necesitado clítoris y chuparlo hasta que se desmorona por completo y se corre.

Bastan unas cuantas embestidas en su boca para que me recorra una oleada de placer desde la espalda hasta los huevos. Me vacío en su garganta, y me encanta cómo le cuesta respirar. A pesar de que intenta apartarme, espero unos segundos antes de darle oxígeno.

Me incorporo y me paso el dorso de la mano por la boca.

—¿Por qué llorabas? —pregunto con claridad.

Se pasa las manos por la cara, apenas lúcida, y se tapa los ojos con los dedos.

—Solo he tenido un mal día.

—Mentirosa.

Baja las manos y se tumba en la cama, cruzando las piernas para ponerse de cara a mí sobre el colchón.

—Mamá me echó la bronca sobre ti y mi papel en la familia, eso es todo. Me ocuparé de ello.

—¿Xander?

Alza el hombro.

—No sé nada de él.

Aprieto las manos y me paso la lengua por los dientes.

«¿Quieres irte de la ciudad?», signo cuando me cuesta encontrar las palabras. «Dejaremos a todos atrás. Que se jodan».

Ella sonríe y luego suelta una risa sin pizca de humor, negando con la cabeza.

—Papá está aquí, y Molly también. Mis amigas también están cerca.

La miro fijamente, diciéndole en silencio que no significan nada y que podemos irnos sin problemas. ¿Qué se lo impide? Tenemos dinero, una moto para poder movernos y podemos comprar una casa. Todos estos desgraciados son un equipaje extra del que puede deshacerse. Lo único que hacen es quitarle tiempo, tiempo que debería dedicarme a mí.

Olivia suspira, se vuelve a poner las bragas, se sube a mi lado en la cama y tira de mí para que me tumbe.

—Estoy cansada.

Tarda unos minutos en dormirse, y lo único que puedo hacer es mirarla mientras intento imaginarme con qué demonios sueña.

20

MALACHI

Mamá le sonríe a la cajera cuando le entrega la tarjeta de crédito, le da las gracias mientras coge su almuerzo y se dirige a la mesa de la esquina de la pequeña cafetería.

Viene aquí en sus descansos del trabajo. Al principio, siempre se quedaba en su despacho durante su hora libre, pero su rutina cambió poco después de que Olivia volviera conmigo, como si supiera que había perdido a su hija a manos de su hijo y necesitara alejarse del recuerdo constante de ese hecho. Olivia solía sentarse con ella, escuchar la forma en la que quería controlarlo todo y luego continuaban con su día.

Doy una calada al cigarrillo y permanezco escondido al otro lado de la calle —con la capucha puesta y la gorra ocultando mi rostro— mientras ella come y habla por teléfono. No será con papá, porque él tiene una reunión para reincorporarse al trabajo.

Mi hermana adoptiva Molly, que es como un cachorro hiperactivo, siempre está con él; creo que echa de menos a Olivia desde que yo acaparo toda su atención.

Si piensa que la va a recuperar otra vez, va lista. Olivia es mía, de nadie más. Mi novia quiere que salga con ellas mañana y, aunque quiero decir que no y dejarlo así, estoy intentando ser mejor persona para ella, así que acepto.

Además, Molly es técnicamente de la familia. Tengo que conocerla tarde o temprano, ya que soy la oveja negra, el hermano que se ha alejado y todo eso.

El móvil me vibra en el bolsillo, pero lo ignoro mientras me apoyo en la pared y mantengo la mirada en la mujer que no solo me

crio, sino que sigue intentando arruinarme la vida insistiendo en que mi novia se case con Xander.

Puedo ver sus correos electrónicos: quiere reunirse con los Reznikov después de su viaje de negocios y que acuda toda la familia: mamá, papá, Molly y Olivia. Pero yo no. No. Técnicamente ya no formo parte de la familia Vize. Me han dado la espalda. Los he humillado. Soy una vergüenza para el apellido.

Soy la oveja negra una vez más.

Adryx Reznikov es el hermano mayor, y por lo que he podido ver en internet es un poco capullo. Es el cerebro del negocio familiar. Xander es la imagen de la familia, el niño mimado, el hijo predilecto, al que le sirven todo en bandeja mientras su hermano tiene que luchar por una pizca de lo que Xander consigue.

Pronto aterrizarán. Todavía tengo que elaborar un plan, amenazar a Xander para que se mantenga alejado de mi hermana. Tal vez intente secuestrarlo. Aún tengo las cadenas en el sótano de cuando encerré allí a Olivia. Lo haré sufrir, pero no de la misma forma que a ella.

Lo mataré de hambre durante días. Le haré beber su propia orina hasta que vomite por todas partes, y luego le haré tragar a la fuerza su vómito. Posiblemente, dependiendo de qué humor tenga, podría llevar a Olivia, y así ella puede hacerle daño también por haber pensado siquiera que se casaría con él. El hecho de que la obligara a teñirse el pelo y criticara su aspecto me pone furioso.

Mi hermanita es muy sensible, y este imbécil le hizo pensar lo contrario.

Olivia es perfecta, en todos los putos sentidos.

Voy a partirle la cara, para que todas las chicas con las que lo he visto de fiesta por las redes sociales le tengan miedo. Le grabaré mis iniciales en la piel, le meteré la polla en ácido y luego le daré de comer a su hermano sus pelotas medio derretidas y le golpearé en la cara con su hígado.

Mi teléfono vuelve a vibrar y suspiro, bajando la vista para ver una notificación recordándome que mi cita para la terapia es esta tarde.

Olivia me hace programar recordatorios y varias alarmas, e incluso ha apuntado todas mis citas en la pizarra blanca en casa.

En cierto modo, no quiero hacer esto de la terapia, pero sé que, a la larga, merecerá la pena. Además, a Olivia le hace feliz saber que estoy recibiendo ayuda y admitir que sé que la necesito. Lo hago. Soy un desastre y necesito supervisión.

Pasar ocho años en la cárcel me ha destruido de verdad. Algunos días, estoy bien. En los días malos, pienso en cómo me jodió Olivia, y otros días, me arrepiento de todo y desearía que los Vize no me hubiesen adoptado, pero siempre evito ese pensamiento porque entonces no habría conocido a mi hermana.

La otra noche, después de calmarla con mi polla, la llevé a casa; la desperté y nos llevé en mi moto hasta la granja en medio de la nada. La desnudé, la metí en la cama, besé su cuerpo perfecto hasta que gimió lo bastante fuerte como para hacer que los muertos revivieran, haciendo que su voz resonara en mis oídos, me la follé y luego limpié el terrario de mi mascota. Olivia volvió a la realidad y me pidió que me diera un baño con ella.

Estos últimos días parece triste, y eso me inquieta. Sin embargo, sigue besándome, deja que me la folle y me envía mensajes diciéndome que me echa de menos mientras está en el trabajo, así que la paranoia debe estar en mi cabeza jugándome una mala pasada.

Nunca tengo suficiente de ella. El sexo lo es todo para nosotros: el tiempo, los días, las noches y los orgasmos que perdimos. Aunque hemos perdido casi diez años, ahora tenemos tiempo. Y el hecho de que ella también quiera que la lleve a una cita es ridículo. ¿Qué sentido tendría? Lo entiendo, de verdad, pero eso no significa que vaya a empezar a cantarle serenatas, a tratarla como a una princesa y luego a actuar como si no quisiera follármela hasta dejarla en coma cada segundo de cada día.

No soy un tipo romántico. No me va nada el rollo blandengue. Apenas puedo hacer el amor con Olivia sin que termine follándola duro porque es lo único que conozco: mi vida ha estado marcada por la ira desde que era un niño. Estar con Olivia es el único momento en que mi mente se porta bien conmigo. Con ella, las

voces se largan. Ella me sonríe y, joder, ¿qué más podría querer? No hay nada malo entre nosotros.

Somos activos sexualmente. Realmente activos. Si nos besamos, acabamos follando. Si nos abrazamos en la cama, me empalmo. Incluso si se sonroja me dan ganas de meterle la polla en la boca hasta que se le llenen los ojos de lágrimas.

¿Cómo demonios se supone que voy a llevarla a una cita y fingir que no pasa nada de eso?

—Podrías ser un poco más discreto —dice una voz a mi izquierda.

Mi humor, ya de por sí de mierda, se agria.

Levanto la vista y veo a Abigail, la amiga de Olivia. Todavía lleva el pelo de colores y la forma en la que se ha delineado los ojos no le hace ningún favor, es horrible. Hoy en día me sigue desconcertando cómo coño ha sido amiga de mi chica desde que eran pequeñas.

La ignoro.

Se cruza de brazos, se apoya en la pared a mi lado y saca un cigarrillo.

—Supongo que eres el motivo por el que Olivia solo me da respuestas cortas y no contesta a mis llamadas. No puedes quitarme a mi amiga.

La miro una vez más, calculando cuánto tiempo tiene que pasar antes de que mi silencio la incomode. Nunca me había hablado. Nunca.

Por desgracia, no se va. Da una calada a su cigarrillo y suelta el humo por encima de su cabeza.

—No quieres que se case con ese imbécil, y yo tampoco. Xander no se va a echar atrás. Él y su padre lo han dejado perfectamente claro. Por favor, que esto quede entre nosotros.

Quiero interrogarla, pero no puedo. Solo me siento cómodo hablando delante de Olivia. Aparte de mi terapeuta, es la única persona en el mundo que oirá mi voz. No dejaré que Abigail la escuche, y como ella no sabe lengua de signos, lo único que puedo hacer es mirarla fijamente.

Ella resopla, pisa el cigarrillo que se ha terminado y saca la cadera.

¿Lo sabe Olivia? ¿Que Xander no se va a echar atrás? ¿Es por eso por lo que tengo que mantenerlo en secreto? ¿Porque Olivia no quiere que lo sepa?

O quizá Olivia aún no lo sabe.

Espera. ¿Cómo podría saberlo esta estúpida?

—Si Xander se lleva a Olivia, nunca la volveremos a ver.

Eso ya lo sé. No necesito que me recuerden que la única persona de la que estoy luchando por alejarla está a la vuelta de la esquina, esperando para arruinarme la vida.

—Si planeas eliminar a Xander de la ecuación, asegúrate de ocuparte también de su hermano. Se convertirá en un problema mayor. Su padre es quien los controla a ambos. Pero será imposible llegar a él.

No entiendo por qué está aquí conversando conmigo como si nos conociéramos. O por qué me está contando cosas de las que no estoy al tanto.

—Nunca entenderé lo tuyo con Olivia. Siempre supe que pasaba algo, Mason me lo dijo. Y no podías haber dejado más claro que estabas enamorado de tu hermana. Ella estaba igual de obsesionada contigo. Aunque, si le rompes el corazón, te daré una patada tan fuerte en los huevos que nunca volverás a caminar bien.

Después, cruza la calle a grandes zancadas, sonríe a mi madre cuando sale de la cafetería y ambas regresan al juzgado para reunirse con mi hermana.

Estoy confuso y cabreado.

¿Me acaba de amenazar?

Las veo doblar la esquina y espero unos instantes antes de seguirlas hasta el juzgado, con la visera de la gorra baja y fuera de su campo visual.

Siento un calor en el pecho cuando mi hermana sale. Sonríe a Abigail e ignora a nuestra madre, y luego suben a un coche y se dirigen a casa de su amiga Anna.

Por desgracia, ayer dio a luz. Esta mañana, dos recién nacidos lloraban por el teléfono mientras yo intentaba dormir sobre el pecho de Olivia y ella actuaba como si no nos pitaran los tímpanos y mi paciencia no estuviera a punto de agotarse. Estuve jodidamente

cerca de tirar su móvil contra la pared y asegurarme de que ninguna de sus amigas pudiera volver a ponerse en contacto con ella.

Intentó enseñarme una foto, pero ni siquiera hice amago de levantar la cabeza para mirar. ¿A quién le importa? Anna es una zorra y Abigail, también. A ver, ¿quién coño se cree que es para hablarme como lo acaba de hacer?

Quiero estrangularla, aunque no de la misma forma que estrangulo a Olivia.

Solo imaginarlo me hace temblar de asco. Nunca he pensado en tener a nadie más que a mi hermana debajo de mí. Sí, le hice pensar otra cosa yendo a una cita con Anna, pero lo hice con mala intención.

Olivia necesita nuevas amigas. Son todas idiotas. O tal vez no necesita ninguna… Vivir en nuestro mundo sin que nadie irrumpa en él suena jodidamente perfecto. Yo soy su amigo. Con eso basta.

Ella también es mi única amiga.

Me subo a la moto y sigo al coche hasta casa de Anna. Aparco en lo alto de la colina, lo bastante lejos como para que no puedan verme, pero aun así tengo una vista perfecta de todas las ventanas de la parte delantera de la vivienda.

Mi madre abraza a Anna, le da un regalo y sonríe ampliamente al ver al bebé que el marido pone en brazos de Olivia. El otro bebé lo coge Abigail.

Algo extraño se apodera de mí. No sé qué es lo que siento. No me da envidia esa escena. No miro fijamente a Olivia mientras habla con el bebé y me la imagino con mi hijo en brazos, ni planeo en mi cabeza cómo sería si alguna vez fuera lo bastante bueno para tener todo eso.

Es imposible.

Pero puede que sea solo la rabia hirviéndome en la sangre. Porque mi hermana está sonriendo. Sonriendo a un bebé. A mí nunca me ha sonreído así, ni a nadie. Siento que algo se retuerce en mi interior al pensar que quiere eso: una familia, niños, conmigo. No es algo que pueda darle.

Joder.

Olivia sonríe de oreja a oreja, con las mejillas sonrosadas. Esquiva al marido de Anna y la pierdo de vista desde la ventana; podría rayarle el coche al tío ese y rajarle las ruedas por estropearme la vista.

Olivia reaparece frente a otra ventana y saca el teléfono del bolsillo trasero, con el bebé en el otro brazo, como si fuera natural para ella sostener algo tan malditamente frágil.

Teclea con una sonrisa, que se va haciendo cada vez más amplia, y me apunto mentalmente revisar su teléfono mientras duerme para ver a quién escribe. Últimamente me he portado bien. Antes, hackeaba su teléfono y leía sus mensajes, miraba sus fotos y vídeos, y era una obsesión, pero ahora intento hacer las cosas mejor.

No he mirado su teléfono desde que volvió conmigo.

Tal vez debería hacerlo, aunque solo sea una vez.

La idea desaparece cuando el móvil me suena en el bolsillo.

Olivia
No puedes parar de seguirme a todas partes,
hermano mayor.

Suelto una suave carcajada y alzo la vista. Está mirándome. Inclina el brazo para dejarme ver mejor al recién nacido mientras se balancea suavemente, de un lado a otro, sin dejar de sonreír.

Suspiro mientras escribo una respuesta.

Quiero preguntarle si le está entrando el deseo de tener un bebé y si debería reaprovisionarnos de todos los condones que sea posible, pero me conformo con preguntar:

¿Cuánto tiempo vas a estar ahí?

Mamá le quita al bebé de los brazos y se pone a charlar con sus amigas, haciendo que tenga que esperar unos cinco minutos antes de que se aleje de ellas. Olivia lee mi mensaje, mordiéndose el labio.

Olivia
¿Quieres entrar a conocer a los gemelos? Sería

genial que mis amigas se acostumbraran a vernos juntos.

Frunzo el ceño y miro por la ventana para verla esperando pacientemente mi respuesta. ¿Qué clase de pregunta es esa? ¿En qué puto mundo me permitirían Anna y su marido estar cerca de sus recién nacidos? Además, mamá está ahí. Me cerrará la puerta en las narices.

No tengo ningún motivo para entrar.

¿Por qué haría eso?

En cuanto le doy a enviar, sé que he cometido un error, pero ya no puedo dar marcha atrás. Se le borra la sonrisa, y me muerdo el labio inferior mientras espero que ponga mala cara. O quizá me haga una peineta.

Pero no hace ni lo uno ni lo otro: se queda mirando la pantalla durante un largo minuto. Me acomodo en la moto, con el culo entumecido. Su sonrisa disminuye aún más y luego se aleja de la ventana y vuelvo a perderla de vista.

Mi teléfono vibra en mi mano.

Olivia
Salgo enseguida.

Me guardo el móvil en el bolsillo y giro la llave de la moto, haciéndola vibrar debajo de mí. Al acelerar, capto la atención de la amiga de Olivia —la maldita Abigail—, que me mira con el ceño fruncido antes de bajar la persiana.

¿Qué le pasa?

Una parte de mí quiere librarse de ella, pero sabe cosas. Que diga que Xander no se echará atrás, aunque Olivia no me lo haya mencionado ni una sola vez, significa que, o mi chica miente, o su amiga se está tirando a uno de los Reznikov. A lo mejor lo está haciendo para sonsacarle información.

La puerta principal se abre, pero solo sale Olivia. Se abraza a sí misma mientras cruza la calle y se acerca a mí. No parece contenta de verme.

Trago saliva y le sonrío.

—Hola.

—¿No podías dejarme un rato con mis amigas? Anna acaba de tener gemelos.

Frunzo el ceño, confundido: acaba de pasar tiempo con ellas y ahora la voy a llevar a casa.

Su móvil vibra en su mano y echa un vistazo a la pantalla antes de guardárselo en el bolso.

—Abigail —dice al ver mi cara de curiosidad sobre quién le ha enviado el mensaje.

Desvío la mirada hacia la casa y luego vuelvo a posarla en ella.

Se muerde el labio y se le ponen los ojos vidriosos. Intento cogerle la mano, pero finge frotarse los brazos para calentárselos. Sacude la cabeza y toma el casco que le tiendo cuando me lo quito. Aún tengo que comprar uno para ella, y me niego a llevarla en la moto sin que esté protegida.

Agarro el casco y tiro de ella hasta mi pecho.

—Mírame —le exijo, manteniendo la visera levantada para ver sus ojos rojos.

«Dime qué te pasa», signo.

Su silencio me está matando. Está dolida y yo soy la razón.

—Lo siento —me disculpo, humedeciendo mis labios secos—. Lo estoy intentando.

Asiente.

—Lo sé. Yo también.

—¿Todavía me amas?

Suelta un suspiro.

—Claro que te amo.

Bien. Eso es bueno. Si ya no me amara, no sé qué haría. Tal vez mantenerla atada en nuestra cama hasta que volviera a enamorarse de mí.

Cuando se sube detrás de mí y me rodea la cintura con los brazos, arranco con una sensación de malestar que me oprime más

que el agarre de Olivia mientras acelero.

Me siento… mal.

¿Sigue teniendo la ridícula idea de que la lleve a una cita y empecemos de cero? ¿Por eso está siendo tan fría?

¿Y si al ver a su amiga y a su nueva y feliz familia se ha dado cuenta de que no soy la persona adecuada para ella y está pensando en cómo dejarme?

Muchos pensamientos se agolpan en mi cabeza a medida que acelero por la carretera, más de lo previsto, haciendo que Olivia me abrace con fuerza.

Quizá debería ir más rápido.

Olivia no dice ni una palabra cuando llegamos, ni cuando me entrega el casco y entra en casa. La sigo con el ceño fruncido. A pesar de que quiero preguntarle qué le pasa, las palabras me fallan, y como no me mira no puedo hablarle por señas. Va directa al baño, cierra la puerta y echa el pestillo.

Aprieto la mandíbula, apoyando la frente contra la puerta, y cierro los ojos al oír sus suaves sollozos. Está llorando. Por mi culpa. La estoy cagando otra vez: la estoy haciendo infeliz. Me va a dejar porque todo lo que hago es disgustarla.

No puedo llamarla por su nombre. No puedo abrir la puerta y comunicarme con ella. No puedo hacer nada más que esperar al otro lado con una pregunta en la cabeza: ¿qué debo hacer?

Olivia está demasiado emocionada mientras esperamos a que Molly salga del colegio: sus clases terminan dentro de veinte minutos y vamos a llevarla a comprar su vestido para el baile de bienvenida. No he tenido más remedio que unirme a ellas: tengo que conocer a mi hermana pequeña, ser amable y también paciente. Tampoco debo fumarme ningún cigarrillo o porro delante de ella, asustarla ni hacer nada violento.

Así que, por mi parte, no hago más que quedarme parado y ser una maldita sombra.

He estado dentro de Olivia, en cada maldito agujero, y también la he reclamado grabando mis iniciales en su cuerpo, y aun así cree que puedo ser bueno y paciente con alguien más que no sea ella.

¿Es que no me conoce?

—Ya viene —anuncia, dándome un codazo con el hombro para llamar mi atención—. Recuerda lo que te he dicho.

Que la chica es frágil y sensible, y tengo que tratarla con delicadeza; básicamente, tengo que guardar silencio a su alrededor. Probablemente no sepa lengua de signos, y a mí no me gustan los niños ni yo les gusto a ellos, así que parece que hoy va a ser un día tranquilo.

Esta mañana le he preguntado a Olivia diez veces por qué estaba molesta anoche, pero en lugar de darme una respuesta, me ha besado y ha evitado contestar —a estas alturas, mi cabeza está a punto de explotar debido a mi paranoia, porque ¿qué cojones?—.

Las palabras de Abigail permanecen en mi mente como una enfermedad. Xander no se va a rendir. ¿La obligará a casarse con él? ¿Y si intenta llevársela?

¿Qué haré si Olivia acepta de nuevo y la pierdo?

Morirá mucha gente, eso seguro.

—Y no me llames hermana, sobre todo si coqueteas conmigo o me coges de la mano.

La miro con el ceño fruncido.

«Pero soy tu hermano».

—No, eres mi novio.

«Soy las dos cosas».

Ella suspira, dejando caer los hombros.

—Tienes que elegir, Malachi. ¿Soy tu hermana o tu novia?

«Las dos cosas», repito, sin dudarlo.

—Eres insoportable.

Entrecierro los ojos, pero antes de que pueda defender mi postura y exigirle que me siga llamando de las dos maneras, una presencia rosa y brillante aparece a lo lejos. La joven nos saluda con la mano, emocionada, y mira por encima del hombro para despedirse de sus amigas antes de correr hacia nosotros. Le da un abrazo a Olivia y luego me mira.

Si se le ocurre intentar abrazarme, la esquivaré y la observaré caerse de bruces contra el suelo.

—Hola —dice con una enorme sonrisa—. Soy Molly.

Parpadeo.

Olivia me da un codazo.

Vuelvo a parpadear.

Aprieto los labios e inclino un poco la cabeza, y parece que eso es suficiente, porque la enérgica adolescente se lanza a detallar de manera minuciosa cómo le ha ido la semana hasta ahora. Joder, es muy dramática, incluso en la forma en que mueve las manos mientras habla y el tono demasiado entusiasta que usa para explicar por qué sus amigas quieren que vaya con ellas a alguna discoteca *light*. Luego le enseña a Olivia una pulsera que ha hecho con uno de los trabajadores de la mansión Vize.

La ignoro, me meto las manos en los bolsillos y me quedo unos pasos por detrás de ambas mientras caminamos por el parque —el trayecto hasta el centro comercial es corto, aunque las dos chicas se quejan de que les duelen los pies a los diez minutos—.

Acabo echándome a la espalda su mochila rosa porque, al parecer, pesa demasiado para la chica que la lleva todo el puto día, y no voy a decirle precisamente que no a Olivia cuando me la da.

El pelo oscuro de Molly se balancea mientras se gira hacia mí.

—Eres mucho más alto de lo que pensaba.

No le contesto.

¿Qué voy a decir? ¿Gracias, niña, he sacado la estatura de mi padre biológico muerto? O quizá debería tratar de estrechar lazos diciendo: he oído que el tuyo era un capullo y te dejó en casa tres días mientras tu madre adicta yacía muerta en el suelo del baño. ¿Quieres que hagamos piña por nuestro trauma? En parte me identifico.

En vez de eso, me quedo callado. Lo más probable es que Olivia me dé una patada en los huevos, y me gustan bastante.

A pesar de las reglas que me ha impuesto, enciendo un cigarrillo e intento ignorarlas mientras hablan de lo que Olivia se puso para su baile de bienvenida. Yo nunca fui al nuestro. Pero sí que me quedé fuera, esperando a que saliera mi hermana. Iba a pedirle que bailara conmigo en el aparcamiento, los dos solos, pero apareció papá, me dijo que subiera al puto coche y me llevó a casa.

Él lo sabía.

Siempre supo lo que sentía por ella.

Molly aminora la marcha para caminar a mi lado. Mueve las manos para hablar por señas, pero están mal. Olivia la corrige y ella se vuelve de nuevo hacia mí.

«Estoy contenta», signa, y luego se toma unos segundos para ver qué decir a continuación. «Has salido de la cárcel».

Y así, sin más, se me acelera el pulso y quiero irme a casa.

«Olivia siempre lloraba por ti», añade cuando mi hermana no mira.

Trago saliva para suavizar el nudo en la garganta que amenaza con estrangularme, aspiro profundamente el humo y me aseguro de soplar el veneno en dirección contraria a la de la niña.

—Papá me ha estado enseñando un poco. Me esforzaré más.

—Lo estás haciendo muy bien —la felicita Olivia—. Yo tardé mucho en aprender, pero lo hice gracias a papá y Malachi.

Me mira y sonríe. Recuerdo que, cuando era pequeña, escribía las palabras y se las signaba. Papá se lo explicaba, pero ella siempre venía a mi cuarto a pedirme que le echara una mano para practicar más cosas.

Le enseñé a decir mi nombre y el suyo.

Es una pena que nunca tuviera la oportunidad de enseñarme a decir el mío tal y como habíamos planeado cuando teníamos dieciocho y diecinueve años.

Yo aprendí a pronunciar el suyo en mi celda. E incluso entonces, se me daba fatal.

—¿Te enseñó papá? —quiere saber Molly—. ¿La lengua de signos?

¿Por qué esta chica me provoca ansiedad? Se me acelera el corazón y me siento mal de repente.

Me tiembla la mandíbula y miro fijamente la entrada del centro comercial, con los dientes apretados, no porque me esté molestando o porque no pare de hablar. No. Es que me ha pillado desprevenido porque no ha dicho «mi padre». Lo ha dicho de una manera que sugiere que Jamieson sigue siendo el mío, a pesar de todo lo que he hecho. Significa que Molly aún considera que soy su hijo y me ve como su hermano.

Trago saliva y miro hacia otro lado, sintiendo una intensa presión en el pecho. Como si intentara aplastarme el alma y recordarme que soy una cáscara vacía e inútil.

Cuando me detuvieron, acepté que volvía a estar solo. Mis padres biológicos me abandonaron y arruiné mi relación con los Vize porque me enamoré de su hija. Hasta que Olivia volvió conmigo, la única persona con la que podía hablar era conmigo mismo. Mi voz interior es una capulla y se cree graciosa un minuto y suicida al siguiente; por eso, lo mejor es ignorarla y concentrarme en Olivia y esta niña que sigue hablando.

Cruzamos la calle y nos dirigimos hacia el centro comercial. Estoy contando las horas que faltan para que podamos irnos a casa y olvidarme de este día.

—¿Puedo quedarme a dormir en vuestra casa una noche? —me pregunta Molly, y me tiembla el ojo derecho—. Nuestra hermana dijo que podríamos ver películas y que me enseñarías tu araña. ¿De qué especie es? ¿Pica? ¿Hacen ruido las arañas? ¿Te ha picado alguna vez?

Joooder.

—Olivia —digo, señalando a la hiperactiva adolescente, rogándole en silencio que se haga cargo antes de que yo finja tener un aneurisma y me desmaye de una puta vez. Está al teléfono, dejando que lidie con esta maldita niña y su incesante voz.

Los ojos de Molly se abren de par en par.

—¡Dios mío! ¡Acabas de decir su nombre! ¿Puedes decir el mío? Es más fácil que el de Olivia. Moll-yy. ¡Se pronuncia con fluidez! ¿Me estás escuchando?

Me quiero morir.

Mientras Olivia sigue hablando por teléfono con Abigail, creo, cambio a Molly de mi izquierda a mi derecha cuando me doy cuenta de que camina por el borde de la acera. Es algo automático que siempre hago con Olivia. Por alguna razón, me incomoda que Molly esté tan cerca de la carretera. Podría venir un coche dando bandazos y hacerle daño.

Tiro el cigarrillo y abro la puerta de cristal, dejando que Molly y Olivia entren primero. Olivia me coge de la mano y se me destensan

un poco los hombros.

—Sé amable. Por favor. Se está esforzando mucho y tú no le estás haciendo ni caso —susurra—. Por favor. Se moría de ganas de conocerte.

Asiento y resoplo. No tiene sentido que intente entablar ningún tipo de relación con la chica; me odiará cuando sea lo bastante mayor para entender todo lo que ha pasado con la familia y por qué me han echado de la familia Vize. Y el hecho de que me follo a Olivia a menudo y de que técnicamente está mal.

La mirada de Molly baja hasta nuestras manos entrelazadas e intenta reprimir una sonrisa.

¿Sabe que estoy con nuestra hermana?

—¡Oh, es esta! —Olivia nos lleva hacia una tienda llena de vestidos y zapatos, y suspiro por dentro cuando las dos chillan de emoción.

Este va a ser el peor día de mi vida.

21

OLIVIA

Abro los ojos al oír cómo crujen las tablas del suelo.

Es temprano, el sol empieza a salir e ilumina el cielo, los pájaros cantan y una pequeña llovizna golpea la ventana.

Pero cuando me incorporo, veo a Malachi de pie en medio de la habitación, dándome la espalda. Los tatuajes de serpientes, palomas y espinas cubiertas de telarañas me devuelven la mirada.

No hace señas con las manos ni murmura palabras como las otras veces que me he despertado viéndolo así, sino que se balancea ligeramente de un lado a otro, con las manos entrelazadas, y está tan sudado que tiene el pelo mojado a la altura de la nuca.

Aparto las sábanas y me acerco a él, apoyando la mano en su espalda.

—¿Malachi?

Tiene los ojos abiertos, clavados en la pared, y no me reconoce.

Me muerdo el labio y echo un vistazo a la habitación. Ha estado tomando sus medicinas y duerme mucho. Papá me contó que, de niño, cuando a Malachi se le privaba de sueño, su salud mental empeoraba, pero no se está dando esa situación.

¿Qué lo está causando ahora?

—¿Quieres volver a la cama?

Aunque está callado y apenas parece lúcido cuando sus ojos me encuentran, baja la cabeza para asentir con suavidad, con la respiración agitada. Le cojo la mano y lucho con sus dedos para aflojarlos y entrelazarlos con los míos mientras lo guío de vuelta a la cama, y él se mueve despacio.

Me abraza, me arropa, hunde la nariz en mi nuca e inhala el olor al champú de fresa que desprende mi pelo. Su cuerpo se relaja y sus siguientes palabras me apuñalan en el corazón.

—Lo siento —susurra tembloroso—. No va a parar.

—¿Qué es lo que no va a parar? —le pregunto tras unos largos segundos, pero ya se ha dormido.

Sin embargo, yo no puedo hacerlo. Mi mente va a mil por hora, atascada en los mensajes que tengo en el móvil y que aún no he borrado. Me llegaron mientras estaba visitando a Anna y a sus bebés. Es Xander, amenazándome como siempre. Diciéndome que no tengo ni idea de cómo es su padre y de lo lejos que llegaría para que me casara con su hijo.

Lo ignoré. Luego llegó otro mensaje que decía que en el contrato que firmé había una cláusula que estipulaba que tengo que comunicarme con él.

Gracias, mamá. Muchas gracias.

No responderé. No puedo ni quiero hacerle eso a Malachi. Hice una promesa cuando volví con él y la voy a cumplir.

Es un secreto que debo guardar el mayor tiempo posible… Acabará por enterarse, pero ya me enfrentaré a ello cuando llegue el momento.

Decírselo ahora mismo sería perjudicial para el estado mental en el que se encuentra. Se lo diré. De verdad, lo haré, pero no en este momento. Lo tengo todo bajo control, y cuando vaya a la reunión, sea cuando sea, me negaré en redondo, los mandaré a todos a tomar por culo, incluso a mi madre, y presentaré mi dimisión.

No tengo ninguna necesidad de trabajar con mi madre. Puedo buscar trabajo en otro sitio y ser feliz de verdad, y no que me mande como si fuera su maldita esclava.

Quizá le pregunte a Malachi si Molly puede vivir con nosotros. Cuando me libere de mis obligaciones, mamá intentará reemplazarme por mi hermana, y eso es algo a lo que me niego. Sé que a Malachi le cae bien; no frunce el ceño con ella como hace con todos los demás, aunque no le ha dirigido la palabra ni le ha hablado por señas ni una sola vez. Pero sí que la escucha: prestó atención a cada una de las palabras que salieron de sus labios mientras

comprábamos vestidos, aunque se tratara de los dramas del instituto.

Ni siquiera echa el humo de su cigarrillo cerca de ella, aunque a mí siempre me lo suelta en la cara, ya sea para molestarme o para hacer que me corra para él.

En el fondo, la tolera, lo que significa algo. Quizá Molly sea la hermana pequeña que no pude ser yo al crecer. Cuando llegó a la familia Vize, Malachi necesitaba un hermano y, en lugar de eso, se fue por un camino oscuro y se enamoró de alguien prisionera del futuro que habían planificado para ella.

Por fin se me cierran los ojos y, unas horas más tarde, me despierto con la alarma del móvil recordándome que tengo que levantarme para ir a trabajar.

Me incorporo rápidamente al sentir la cama vacía a mi lado. Al hacerlo, veo a Malachi tumbado en el suelo y me da un vuelco el corazón. En pánico, corro hacia él, pero me detengo al darme cuenta de que está boca arriba, con la araña en la mano y sumido en sus pensamientos.

—¿Has dormido? —le pregunto.

Su barbilla baja en un sí silencioso mientras el monstruo de ocho patas se desliza de su mano a su pecho.

Me estremezco por dentro.

Se mueve, levanta el brazo por encima de la cabeza y se apoya en él mientras deja el otro junto a su costado; ni siquiera intenta detener a la araña que se arrastra por su pecho, y mi cuerpo se pone rígido cuando se detiene en su hombro.

—¿Ya has pensado cómo vas a llamarlo?

La comisura de su labio se alza.

«Es una hembra. Pensé que era un macho, pero me di cuenta cuando mudó la piel y la examiné», signa, colocando a su mascota sobre su pecho.

—¿Cómo lo sabes?

—Por las espermatecas —explica en voz alta.

Para ser una palabra complicada, Malachi la pronuncia con sorprendente claridad.

Sin embargo, siendo honesta, no tengo ni idea de lo que está hablando.

Cuando era joven, investigaba mucho; es como un genio en cuanto a criaturas de ocho patas se trata.

—Te gustan las arañas —afirmo lo evidente—. A mí me dan escalofríos.

Se ríe en silencio.

«Las tarántulas de rodillas rojas son dóciles. No supone ningún riesgo para ti. ¿Quieres ponerle nombre?».

—Pónselo tú.

Inclina la cabeza, observando al animal como si tuviera pinta de llamarse de alguna manera en concreto. Se encoge de hombros y vuelve a mirarme.

—Cordelia.

—Me gusta.

Aunque tengo que ducharme y prepararme para ir a trabajar, me siento a su lado, manteniendo aún suficiente distancia mientras Cordelia se arrastra por encima de su mano lentamente.

Malachi gira la mano a medida que ella se mueve. Siempre he sabido que le encantan las arañas. Le encantan los gatos, los perros, los conejos, los loros y todos los demás animales domésticos, pero las arañas, o más bien las tarántulas, ocupan un lugar especial en su corazón.

Incluso tiene una tatuada en la mano y algunas telarañas en el pecho y en la parte posterior de las pantorrillas que se mezclan con todos los otros diseños que le cubren la piel. La estética me parece preciosa. Trazo con la punta del dedo la tinta de su hombro, bajando por su bíceps, mientras él mantiene la atención en su mascota.

—Cordelia es de la misma especie que Spikey —comento, observándolo—. Entonces, ¿las tarántulas de rodillas rojas son tus favoritas?

Tan solo asiente una vez.

Quiero hacerle muchas preguntas. Sé que tuvo una tarántula de pequeño y que murió. Mamá dijo que cuando lo llevaron al hospital la encontraron muerta en su bolsillo. Le habían arrancado todas las patas y fueron necesarias cuatro enfermeras para quitársela.

Mi lado valiente se asoma y me acerco, extiendo la mano y la acaricio con la punta de los dedos. Malachi me mira inquisitivamente, con una ceja levantada.

Siempre me han dado miedo las arañas; cualquier cosa pequeña y de aspecto monstruoso me produce escalofríos y ganas de salir corriendo en dirección contraria, pero si voy a vivir bajo el mismo techo que ella, tengo que intentar superar ese miedo.

Mi aracnofobia aparece al sentir el pelaje de su cuerpo, y cuando levanta una de sus patas, retiro la mano.

—No puedo —digo, sujetándomela como si la tarántula me hubiera hecho daño.

Él se ríe, medio sonriendo, y la lleva de vuelta al terrario.

«Algún día te gustará», me asegura.

—Cuando esté muerta —replico, aceptando su mano mientras me ayuda a ponerme en pie—. ¿Puedes llevarme al trabajo?

Asiente, me sostiene la cara con las dos manos, me acerca a él y me planta un beso en los labios.

22

Olivia

Por alguna razón, estar en el trabajo me tiene de los nervios.

Abigail ha insistido en que no venga esta semana y me dice que ya entenderé por qué, y Molly me ha estado llamando toda la mañana, pero estoy demasiado ocupada.

Les contestaré a las dos a la hora del descanso. Tengo quince correos electrónicos que responder y mamá necesita que le lleve el café a mediodía.

Mi teléfono suena y el mensaje que aparece en la pantalla hace que me detenga.

Molly
¿Por qué está Malachi fuera de casa?

Adjunta un vídeo. En el clip de cinco segundos, que Molly ha grabado desde la ventana de su habitación, aparece Malachi al otro lado de la calle de la mansión Vize sentado en su moto, fumando.

Abro mi chat con Malachi y le escribo. Ha ignorado todos mis mensajes desde que he venido a trabajar esta mañana. Por alguna razón no me habla, y lo odio.

Molly me ha dicho que estás fuera de la mansión. ¿Va todo bien?

Lo lee, pero no aparecen los tres puntos que me indiquen que está escribiendo una respuesta. Pasan diez minutos y llego a la conclusión de que no va a responder. Intento llamarlo, pero cuelga al segundo timbrazo.

Sacudo la cabeza, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, confusa y aterrorizada, y escribo un último mensaje.

Dime qué te pasa. Si queremos que esto funcione, tenemos que hablar las cosas, Malachi.

Qué hipócrita soy: le oculto secretos y, sin embargo, le exijo que responda a un mensaje de texto y le digo cosas como esas.

Una hora más tarde, la puerta de mi despacho se abre sin que la persona anuncie su llegada, y la sensación de cosquilleo en la nuca se extiende por todo mi cuerpo, mezclándose con la expectación del silencio y los pasos que me arrancan una sonrisa.

Todo iba bien cuando me trajo al trabajo esta mañana. Me besó y se fue a hacer su ejercicio matutino habitual: una carrera por el bosque, boxeo en el garaje y otras rutinas que hace en el patio trasero.

Por alguna razón, no me permite estar allí. Y si salgo, tiene prisa por llevarme al bosque o de vuelta a casa.

Tecleo en el ordenador, fingiendo que no estoy prestando atención y que mi cuerpo no cobra vida al instante y es consciente de que Malachi cierra la puerta tras de sí. Finjo indiferencia, actuando como si no me afectara lo más mínimo: mantengo la vista en la pantalla y muevo los dedos sobre el teclado.

Su silencio siempre suena muy fuerte para mí.

Me encanta.

Mi respiración se acelera cuando se acerca al panel de cristal que me permite ver a todos los demás en la oficina. Están todos en sus mesas, trabajando, sin darse cuenta de que Malachi tira de la cuerda para bajar las persianas, ocultándonos de su posible atención.

Me remuevo en el asiento, sintiendo sus labios sobre mí todavía desde esta mañana, trago saliva y me muerdo el labio.

—¿Has venido a secuestrarme otra vez, hermano mayor?

No me mira mientras se gira y camina hacia mí, hacia mi escritorio, y coge mi abrecartas. Lo gira en la mano unas cuantas veces mientras deambula por el despacho. La energía a nuestro

alrededor cambia cuando rodea mi escritorio hasta situarse a mi espalda.

Justo cuando creo que va a besarme, o a hablar, o a romper la tensión, el frío y afilado filo del abrecartas me presiona la garganta y jadeo.

Me agarra el pelo con la otra mano, me echa la cabeza hacia atrás para que mire al techo y me observa fijamente con una expresión severa.

No intercambiamos ni una palabra; lo único que se oye en la sala son nuestras respiraciones. Quiero preguntarle qué le pasa; incluso cuando está callado, hace más ruido que nadie.

Mi boca se entreabre para preguntarle, pero él aprieta los dientes y me pone en pie de un tirón. La hoja me araña la piel, pero no lo suficiente como para hacerme daño. El escozor persiste cuando me inclina sobre el escritorio de madera, me quita el abrecartas de la garganta y lo clava en el escritorio.

Mis ojos se abren de par en par cuando miro hacia delante: me ha atravesado las mangas, inmovilizándome en el sitio. Se aparta de mí y empieza a desabrocharse el cinturón.

—Dime por qué me lo ocultaste —exige, y escucho el cuero de su cinturón chasqueando al sacarlo de las trabillas de sus pantalones —. Si quieres que me folle esto —dice, dándome una palmada en el coño desde atrás y haciéndome estremecer—, entonces me lo dirás, Olivia.

—¿Decirte qué? —le pregunto, jadeando—. ¿Qué te he ocultado?

Me da unos azotes tan fuertes que me hace temblar de dolor.

—Mason está muerto.

Me muerdo el labio, negándome a hablar.

Me junta las piernas de una patada y me rodea los muslos con el cinturón, apretándolo para mantenerlos cerrados.

—Murió hace casi diez años. —Le tiembla la voz. La emoción se apodera de él—. La misma noche que me detuvieron, se estrelló con su puta moto y murió.

Me estremezco cuando me separa las nalgas y me escupe en el agujero trasero. Tiemblo, esperando un dedo o su pulgar, pero me

quedo rígida cuando siento la cabeza perforada de su pene. No me da tiempo a prepararme antes de que me la meta hasta el fondo.

Clavo las uñas en la madera del escritorio, y me arde el cuerpo por sentirme tan llena de repente. Jadeo y siento dolor cuando me agarra del pelo y saca la polla para volver a metérmela de golpe.

—Está muerto —gruñe, empujando con fuerza una vez más, follándome el culo con tanto odio que mi coño suplica atención.

Lo único que puedo hacer es morderme el labio inferior para evitar que toda la oficina me oiga gemir mientras mi hermano me folla sobre mi escritorio.

Suelto un grito involuntario cuando la saca y empuja con fuerza, golpeando mis caderas contra la mesa. Chasquea la lengua y se inclina aún más sobre mí, lo que hace que se introduzca todavía más en mi interior, y luego coge la regla metálica de mi portalápices.

Me la mete en la boca y me cierra la mandíbula con fuerza.

—Si alguien nos oye —advierte despacio, entrando y saliendo y haciéndome gemir alrededor del metal—, no pararé. Te follaré el culo delante de ellos.

Malachi está un poco obsesionado con el sexo anal; últimamente, mi culo es como su lugar seguro, pero también lo utiliza para castigarme, porque sabe que quiero que me folle el coño. Todo mi cuerpo lo pide a gritos mientras me penetra por el agujero de atrás con tanto ímpetu que tira las cosas de la mesa y hace que el ordenador se sacuda tanto que creo que la pantalla se va a caer al suelo y a romper.

Llaman a la puerta y veo la sombra de alguien al otro lado; sin embargo, Malachi hace caso omiso y sigue follándome, estirándome, golpeándome las caderas contra el escritorio y tirándome del pelo con tanta fuerza que creo que me va a arrancar algunos mechones.

Jadeo, respirando con dificultad, y me lloran los ojos. Si tan solo bajara la mano y me tocara… Siento cada latido, la necesidad me consume y estoy a punto de explotar.

Solo necesito que me acaricie una vez. Se lo suplico en silencio.

—¿Olivia? La puta puerta está cerrada.

Abigail.

Ella sabe cómo…

La puerta se abre después de que ella juegue con el picaporte, haciendo que ambos nos quedemos paralizados.

Al ver que es mi mejor amiga, Malachi no se aparta; se limita a resoplar y a apoyar la frente en mi espalda.

Mientras tanto, Abbi cierra la puerta y solo se da cuenta de que estamos ahí cuando se gira. Abre mucho los ojos y suelta el bolso para tapárselos. Entreabre los dedos para asegurarse de que lo que está viendo es real: yo, inclinada sobre mi escritorio, con un abrecartas clavado en las mangas de mi camisa para mantenerme en mi sitio, con una regla en la boca para amordazarme y la polla de mi hermano en el culo.

Ella tampoco tiene prisa por irse. Se cruza de brazos.

—Tenemos que hablar —dice—. Te agradecería que me prestaras toda tu atención.

Intento moverme, pero Malachi aparta la frente de mi espalda y me sujeta de la nuca. Jadeo cuando saca la polla hasta solo dejar la punta y me la vuelve a meter con tanta fuerza que el escritorio cruje.

—¡Eh! —Abigail coge un bolígrafo y se lo lanza, pero falla—. ¡Deja de follarte a tu hermana! Esto es importante.

Malachi gruñe, apoyando su torso en mi espalda mientras empuja de nuevo, girando la cabeza para no ver a Abigail y atrapando mi lóbulo entre sus dientes, llenándome el culo con cada centímetro de su pene.

Otro bolígrafo vuela hacia Malachi, y esta vez lo golpea en la cabeza.

Le molesta lo suficiente como para detenerse y dirige su mirada cabreada hacia ella.

Escupo la regla.

—¿Qué pasa?

—Los Reznikov vienen mañana por la mañana —anuncia, sin apartar los ojos de Malachi, que sigue sin despegarse de mí—. Iré como apoyo moral, ya que tu madre está como loca con todo este tema.

—¿Cómo sabes que es mañana?

Me mira un poco vacilante. Suelta una risa forzada y sacude la cabeza.

—No lo sé.

Levanto la ceja.

—¿No sabes cómo lo sabes?

—No puedo concentrarme. Por favor, dile que salga de tu culo y se vaya —me pide—. Cualquiera podría entrar y veros. Toda la oficina piensa que sois hermanos.

Malachi no se va a ir. Siento cómo aumenta su rabia. Ya lo interrumpieron una vez, y casi le cuesta la vida a nuestro padre. ¿Quién dice que no le hará daño a Abigail?

A pesar de que mi coño se contrae, desesperado por recibir atención, y de la forma en que mi culo se aferra a la polla de Malachi, libero las mangas del abrecartas e intento ponerme en pie.

Malachi no se mueve.

—¿Puedes irte, por favor? —No sé a quién se lo he dicho, pero ambos se ofenden: Malachi porque me muevo de una forma que significa que tiene que salir de mí; Abigail porque le molesta que él exista.

Malachi se gira para guardarse la polla y mira a Abbi con el ceño fruncido, como si se hubiera colado en su fiesta y le hubiera robado su regalo favorito.

Ella levanta la ceja y saca la cadera.

—Ten cuidado de no darte con la puerta al salir.

La mandíbula de Malachi se tensa y sus ojos se clavan en los de ella.

Lo agarro de la muñeca cuando da un paso adelante.

—Espérame —le digo—. Voy a terminar de escribir un último correo electrónico y nos vemos fuera.

«Esto no ha terminado», signa.

Sonrío porque espero que no sea así.

Abigail levanta la ceja cuando él cierra la puerta tras de sí.

—¿Qué coño ha sido eso?

Suelto un quejido.

—Ha descubierto lo de Mason.

Su rostro se ensombrece.

—Oh.

—Papá no creía que fuera bueno que lo supiera. Incluso cuando estaba en la cárcel, decía que era perjudicial para la salud mental de Malachi y que acabaría por enterarse, pero que aún no era el momento. Han pasado ocho años. Creíamos que el peligro había pasado.

Le brillan los ojos.

—Hayan pasado ocho años o no, era su mejor amigo. Claro que le va a molestar que todos se lo ocultaran. —Se cruza de brazos—. ¿Qué vas a hacer con respecto a la reunión de mañana?

—Negarme y huir.

23

Olivia

Abigail decía la verdad sobre que la reunión con los Reznikov era esta mañana. Nada más despertarme, vi que mamá me había enviado varios mensajes diciéndome que me pusiera guapa y me maquillara. Su chofer me recogió, para consternación de Malachi, que quería llevarme y esperarme fuera hasta que esta acabara. Sigue enfadado por lo de Mason. Está callado, más que de costumbre, pero entiendo que necesite tiempo.

Eso sí, se aseguró de follarme antes de irme.

Ahora estoy sentada en la sala de reuniones, con mi madre y Abigail presentes, y con el semen de mi hermano goteando sobre mis bragas cada vez que toso.

La puerta se abre de golpe y aparece una adolescente hiperactiva.

Molly ayuda a nuestro padre sujetando la puerta y apartando de una patada el bolso de mamá, lo que le hace ganarse una mirada de reproche por su parte, y luego se sienta a mi lado. Acaba de cortarse el pelo y se lo ha teñido con unos reflejos rubios, y tiene las uñas bonitas y pintadas de color rosa después de la manicura que le ha pagado papá.

—¿Has recogido los documentos de los que te hablé? —le pregunta mamá a mi padre, que se limita a asentir, musitando algo entre dientes.

No se llevan bien. Desde la boda —y ahora que mi padre está intentando cancelar todo— discuten todos los días y apenas pasan tiempo juntos. Ella ni siquiera trata de arreglarlo, y él también se ha rendido.

Llevan juntos más de treinta años y es triste ver cómo su relación se echa a perder por mi culpa. Nunca me he sentido tan culpable como en este momento por lo que les está pasando. Si me hubiera casado con Xander como la hija obediente que me criaron para que fuera, esto no sería un problema.

Sin embargo, no puedo.

—¡Por fin he conocido a Malachi! —anuncia Molly, acaparando la atención de todos—. Es más alto en persona.

Mamá me lanza una mirada de odio.

—¿De qué está hablando?

Levanto el hombro.

—No veo cuál es el problema. Es su hermano mayor.

Hace una mueca y vuelve a mirar su teléfono.

Molly me mira, confusa e insegura, pero entonces papá rompe el momento incómodo.

—¿Has practicado algo de la lengua de signos que te enseñé?

—Sí. —El rostro de mi hermana se ilumina con una enorme sonrisa—. Y, papá, no te lo vas a creer, ¡dijo el nombre de Olivia!

Papá me mira, con una pequeña sonrisa casi imperceptible en los labios, aunque oculta una pizca de cautela. No confía en nuestra relación y no puedo culparlo.

Abigail se cruza de brazos y no dice nada. También desconfía de mi nueva relación.

Molly parece ser la única que se alegra de que yo sea feliz.

Mamá da golpecitos impacientes con los dedos en la mesa de la sala de reuniones mientras esperamos a que lleguen los Reznikov.

—Malachi se ha enterado de lo de Mason —informo a papá.

Hunde los hombros.

—Lo sé. Ayer estuvo en el cementerio, cerca de la mansión. Se enteró buscando su nombre en internet y leyó el artículo sobre el accidente.

—¿Cómo lo sabes?

Se da golpecitos en la nariz y me guiña un ojo.

Debe seguir teniendo a los detectives privados tras Malachi.

Pasan diez minutos y lo único que puedo hacer es mirar hacia la puerta mientras todos trabajan.

Papá teclea en su portátil; no le ha dicho ni pío a mamá. Ni siquiera quiere que tengamos esta reunión. Ha estado trabajando con los abogados para encontrar la manera de anular el acuerdo, pero hasta ahora es imposible. Y por alguna estúpida razón, la cláusula de rescisión solo es válida si ambas partes están de acuerdo en no seguir adelante con el matrimonio.

Como Xander está decidido a continuar, estoy jodida.

En cualquier caso, no lo haré.

Abigail se remueve a mi lado, mirando el móvil cada dos segundos, moviendo la rodilla de arriba abajo con anticipación. No debería estar aquí; no trabaja en este edificio y mamá dijo que no pintaba nada en la reunión; no obstante, al parecer, los hermanos Reznikov estaban encantados de que estuviera a pesar de la negativa de sus padres.

Adryx es el que lleva la voz cantante en este asunto: dijo que ella podía estar presente y que nadie podría llevarle la contraria. Es el que mueve los hilos y hace el trabajo sucio detrás de la fortuna y el imperio de los Reznikov, pero no el heredero como algunos podrían suponer. Algo ocurrió dentro de la familia y la futura titularidad pasó a Xander.

La puerta se abre y mis nervios se disparan.

El primero en entrar es el padre de Adryx y Xander, Igor Reznikov, junto a su esposa Angelina. Son bastante mayores, ambos tienen el pelo canoso, pero han envejecido como el buen vino. Angelina me dedica una cálida sonrisa mientras se sienta frente a mí, con su marido al lado.

Adryx es el siguiente: es alto, moreno y su traje entallado demuestra que hace ejercicio. Nos saluda y se sienta junto a mi padre, justo enfrente de Abigail. Él la mira a ella, a nadie más, y mi amiga mantiene la mirada baja, como si ya no quisiera estar aquí.

Xander carraspea en el marco de la puerta. No es más que un gilipollas con un problema de ego que no merece ninguna descripción.

Entrecierro los ojos cuando entra una última persona. Es igual de alto que Adryx, tiene el pelo castaño y no lleva un traje entallado

como los demás, sino unos pantalones de vestir y una camisa blanca con las mangas remangadas para mostrar un reloj caro.

Sin embargo, todos se parecen; sin duda, son de la misma familia.

—Buenas —saluda el último. Cierra la puerta y se sienta.

¿Es… escocés? ¿Y un poco ruso? ¿Es posible?

—Este es mi sobrino Sebastian —lo presenta Igor—. Actuará como mediador durante este periodo hasta que regrese a Rusia para ocuparse de mi padre. Será el encargado de poner en contacto a las familias cuando acabe esta reunión.

Sebastian nos sonríe a todos, cruzándose de brazos y apoyando los codos sobre la mesa. Le rebotan las rodillas, lo noto por el movimiento de su cuerpo. Es casi tan hiperactivo como Molly. Creo que tiene la misma edad que yo.

—Haced como si no estuviera aquí —comenta, metiéndose un chicle en la boca—. Sé que será difícil, teniendo en cuenta que soy el guapo de la familia.

Adryx pone los ojos en blanco.

—Cierra el pico, Base.

—Nop.

Igor golpea la mesa con la mano.

—¿Podemos empezar?

Abigail sigue sin levantar la vista y Molly parece nerviosa. Pregunta si puede irse, así que le indico que vaya a mi despacho y que iré a buscarla cuando acabemos. Sale en silencio.

Xander está callado. Sus ojos están fijos en la pared, sobre mi cabeza.

Parece cabreado. Y nervioso.

Su padre y Adryx son los que hablan.

Hacen arreglos para que yo firme documentos oficiales —certificados de matrimonio— como si no estuviera aquí sentada. Igor se dirige a mí como la mujer de su hijo en múltiples ocasiones, y luego habla por encima de mi madre varias veces cuando ella intenta explicarle que me comportaré y haré lo que acordé hacer.

Cada vez que intento hablar, me ignoran.

Sebastian está dibujando una cara en un trozo de papel, con las piernas todavía rebotando bajo la mesa; sigue haciendo pompas con el chicle.

Aunque está callado, papá está cada vez más furioso. Probablemente está esperando a que terminen para sacarles la carta legal de todo esto. Por algo es un abogado famoso.

Adryx y Xander no dejan de mirar a mi mejor amiga.

Quizá esté poniendo los ojos en blanco o resoplando, o esa cara de pocos amigos de la que le he advertido un millón de veces que le trae problemas.

—Tenemos toda la documentación con nosotros —dice Igor con su acento marcado—. Puede firmar y nos iremos para que nuestros hijos puedan empezar su nueva vida juntos. No hay discusión, señora Vize. Olivia vendrá con nosotros en cuanto firme en la línea de puntos.

Suelto una carcajada.

—Sí, claro.

Mamá aprieta los dientes.

—Olivia —me regaña—. Cállate.

Mi padre sacude la cabeza.

—¿Por qué no hablamos de esto como es debido? He trabajado en muchísimos casos en mi vida, así que tengo experiencia de sobra. Sí, mi hija firmó un acuerdo, pero no el certificado de matrimonio, y las cosas pueden verse alteradas. Ya he detectado muchos problemas en el acuerdo. —Sus ojos se dirigen a Xander—. ¿Qué consigues exactamente casándote con Olivia? Tienes poder y riqueza. Y viendo tus redes sociales, puedes tener a cualquier mujer u hombre que quieras, así que ¿por qué ella?

Xander sonríe.

—Quizá esté enamorado de ella.

Adryx se pellizca el puente de la nariz y su primo resopla.

Abigail carraspea, pero no dice nada.

—No hay ninguna fecha límite específica en el contrato. Olivia puede casarse contigo cuando tengas noventa años, si así lo decide.

—Voy a tener que ponerlo en mi lista negra, señor Vize.

Papá mira a Igor, haciéndole saber en silencio que le importa una mierda si lo saca de quicio. Luego desvía la mirada a Xander.

—Escucha, maldito capullo. No te vas a casar con mi hija. Te vas a levantar, vas a coger a tu hermano, a tu primo y a tus padres y te vas a largar del puto edificio de mi mujer.

Igor chasquea la lengua.

—Eso no es muy generoso por tu parte, Jamieson.

—Por favor —suplica mi madre, agarrando el brazo de mi padre —. Esto lleva meses acordado.

—A mis espaldas y a las de nuestra hija —sisea él, y luego vuelve a mirar a los Reznikov—. Olivia no se va a ir con vosotros. Es mi hija y se quedará a mi lado.

Xander ladea la cabeza.

—Permites que tu hijo se folle a tu hija, así que creo que tu forma de ver las cosas está un poco distorsionada. Si Olivia no viene por su propia voluntad, usaremos la fuerza.

Siento que todo mi cuerpo se derrumba y mi corazón late por última vez.

—¿Eso es una amenaza? —escupo.

—Es una promesa, cariño.

—Fuera. Todos los acuerdos son nulos, y si hace falta, te llevaré a los tribunales por una orden de acoso para mantener a tu familia alejada de la mía —advierte papá.

Igor le dedica a mi madre una mirada llena de odio.

—Hemos cumplido nuestra parte del trato. Volveremos mañana para recoger lo que le pertenece a mi hijo.

Ella asiente.

—Sí, señor.

Papá se inclina hacia delante.

—¿Cumplido qué?

Los Reznikov lo toman como una señal para irse. El chico hiperactivo se levanta primero, abre la puerta a la mujer mayor, me guiña un ojo y desaparece. Adryx mira a Abbi antes de marcharse, y luego salen Xander e Igor, dejándonos a los cuatro sumidos en un incómodo silencio.

—¿Qué coño ha sido eso?

Mamá le frunce el ceño a mi padre.

—No es asunto tuyo, Jamieson.

—¿Qué es lo que ya han cumplido?

—Nada. —Se levanta—. Voy a llevar a Molly a comer fuera. ¿Quieres que te acerque a casa?

Papá aprieta la mandíbula.

—Quiero saberlo todo.

Ella asiente, suspirando.

—Te lo diré de camino.

Papá me coge de la mano y la aprieta.

—Arreglaré esto.

Intento sonreír, pero fracaso. Todos se van. Abigail me dice que me alcanzará más tarde y luego sale a por algo de comer al otro lado de la calle.

El camino hasta mi oficina se me hace eterno. Me siento vacía. Mareada. Asustada. Quiero ver a Malachi. Lo necesito.

Se me ponen los pelos de punta cuando llego a mi despacho y me encuentro a Xander de espaldas a la puerta, mirando por la ventana.

—¿Qué quieres? —le pregunto.

—Cierra la puerta.

—No —respondo, abriéndola aún más en tanto que él se gira para mirarme—. Puedes irte.

—A pesar de montar todo este lío y de discutir con mi padre, eres consciente de lo que supone el contrato que ya has firmado. Para alguien que trabaja en un juzgado, eres bastante estúpida.

—No me voy a casar contigo. Ahora lárgate de mi despacho antes de que llame a seguridad.

Sonríe, me observa durante demasiado tiempo y luego suelta una carcajada.

—Me has juzgado completamente mal, querida Olivia. Nadie me echará del despacho de mi mujer. De hecho, podría sacarte a rastras pataleando y gritando y nadie te ayudaría.

—No soy tu esposa, y nunca lo seré. Tienes que…

—Podría follarte encima de tu mesa y nadie te salvaría.

Hago una pausa y doy un paso atrás.

—Como si fuera a acercarme a ti.

—Ya veremos.

—Ya puedes irte. —Mantengo la voz firme y controlada, aunque me tiembla la mano al apretar el pomo de la puerta.

Y entonces su actitud cambia por completo y cierra las manos en puños a los costados.

—No me lleves la contraria, mocosa. —Me obliga a soltar la puerta, cerrándola con un chasquido—. Pondrás fin a lo tuyo con tu hermano y firmarás el puto certificado de matrimonio.

Lo miro fijamente, negándome a concederle una respuesta o a preguntarle cómo sabe lo de mi relación con Malachi. Si demuestro que estoy asustada, mi miedo alimentará su poder. A los hombres como él les gusta tener el control. Por desgracia, yo tengo mucha práctica en tratar con mi madre, por lo que ya casi nada me afecta.

Sin embargo, en el fondo, el miedo me recorre todo el cuerpo, incluso mientras inclino la barbilla hacia arriba.

—Prefiero morir a ser tu mujer.

—¿Ni siquiera vas a negar que te estás follando a tu propio hermano? —Entrecierra los ojos y se mete las manos en los bolsillos de los pantalones de vestir—. Es repugnante. ¿Sabes lo que dirá la gente de ti cuando se entere? El caso Vize se hizo público, ¿o es que se te ha olvidado? En cuanto Malachi salga de su escondite y la prensa se entere de lo que estáis haciendo, se publicará en todas partes.

Me escuecen los ojos, pero sigo callada. Eso fue hace casi diez años, a la gente no le importará lo que hagamos; probablemente ya se habrán olvidado por completo del caso.

Se acerca más.

—Me pregunto si te suplicará que te quedes cuando inevitablemente termines con él. ¿Usará su voz? ¿Tendrá problemas para pronunciar las palabras? Lo más probable es que mi padre le corte las manos, así que no tendrá forma de comunicarse contigo nunca más. —Me estremezco cuando se aproxima aún más y se inclina para que estemos a la misma altura y pueda mirarme a los ojos—. Pusiste a tu hermano entre rejas y ahora te abres de piernas para él. Eres una zorra.

A pesar de sentir un agujero en el estómago, el pánico aumenta y el corazón me late muy rápido, consigo darle un fuerte bofetón, me río un poco y retrocedo.

—No me extraña que necesites pagar a alguien para que se case contigo, dado que tienes la lengua muy larga. ¿Cuánto le ofreciste a mi madre? ¿Un millón? ¿Dos?

Sonríe y se frota la mejilla.

—Mi padre le pagó once millones. ¿Ahora entiendes por qué tengo que hacer esto?

Se me retuerce el estómago, esta nueva traición me quema por dentro.

—Eres un gilipollas y nadie se entregaría a ti por voluntad propia. Vete o te obligaré a hacerlo.

No es que pueda hacer nada, mide un metro ochenta y es puro músculo. Menos mal que no es su hermano quien me está provocando; está con su primo esperando fuera.

Me fulmina con la mirada y luego vuelve a sonreír.

—A menos que quieras que mi padre envíe a sus hombres a encargarse de tu hermano, deja de resistirte.

Xander me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja mientras yo permanezco quieta como una estatua, preguntándome si darle un rodillazo en los huevos valdrá la pena o solo me traerá problemas.

La puerta se abre. Abigail se detiene en el umbral, con los ojos fijos en mi pelo entre los dedos de Xander. Él se aparta como si le quemara y retrocede unos pasos.

La confusión y un atisbo de algo más se apoderan de la mirada de mi amiga antes de que se dé la vuelta y salga corriendo del despacho.

Xander maldice en voz baja y va tras ella.

Permanezco en silencio, con el corazón latiéndome con fuerza en los oídos, tratando de comprender lo que acaba de ocurrir, y luego me doblo hacia delante, intentando respirar. No tenía ni idea de que había estado aguantando la respiración tanto tiempo. Me arden los ojos y siento mi pulso martilleándome por todo el cuerpo.

Estoy sudando y me siento mareada. Pillo una botella de agua de la mininevera y me bebo la mitad de un trago. Después voy a coger el móvil, pero me detengo.

Debería decírselo a Malachi… Debería advertirle de que Xander no se va a echar atrás y deberíamos trazar un plan… Deberíamos huir. Estoy segura de que esta necesidad de casarse conmigo desaparecerá en cuanto su padre encuentre a otra persona a la que atormentar. Ni siquiera me conocen, soy una extraña para ellos.

No obstante, vuelvo a sentarme y clavo los dedos en el cuero de la silla. Si se lo cuento a mi hermano, no me cabe duda de que se volverá completamente agresivo. Dará caza a Xander y, como su ejército solo está formado por él, Igor solo tendrá que dar una orden y estará muerto en menos de una hora.

Se me revuelve el estómago y me muerdo el labio inferior. Es demasiado peligroso. Malachi no es de los que se sientan a hablar y luego reaccionan. Le metió un bate en la garganta a alguien y le partió las piernas a Parker cuando éramos adolescentes sin pensar en las consecuencias. Atacó a Adam. A papá.

¿Qué le haría a Xander? O, al menos, ¿qué intentaría hacerle?

Xander es ruso, tiene una seguridad estricta a su alrededor, y creo que Adryx iría a por ambos si algo le pasara a su hermanito.

Dios mío.

No puedo arriesgar la vida de Malachi. Tengo que mentirle… otra vez. U omitir información. Pero él sabe que la reunión era hoy…

¿Qué debo hacer? Tiene que recogerme del trabajo dentro de unas horas.

Cojo mi bolso, cierro el despacho y me dirijo a la oficina de mi madre en busca de sus llaves de repuesto. Siempre tiene un coche aquí, por si acaso hay una emergencia.

Ahora mismo, supongo que llegar a casa y empezar a trabajar con mi padre sobre cómo detener todo esto lo es para mí. Solo entonces podré sentarme con Malachi, explicarle las cosas y pensar en cómo arreglarlas. No necesitará reaccionar y herir a la gente.

Todo irá bien.

Le mando un mensaje a papá diciendo que voy de camino a la mansión para que hablemos. En cuanto salgo, la lluvia me empapa

el pelo. Desbloqueo el coche de mamá, pongo el bolso en el asiento del copiloto, cierro la puerta y rodeo el coche por delante para llegar al lado del conductor, intentando sacar el móvil del bolsillo.

Pero en ese momento alguien me tira del pelo, me pone una mano sobre la boca, me levanta sobre mis pies y me arrastra hasta un coche negro, mientras pataleo y grito contra la firme palma.

24

MALACHI

Antes de que me arrestaran, mis amigos y yo siempre nos reuníamos en casa de Mason.

Nos quedábamos en el garaje, drogándonos, jugando a videojuegos, peleando. Era el lugar al que íbamos cuando no estábamos montando en moto o en alguna fiesta.

Recuerdo la primera vez que me invitó: sus padres eran personas amables y cariñosas, y no tenía ni idea de cómo habían acabado teniendo como hijo a alguien como Mason. Ni siquiera le permitían decir palabrotas delante de ellos y, sin embargo, salía a hurtadillas, se drogaba, fumaba hierba y se follaba a chicas en la cocina mientras ellos dormían.

Su madre intentaba preguntarme si quería comer haciéndome señas un poco torpes. Estaban aprendiendo lengua de signos… por mí.

Unos meses después, todos ellos la hablaban con fluidez.

Cuando no estaba obsesionado con mi hermana y su paradero, estaba allí, fingiendo que era normal, que la gente me aguantaba porque querían, no porque tuvieran que hacerlo.

El mismo lugar que ahora está tapiado.

Algunas ventanas están destrozadas, la hierba ha crecido y hay botellas por todo el patio. A pesar de estar en un barrio caro, el lugar parece una ruina.

La casa lleva deshabitada ocho años, aunque sigue siendo propiedad de la familia de Mason, que la dejó atrás para que se pudriera junto con el recuerdo de su hijo.

No me costó mucho encontrarlo. Tan solo tuve que buscar su nombre junto al de la ciudad, y fueron apareciendo ante mí un artículo tras otro. Mason murió la misma noche en que me detuvieron. Lo atropelló un camión a gran velocidad y falleció en el acto.

Desde que mi logopeda me habló sobre tener un amigo, no dejaba de preguntarme qué estaría haciendo. Pensaba que tal vez estaría casado y tendría hijos, que habría ganado esa beca que estaba intentando conseguir o que se habría ido a vivir a Australia y estaría pasándoselo de maravilla con esa gente, haciendo surf y tomando el sol.

Enterarme de su muerte me hizo desear ser insensible, no sentir nada más que el dolor de lo mucho que lo había odiado todos estos años, pensando que me había dejado allí en la cárcel para que me pudriera. Él nunca había venido a visitarme, aunque tampoco es que hubiera accedido a ello. Pero resulta que todo ese tiempo Mason estaba muerto.

Olivia ha tenido muchas oportunidades para contarme lo sucedido; podría haberme dicho, en cualquier momento, que Mason se había ido. Sin embargo, no lo había mencionado. No le había mencionado a ninguno de mis amigos desde que volvió conmigo, pero, joder, sin duda, merecía saberlo.

Cuando fui a su despacho, quise enfrentarme a ella. Quería que tuviera una buena razón para no habérmelo dicho, pero mi ira, la mirada aterrorizada de sus ojos y el tono de su voz me pusieron cachondo. Iba a azotarla sobre su escritorio y acabé con la polla enterrada en su culo.

A pesar de que su castigo era no poder correrse, cuando entró Abigail me salió el tiro por la culata. Habría seguido si Olivia me lo hubiera permitido, me la habría follado allí mismo, delante de todos, para demostrarle lo mucho que me pertenecía.

Abigail tiene suerte de que no le rompiera el cuello y la tirara por la puta ventana.

Me muerdo el labio y vuelvo al coche. El viaje de vuelta dura una hora. Tengo que recoger a Olivia del trabajo dentro de unas horas y estoy planeando llevarla a una cita.

Está desesperada por que tengamos una, así que al final he cedido.

Según Google y los foros en línea, la mayoría de las citas por la noche consisten en ver una película o ir a cenar a un restaurante. Al principio de la relación y de conocer a alguien, hay nervios, mejillas sonrojadas y, la mayoría de las veces, ninguno de los dos se vuelve a ver.

A veces pueden dar lugar a una segunda cita, una tercera e incluso una cuarta, en las que acaban echando un buen polvo y luego uno le hace *ghosting* al otro. O, en raras ocasiones, terminan en una relación, casados, teniendo una familia y todas esas chorradas.

Me dolían los ojos cuando dejé de investigar.

Cuando llego a casa, el sol se está poniendo. Aún faltan unas horas para que recoja a Olivia. Busco velas, las coloco en la mesita de café, pongo cuencos con patatas fritas y salsas varias y me aseguro de meter la botella de vino en una cubitera con hielo.

¿Has visto? Puedo ser romántico cuando no estoy obsesionado con vengarme. Gracias a Google, y después de leer demasiados foros, he tomado notas de cómo hacer esto.

Hago una pausa cuando se me ocurre una idea, sonrío para mis adentros y me dirijo a la habitación que tengo cerrada con llave. Está llena de fotos, grabaciones y pantallas de televisión. Las saqué de mi apartamento mientras Olivia estaba en el trabajo y las instalé aquí, asegurándome de que las cámaras estuvieran en cada ruta que Olivia toma, incluyendo el camino de ida y vuelta del juzgado.

Incluso he pirateado las cámaras de seguridad de la cafetería en la que hace una parada de camino al trabajo.

Reviso los archivos de mi ordenador y veo uno de hace años, de cuando éramos adolescentes y me «enseñaba» a besarla y tocarla. Lo observo todo y negando con la cabeza por lo ridículo y tímido que parezco en tanto que ella me lo explica todo como si yo no la hubiera drogado y le hubiera metido mano.

Por aquel entonces, pensaba que era un tío musculoso lleno de tatuajes; ahora soy más grande, tengo el pelo más largo, llevo dilataciones y estoy cubierto de mucha más tinta. Creo que mi

antiguo yo estaría aterrorizado de en quién me he convertido, ya que sigo igual de colgado por la misma chica, obsesionado hasta el punto de ser peligroso, incluso después de todos estos años.

Entonces era un poco capullo: fingía que no tenía ni idea de lo que hacía a pesar de practicar con ella cuando no estaba consciente. ¿Debería contárselo, o se enfadará porque le mentí sobre lo de que no tenía ni idea de lo que hacía?

Técnicamente, aún no lo hacía y necesitaba que me diera lecciones. Pero meterle los dedos en todos sus agujeros mientras estaba inconsciente y no entender cómo reaccionaba su cuerpo no me enseñó, que digamos.

Aunque seguía mojándose, gimiendo en sueños y sabiendo al puto cielo cuando me chupaba los dedos después de masturbarla y le lamía el coño.

Lo que tenemos de verdad es mucho mejor.

Entro en una carpeta llamada «Halloween» y hago clic en varios vídeos hasta que encuentro uno que sé que le va a encantar.

Me quedo paralizado cuando algo en una de las pantallas llama mi atención. Olivia sale apresuradamente por detrás del juzgado y se detiene junto al coche de nuestra madre. Parece presa del pánico.

Me enderezo, con el ceño fruncido ante su postura y su mirada preocupada.

Entrecierro los ojos. ¿A dónde coño va?

Un coche se detiene a un lado, el conductor salta y la agarra.

Tardo un segundo en darme cuenta de que esto es real y de que un gilipollas está metiendo a mi chica en el vehículo tapándole la boca con la mano. Ella estira las piernas e intenta abofetear a su agresor antes de desaparecer dentro del coche. En ese momento, me pongo en pie y cojo las llaves.

Corro hacia mi coche, sacando mi móvil para ver dónde está. He instalado un rastreador en su teléfono, algo que me preocupaba que descubriera, pero ahora agradezco mi paranoia.

El punto rojo se mueve. Y rápido.

Coloco el móvil en el soporte, aprieto el acelerador y salgo a toda velocidad de la entrada. El vehículo se inclina sobre dos ruedas

por el giro cerrado que hago antes de enderezarlo y acelerar por el camino de tierra.

Joder.

Podría perderla.

Me niego a perderla.

No puedo perderla. No puedo, joder.

Aprieto los dientes mientras sigo el punto, intentando mantener la calma. Me inclino, manteniendo el coche estable, vacío la guantera para sacar mi pequeña caja de herramientas y cojo el destornillador.

No es el que usé con Olivia.

Alguien está intentando arrebatarme a mi chica, y cuanto más rápido alcanzo la señal luminosa de la pantalla —que está girando hacia una carretera, adentrándose en el bosque—, más fuerte siento el latido de mi corazón en los oídos.

No tengo el número de nadie para ponerme en contacto con ellos. La única persona que tengo en mi nuevo teléfono es Olivia. ¿Por qué no tengo el número de mi padre?

La señal se detiene en medio del bosque. Estoy cerca, así que aminoro la marcha hasta que el coche se detiene. Si me oyen o me ven venir, arrancarán y empezará otra persecución. Además, podrían estar haciéndole daño.

Cojo la máscara antigás del asiento trasero, me la pongo y respiro hondo antes de salir del vehículo en silencio, con el destornillador en la mano. Me acerco, y con cada paso que doy siento cómo se me agita la respiración dentro de la máscara.

Me escondo detrás de un árbol cuando veo el coche negro. Siguen dentro, y la ventanilla del conductor está bajada. Oigo gritar a Olivia. El sonido está amortiguado, como si tuviera cinta adhesiva en la boca.

Aprieto la mandíbula, vuelvo a respirar hondo y voy directo hacia el vehículo. El conductor está al teléfono. Olivia está tumbada en el asiento trasero con las muñecas atadas y una cuerda alrededor de la cara, amordazándola.

En cuanto llego al lado de la puerta del conductor, sin vacilar, aprieto el destornillador y se lo clavo en el cuello a ese gilipollas una

y otra vez. La sangre me salpica mientras se ahoga, y cada embestida hace que me caiga más sangre sobre la máscara y recubra el volante y las ventanillas. Me escupe un líquido caliente cuando intenta respirar, jadeando como un animal sacrificado.

Le clavo el destornillador en la yugular, lo saco de golpe y se lo meto en el puto ojo.

Ya está muerto.

La cabeza le cuelga, y lo único que evita que acabe decapitado son la carne y los músculos masacrados que la mantienen sujeta a su cuerpo.

El hijo de puta se merecía algo peor. Debería haberlo llevado a casa y haberlo torturado por pensar que podía llevarse a mi chica.

Lo dejo encorvado sobre el volante mientras la vida se le escapa y empapa de sangre los asientos de cuero y abro de un tirón la puerta trasera para encontrarme a Olivia llorando con las lágrimas cayendo sobre la cuerda, gritando. Tiene una marca roja bajo el ojo.

Ese hijo de puta le ha pegado.

Estoy demasiado enfadado y enloquecido para hablar. No puedo decirle nada que la consuele. Me meto el destornillador en el bolsillo trasero y me acerco a ella. No se pregunta quién soy. Lo sabe. Ya ha visto esta máscara antes, cuando la secuestré y me la follé. Un momento que desearía haber afrontado de otra forma, ahora que sé que podría haberme elegido a mí, pero no puedo retractarme.

La desato y la estrecho entre mis brazos, abrazándola, sin querer soltarla nunca, sintiendo los latidos acelerados de mi corazón por todo mi maldito cuerpo. Sin ella, no tendría sentido respirar una vez más.

Llora sobre mi hombro. Está viva. Está aquí. Está conmigo. No le importa que esté cubierto de sangre: me quita la máscara de la cara, me agarra las mejillas y me besa.

Lo hace con desesperación. Lo noto con cada presión de sus labios contra los míos, como si intentara decirse a sí misma que todo esto es real y que estoy aquí, delante de ella, y que no se la están llevando.

—Oh, Dios —solloza—. Trabaja para la familia Reznikov. Han intentado… han intentado secuestrarme. Lo… lo volverán a intentar.

Sacudo la cabeza, incapaz de hablar o de que me salgan las palabras dada la cantidad de adrenalina que me corre por las venas.

No dejaré que se la lleven.

Ya noto que el carmesí que mancha mi piel empieza a secarse. La sangre de ese gilipollas está por todo el coche. Pruebas de su asesinato. Joder. Acabo de matarlo y no tengo ni un plan. Normalmente hago esto con cuidado. Me aseguro de que no puedan encontrar los cuerpos. Me invento una historia. En el cuarto que tengo cerrado con llave tengo un montón de archivos con diferentes estrategias para borrar a alguien de la faz de la tierra. Pero esto… esto no pinta bien.

—Alguien está viniendo —me avisa Olivia—. Estaba hablando por teléfono con un hombre. No pude oír lo que decía. Tenemos que irnos.

Echo un vistazo a mi coche, oculto tras unos arbustos, y luego al cuerpo en el asiento del conductor.

«Ayúdame a meterlo en el maletero», signo. «Tengo un plan».

—Vale —responde en voz baja, secándose las lágrimas de las mejillas.

Apenas resulta de ayuda. Deja que la cabeza del hombre caiga al suelo mientras yo le sujeto los pies y se encoge de hombros cuando la miro. Luego se aparta, temblorosa, con la sangre del cadáver en las manos, se abraza a sí misma y se tapa la boca.

—Creo que voy a vomitar. —Dicho esto, se da la vuelta y devuelve por todo el suelo.

Meto el cuerpo en el maletero, lo cierro de golpe y voy hacia ella, que sigue encorvada. Le paso el pelo por detrás de las orejas, lo agarro todo con el puño y se lo sujeto hasta que termina de echar la comida.

Se pasa el dorso de la mano por la boca.

—Oh, Dios. ¿Qué vamos a hacer? Nos vamos a meter en muchos problemas y te enviarán de nuevo a la cárcel. Malachi… No puedo perderte otra vez. Prefiero estar muerta que perderte otra vez.

«Nadie va a morir. Tengo un plan». Deslizo el pulgar sobre la marca bajo su ojo y mis fosas nasales se dilatan. «¿Qué te ha

hecho?».

—Conseguí darle un rodillazo en los huevos y me dio un puñetazo.

Aprieto los dientes y observo con furia el maletero, deseando poder devolverlo a la vida para darle una paliza antes de matarlo otra vez.

—Mírame. Estoy bien. —Me acaricia la mejilla y me pasa el pulgar por los labios, cubriéndolos de rojo—. Cuéntame tu plan.

Me detengo frente a la entrada de la mansión Vize, nervioso.

Olivia está a mi lado, cogiéndome la mano con fuerza, frotándome el dorso con el pulgar para asegurarme que todo irá bien. No puedo volver a la cárcel. Y menos por asesinato. Me niego.

La puerta se abre.

Mamá frunce el ceño y su rostro palidece a cada segundo que pasa cuando ve a Olivia y se percata de que ambos estamos cubiertos de sangre.

—Necesitamos ayuda —le dice Olivia—. Alguien ha intentado secuestrarme.

—Oh. ¿Qué ha pasado?

¿Por qué no está más preocupada?

Papá aparece en la puerta, ladeando la cabeza, y se queda quieto cuando se da cuenta del aspecto desastroso de sus dos hijos.

—¿Qué significa esto?

Nuestros dedos se separan y Olivia corre hacia nuestro padre y entierra la cabeza en su pecho mientras solloza y llora sin parar de temblar. A pesar de que él está confuso, la abraza de todos modos y alza la vista hacia mí. Por la manera en la que me está mirando, cree que he hecho algo.

Hundo los hombros cuando Olivia es incapaz de hablar y todo lo que nos queda es silencio más allá del llanto de mi hermana pequeña.

«Necesito que me ayudes».

Mamá se ríe.

—Debes de estar de broma. ¿Por qué tendríamos que ayudarte? —se burla, mirándome con disgusto—. No eres bienvenido aquí. Lárgate de nuestra casa antes de que llame a la policía.

Mi madre intenta cerrarme la puerta en las narices, apartándome de Olivia, pero papá la detiene con su bastón.

Ella me señala con el dedo, poniéndose delante de mí, aunque al que se dirige es a mi padre.

—¡Intentó matarte y ahora ha hecho daño a Olivia! No vamos a darle ni un segundo de nuestro tiempo. Ya no es nuestro hijo. —Entonces me mira, y la manera en que lo hace me quema por dentro —. Fuiste mi mayor error. Deberías haberte quedado en el sistema y haber arruinado a otra familia. O mejor aún, deberías haber muerto con tu madre.

No puedo pegarle. Pero, joder, qué ganas tengo de hacerlo.

—¿Cómo te atreves? —suelta Olivia, alejándose de papá. Vuelve a cogerme la mano, demostrando que está conmigo—. No vuelvas a hablarle así.

—Ya he oído suficiente. —Papá nos mira y luego a mamá—. Déjanos en paz.

—¿Perdona?

Sin embargo, él no responde, solo la observa. Al final, ella me mira con el ceño fruncido y luego resopla y se marcha.

Quiero despedazarla.

Cuando vaya a trabajar mañana, espero que la atropelle un maldito camión y muera lentamente.

—¿Qué ha pasado? —inquiere papá.

—Alguien ha intentado secuestrarme y Malachi lo ha matado. El cadáver del hombre está en el maletero y no sabemos qué hacer.

Papá me observa y yo le devuelvo la mirada sin pestañear, esperando su reprimenda, que llame a la policía o me diga que estoy loco, pero no hace nada de eso.

Se queda callado demasiado tiempo y me pongo nervioso. La mano con la que agarro la de Olivia me suda, rompo el contacto visual y miro al suelo.

—Tendremos que deshacernos del cadáver y destruir cualquier prueba.

Levanto la vista con los ojos muy abiertos.

Olivia se tapa la boca, dejando escapar un sollozo, y se lanza sobre él de nuevo. Lo abraza, dándole las gracias una y otra vez

mientras él le frota la espalda y dirige su mirada hacia mí, pero vuelvo a bajar la cabeza para clavar los ojos en mis botas, que están cubiertas de la sangre del hombre muerto.

No tengo derecho a pedirle ayuda. No la merezco. Está como está por mi culpa. Yo lo ataqué. Lo dejé en coma, le causé daños cerebrales y, en definitiva, le arruiné la vida.

Trago saliva y aprieto las manos.

Quizá mamá tiene razón. Quizá si no me hubieran adoptado, su vida sería mucho más fácil. Si el destino existiera, habría encontrado a Olivia independientemente de la familia que me acogiera, si es que alguna lo hubiera hecho.

—¿Tienes algún sitio donde esconderlo por ahora?

Asiento, pero no levanto la vista.

Me sigue de camino a la granja. Él y Olivia van en su coche mientras ella conduce, y yo llevo el que está lleno de pruebas suficientes como para encerrarme durante el resto de mi vida. Tengo el teléfono del tipo, su cartera y un juego de llaves al azar con un llavero con una foto en la que aparece junto a la que supongo que es su mujer.

No siento ningún remordimiento.

Intentó llevarse lo que me pertenece.

Aparco y doy marcha atrás todo lo que puedo hasta el patio trasero: está oscuro y empieza a llover, pero tengo algunas linternas que podemos usar.

Papá no parece sorprenderse al ver la casa en la que vivimos Olivia y yo, como si ya lo supiera. Olivia lo ayuda a salir del coche y le da su bastón. Luego los tres buscamos una linterna en silencio.

Olivia está a punto de descubrir un gran secreto que le he estado ocultando: que tengo cadáveres enterrados en el patio trasero. Joder, ¿por qué estoy nervioso?

Que papá esté aquí no ayuda. Si cavo en el lugar correcto, puede que no se den cuenta de las otras bolsas para cadáveres. He acumulado más que suficientes para toda una vida, y cuando saco una, papá me observa en silencio.

Mientras Olivia se ducha, saco el cadáver del maletero, lo meto en la bolsa y la envuelvo con cinta adhesiva. Ya ha comenzado el

rigor mortis, así que está un poco rígido y pesa mucho cuando lo llevo al patio y lo dejo caer al suelo.

Papá sigue sin decir nada mientras empiezo a cavar un agujero. No necesita estar aquí conmigo. Podría sentarse dentro, a resguardo de la tormenta, en lugar de quedarse y hacer que haya este incómodo silencio.

La lluvia me empapa, mezclándose con la sangre y haciéndola resbalar por mi cuerpo. Al cabo de veinte minutos, tengo que quitarme la camiseta del calor que tengo; el sudor me cubre la piel, mezclándose con la lluvia. Y, aun así, papá me observa sin decir una palabra.

Es mejor que no hablemos. No nos llevamos bien.

No tendríamos nada que decirnos, aparte de que él me pidiera que dejara a Olivia y yo lo mandara a la mierda.

Mi pala golpea algo duro y suelto un taco al notar el cuerpo que olvidé embolsar. Está putrefacto; lleva escondido en la tierra unos dos meses, así que la mayor parte son huesos.

Me detengo, lo miro fijamente, con los labios fruncidos, y levanto la vista hacia mi padre.

Está observando al asesino de su hijo, al gilipollas maltratador, pero no me juzga ni me echa la bronca.

—No se lo diremos a Olivia, pero este es el último.

Muevo la mandíbula. ¿Quién cojones es él para decirme a quién matar y a quién no? Si alguien se mete en mi camino, se merece acabar enterrado en una fosa improvisada en mi jardín.

A pesar de querer decirle que se meta en sus asuntos, tiro la pala, subo a la superficie y empujo el cuerpo hacia el agujero.

Aunque apenas puede andar sin bastón, papá me ayuda a rellenarlo con tierra. Solo lo hace por mi hermana. No me soporta. Yo soy la razón por la que no puede caminar bien.

—No sé si alguna vez podré perdonarte —me dice—. Pero lo intentaré.

Me estremezco cuando posa su mano en mi hombro. Me da dos palmaditas, la aparta y se da la vuelta.

—Papá —lo llamo, y siento los nervios a flor de piel cuando se detiene.

Me froto el pecho con el puño con más ganas que nunca.

«Lo siento», signo.

—Lo sé, hijo.

Una vez de vuelta en la casa, me paro en medio de la cocina mientras Olivia habla con papá: están discutiendo nuestros próximos pasos y cómo va a protegerla, posiblemente enviándola a un piso franco.

Saco el móvil del bolsillo. La pantalla tiene una grieta en la esquina, pero sigue funcionando. Hay una notificación de un mensaje enviado hace unas horas que me hace fruncir el ceño.

> **Desconocido**
> Igor se reunirá contigo en el lugar acordado exactamente dentro de una hora.

No hay clave de acceso ni escáner de huellas dactilares, así que desbloqueo el teléfono deslizando el pulgar por la pantalla, abro el chat con el número que no está guardado y veo que la conversación es sobre un intercambio con Igor Reznikov por una tarifa de cinco mil dólares por la entrega del «paquete».

Mi padre se pone a mi lado y lee los mensajes también.

—Hijos de puta —murmura—. ¡Esto se nos ha ido de las manos!

Llamo al número y lo pongo en altavoz para que todos lo oigamos.

—¿Qué ha pasado? Te dije que no llamaras a este número —responde una voz.

La voz de Jennifer Vize.

La mujer que nos crio.

25

Olivia

Ver a Malachi limpiarse la sangre del cuerpo es como un *déjà vu*.

Volvemos a ser adolescentes y acaba de salvarme de Parker.

Con la diferencia de que esta vez lo ha hecho de nuestra propia madre.

Aún puedo oír la respiración ahogada del hombre cuando Malachi le clavó un destornillador en la garganta repetidas veces. Puedo oír el sonido de la sangre salpicando las ventanas, cómo luchaba por mantenerse con vida, a pesar de que la cabeza casi le colgaba.

Aún puedo ver cómo me miró Malachi cuando le quité la máscara: sus ojos estaban vacíos, como los de alguien al borde de desmoronarse por el pánico, pero el lazo que nos une evitó que eso sucediera.

La suciedad y la sangre resbalan por sus músculos, y me pongo de puntillas, presionando mis labios contra los suyos.

—Gracias.

«¿Por qué me das las gracias?», me pregunta, frunciendo el ceño.

—Me has salvado.

Malachi se ríe con ganas, de forma audible, mientras me presiona contra los azulejos de la pared de la ducha. Inclina la cabeza, haciendo que su pelo negro le caiga sobre la frente, con una sonrisa en los labios que no puedo dejar de mirar.

—Soy tu pareja. Tu amante. Tu hermano. Tu todo, Olivia —dice claro como el agua. Luego levanta las manos ligeramente manchadas para signar.

«Pero ninguna palabra puede expresar lo que significas para mí. Si alguien encontrara la forma de acabar contigo, quemaría el mundo antes de asegurarme de que mi alma encontrara la tuya en el más allá».

—Qué poético eres, Malachi. —Le sonrío—. Eres mi novio, no mi hermano.

Entrecierra los ojos y baja las manos hasta mi culo, agarrando ambas nalgas y acortando la distancia entre nosotros. Su cuerpo aprieta el mío contra la pared de azulejos, y su polla se clava en mi vientre.

—Y vamos a dejar de llamarnos hermanos —añado.

Niega con la cabeza, como si le hubiera sugerido que rompiéramos por la forma en que me mira. Se enfada muy fácilmente. Tiene la mecha muy corta.

Para enfadarlo aún más, deslizo las manos por su pecho, le rodeo los hombros con los brazos y le agarro el pelo.

—Dime que soy tu novia. Dime que no eres mi hermano.

Vuelve a sacudir la cabeza, esta vez apretando la mandíbula.

A pesar de la ira en sus ojos, su polla se sacude contra mi ombligo, y me restriego contra ella, necesitando que me toque, que me quite el recuerdo de que alguien ha intentado secuestrarme. Necesito que sustituya la mano que me tapaba la boca con sus labios, que me haga sentir cualquier cosa menos la paranoia y las náuseas que siento.

—Tienes que elegir, Malachi. —Me relamo, arqueando la espalda —. O soy tu hermana, o soy tu novia.

Ya se lo he dicho antes, pero realmente tiene que elegir, porque no podemos ir por ahí etiquetándonos mutuamente como pareja *y* hermanos.

Sus ojos brillan y su mandíbula está tan tensa que creo que se le van a romper los huesos. Desliza la mano hasta mi cuello y me agarra por la garganta.

—Ambas —gruñe, y luego pega su boca a la mía, presionando la zona donde se encuentra mi pulso con el pulgar a medida que su lengua se adentra para encontrar la mía, saboreando el gemido que se me escapa.

—Te necesito. —Rodeo su miembro con la mano, sintiendo cómo crece en mi agarre—. Por favor.

Esto no es lento y romántico. Nunca lo es con Malachi. Me levanta en brazos, haciendo que rodee su cintura con las piernas, me tira del pelo para hacer que incline la cabeza y me besa más profundamente mientras me penetra.

Con fuerza. Rápido. Brusco. Me folla contra la pared, arrancándome gemidos a medida que me besa de forma totalmente opuesta a como me penetra el coño. Arrastra su boca hasta la comisura de mis labios, mi mandíbula y la zona sensible debajo de mi oreja y me pellizca la piel, haciendo que me estremezca y mis paredes se contraigan alrededor de su polla.

—Te quiero —le susurro al oído.

Levanta la cabeza, aún enterrado en mi interior, y gime. Cierra el grifo y me lleva al dormitorio. Sale de mí, me tumba en la cama y apaga la luz; ahora solo la luna que brilla a través de la ventana ilumina su rostro.

—Yo también te quiero —responde con firmeza, como si le costara decir las palabras en vez de hacer señas. Se está esforzando mucho por hacerlo por mí y por sí mismo.

Sonrío cuando se sube encima de mí, separando mis piernas y dejándolas a ambos lados de su cuerpo.

—Pon mis piernas sobre tus hombros —le indico.

Vacila al coger una de ellas, y puedo verlo escrito en toda su cara: no tiene ni idea de lo que está haciendo. Este hombre me ha atado, me ha follado encadenada, me ha follado inconsciente, me ha follado contra la pared y a cuatro patas, incluso sobre el cuerpo de nuestro padre moribundo, ¿y esto es lo que le cuesta?

Ni siquiera es por la posición. Hay algo más ahí. Todo su cuerpo se tensa.

—¿No lo habías hecho así antes? —le pregunto.

Aparta la vista, pero lo obligo a mirarme a los ojos agarrándole la mandíbula.

—Oye, habla conmigo.

«Eres la única persona con la que he follado, ¿recuerdas?», signa enfadado. Sus ojos reflejan su ira.

Cierro la boca.

—Lo siento.

Todo queda en silencio por un segundo antes de que me agarre la pierna con más fuerza y trague hondo.

«Enséñame».

No quiero que se sienta avergonzado. Se ruboriza y se cierne sobre mí.

Asiento ligeramente, mordiéndome el labio inferior, y levanto la otra pierna, apoyando ambas sobre sus hombros.

—Rodéalas con los brazos y sujeta mis muslos con las manos contrarias.

Malachi hace lo que le digo con timidez. Sus dedos se clavan en mi piel y su polla se sacude contra mi entrada. Bajo la mano entre mis piernas y la sujeto, moviendo el puño arriba y abajo mientras froto su glande empapado de semen contra mí.

Su pecho sube y baja y aprieta el agarre en mis muslos, sobre todo cuando lo coloco justo donde quiere estar.

A pesar de que estoy desesperada por sentirlo, como si no hubiera estado dentro de mí hace unos minutos, quiero que se tome su tiempo. Quiero que esté cómodo.

Sé cómo es. Estará dándole vueltas a todo, pensando en cómo esta es, obviamente, una posición que he hecho antes. Y me odio. Odio que no sea el único hombre con el que he estado, que no haya luchado más por él.

Con sinceridad, creo que soy la única persona a la que Malachi ha deseado de manera sexual, y eso me hace sentir especial.

—Empuja tus caderas hacia adelante —indico—. Despacio.

Jadeo cuando introduce la cabeza de su polla en mí y sus *piercings* rozan mi coño mojado. En esta posición, cada centímetro que se adentra en mi interior se siente más profundo que en cualquier otra. Estoy abierta para él mientras me la mete entera y se queda quieto. Cierra los ojos y gime.

Ni siquiera se ha puesto un condón. He intentado decírselo, teniendo en cuenta la opinión de ambos en cuanto a tener hijos. Empiezo a odiar la idea de que nunca seré madre, pero nunca le

obligaría a algo así cuando él no quiere. Nunca. Él es más importante para mí que cualquier otra cosa en el mundo.

Arqueo la espalda a medida que me penetra más deprisa, sintiendo un calor arremolinándose en la parte baja de mi espalda mientras él se chupa el labio inferior, con los ojos puestos en cómo entra y sale de mí.

—Joder —gime—. Joder, Olivia.

Cierro las manos en puños en torno a las sábanas a medida que él penetra con más fuerza. Mi gemido probablemente despertaría a los muertos incluso en kilómetros a la redonda, y el cabecero de la cama golpea la pared.

Me suelta las piernas y cubre mi cuerpo con el suyo para besarme. Me agarra del pelo y tira de él con fuerza, devorándome los labios y gimiendo y gruñendo en mi boca.

Empiezo a poner los ojos en blanco cuando encuentra el punto que me hace ver las estrellas y todo mi cuerpo se tensa. Lo rodeo con los brazos y clavo los talones en su culo para sentirlo más profundo.

—Sigue —suplico, mordiéndole el labio y soltándolo con brusquedad—. S-sigue.

Malachi hunde la cabeza en mi hombro y deja escapar un profundo gemido cuando mi orgasmo hace que mis paredes internas se contraigan alrededor del grosor de su polla. Todo mi cuerpo se tensa y araño la piel de su espalda mientras tiemblo debajo de él.

Hace una pausa y su polla palpita dentro de mí, llenándome con cada gota de su semen hasta que ambos nos quedamos sin aliento.

De repente se me humedecen los ojos. Al cabo de unos instantes, se levanta sobre los brazos para mirarme y parpadeo, negándome a pensar en las últimas doce horas.

Me agarra de la mandíbula para impedir que aparte la mirada y acerca su cara a la mía.

—Deja de llorar —me pide, susurrando las palabras contra mis labios en tanto que ambos seguimos jadeando por nuestros orgasmos.

Me recorre un dolor profundo por la traición. Siempre he sabido que mi madre no es una buena persona, pero hacer lo que ha

hecho…

No puedo describir lo que siento de verdad.

Papá llamó a su chofer para que lo recogiera y lo llevara directo a casa. Iba a confrontar a nuestra madre y poner fin a todo esto. Ella ha sido la que ha movido los hilos para que se produzca este matrimonio concertado desde el principio.

Primero, acepta millones de la familia de Xander por mi mano; luego, se pelea conmigo cuando le ruego que no me obligue a hacerlo, y después, planifica que me secuestren y me lleven con la familia Reznikov para que me usen, abusen de mí y me casen con un imbécil que hará de mi vida un infierno.

La odio.

Ya me he cansado de esa mujer.

Papá está desesperado por escondernos. Quiere que huyamos. Que nos alejemos hasta que se solucione todo. Malachi se niega en rotundo a hacerlo. Quiere luchar por mí. Pude verlo en sus ojos. Nunca se va a marchar. Va a quedarse y a pelear por mi libertad con todo su ser, y eso me aterra.

Malachi me besa las mejillas.

—Por favor. Deja de llorar.

Asiento y suspiro mientras él deja caer su cabeza sobre mi pecho y me abraza.

Cuando por fin nos incorporamos, Malachi recuesta la espalda en el cabecero y observa cómo me paso los dedos por el pelo. Le dirijo una mirada inquisitiva al notar que no hace otra cosa que observarme fijamente.

—¿Qué?

«No sé si te lo he dicho alguna vez, pero eres preciosa».

Siento que el rubor se extiende por mis mejillas y baja hasta mi pecho, e intento ocultar mi sonrisa ansiosa. No sé por qué eso ha hecho que me derrita por dentro y me ha dejado hecha un manojo de nervios. Malachi siempre ha sido expresivo conmigo, pero que alguien como él me diga que soy preciosa es algo que me gustaría haber grabado para verlo una y otra vez.

Me acerco y él me gira para quedar encima de mí, me coge la cara y baja la suya hasta la mía. Sus labios se presionan sobre la

punta de mi nariz, mi frente, cada uno de mis ojos para enjugar las lágrimas, y luego me besa en la boca.

Por alguna razón, me siento segura. Sé que todo saldrá bien.

Los problemas de salud mental de Malachi y el hecho de que yo sea el objetivo de la familia Reznikov solo son piedras en nuestro camino. Lo ayudaré a adaptarse a su nueva vida y él me ayudará a hacer lo mismo con la mía. Estaremos bien porque nos amamos con locura.

—Tú eres… mía —dice, trabándose con las palabras.

—Y tú eres mío.

«No sé cómo vencerlos», signa, con las fosas nasales dilatadas, enfadado por sus propias palabras. «Soy un solo hombre. Pero lucharé. Por ti, haría cualquier cosa».

—Lucharemos contra ellos juntos. No importa lo peligroso que sea. —Inclino la cabeza, esbozando una leve sonrisa—. Moriría por ti, ¿lo sabes?

Frunce el ceño.

«No dejaría que murieras por nadie. Ni siquiera por mí».

Envueltos en los brazos del otro, nos tumbamos abrazados. Él hunde la cabeza en mi hombro y yo le acaricio el pelo de la nuca con los dedos, sintiendo su peso sobre mí cuando empieza a quedarse dormido.

Entonces se sobresalta y se incorpora, mirando por encima del hombro al oír pasos. Se vuelve hacia mí y se lleva un dedo a los labios antes de levantarse de la cama y coger su bate.

Dios mío. Por favor, dime que no han venido a por mí.

—¿Olivia? —me llama nuestro padre, y dejo caer los hombros de alivio.

El cuerpo de Malachi se relaja y tira el bate al suelo. Se pasa las manos por el pelo y sacude la cabeza al oír una segunda voz.

—¿Están en casa? —oigo preguntar a Molly—. ¿Puedo ver a la araña?

26

MALACHI

Si Molly sigue intentando abrir el terrario de Cordelia, puede que tenga que ponerle un candado y establecer algunos límites. Está en mi habitación, tocando todas mis cosas mientras me hace demasiadas preguntas a las que no respondo.

Olivia está sentada en la cama en la que acabo de follármela, intentando no reírse de la cara que pongo cuando la chica golpea el cristal con el puño y me pide permiso para poder tocarla.

Miro fijamente a Olivia, rogándole en silencio que me ayude.

—Está dormida —le dice—. Quizá Malachi pueda enseñártela cuando esté despierta.

Por supuesto que no, joder.

Molly sonríe.

—¡Vale! Voy a preguntarle a papá cuándo vamos a pedir *pizza*. —Y sale corriendo de la habitación.

¿Pedir *pizza*? ¿A mi maldita casa?

¿Qué es esto?

Olivia me abraza por detrás.

—Creo que estás empezando a cogerle cariño.

Gruño y aparto sus brazos, poniéndola delante de mí. Todavía tiene las mejillas sonrojadas y los ojos rojos, hinchados y vidriosos por el orgasmo. Me sorprende que Molly no le haya preguntado por qué llora, porque es evidente. Creo que la adolescente estaba más interesada en ver a mi mascota que en otra cosa.

—Pareces preocupado —comenta.

Aprieto los labios y sacudo la cabeza, acomodando algunos mechones de pelo detrás de sus orejas.

«Vamos», signo. «Antes de que rompa algo».

Olivia se alisa la ropa para asegurarse de que papá no se dé cuenta de que acabamos de follar, luego me besa la mejilla y toma la delantera. Le miro el culo como solía hacer cuando era adolescente. Esta vez, me inclino hacia delante y se lo agarro, lo que hace que suelte un grito y me quite la mano de un manotazo.

Papá está sentado en la mesa del comedor, con la cabeza entre las manos, y Molly está escribiendo en su teléfono y mascando chicle. Hace una burbuja, la explota y sigue contándole a nuestro padre que mañana va a ir al centro comercial con unas amigas.

—¿Cuál es el plan?

—Tu madre se ha ido —informa papá.

Olivia frunce el ceño.

—¿Se ha ido…? ¿Te refieres a que se ha marchado de casa?

—Le he pedido que lo haga. Ya no será un problema. He enviado algunos documentos a los Reznikov para informarles de que presentaremos cargos por acoso e intento de secuestro si siguen provocándome. Mientras tanto —nos mira—, vosotros dos os vais.

—¿Cómo que «Os vais»? —responde Olivia, y yo me siento, abriendo las piernas y cruzándome de brazos. No tiene sentido que opine. Querrá que se vaya para protegerla, no tiene nada que ver conmigo.

—Ni Malachi ni tú estáis seguros aquí. Voy a sacaros de la ciudad sin que Igor se entere.

—¿Y qué pasa con Molly y contigo?

Molly hace explotar otra burbuja y levanta la vista de su teléfono. Probablemente ella también quiera saberlo.

Antes de que papá pueda responder, llaman a la puerta tres veces.

Me pongo en pie al instante y miro a Olivia para decirle que se quede donde está mientras me dirijo a la entrada.

Abro la puerta de golpe y miro con el ceño fruncido al tipo que he visto merodeando alrededor de Adryx y Xander. Alza las cejas y me sonríe como si fuéramos mejores amigos.

—Tú debes de ser Malachi. ¿Puedo llamarte Kai? —Extiende la mano, pero alguien lo agarra de la muñeca y tira de él hacia atrás.

—No hay tiempo para estas tonterías. Si mi padre se entera de que estamos aquí, soy hombre muerto.

Adryx Reznikov está de pie junto a Abigail, y ambos me miran fijamente.

—Malachi, este es Sebastian, el idiota de mi primo que acaba de matar a uno de los aliados más cercanos de mi padre y la razón principal por la que está de tan mal humor como para enviar a unas cuarenta personas a por Olivia —vuelve a hablar—. Les ha ordenado que os maten a todos en cuanto os vean.

Parpadeo, sin apartar la vista de ellos, dudando si debería intentar matarlos y cuestionándome si estoy colocado o no, porque ¿por qué un escocés ruso está en la puerta de mi casa con el hermano del hombre que intenta robarme a mi chica? ¿Y por qué coño está Abigail aquí?

—Así que tenéis que marcharos todos —resume Abigail, empujándome y dirigiéndose directamente a Olivia—. Igor ha mandado a sus hombres que vengan para aquí. Ahora mismo. Tenéis que marcharos. Hay un sitio al que podéis ir.

Adryx ocupa toda la puerta al entrar, con su primo a rastras. Este último esboza una sonrisa bobalicona mientras intenta defenderse.

Olivia frunce el ceño y me mira. Papá sujeta a Molly; no se fía de ellos, como yo.

—No pueden pillarnos aquí —dice Adryx, sacando su teléfono y yendo hasta mi padre—. Id a este lugar. Mi padre no sabe que existe y no se le ocurrirá ir allí a buscaros. Que la niña también vaya con vosotros. Os matarán a todos y se llevarán a Olivia.

«No confío en ellos», le comento a mi padre.

—No importa si confías en mí o no. Si no te vas en los próximos veinte minutos, estás muerto.

Sebastian se cruza de brazos con el ceño fruncido.

—¿Cómo sabes lo que ha dicho?

—Conozco la lengua de signos. —Adryx le envía la ubicación a mi padre sin mirar a su primo. Cuando levanta la vista y lo ve frunciendo el ceño, confundido, suspira—. Una persona cercana a mí es sorda. ¿Tengo que darte más explicaciones, o podemos irnos de

una puta vez antes de que los hombres de mi padre asalten este lugar y nos encuentren conspirando contra él?

—No hay nadie sordo en nuestra familia. Y tampoco tienes amigos.

—Cállate, Base.

Este cierra la boca y pone los ojos en blanco.

—Esto es demasiado dramático para un martes. —Me observa con los ojos entrecerrados—. ¿Así que de verdad no sabes hablar? —inquiere, y me imagino cortándolo en pedazos… lentamente—. ¿O prefieres ser mudo y misterioso para atraer a tu hermanita?

Adryx lo empuja.

—Yo tendría cuidado de hablarle así. Es más de los que actúan antes de pensar. —Sus ojos se desvían momentáneamente hacia mi padre: debe de saber lo que le hice y por qué le cuesta caminar.

De nuevo, siento una punzada de culpabilidad. Nunca me había sentido mal por ello. Me hizo estallar y reaccionar como lo hice. Si no me hubiera odiado durante todo el tiempo que pasé en casa de los Vize, no habría perdido la cabeza y lo habría atacado.

O eso creo.

Adryx se aclara la garganta, llamando mi atención.

«Me disculpo por los malos modales de mi primo», signa. «Es un capullo».

Creo que este tío me cae bien, pero odio a Base: es como un cachorrito loco que no para quieto. No dejan de venirme a la cabeza imágenes de mí tirándolo por un acantilado, y puede que tenga que hacerlo.

—Creo que podría con él —comenta Base como un tonto. Entrecierro los ojos, retándolo a que lo intente—. Creo que pelearía conmigo si intentara follarme a su chica.

—Es mi puta hija —espeta papá.

—Por favor, ignóralo —le pide Adryx—. Han puesto micrófonos en vuestros coches. Tenéis que coger el mío, y haremos que mi chofer nos recoja al final del bosque.

—Yo voy con ellos —añade Abigail, enganchando su brazo al de Olivia.

—Y una mierda —replica Adryx—. Si hace falta, te sacaré de aquí a rastras, pateando y gritando.

«¿Por qué nos ayudas?».

Se encoge de hombros.

—Odio a mi padre, y está utilizando a mi hermano pequeño para obtener poder. Quiero acabar con él y con su imperio. No tienes ni idea de lo que es ser un niño Reznikov. Somos intocables, pero a un precio.

Base silba.

—Como he dicho, dramático. ¿Podemos irnos? Creo que Kai podría matarme si permanezco más tiempo cerca de él.

Me visualizo matando a este gilipollas, cortándolo en pedacitos y dándoselos de comer a un perro salvaje. Su boca me molesta, su acento me da dolor de cabeza y creo que, si sigue mirándome con esa cara de pánfilo, podría darle una hostia.

El hermano mayor de los Reznikov se vuelve hacia mí.

«Si no confías en mí, confía en que no haré nada que ponga en riesgo que mi chica pierda a su mejor amiga». Olivia y yo miramos a Abigail. «Matarán a la niña también. Mantenla a salvo. Son animales».

Nadie se acercará a Molly. Sobre mi puto cadáver. Es un incordio, pero es mi hermana pequeña.

Revisa su teléfono y hace una mueca.

—Tenéis catorce minutos.

Adryx le dedica una mirada autoritaria a Abigail hasta que ella resopla y se va con él, y Sebastian me sonríe mientras salen por la puerta trasera.

Olivia se tapa la boca.

—Oh, Dios.

Papá se mete el móvil en el bolsillo y coge su bastón.

—Mi chofer no llegará a tiempo. Molly, coge tu mochila. No tienes tiempo de hacer la maleta.

Me muerdo el labio, decidiendo si ir con ellos o quedarme y luchar. Nunca he sido de los que se acobardan ante una amenaza y no soy de los que huyen. Ni siquiera lo hice de los agentes cuando vinieron a detenerme.

—Tú vienes con nosotros. —Olivia coge mi mano y la aprieta con fuerza—. No me iré sin ti. Como dijiste, él tiene un ejército y tú eres un solo hombre. Es un suicidio, y te necesito. Todos te necesitamos.

Papá da un paso adelante.

—No hay discusión posible, Malachi. Muévete.

Por una vez, no quiero pegar a mi padre ni mandarlo a la mierda. La mirada preocupada en sus ojos significa que teme por mí. Lo cual es una locura y resulta confuso porque debería odiarme más que nada.

Molly me está mirando. Tiene los ojos vidriosos y parece aterrorizada. Una parte de mí, quizá la faceta de hermano mayor que todavía tengo, lo que más desea es mantenerla a salvo. Es mi hermana pequeña y mi trabajo es protegerla. No fui capaz de ser el hermano que Olivia necesitaba. No voy a hacerlo por segunda vez.

Mis fosas nasales se dilatan ante la idea de que alguien haga daño a alguna de mis hermanas.

Tampoco puedo dejar a Cordelia aquí. ¿Qué coño hago?

Cuando cedo, voy primero a la puerta principal para comprobar si la zona sigue despejada y es segura para que corramos hacia el bosque.

En cuanto la abro, siento un dolor en la cabeza: alguien me ha golpeado con un palo de metal y me ha estampado contra el marco. Luego, me dan una patada en el pecho y salgo despedido hacia atrás, sin aliento.

—¡Malachi! —chilla Olivia mientras intento levantarme. Alguien me agarra del pelo cuando me pongo de rodillas, pero le doy con el codo en la cara para que me suelte.

Me pongo en pie y retrocedo hasta la cocina, donde Molly y Olivia se esconden detrás de papá en tanto que un montón de hombres trajeados y con máscaras blancas entran en aluvión en la casa.

Algunos llevan pistolas; otros, navajas, y el resto, bates, palos y otras armas.

Joder.

—Cogedla —oigo decir a alguien con acento ruso—. Matad al resto.

—¡Corre! —le grito a Olivia.

Se oye un disparo y veo a mi padre caer.

Es el único aviso que tengo antes de coger a Molly y echar a correr. Le dispararán, y me niego a dejar que nadie haga daño a esta adolescente hiperactiva. Llora mientras tiro de ella hacia el lavabo, aparto la lavadora para abrir la pequeña escotilla y la empujo dentro.

«Quédate aquí», le digo por señas, pero su mirada perdida me indica que no tiene ni idea de lo que le he dicho.

—Quédate —pronuncio con dificultad, y ella asiente.

Cuando me doy la vuelta, alguien me agarra por el cuello y un puño se hunde en mi costado. Arde. El alarido ahogado que suelto me hace mirar hacia abajo y veo una cuchilla clavada en mi costado.

Aprieto los dientes a pesar del tormento infernal que me atraviesa en la zona en la que está inserto el metal, agarro al imbécil por los hombros y le doy un cabezazo en la nariz, rompiéndosela al instante. Suelta un gemido lastimoso, acallado por mi cabeza, que vuelve a chocar contra la suya, tirándolo al suelo.

Me agarro el costado, sintiendo el líquido caliente filtrándose a través de mi ropa, y arranco la hoja, encorvándome por el dolor. Joder. Es como recibir un golpe de fuego que se esparce por todo mi cuerpo y se me entrecorta la respiración. Cierro los ojos, agarro la hoja y le corto la garganta.

Lo dejo allí para que se desangre. Luego, arrastro la lavadora de nuevo delante de la escotilla para mantener oculta a Molly y después voy al salón a buscar a Olivia.

Me quedo inmóvil cuando los veo a ella y a papá de rodillas con las pistolas apuntándoles a la cabeza. A papá le sale sangre de la pierna y la nariz, pero Olivia no parece herida. Nadie le ha hecho daño.

Molly está a salvo. Nadie la encontrará donde está. Al menos he conseguido mantener a salvo a una de mis hermanas.

Igor Reznikov se ríe entre dientes, se saca el palillo de la boca y lo tira.

—Mátalo.

Lo primero que oigo son los gritos de Olivia y luego el sonido de un disparo justo delante de mí. Un segundo golpe de dolor en el pecho me hace retroceder. A pesar de que me pitan los oídos al instante, oigo a Olivia gritar más fuerte, aunque es como si estuviera cada vez más lejos.

Intento incorporarme para llegar hasta ella, pero vuelvo a caer.

—Déjalos. Ya tenemos lo que hemos venido a buscar.

—¡Hijo de puta!

Suena un segundo disparo; sin embargo, soy incapaz de moverme mientras miro al techo. Se está transformando en diferentes formas, como un caleidoscopio.

Arriba. Tienes que levantarte.

Mi padre me agarra la cara y me presiona el pecho con la palma de la mano. Me quema, como si me hubieran golpeado con un puño de fuego.

—No, no, no. Por favor, hijo. Por favor, abre los ojos. ¡Malachi!

Alguien me suplica que me quede… y entonces se escucha otra voz más suave. Más joven. No es Molly. Es un recuerdo.

Detrás de mi mirada, entre imágenes que van y vienen, veo a Olivia sonriéndome y levantando siete dedos con su vestido de princesa.

La imagen se distorsiona y me empujan en un columpio.

«¿Quieres que vayamos a por un helado ahora?», oigo mientras el mundo se oscurece a mi alrededor.

«Eres un niño muy bueno, Malachi», dice la oscuridad, y esas palabras resuenan y se desvanecen en la distancia antes de que mi mente enmudezca.

27

Olivia

El papel pintado se arruga en una esquina. Deslizo las yemas de los dedos sobre él, rasgándolo un poco mientras sigo caminando a lo largo del dormitorio en el que llevo atrapada tres semanas.

Doy vueltas y vueltas. Una y otra vez. Como un coche de carreras de juguete en una de esas pistas básicas que les regalan a los niños en Navidad. Así soy yo. Con un pie delante del otro y mis dedos guiándome hacia donde tengo que ir. Tengo los ojos cerrados. No voy a chocar con nada: aquí solo hay una cama y un pequeño cuarto de baño sin ventana por la que pueda escapar.

Un paso. Dos pasos. Tres pasos. Cuatro.

Si me concentro en mi respiración y en el sonido de mis pies sobre la alfombra, puedo inventarme una canción. Un tambor imaginario, un bajo y una voz que canta mezclada con una guitarra, que en realidad es alguien usando un taladro cerca de la mansión.

Mansión.

No es una mansión en absoluto. Es una prisión. Mi prisión. Un viejo manicomio que los Reznikov compraron hace casi cien años que ha sido reformado y convertido en una lujosa fortaleza con demasiada seguridad en la que se organizan fiestas sin parar. Un hogar que heredarán muchas generaciones.

Necesitan un heredero; Igor lo exige. Xander odia la idea de estar cerca de mí, a pesar de la guerra que causó para traerme aquí, y Adryx ha desaparecido. Lo atraparon ayudándonos y ahora él y su primo se han escondido. Así que puedo asegurar que hasta ahora Igor no ha conseguido nada con su plan después de secuestrarme y disparar a mi padre y a mi hermano.

Papá recibió un balazo en la pierna y, mientras me arrastraban por el pelo, le dieron otro a Malachi. Ya sangraba abundantemente por el costado, pero debe de estar vivo.

No puede estar muerto. Lo sabría. Igor o Xander se regodearían en mi cara de haberlo asesinado; lo celebrarían con una fiesta.

Malachi está vivo. Me niego a creer lo contrario.

Solo sé lo de Adryx porque Xander llama a su hermano desterrado al final del día, cuando cree que estoy inconsciente. Creen que no soy consciente de que, después de la primera noche, echan pastillas en el vaso de agua que me dan antes de dormir.

Finjo que me lo bebo. Hay una parte de la alfombra bajo la cama que está empapada de agua mezclada con droga. La primera noche, Igor obligó a Xander a entrar en la habitación y la cerró con llave; le advirtió que hiciera su trabajo mientras yo luchaba por mantenerme despierta, y estoy segura de que me dijo que respirara y dejara de entrar en pánico, que estaba a salvo.

Me balanceé, me caí de culo y me desperté a la mañana siguiente.

No me sentí violada. No me había tocado.

Volvieron a amenazar a Xander porque no tenían pruebas de que lo hubiera hecho, y mi madre sugirió a Igor que mandara a alguien con su hijo como testigo, que yo acabaría cediendo bajo la presión, pero Xander se negó.

Es una sucia traidora.

Espero que muera. Espero que Malachi la mate y que papá lo perdone por ello.

Aunque también odio a Xander, cuanto más tiempo estoy aquí, más me doy cuenta de que es como es por su entorno y de que solo intenta complacer a su padre: se controla mucho, odia la idea de que lo obliguen a estar conmigo y se pasa mucho tiempo mirándose en el espejo del baño con cara de cansancio.

Podrá hacerse cargo de Industrias Reznikov si encuentra una esposa y hace que ella dé a luz al primer nieto. Su recompensa. Lo único en lo que cree que debe concentrarse.

Lleva años fracasando y, por alguna razón, a Adryx no se le dio una segunda oportunidad, así que Igor pagó millones a mi madre

porque se enteró de que solía vender a su hija.

Mis dedos se detienen en la pared e inclino la cabeza para escuchar. Hay voces. Sonidos. Música. Risas. Nunca sé si es real. No distingo las palabras, como si estuviera atrapada en el sótano o en el desván, lejos de la vida.

Xander celebra muchas fiestas. Una noche, cuando estaba aburrida, vi que pasaba una foto tras otra mientras estaba sentado en la cama a mi lado. Es un mujeriego, eso es obvio, pero Abigail es un punto débil para él. Hace unos días le pregunté si podía verla y se puso pálido como un difunto y apenas pudo articular palabra antes de gritarme que dejara de comportarme como si fuéramos amigos.

Solo viene aquí para dormir o para gritarme que camine hacia el altar, ya que sigo negándome. Cuando lo hago, me dice que le estoy complicando la vida y me deja aquí, sola, con las únicas voces de mi cabeza y de las paredes que me mantienen cuerda.

No me casaré con él. Sigo manteniéndome firme en mi postura. Igor ha intentado chantajearme: si no me caso con su hijo y combinamos nuestra riqueza y poder, le hará daño a mi madre. Cuando se dio cuenta de que eso no iba a funcionar —porque que se joda mi madre—, dijo que si alguna vez encontraba a mi padre, me obligaría a presenciar su asesinato.

Gracias a eso averigüé que mi padre también se está escondiendo. Quizá con Malachi.

El padre de Xander es un hombre poderoso. Tiene sentido que mi padre y Malachi se oculten. ¿Estará Molly con ellos? Porque mamá está aquí, en la mansión…

Podrían estar trazando un plan para salvarme. Y tal vez Malachi necesite más tiempo para recuperarse. Solo han pasado tres semanas.

Me aterroriza Igor. Siempre me ha dado miedo Xander, pero su padre es un monstruo comparado con él.

Me dio una bofetada y ordenó a su hijo que me llevara a su dormitorio y se ocupara de su futura esposa. He estado aquí desde entonces, entre estas cuatro paredes con el papel pintado

desconchado, sin una ventana para ver qué hora del día es, y la única vez que como es cuando una ancianita me trae la comida.

Vuelvo a pararme en seco cuando se abre la puerta, rogando en mi fuero interno al mundo que no sea Igor. Hace poco le dijo a Xander que si no consigue hacer su cometido, lo hará él mismo.

Cuando llegué aquí, solía saltar y ponerme a la defensiva. Me refugiaba en un rincón mientras Xander absorbía toda la buena energía de la habitación y la contaminaba con su presencia hasta que me di cuenta de que él no era el verdadero enemigo. A ver, sí lo era, y aún lo es, pero no es lo mismo ahora que sé que lo están obligando a hacer lo que hace. Como a mí cuando era pequeña.

Miro por encima del hombro y veo a Reznikov pasándose las manos por el pelo. Echo un vistazo a su lado para ver el pasillo y la ventana que hay al final me indica que es de noche.

Xander suspira, cierra la puerta con llave, se quita la corbata y la tira sobre la cama que nos ha tocado compartir.

Bajo los hombros y me relajo. No me escondo ni le suplico que me deje ir como la primera semana; simplemente giro la cabeza y sigo caminando por el extremo de la habitación, recorriendo con los dedos el papel pintado.

Él dice algo, pero lo ignoro. Cuento mis pasos y tarareo para mis adentros mientras me concentro en el tacto del papel pintado.

—¿Ya te ha roto mi padre?

Me quedo paralizada y deslizo la mirada hacia él. Aunque permanezco en silencio, la ira me recorre y probablemente se refleje en mi expresión.

—Bien. Estar enfadada significa que aún puedes sentir, que no estás completamente vacía. Quiere que asistamos a un acto benéfico este fin de semana —me informa, desabrochándose los botones de la camisa—. Seguro que echas de menos estar fuera de esta habitación. ¿Vendrás conmigo y te portarás bien? Se supone que te vas a casar conmigo, así que no podemos permitir que andes causando problemas en público.

Aprieto los dientes.

—No me voy a casar contigo.

Se pellizca el puente de la nariz.

—Hacer esto más difícil no nos hace ningún favor a ninguno de los dos. —Luego se quita el cinturón y lo deja caer al suelo—. Estás hecha una mierda. Ve a ducharte y a lavarte el pelo.

Como no me muevo, da un paso hacia mí.

—A no ser que quieras que te arrastre hasta allí y lo haga yo mismo. Aún tenemos muchas cosas que explorar en nuestra nueva relación.

—No tenemos ninguna relación y no vas a tocarme. Ambos lo sabemos.

Me mira con la mandíbula tensa.

—Mi padre ya dijo que te permitiría salir de la habitación y explorar la mansión, siempre y cuando aceptaras el trato.

Levanto una ceja sin depilar.

—No voy a casarme contigo. No voy a acostarme contigo ni a dar a luz a tu heredero. No voy a acercarme a ti, amenace a quien amenace tu padre. Acepta un no por respuesta, Xander.

A pesar de que las amenazas de Igor me ponen la piel de gallina, las de Xander no me afectan para nada, dado que llevo aquí semanas y ni siquiera ha intentado tocarme.

Lo cual sigue sorprendiéndome. Fue muy claro sobre lo que quería de mí antes de que me secuestraran. Aún recuerdo cómo me dolía la garganta de tanto gritar cuando la bala se incrustó en el pecho de Malachi. Tuvieron que dejarme inconsciente en el patio para callarme y evitar que luchara contra ellos. Y a pesar de que pataleé, grité y supliqué, me desperté aquí y aquí estoy desde entonces.

Xander se aproxima, me coge un mechón de pelo y lo frota entre los dedos. Ahora suele oler a coco, por el champú que Igor me obliga a usar, que es el mismo que el de su mujer.

Si se acerca más, le doy una patada en los huevos.

Tres fuertes golpes interrumpen lo que fuera que fuese a hacer.

Xander resopla.

—¿Qué? —espeta, apretando los dientes y mirándome fijamente mientras espera una respuesta.

Cuando no recibe ninguna, me suelta el pelo, se dirige a la puerta y la abre de un tirón. Al otro lado se encuentra uno de los

hombres de su padre —vestido de negro— de pie con los labios apretados.

—¿Qué?

—Entiendo que es tarde, señor, pero tenemos un posible avistamiento de la señorita Hempill.

Frunzo el ceño.

—¿Abigail?

—Cállate —me suelta Xander, y luego se vuelve hacia el hombre —. ¿Y Adryx?

—No. Solo ella. ¿Quiere que la traigamos?

—No, iré yo —dice en tanto que corre a coger su chaqueta y se la pone—. No quiero que nadie se acerque a ella sin mi permiso. Y asegúrate de que Olivia se queda en esta habitación.

El guardia asiente, y entonces la puerta se cierra en mis narices, dejándome sola entre estas cuatro paredes una vez más, preguntándome por qué Xander está intentando buscar a mi mejor amiga y por qué estaba pálido como un muerto otra vez.

28

Olivia

Atravieso la entrada principal de la fiesta a la que me obligan a asistir con el vestido arrastrándose por el suelo. Se escuchan violines y otros instrumentos y una voz cantarina resuena en el aire. Xander me retiene a su lado y luego tira de mí entre la multitud para encontrar a sus padres y a sus amigos.

Me duele la cabeza. Llevo así desde que me han escoltado fuera el dormitorio hasta un vestidor donde me esperaba un vestido rojo. Me queda grande. Tiene un broche en el pecho para sujetar la tela porque el estilista no quería decirle a Igor que he adelgazado demasiado como para que me quede bien.

Igor me ha advertido que mantenga la cabeza gacha durante toda la fiesta, pero como no tengo otra cosa que hacer, a veces la levanto y miro a mi alrededor, a la caza de caras conocidas, posiblemente alguien con el pelo negro, tatuajes y un bate en la mano. Saltaría entre la multitud y golpearía a todo el mundo en la cabeza, me echaría sobre su hombro y me sacaría de esta pesadilla.

Sin embargo, la realidad es que no reconozco ni a una sola persona.

Igor y Xander hablan en ruso y luego se ríen. Me llevan a una mesa y me estremezco cuando Xander me pone la mano en el muslo, me lo agarra y me aprieta más cuando intento quitármela de encima.

—¿Ya se está portando bien? —pregunta Igor—. ¿O tenemos que tomar medidas más duras?

—Está en ello. Sigue órdenes y sabe arrodillarse cuando se lo ordenan.

Trago saliva al escuchar sus palabras. ¿Por qué miente a su padre?

Igor suelta un sonido de aprobación.

—¿Y todavía no te la has follado?

—No. Como he dicho, estamos en ello.

—Eso es un problema. Pero, aun así, necesitamos que se case contigo.

Si hubiera una ventana cerca, me tiraría por ella. ¿Qué podría ser peor que esto? Nada. Nada es peor que esta situación.

—Tal vez debería ser yo quien la embarazara con un heredero. Podrías fingir que el niño es tuyo —ofrece Igor, y se me hiela hasta la última gota de sangre.

—No hace falta —replica Xander—. Soy capaz de hacerlo yo solo.

Igor murmulla con desaprobación. Luego vuelve a hablar en ruso. No sé lo que están diciendo, pero Xander me sujeta el muslo con suavidad y luego retira la mano para mirar discretamente su móvil.

Su padre se va a hablar con otra persona, desviando su atención de nosotros, y siento los labios de Xander contra mi oreja.

—Dime que necesitas ir al baño. Asegúrate de que pueda oírte.

—¿Por qué?

—Confía en mí —susurra.

—No tengo motivos para confiar en ti —siseo.

Pone los ojos en blanco y mira a su padre, que sigue sumido en la conversación.

—Pregúntamelo de una puta vez, a no ser que te guste estar esposada a mi familia.

Mis labios se entreabren mientras busco alguna señal de deshonestidad en su rostro.

Entonces me aclaro la garganta.

—Tengo que mear —digo lo bastante alto para que Igor me oiga.

Él se ríe y me mira.

—Lleva a tu futura mujer al baño, hijo.

Xander asiente y nos abrimos paso entre la multitud, con sus dedos rodeando mi muñeca. Bajamos las escaleras siguiendo las indicaciones de los baños, pero giramos bruscamente a la derecha por un estrecho y frío pasillo.

—¿A dónde vamos? —inquiero con voz temblorosa, dando pasos vacilantes.

—Le prometí a alguien que te sacaría de aquí. —Abre de un tirón una puerta que da al callejón trasero, donde distingo dos sombras que nos esperan—. He cumplido mi promesa —le informa a una de ellas.

Frunzo el ceño. Estoy a punto de preguntarle a qué se refiere cuando me empuja fuera. A los brazos de alguien.

Los brazos de Abigail.

—¡Olivia! —grita, abrazándome con fuerza mientras la puerta se cierra tras de mí. Esconde la cabeza en mi hombro y solloza—. Oh, Dios mío. Estaba tan preocupada… Xan dijo que iba a asegurarse de que estuvieras bien, pero no me lo creí. Siento haber tardado tanto.

Me quedo incrédula. Mi amiga no está aquí, abrazándome, ¿verdad? ¿Estoy soñando? ¿Me han echado droga en la bebida? ¿Es todo una alucinación? Parpadeo varias veces, pero mi mejor amiga sigue abrazándome. Siento su piel cálida contra la mía fría, familiar, y le rodeo la espalda con los brazos para devolverle el abrazo.

A pesar de que sigo sintiendo un peso en el pecho, es más ligero.

No sentiré alivio hasta que esté con ellos. Con mi familia.

—¿Te han hecho daño? —pregunta.

—Me han mantenido encerrada, más que nada —respondo sin llorar cuando me aparto de ella—. Estoy bien.

—Es un reencuentro encantador.

Me giro y me quedo paralizada al ver al primo de Xander. El otro ruso que en realidad no suena ruso. Sebastian Prince está de pie con el pie apoyado en la pared, fumando lo que supongo que es un porro.

—Hola, pequeña Vize. Tienes un aspecto espantoso.

Me froto los brazos para protegerme del frío cortante.

—¿Qué pasa?

Él extiende las manos.

—Xander habló con Adryx para traerte aquí. Mi trabajo es llevarte con tu padre. Esta quería acompañarme. —Señala a Abigail —. Un coche llegará en cualquier momento.

Quiero llorar, pero, aunque se me llenan los ojos de lágrimas, no lo hago. No me sentiré segura hasta que esté en brazos de mi padre o de Malachi.

—¿Malachi está vivo?

—Más o menos.

El corazón me da un vuelco.

—¿Qué significa eso?

—Lo sabrás cuando lo veas. No quiero traumatizarte más. ¿Te ha hecho daño alguno de los miembros de mi querida familia? — inquiere, a pesar de que Abbi ya lo haya hecho, inclinando la cabeza y expulsando el nocivo humo al aire—. Estás mucho más delgada que antes. ¿No te han dado de comer?

Aprieto los dientes y por fin se me escapa una lágrima.

—¿Está bien mi hermano?

Sebastian apaga el porro y expulsa una última nube de humo.

—¿Por qué lo llamas así?

—Responde a la pregunta.

—Es probable que viva. Está en coma.

Me tapo la boca.

—Dios mío.

—Joder, Base, sé un poco más específico. —Abigail sacude la cabeza—. Ya no está en estado crítico.

Sebastian la mira durante un largo segundo y luego vuelve a clavar sus ojos en mí.

—Se le perforó un pulmón cuando lo apuñalaron y le dispararon en el pecho. La bala no le llegó al corazón por cinco centímetros. Sin embargo, perdió mucha sangre y tuvo algunas complicaciones.

Dios mío. Malachi.

Trago saliva.

—¿Y mi padre?

—No se ha separado de Malachi.

Respiro hondo.

—¿Y mi hermana?

—¿Es la que no deja de hablar? Ella está bien. Intentó ponerme una maldita araña en la cara mientras dormía en el sofá. Quise darle una paliza por ello, pero no creo que mi suegro lo hubiera aprobado. —Luego sonríe—. Estoy intentando ser una buena persona para convencerlo de que soy merecedor de su hija.

—Estás casado con otra persona —añade Abbi.

—Eso es irrelevante.

Empiezo a pensar que este tipo encaja bien con la familia Reznikov por lo psicóticos que son todos sus integrantes. Está un poco trastornado, y eso es decir poco.

—¿Entonces mi hermano está en el hospital?

—No, tenemos un piso franco con médicos privados. Y, por favor, deja de referirte a él como hermano. Es como si mi mejor amigo se follara a mi novia.

—¿Son hermanos?

—Mellizos —confirma.

—Malachi y yo no somos parientes de sangre. Solo crecimos juntos.

Alza una ceja.

—¿Lo llamas hermano mientras te folla?

Cierro la boca, cruzando los brazos y mirando a otro lado. Lo oigo fingir una arcada.

Abigail resopla.

—Deja de ponerte dramático —lo regaña—. En realidad no son hermanos, así que no hay nada de malo en que estén juntos.

Es la primera vez que defiende nuestra relación. Quiero abrazarla.

—Bueno, a pesar del rollete que ha escogido para irse a la cama, es un tío guapo.

Me muerdo el labio, molesta. Este tío es insoportable.

—Es mi novio, no un rollete.

—¿Le da a la carne y al pescado?

Me vuelvo para mirarlo, confusa.

—¿Qué?

—Mmm. —Se ríe, pensando para sí mismo, luego echa un vistazo al reloj y resopla al ver que aún no han llegado—. Si no tuviera novia, creo que me lo follaría.

Lo miro con desdén.

Se ríe de nuevo.

—¿Eres celosa? ¿O de verdad tienes miedo de que pueda robarte a tu hermano? —Luego hace una mueca—. Joder, ahora haces que hasta yo lo llame así. Cambia el puto tema.

—Déjala en paz —me defiende Abigail—. Creo que si tú…

La puerta se abre de golpe y aparece Xander, con cara de preocupación.

—Lo saben. Tenemos un topo. Vuelve dentro, Olivia. —Mira a Sebastian—. Dispararon a tu chofer hace cinco minutos. No saben quién está trabajando en la sombra. —Luego dirige su mirada a Abbi —. Sácala de aquí, Base.

Este maldice por lo bajo.

—Lo siento, pequeña Vize —me dice, agarrando a mi amiga.

—¿Por qué no podemos llevárnosla con nosotros ahora? —protesta Abbi.

—Es demasiado arriesgado —le explica Xander—. Irán a por ella y el lugar está plagado de guardias. Marchaos antes de que os pillen.

Abbi me mira con desesperación y se muerde el labio.

—Lo siento.

Salen corriendo del callejón sin echar la vista atrás.

Y ahí se va mi oportunidad de escapar.

—Si ella corre, se detonará. Morirá en medio segundo.

Me quedo quieta y mis ojos se abren de par en par mientras Xander y su padre hablan de insertar un rastreador en mi brazo. El intento de sacarme de la mansión anoche demostró que alguien de dentro no es leal, e Igor se niega a perderme.

Lo cual no tiene sentido. No soy nadie en comparación con todos estos imbéciles.

Aunque es terrible que siga aquí, hoy al menos se me ha hecho más llevadero al saber que Malachi está vivo, que se está curando, y que mi padre, Molly y Abigail están bien. Me he quitado un peso de

encima, pero ese peso sigue asentado en mi pecho, sofocándome con cada respiración porque no estoy allí esperando a que Malachi despierte.

—Acaba de una vez. —Igor cruza los brazos y los tobillos y se apoya en la encimera de la cocina—. Tenemos una reunión en una hora y necesito que tu juguete vuelva a su habitación.

—No me vas a inyectar un maldito rastreador —espeto, tratando de alejarme, pero mi espalda choca contra uno de sus inamovibles guardias—. No huiré —miento.

Xander se pone delante de mí.

—Esto no es discutible, Olivia. Dame el puto brazo.

Miro desesperadamente a nuestro alrededor, pero lo único que veo es a Igor, esperando, observando con atención, y a sus hombres; algunos se ríen para sí mismos mientras las lágrimas empiezan a resbalar por mis mejillas.

—Por favor, no hagas esto.

Xander está montando un espectáculo. No quiere que nadie sepa que fue él quien organizó que fueran a por mí mientras se celebraba la fiesta, ni que Sebastian también estaba allí, a punto de sacarme de allí. Él también podría huir fácilmente. Si realmente tiene algo con Abigail, ¿por qué no se esconde con ella?

La cara que puso mi amiga cuando él irrumpió por la puerta y me ordenó que entrara me indicó que había una historia detrás. Algo está pasando entre ellos. Si fuera lista, huiría en dirección contraria, y desde luego no a los brazos de otro Reznikov como Adryx.

¿En qué está pensando?

—Haz lo que te digo o esto se pondrá feo. Dame. El. Puto. Brazo.

—Espero que cuando Malachi te atrape, te haga sufrir lenta y dolorosamente.

Igor resopla. Aparta a Xander a un lado, me agarra de la muñeca y tira de mí hacia él. Puedo oler su aliento fétido y el humo del cigarro en su ropa; ambos olores me invaden e intento no vomitar mientras le quita a su hijo de la mano algo largo y afilado.

—¿Tan difícil es disciplinarla? —se burla—. Tienes mucho que aprender, muchacho. —Se vuelve hacia mí y ejerce más presión

sobre su agarre hasta que me estremezco de dolor—. Si te retuerces o intentas apartarte, te dolerá mucho más.

Aprieto los dientes y miro hacia otro lado cuando me clava la aguja en la piel despacio, tanto que desgarra la carne y un líquido caliente cae al suelo.

—Listo —anuncia, sonriendo, y empuja la aguja más adentro, cortando el músculo y depositando el rastreador—. Ahora no tienes forma de huir de nosotros.

Quema. Es como si me clavara las uñas en la carne, pero lo disfruto.

Si siento este dolor, aunque sea por unos minutos, puedo ignorar el sufrimiento y el pánico en mi corazón. Porque ahora, nadie puede salvarme.

29

MALACHI

El pitido no para.

Solo se hace más fuerte cuanto más despierto estoy.

Hay voces. Dos. Eso creo. A menos que solo haya una y esté haciendo eco. No puedo concentrarme lo suficiente para averiguarlo.

¿Se ha colado Olivia en mi habitación otra vez y ha olvidado apagar la alarma de su puto teléfono? ¿Por qué sigue sonando? ¿Qué me está diciendo?

Será mejor que vuelva a dormirse. Todavía estoy demasiado cansado para levantarme. No tiene entrenamiento de animadoras hasta después de comer, así que podríamos pasar una mañana tranquila viendo una película. Quizá me deje comerle el coño otra vez como hice hace unas noches.

Parker ya no es un problema, y aunque mamá ahora está empeñada en que Adam sea el pretendiente elegido, pienso llevármela muy lejos de aquí.

—Malachi.

Suena diferente; tal vez ha estado llorando toda la noche y su voz está un poco ronca. ¿Ha tenido otra pesadilla? Es raro que las tenga cuando está conmigo, pero a lo mejor están empeorando. Tendré que investigar un poco para saber cómo evitar que la atormenten.

Siento una pesadez en el pecho y quiero acariciarle el pelo con los dedos. No puedo olerla como de costumbre. Frunzo el ceño mentalmente porque apenas puedo mover la cara.

Luego escucho una segunda voz. Es claramente diferente. Joder. ¿Han entrado nuestros padres y nos han visto juntos en la cama? No

estamos haciendo nada.

¿Se han enterado de que he estado follando con Olivia mientras estaba dormida? ¿Están a punto de arruinarme todo esto? Le dije que no había tocado a una chica antes. Que no había besado a nadie. Que no la había probado.

¿Qué haría ella si supiera que no soy más que un pequeño mentiroso?

Olivia vuelve a decir mi nombre.

Mi cerebro cortocircuita porque ninguna de las voces que me rodean es la suya.

Una es suave y la otra ronca; sin embargo, no puedo concentrarme lo suficiente para reconocer a quién pertenecen.

Intento abrir los ojos y gimo, o trato de hacerlo, porque tengo algo en la garganta. Intento tragar, pero acabo ahogándome, lo que hace que el pitido aumente erráticamente su ritmo. Levanto la mano para sentir lo que tengo en la boca. En ese momento, oigo un grito ahogado y alguien me agarra de la muñeca.

—¡Papá! ¡Llama a la enfermera! ¡Se ha despertado!

Se escucha el ruido de zapatos moviéndose apresurados y siento una mano en la cara, aunque no es suave y gentil como la de mi Olivia. No, es una mano áspera. Grande. Sus dedos me agarran la mejilla y siento un golpecito firme que me hace intentar abrir los ojos, pero estoy jodidamente débil y me duele el cuerpo.

—Vamos, hijo. Vuelve con nosotros. Tienes que despertarte ya. Por favor.

¿Es mi padre? ¿Por qué está aquí, rogándome que me despierte?

Espera.

Espera un momento.

No estoy en casa, en mi cama.

No estoy acostado con Olivia entre mis brazos. Ella no está. No está aquí. Ella… No.

Se la llevaron. La tienen. Me la arrebataron.

Joder, me duele todo. ¿Qué coño ha pasado?

—Debería ir a comer algo, señor. No está del todo despierto —oigo decir a alguien—. Dele un poco de tiempo.

—¿Un poco de tiempo? ¡Mi hijo lleva tres semanas en coma tras recibir un disparo en el pecho! ¿Esta es la primera señal de vida que da y nos dice que salgamos de la habitación?

Hace ocho años, era él quien yacía en una cama de hospital. Yo no estaba junto a él; estaba entre rejas por haberlo mandado allí. Le hice daño y ahora no debería estar aquí conmigo, intentando que me despierte.

Sin embargo, aquí está, con su mano aún en mi cara, negándose a apartarse de mi lado.

¿Me he despertado en un cuerpo diferente? ¿Sabe que soy Malachi?

Todo mi cuerpo se queja mientras intento incorporarme, pero no puedo.

—Vamos, papá.

Intento moverme de nuevo al oír la voz de Molly.

Nada de esto está sucediendo. Estoy en una puta pesadilla. Olivia me está esperando. No se ha ido. No la tienen. Me niego a creerlo.

¿Dónde está? ¿Por qué no está aquí? ¿No lograron salvarla?

Joder. ¿Dónde está mi puta hermana?

Consigo abrir un ojo a duras penas y al instante lo cierro porque la luz me quema y me hace estremecerme de dolor.

Puede que ya esté muerto. Tendría sentido. Siempre supe que iba a ir al infierno, por eso me han metido en una habitación con mi padre y está a punto de empezar a vengarse de mí, aprovechando que mi cuerpo no responde.

—No voy a dejar solo a mi hijo —replica—. No me he separado de él en tres putas semanas y no pienso hacerlo cuando está a punto de despertarse. Tendrá que sacarme a rastras.

—Apenas ha dormido, señor Vize.

—Dormiré cuando mi hijo esté despierto y bien y mi hija esté de vuelta con nosotros.

De vuelta con nosotros.

Olivia realmente no está aquí.

Los ojos me arden detrás de los párpados: soy un puto inútil porque mi chica se ha ido y ni siquiera puedo abrirlos, y mucho

menos intentar salvarla.

Pero entonces todo se queda en silencio, el mundo deja de girar, mi corazón empieza a latir y mis pulmones dejan de estar controlados por una máquina cuando oigo el eco de su grito; veo el horror en mis ojos en el momento en que la arrastran lejos de mí mientras una fuerza me hace caer de espaldas y una sensación de ardor se extiende por mi pecho.

Todo lo que puedo ver es lo asustada que estaba cuando yo estaba paralizado, muerto, sin pestañear, con una puñalada en el costado y una bala en el pecho.

No debería estar aquí.

Tienen a Olivia.

A mi puta hermana.

Un dolor que no puedo describir me oprime aún más el pecho. Abro ambos ojos, mirando directamente a las luces encendidas, y me obligo a incorporarme.

Papá dice algo que no entiendo por el pánico que me invade. Alguien me sujeta por los hombros y me empuja hasta tumbarme de nuevo. Una sensación de frío me sube por el brazo mientras me inyectan algo en una vía conectada a mi brazo.

Aunque hago un esfuerzo por resistirme, dejo de luchar y la última voz que oigo es la de mi padre gritando que traigan a alguien de inmediato.

Abro los ojos lentamente. Me siento desorientado, pero con más control que las últimas veces que he intentado levantarme.

Tengo un nudo en la garganta. Está ahí constantemente, estrangulándome cada vez que oigo voces a mi lado, aunque soy incapaz de avisarles de que estoy despierto.

Pese a que me duele el cuerpo, no puedo moverme. Mis dedos apenas lo hacen mientras cierro los ojos e intento concentrarme.

Molly habla del instituto y papá le explica algo sobre cálculos matemáticos. Creo que está haciendo los deberes.

—La respuesta es catorce —dice alguien con acento ruso.

Abro los ojos. Esta vez me encuentro con una habitación a oscuras, salvo por una lámpara a un lado que ilumina la mesita de la

esquina, donde Molly está escribiendo en un papel con una calculadora delante.

—¿Cómo lo has sabido sin hacer los cálculos? —inquiere.

Mis ojos siguen su mirada hasta la gran figura que hay en la silla de al lado.

El pitido de las máquinas empieza a aumentar al ver a Adryx Reznikov.

Alza la mirada y se encuentra con la mía.

Me incorporo a pesar del dolor que me azota el pecho, y algo tira de mi brazo y me desgarra la piel. Antes de que pueda golpear con mi débil puño al hermano del hombre que intenta casarse con mi chica, papá me agarra, interponiéndose entre nosotros.

—Tranquilízate. Está de nuestro lado, ¿recuerdas? Cálmate, Malachi.

—Es normal reaccionar así. Has pasado por mucho —comenta Adryx, cruzándose de brazos y moviendo las rodillas arriba y abajo —. Y no te preocupes: estás en uno de mis refugios. Nadie nos encontrará.

«¿Olivia?», le pregunto a mi padre por señas.

—Está con mi hermano. No le han hecho daño y estamos planeando cómo sacarla de allí.

Vuelvo a mirar a Adryx.

«La quiero de vuelta ahora».

—Eso no va a pasar —responde, y me entran ganas de rebanarle el cuello con una de las agujas que hay en una bandeja junto a la cama—. Está en uno de los edificios más seguros que tiene mi padre: la mansión Reznikov.

«Ve a buscarla», le ordeno, y las manos me tiemblan cuanto más pienso en que está atrapada allí.

—Se nos ha denegado el acceso. Verás, a Sebastian y a mí nos pillaron interceptando su misión y ahora también estamos escondidos. Principalmente porque mi primo es un puto inútil y tenía tu dirección en el rastreador GPS de su teléfono y mi padre lo encontró. —Se encoge de hombros—. Aunque ya sospechaba que yo estaba actuando en su contra, así que mi querido primo está vivo… por ahora.

Papá me da una palmada en el hombro.

—Nos está ayudando.

Aprieto los dientes.

«¿Por qué?».

—Tengo mis razones —contesta Adryx, sacando una caja de su bolsillo y poniéndose unas gafas antes de coger también su teléfono —. Intentamos sacar a Olivia hace unos días y fracasamos. Ahora lleva un rastreador en el brazo.

Abro los ojos de par en par y me dejo caer en la cama, con todo el cuerpo dolorido por llevar semanas fuera de combate. Estoy empezando a sentir un hormigueo en las piernas, me duelen los dedos de los pies y tengo espasmos en los brazos. Pero nada es comparable con el vuelco que me da el corazón al conocer la situación en la que se encuentra Olivia.

—Tampoco podemos entrar y llevárnosla —me dice papá, pasándose la mano por el pelo. Lo tiene despeinado y su aspecto es desaliñado: tiene la cara cubierta de una barba que no le he visto jamás. Ha pasado tres semanas sin afeitarse, sin apenas dormir y preocupándose.

«¿Por qué?». Hago una seña antes de dejar caer las manos sobre mi regazo.

—Hay un detonador con un sensor de proximidad. Si intenta salir de la mansión, la matará al instante.

Cierro los ojos, siento una presión en los pulmones y mi ritmo cardíaco se acelera. La sensación de hormigueo en las piernas empeora, extendiéndose a los brazos y los dedos, y escondo la cara entre las manos porque no tengo ni idea de qué hacer.

Esto es un mal sueño. Nada de esto es real. Estoy alucinando otra vez. Debo de estarlo. Últimamente no hago más que perder la cabeza, y esto es la prueba de ello. Olivia está intentando despertarme en la cama ahora, o a lo mejor estoy de pie en el bosque, en el salón o en el baño, y estoy en blanco, encerrado en mi mente.

Atrapado en esta puta pesadilla.

Levanto la cabeza, y aunque la habitación me da vueltas y a pesar de lo agotado y jodidamente mareado que estoy, consigo

hacer una pregunta por señas.

«¿Está herida?».

—Está a salvo —contesta Adryx, sin responder realmente a lo que quiero saber—. Lo creas o no, Xander está de nuestro lado. Nuestro padre no es precisamente un hombre al que se le pueda llevar fácilmente la contraria. Tiene a mi hermano atado de pies y manos con sus órdenes y está empeñado en que por fin se casen y tengan a su próximo heredero.

Me entran ganas de vomitar.

«¿Se la ha follado?».

—No. —Sacude la cabeza—. Xander no tiene ningún interés en Olivia, y ella ha dejado perfectamente claro que no tiene ningún interés en él. Es por ti por quien sigue preguntando.

«¿Por qué no puedo arrancarle el rastreador del brazo y salvarla?».

—Porque está unido a su nervio. La matará al instante si trata de quitárselo o huir.

Aprieto la mandíbula, intento ponerme en pie y hago una mueca de dolor. Necesito levantarme. Tengo que actuar. Tengo que salvarla.

—Si Xander no la deja embarazada pronto, lo hará mi padre —añade, para echar más sal a la herida—. Desde que llegó a la mansión, hace tres semanas, ha dejado de tomar la píldora.

—¡De ninguna manera! —exclama papá—. Tenemos que darnos prisa con este plan.

Alterno la mirada entre ambos, esperando que alguno de ellos me explique con más detalle este gran plan que no está en marcha.

—Tenemos respaldo —aclara—. Mi primo conoce a gente que puede ayudarnos. Nos echarán una mano a cambio de que les devolvamos el favor manteniendo a alguien oculto.

Le echa un vistazo a su teléfono y suspira.

—Llegarán por la mañana. Te sugiero que descanses todo lo que puedas porque necesitamos trazar un plan y alejar a Olivia de Igor lo antes posible.

Al día siguiente, me siento un poco más vivo. Apenas podía dormir debido a la preocupación, la ansiedad y los malditos e incómodos pinchazos, así que la enfermera vino y me dio algo para adormecer

el dolor y mis pensamientos; mi padre durmió en la cama supletoria a mi lado y Molly, en la planta de arriba con Abigail.

Qué bien que esta última esté aquí. De puta madre. Una persona más para recordarme por qué no soy lo bastante bueno para Olivia.

Papá dijo que logró escapar cuando atraparon a Base y a Adryx. Golpearon a los guardias y los mataron, pero Igor Reznikov ya los tenía en el punto de mira. Sin embargo, Abigail ya se había ido. El imbécil de Xander tardó una semana en encontrarla y hacer que uno de sus guardias de confianza la trajera a este lugar.

Algo me dice que está aquí contra su voluntad. Está claro que algo está pasando entre ella y los hermanos.

—¿Dónde está la de pelo morado? —pregunta Base mientras los sigo por un estrecho pasillo.

—Está dormida —responde Adryx.

Su primo se ríe.

—Cómo no ibas a saberlo, eh… Me pregunto a qué hermano elegirá.

—Cierra la puta boca. Tu mejor amigo no está aquí para salvarte de que te estrangule.

—Kade defenderá mi honor cuando esté de vuelta en casa.

Papá sacude la cabeza a mi lado, apoyando todo su peso en el bastón. Le dispararon en la pierna; no fue nada extremadamente grave ni peor que lo que yo le hice, pero le cuesta volver a andar.

Entramos en una sala de reuniones. Hay una larga mesa en el centro y una pizarra en la pared, con una única bombilla brillante colgando del techo bajo.

Huelo pintura fresca.

Me concentro en eso a la par que Sebastian señala a la rubia que está a su lado.

—Esta es mi mujer, Luciella.

Ella hace una mueca.

—No soy tu mujer.

Sebastian aprieta el puño y cierra los ojos.

—Nikita es tu mujer —suelta Luciella, apartando la silla de un empujón y poniéndose en pie. Luego se recoloca el gran chal

alrededor del cuerpo—. Me voy a mi habitación.

Sebastian echa la cabeza hacia atrás y murmura algo en ruso, mirando al techo mientras la puerta se cierra tras ella; luego suspira y continúa con su presentación, señalando con la cabeza al hombre mayor que está sentado con los brazos cruzados.

—Este es Tobes. Es un pequeño demonio.

Lo fulmina con la mirada.

—No pongas a prueba mi paciencia.

—Y también un poco susceptible —añade Base—. No le caigo muy bien porque he hecho venir a su hija y a su hijo.

—Una puta palabra más, Sebastian, y te entierro a dos metros bajo tierra.

Papá inclina la cabeza hacia el hombre mayor.

—Deberías estar muerto.

Su interlocutor levanta una ceja.

—Me sorprende que tú no lo estés, Jamieson.

Le dirijo una mirada confusa.

—Fui su abogado hace años —aclara papá.

Base pone los brazos en jarra.

—¿Y no se te ocurrió mencionar antes que conocías a la familia Vize?

El hombre se encoge de hombros.

—No hace falta que te diga una mierda.

Base chasquea la lengua.

—Puta familia.

—No somos familia y nunca lo seremos.

Avanza hacia el siguiente hombre mientras aparto una silla para mi padre. Se le cae el bastón y yo me inclino, ignorando el ardor que siento en el costado y en el pecho. Se lo recojo, haciendo que esté a punto de que se me salten los puntos.

Me da las gracias con cierta torpeza, se aclara la garganta y volvemos a centrarnos en la gente que está con nosotros en la sala.

—Este es Barry. Mi ayudante.

El hombre mayor arquea una ceja.

—No soy su ayudante.

—Técnicamente, eres el ayudante de mi mejor amigo, así que más o menos lo eres.

—Vete a la mierda, Base —le espeta, reclinándose en su silla.

Adryx lo señala.

—Como mi primo no tiene ni idea de cómo presentar a la gente, este es Tobias Mitchell. Pero supongo que ya lo conoces.

Mierda.

Todo el mundo ha oído hablar de él… y de su hijo.

Es un psicópata, probablemente más que yo, y sé que eso es mucho decir. Me sorprende que esté aquí y no buscando a la mujer que en teoría lo metió en la cárcel.

Supongo que tenemos algo en común: arruinaríamos nuestras vidas por la gente que amamos y no nos arrepentiríamos.

«¿Cuál es el plan?».

—Si Olivia no acepta casarse con Xander antes de este fin de semana, mi padre planea llevársela esa noche —informa Adryx.

Siento un tic en la mandíbula.

«¿Con qué objetivo?».

Hace una mueca.

—Quiere un heredero que no sea un cabrón como mi hermano y yo. Le dijo a Xander que fingirían que el niño era suyo.

Me levanto, pero papá me agarra del brazo.

—Dejarse llevar por la rabia no hará que la recuperemos, Malachi. Son gente poderosa, y tenemos que ser inteligentes. Si irrumpes en la mansión, podríamos perderla para siempre.

«¿Esperas que me quede sentado sin hacer nada?».

—En eso te equivocas —interviene Adryx—. Tenemos un plan. Mi padre celebrará una fiesta la próxima semana. Será de máscaras. Obligarán a Olivia a asistir. El rastreador la fuerza a permanecer en la mansión en todo momento —se deja caer en su asiento y suspira —, pero Barry se las está ingeniando para deshabilitar su sistema por completo durante el tiempo suficiente para poder traerla aquí y quitárselo de manera segura.

Me pongo erguido en la silla. ¿Funcionará? ¿Podría recuperarla?

Joder. Me invade un súbito sentimiento de esperanza.

—Xander puede conseguir que dos de nosotros entremos. Aunque tenemos que llevar máscaras para ocultar quiénes somos. Olivia llevará una antigás; es lo que le pidió a Xander que nos dijera. Ayudará a identificarla.

Se me alza la comisura del labio.

Esa es mi chica.

No hace falta que sepa cuál llevará. Ni siquiera necesito verla para saber que está cerca. Voy a ir. También llevaré mi máscara antigás.

—¿Y tú qué sacas de todo esto? —inquiere papá—. Sé que no estás haciendo esto por la bondad de tu corazón o por esa chica que duerme en tu cama.

Adryx sonríe.

—Consigo matar a mi padre.

30

MALACHI

Después de que me limpien los puntos y me revisen las heridas, me doy una ducha y me visto, odiándome por cada segundo de ello.

No debería estar aquí, frente al espejo del baño, observando mi pecho, la cicatriz que está en esa zona y que parece haberse producido por una explosión. No debería estar preguntándome si a Olivia le parecerá fea, o qué pensará de la otra que aparecerá inminentemente en mi costado, o del hecho de que no la protegí.

Puede que no quiera volver a verme. Se suponía que debía mantenerla a salvo.

Parece que siempre fracaso.

Me sorprende que papá y Molly estén a mi lado siquiera. Yo soy la razón por la que Olivia se ha ido.

No la alejé de todo esto cuando tuve la oportunidad. Cuando papá me dijo que corriera, debí haber arrastrado a Olivia hasta mi moto y habérmela llevado a la otra punta del mundo. Eso es exactamente lo que haré cuando la recupere. Haré que Molly y papá se muden también. No estarán seguros aquí y ahora los necesito.

Papá está a mi lado todo el tiempo. En cinco minutos habrá terminado su fisioterapia y me buscará por todo el edificio. Luego me dirá que me tome las pastillas y me vigilará para asegurarse de que no me salto ninguna.

¿Quién iba a pensar que el hombre al que casi mato se convertiría en mi apoyo?

Me detengo frente a uno de los dormitorios de arriba al oír dos voces.

No es que quiera escuchar de qué narices habla Base en su tiempo libre, pero siento curiosidad por saber qué lo motiva. ¿Por qué demonios colabora con nosotros y qué gana con ello? Su abuelo lo obligó a trabajar con sus primos y está… ¿qué? ¿Casado con alguien al mismo tiempo que tiene novia?

Una novia que es la hija de Tobias Mitchell. Este imbécil debe de tener ganas de morir.

Puedo verlos claramente.

Base tiene la cara de la chica entre las manos, le pasa los dedos por debajo de los ojos para limpiarle las lágrimas y le besa suavemente la frente. Ella está enfadada, quizá porque la está consolando alguien que tiene un encefalograma emocional plano.

Espera. ¿Está… está embarazada? Puedo ver su enorme barriga, como si fuera a dar a luz en cualquier momento, aunque tiene la cara delgada.

Por favor, dime que no va a engendrar al hijo de este imbécil.

Entonces él se inclina y presiona su frente contra la tripa, y cuando empieza a hablarle a sus futuros hijos, que al parecer son gemelos, lo tomo como una señal para dejar de mirarlos a través de la puerta entreabierta.

Pienso que, si Olivia quiere uno, algún día ese seré yo. He sido testigo de cómo sonríe cuando tiene un bebé en brazos y de cómo los mira cuando hay alguno cerca. No tengo ni idea de cuándo, cómo o si algún día seré lo bastante bueno para asumir el papel de padre, pero si Olivia quiere una familia, se la daré. Le daría el puto mundo si me lo pidiera.

Le pediré ayuda a mi padre. Él me mantendrá en el camino correcto. Sin embargo, decirle que su hijo quiere embarazar a su hija no parece una conversación que vaya a poder tener pronto con él.

Un día, me verá como la pareja de Olivia o se dará cuenta de que es mía. ¿Elegirá cuál de los dos seguirá siendo su hijo? No podría hacerme a la idea de que ya no sería mi padre.

Me detengo frente a la habitación de Molly, llamo dos veces y empujo la puerta para abrirla. Cuando me asomo, veo que está inclinada sobre una caja de zapatos agujereada.

—Oh, hola. Se ha estado moviendo mucho. Creo que necesita una caja más grande.

«¿Le has dado de comer?».

—Sí. Por favor, no vuelvas a hacerme tocar un gusano.

Me río en silencio mientras me agacho para mirar en la caja. Tengo que comprarle un terrario. Al parecer, mi granja ha quedado completamente destruida. Molly consiguió sacar a mi mascota antes de que las llamas engulleran la construcción.

Así que, técnicamente, me he quedado sin casa.

Papá me ha dicho que puedo quedarme en la suya, puesto que mamá no está.

Está tramitando la demanda de divorcio y le hizo saber que ya no es bienvenida en su vida. Por mi parte, espero que la atropelle un autobús o contraiga una enfermedad mortal.

Molly suspira y se sienta en su cama. Inclino la cabeza hacia ella, preguntándole en silencio qué le pasa.

—Echo de menos a Olivia. Estoy preocupada por ella.

«Lo sé», signo, poniéndome de pie.

Para tener casi quince años, es bastante bajita, mucho más que Olivia. Y parece ser muy reservada, probablemente debido a las experiencias traumáticas que vivió antes de llegar a la familia Vize. Me pregunto qué tan dura habrá sido su historia. Solo algunas personas conocen la mía. No me gusta hablar de ello, pero quizá si le cuento lo que me pasó de niño, se abra y se sienta lo bastante cómoda como para desahogarse y sentirse mejor por tener a alguien cerca capaz de comprenderla.

Estará bien. Me tiene a mí.

—Kai —dice una voz a mi espalda—. Ahí estás.

Voy a matarlo.

Base empuja la puerta y la abre del todo. Tiene el pelo alborotado y el labio inferior hinchado; supongo que esa chica rubia se lo ha estado mordiendo.

—Mi ayudante está a punto de repasar el plan para esta noche. ¿Vienes, Kai?

Está tratando de sacarme de mis casillas. Puede que tenga que empujarlo por una puta ventana y hacer que caiga de cabeza.

Gimo para mis adentros. Necesito contenerme para no golpear a este gilipollas. Me ha estado llamando Kai todo el puto día y puede que al final lo mate.

—Se llama Malachi —replica Molly—. Mi padre ya te ha dicho que dejes de llamarlo así.

Gracias, niña. Puede que ahora seas mi favorita.

Me agacho para echar un vistazo a Cordelia por última vez mientras Molly observa cómo la trato… Siempre presta atención a todo lo que hago. Me imita. Me he pasado toda la mañana sentado con ella enseñándole a hacer algunas señas y cómo cambiar la caja.

No tiene miedo de mi mascota. Al contrario, Cordelia ha mantenido a Molly ocupada estas semanas. Quizá, solo quizá, si salimos de esta, la dejaré dormir en mi casa y la de Olivia.

Enseñarle cosas sobre Cordelia e incluso las señas me hace sentir importante, como si tuviera algún propósito. Y luego está la forma en que me sonríe, como si fuera la mejor persona del mundo. Se emociona al verme como una…

Como una hermana pequeña.

Cuando me encamino hacia la puerta, me llama.

Me doy la vuelta, esperando que hable, pero levanta las manos y piensa durante un largo segundo, asegurándose de hacer los movimientos correctos.

«Me has salvado», signa a la perfección. «Ahora tienes que salvar a mi hermana».

Al llegar a la sala de reuniones, veo que papá está allí. La chica rubia pegada a Base —que ahora sé que se llama Luciella— está comiéndose un sándwich mientras su padre mira a su novio desde el otro lado de la mesa.

En ese momento entra Abigail, seguida por Adryx, que también parece enfadado. ¿Por qué está todo el mundo de mal humor hoy?

Barry se levanta cuando todos están sentados y alza un pequeño dron para que todos lo veamos.

—Necesitamos que esto esté lo más cerca posible de la mansión. A poder ser, de la sala de comunicaciones. Puedo usar un bloqueador de radiación electromagnética para desactivar todo su sistema. Aunque por el momento solo puedo hacerlo durante una

hora, debería ser tiempo suficiente para sacar a Olivia y volver a este edificio para que quite el rastreador. —Levanta lo que parecen granadas—. Estas hacen lo mismo, pero deben lanzarse en el ala norte y oeste de la mansión. Básicamente eliminarán la primera barrera de defensa y que luego pueda usar el dron para infiltrarme.

—La fiesta se celebrará en el ala sur de la mansión —añade Adryx—. Alguien tiene que estar en el centro de la sala y otra persona, en la del billar.

«Iré yo», signo, y Adryx lo repite con palabras.

—Base también irá. Conduce como el culo, pero puede traerte más rápido. Xander distraerá a todos para que podáis escapar sin ser detectados. Yo no puedo ir, mi padre se dará cuenta de que estoy allí a un kilómetro de distancia.

—Te escoltaré. Si alguien te sigue, lo mataré —interviene Tobias. Parece aburrido y harto. Después, mira a Adryx—. Cumple tu parte del trato. Mantén a salvo a mi hija. Sabes mejor que nadie lo importante que es para mí.

Adryx asiente.

—De acuerdo.

—¿A qué se refiere? —curiosea Abbi—. ¿Tienes una hija?

—Por supuesto que no —responde Adryx—. ¿Podemos seguir adelante con este plan? ¿Qué pasará cuando traigamos a Olivia?

Barry entra en detalles sobre la necesidad de llevarla a la enfermería para poder extirparle el rastreador de forma segura, sin dañar sus nervios. Nos avisa que dolerá y que puede administrarle algún analgésico, pero no será posible si la traemos con poco tiempo de maniobra.

Cuando el sistema esté temporalmente desactivado, nadie podrá usar sus radios. Los teléfonos estarán cortados. Las señales, bloqueadas. Y si nos atrapan, tendremos que luchar para salir de la mansión sin que Olivia salga herida.

Tobias acepta ir sin problemas, a pesar de que ahora está libre, después de escapar de prisión y hacerles creer a todos que había muerto. Los medios de comunicación estuvieron informando sobre la noticia durante semanas.

—¿Sabes disparar? —me pregunta Adryx. Niego con la cabeza.

—Yo le enseñaré.

Base debe estar loco si cree que dejaré que me enseñe algo.

—¿Vas a disparar armas aquí y poner una diana sobre nosotros? —se escandaliza Luciella, horrorizada.

—Estamos en medio de la nada, princesa.

Tobias entrecierra los ojos. Tengo la sensación de que odia a este tío, y entiendo perfectamente por qué.

Ella le dedica una mirada asesina y se marcha de nuevo, y Base pone los ojos en blanco.

—Actúa como si me odiara, pero anoche bien que se movía encima de mí.

Tobias salta de su silla y le da un puñetazo en la cara.

31

Malachi

Entrar en la mansión Reznikov ha sido fácil. Llevo la máscara puesta —que por suerte tenía guardada en mi coche— y, por primera vez, visto un traje negro entallado, así que nadie puede reconocerme.

Base lleva una máscara de Batman, porque es idiota.

Tobias también lleva traje y se dirige a la sala de billar con una máscara negra de calavera.

Oigo violines y me dan ganas de poner los ojos en blanco por lo pretenciosa que es esta familia. Son una panda de cretinos que se han hecho ricos y se creen que tienen clase, pero no son más que un montón de payasos intentando impresionarse unos a otros y fracasando en el intento.

Me paro en seco cuando veo a Igor. Para ser un anciano, está dando caladas a ese puro y bebiendo *whisky* como si tuviera muchos años por delante.

Xander está allí. Como su padre, lleva una máscara blanca que solo le cubre los ojos. A pesar de que sé que está de nuestro lado, quiero romperle el cuello por amenazar a Olivia al principio. Aunque todo fuera falso y lo obligaran a hacerlo, si vuelve a mirar en su dirección, le sacaré los ojos con clavos y le aplastaré la polla contra la pierna con un martillo.

Entonces, Abigail podrá elegir a Adryx. De todos modos, él es el respetable de la familia. Así no se verá envuelta en un puto triángulo amoroso.

—Estamos aquí —me dice Tobias al oído. El auricular está cubierto por mi máscara y mi pelo oscuro—. Base saldrá corriendo

por la parte de atrás en cuanto tiremos las granadas estas y cojamos el coche. ¿La ves?

Permanezco en silencio, escudriñando el pasillo. Si estuviera aquí, lo sabría. Todo el mundo lleva la cara cubierta, pero sería capaz de reconocer a Olivia incluso por un mechón de su pelo. Aún no ha llegado. ¿Dónde narices está? Xander le dijo a Adryx que vendría.

¿Estará en la habitación en la que la han encerrado?

Echo un vistazo a la salida principal, preguntándome si debería ir a buscarla de todos modos.

—¿Es que no te acuerdas de que este idiota no habla? Hey, ¿crees que me gritaría si intento ligar con ella?

Lo mataría. Tan simple como eso.

—Vete a la mierda, Base —suelta Adryx, y puedo oír de fondo a Molly y Abigail en el refugio.

—Qué maleducado —replica—. Tu hermano está aquí, así que ella debe estar en alguna parte. Y oye, Baz, ¿de qué te sirve tener todos estos aparatos de lujo si no puedes seguir su rastro?

Barry resopla.

—No tiene sentido explicárselo a un imbécil como tú.

Pongo los ojos en blanco y me meto las manos en los bolsillos mientras ellos siguen discutiendo y Tobias les dice a todos que se callen de una puta vez y se centren en el plan.

Esquivo a un grupo de hombres con puros y sigo echando un vistazo por la sala. La música es cada vez más ridícula, así como lo son la decoración, la gente y…

Me giro y dejo de respirar ante la imagen que tengo delante.

Mi puta alma se estremece.

Joder. Estoy tan aturdido que ni siquiera puedo respirar o parpadear.

El vestido de satén negro se ciñe perfectamente a su cuerpo y su larga melena le cae por la espalda. Está más delgada que antes. Y no puedo ver su hermoso rostro, porque lleva una máscara antigás, como la mía, pero con purpurina alrededor de los filtros que tiene a cada lado.

Estoy viendo un puto ángel.

Mi ángel.

Mi ancla.

Mía.

La amo más que a la vida. Una vez me dijo que nunca la querrían como yo la quiero ya que a las personas les sale de hacerlo manera natural, y para que yo sintiera algo así tendría que esforzarme más e involucrarme más en el plano amoroso de lo que se suele hacer en cualquier relación típica, pero me aseguró que era más que suficiente para ella.

Alrededor de mi corazón hay un muro de hormigón y ella está atrapada dentro de él. Esa es la única versión del amor que conozco, y me cercioraré de que siempre sea suficiente para que Olivia me elija, para que nunca me deje, para que me ame hasta que envejezcamos, muramos y nos encontremos en el más allá.

Igor le hace un gesto para que se acerque a él y apoya una mano en su cadera cuando obedece. Ella se pone rígida, con la columna recta, y sus ojos se clavan en los de Xander, buscando algún tipo de ayuda.

Le pide ayuda a él cuando yo estoy aquí.

—No hagas ninguna estupidez —me advierte alguien al oído, pero escucho cómo me hierve la sangre por su voz mientras aprieto los dientes y doy un paso adelante.

—Para —me dice mi padre al oído—. No pongas en riesgo la vida de tu hermana.

—Mierda. Hasta el padre los ve como hermanos.

Me detengo, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho y sintiendo la necesidad de llegar hasta ella; tengo que apartar la mano de Igor de su cuerpo y acabar con su vida mientras todos miran. Tienen que darse cuenta de lo inútil que es ese gilipollas.

Mi chica se estremece cuando él se inclina para susurrarle al oído y luego asiente. Él le aprieta el costado y le da unos golpecitos antes de ir a hablar con un grupo de mujeres que no dejan de sonreírles a él y a su hijo.

Olivia se frota el brazo y compruebo nuestro entorno antes de empezar a acercarme a ella.

—¡Malachi! —grita papá—. ¡Para!

—Va a fastidiar el maldito plan.

—Tobes, si vuelves a pisarme, vamos a tener un…

La voz de Base se desvanece; espero que Tobias le esté dando su merecido.

Sin embargo, estoy más concentrado en la forma en que Olivia se da la vuelta y se queda paralizada cuando me detengo frente a ella con las manos en los bolsillos… porque si no las mantengo ahí, la agarraré y me la llevaré a rastras o, peor aún, la besaré delante de todos y arruinaré el rescate.

Olivia no puede verme la cara, pero no necesita hacerlo. La máscara antigás aún tiene sangre seca; tampoco es que fuera posible que la gente pueda distinguir el olor a cobre ni si es falsa o no.

Recordará que era mi pequeña desconocida y cómo huyó de esta máscara.

Xander está hablando con su padre, pero desvía la vista hacia mí cada pocos minutos.

Olivia me mira y puedo ver el miedo reflejado en sus ojos a través del cristal de los agujeros de mi máscara.

—Por favor, sálvame —me pide con voz temblorosa, lo bastante alto como para que solo yo la oiga.

Se me parte el corazón en dos.

Inclino la cabeza y desvío la mirada para ver qué hace Igor: está hablando como si fuera el centro de atención, ajeno a todo, mientras su equipo nos mantiene rodeados y sus hijos planean su muerte.

Olivia está muy cerca. Joder, está muy cerca.

Se levanta la máscara y veo que sus ojos ya están llenos de lágrimas.

—Malachi.

No puedo hacer señas, no cuando tengo esta granada en la mano, y sinceramente, no sé qué decir. ¿Me perdonas? ¿No me dejes? ¿Intentaré ser mejor? ¿Prometo protegerte, aunque ya haya fallado?

No dejaré que le pase nada nunca más. Aunque me metan un tiro en la cabeza, encontraré la forma de protegerla.

Joder. Quiero ir a su lado. Ahora mismo. Lo necesito. Me está mirando fijamente y no estoy haciendo nada, pero todo mi puto cuerpo tiembla por ir hacia ella.

—¿Listo?

Asiento con la cabeza, sabiendo que Barry puede vernos a través de las cámaras de seguridad.

—En cuanto esto empiece, dejaré de estar localizable. Tienes una hora. Tráemela tan rápido como puedas. Intenta no morir en el proceso.

—Ooooh —murmura Base—. Sabía que me querías. Lo siento, ya tengo un mejor amigo, a pesar de haberle chupado la polla demasiadas veces… —Empieza a emitir un sonido brusco de ahogo y Tobias le dice que se calle de una puta vez.

—Tíralas ahora.

Saco la mano del bolsillo y suelto la granada, rezando para que funcione. Las luces parpadean y miro hacia Igor y sus hombres; están intentando usar sus radios.

Ha funcionado.

Xander viene hacia nosotros. Sabe lo que está a punto de ocurrir, pero no puedo evitar odiarlo.

Vuelvo a centrar mi atención en una confusa Olivia. Se le cae la máscara al suelo y se le humedecen aún más los ojos. Xander llega hasta ella, recoge la máscara e intenta ponérsela de nuevo.

—Mal…

—Ahora.

Es la única palabra que necesito. Le doy un puñetazo en la cara a Xander y agarro a Olivia, luego la arrastro entre la multitud, sosteniéndole la mano con fuerza para evitar perderla de nuevo. La gente choca con nosotros y Olivia resbala y se cae. La levanto y aparto a los invitados de nuestro camino, derribando a alguien y haciendo que acabe sobre una mesa llena de comida.

Los pasillos están vacíos. Hasta el patio trasero, donde Base estará esperando con el coche, el trayecto es todo recto. Tobias nos seguirá y atrapará a cualquiera que intente acercarse a nosotros.

Miro detrás de mí y no veo a nadie siguiéndonos. Agarro con más fuerza la mano de Olivia y tiro de ella hacia el patio.

—Malachi. No puedo irme —dice desesperada.

Abro la puerta y la empujo dentro del vehículo, al asiento trasero. Se resiste y trata de salir mientras yo subo y cierro la puerta.

—¡Malachi! No puedo. —Me enseña el brazo—. Esto me va a matar.

Base se desvía de la calzada, haciendo que Olivia caiga sobre mi costado y arrancándome un gemido porque me ha dado en los puntos.

—Tenemos que llevarte con Barry lo antes posible —comenta Base cuando me cuesta hablar o hacer señas—. El rastreador está desactivado. Puede quitártelo.

Olivia abre la boca y los ojos de par en par.

—¿En serio?

—Sí. Ahora deja de distraerme para que pueda conducir.

Nos giramos para mirarnos de nuevo, sin aliento. Veo un brillo en sus ojos y en ese momento suelta un débil gemido y se sube a mi regazo, me agarra la cara y me besa.

No es un beso tierno. Es brutal. Presiona sus labios con dureza, reclamando los míos antes de introducir desesperadamente su lengua en mi boca y devorarme. Nuestros pechos se agitan y soltamos un gemido.

Me presiona la herida con la mano y me estremezco. Se detiene, baja la mirada y alza la vista para mirarme fijamente.

—No pares —pido moviendo los labios, y vuelvo a acercar sus labios a los míos.

El coche da otro volantazo y unos faros brillan a través de la ventanilla trasera: es Tobias, que nos sigue. Olivia se traga cada bocanada de aire a medida que me besa con más fuerza, enredando su lengua con la mía.

Mueve las caderas y yo no la detengo. Me importa una mierda que Base esté aquí o que esté presenciando todo esto. Necesito a mi chica, y creo que ella me necesita tanto como yo.

Su mano golpea la ventanilla cuando Base se desvía de nuevo, manteniendo el equilibrio en tanto que mi polla se endurece bajo ella.

—Te necesito —susurra—. Por favor, déjame tenerte.

Echo la cabeza hacia atrás, le subo la tela del vestido hasta las caderas y le quito la ropa interior de un tirón, haciéndola gemir.

Mi mano se cuela entre sus piernas. La beso una vez más, presiono su clítoris con el pulgar y hundo dos dedos en su interior hasta que se mueve sobre ellos, jadeando.

Retira las manos de mis hombros y se apresura a desabrocharme el cinturón, tirando de los botones y liberando mi dura, gruesa y dolorida polla. Me la acaricia una, dos, tres veces, y siento un cosquilleo en los huevos. No creo que dure mucho. Llevo un mes privado de ella. Ni siquiera recuerdo la última vez que me corrí sin que fuera en su coño o en su boca.

No tenemos mucho tiempo. Esto tiene que ser rápido. Imagínate llegar al refugio, donde nos espera nuestro padre, y que yo esté enterrado hasta el fondo en el coño de mi hermana…

Agarro una de sus caderas, alineando mi glande con su entrada, y luego la bajo de golpe contra mí. Tan apretada, húmeda y jodidamente mía.

Lo hago sin ningún tipo de protección. Ya no toma anticonceptivos, pero no me importa. Con gusto veré cómo mi semen la llena y la fecunda.

Mi polla entra en su coño empapado una y otra vez. Nos besamos con desesperación mientras me folla. Luego, muerde con fuerza el labio y gime en silencio, y casi se cae de mi regazo cuando Base da un giro brusco a la derecha.

Me arde el costado, adolorido, pero me importa una mierda. Sigo moviéndome, sintiendo cómo los puntos tiran de mi piel y saltan. La sangre me empapa la camiseta. Miro hacia abajo, tocándome la herida, y veo sangre en mi mano; sin embargo, en lugar de detenerla, le agarro la cara y se la mancho de rojo, haciéndola caer sobre mi polla con más fuerza, más rápido, ignorando el hecho de que Base esté en el asiento delantero intentando que lleguemos a tiempo a nuestro destino.

—Dime que me quieres —jadea Olivia en mi boca—. Por si no lo conseguimos. Necesito oírte decirme que me quieres.

—Te quiero, hermanita —le respondo, pronunciando todavía con torpeza las palabras—. Y te lo diré todos los putos días después de esto.

Me echo hacia atrás, viendo cómo se mueve sobre mi pene, y sigo hablando por señas.

«Te quiero ahora. Te quería ayer. Cuando éramos niños. Cuando éramos adolescentes. Cuando hiciste que me metieran en la cárcel y cuando volví a encontrarte. Te querré mañana. El mes que viene. El año que viene. Cuando seas la madre de mi hijo. Y cuando seamos viejos y tengamos canas, te querré aún más, porque habré tenido toda una puta vida para enamorarme más y más de ti. ¿Es suficiente para ti, Olivia? ¿Necesitas más de mí?».

—Siempre has sido suficiente. —Una lágrima resbala por su mejilla—. Quiero cada momento contigo.

—¿Eh? —oigo decir a Base, quien a continuación maldice en voz baja y golpea el espejo para que no se refleje nada—. Joder. ¿En serio? ¿Estamos en plena carrera para poner a salvo nuestros culos y estás follándote a tu hermana?

—Sí —suspiro contra los labios de Olivia—. Pero quiero hacerlo aún más profundo.

Atrapo su labio entre mis dientes y gimo mientras ella acoge hasta el último centímetro de mi polla. Sus dedos se deslizan por mi pelo y tiran de él hasta que duele, probablemente casi tanto como la herida abierta en mi costado. Incluso después de haber recibido un balazo en el pecho hace un mes y una puñalada en el pulmón, no dejo que nada de eso me impida follarme a mi chica y ver cómo echa la cabeza hacia atrás con un gemido.

—Más rápido —ordeno con una respiración forzada contra su garganta—. Fóllame más rápido.

Olivia me obedece. Se agarra al reposacabezas del asiento de Base detrás de ella y se mueve sobre mí a más velocidad, haciendo que escuche el sonido de nuestra piel chocando.

—Más fuerte, Olivia. Deja caer tu puto culo sobre mí más fuerte.

Suelta un gemido intenso mientras lo hace. Su coño se contrae y puedo sentirla temblar en mi agarre.

—¿Puedo correrme dentro de ti? —pregunto, porque estoy muy cerca. Siento un cosquilleo en los huevos y calor en la zona baja de la columna y las piernas, y mis músculos se tensan. Ella no responde, pero su orgasmo la invade con tanta fuerza que se queda quieta encima de mí, clavándome las uñas en la cabeza.

Yo tampoco puedo contenerme cuando aparecen puntos blancos detrás de mis ojos, y presiono su hombro para llegar lo más profundo posible, necesitando que cada gota de semen que sale de mí se quede dentro de ella.

—Tobes. Ayúdame —escucho que dice Base con el teléfono pegado a la oreja—. Los hermanos están follando en el asiento trasero y estoy seguro de que el mudo acaba de hablar.

Llegamos con veinte minutos de antelación; tampoco nos ha seguido nadie, así que Tobias se detiene justo cuando entramos en el edificio. Base ni siquiera me mira, y yo me siento satisfecho de haber conseguido silenciar a ese capullo.

Papá coge a Olivia y la abraza, y ella llora contra su pecho.

—Gracias —gesticula, moviendo los labios y mirándome por encima de la cabeza de mi hermana.

Agacho la mía y aprieto los labios.

No necesita darme las gracias. Habría muerto por traerla de vuelta sana y salva.

Barry ha colocado una mesa en la enfermería, en la que se encuentran Molly y Abigail, para que Olivia apoye el brazo. Papá le besa la frente, y todos nos quedamos en silencio, esperando a ver si Barry puede hacerlo.

Olivia me coge de la mano por debajo de la mesa y no me quita los ojos de encima. Está aterrorizada. Si esto no funciona, existe la posibilidad de que la perdamos.

Si eso sucede, entonces no tiene mucho sentido que yo esté en este mundo.

—Esto va a doler —le avisa Barry, y empieza a cortarle la piel.

Olivia cierra los ojos y me aprieta la mano con más fuerza. Las lágrimas empapan sus mejillas y sus dientes rechinan. Barry tarda siete minutos en parar de cortar el brazo de mi hermana antes de dejar caer una pequeña barra de metal sobre la mesa.

—Listo.

El alivio me invade y agarro la cara de Olivia y la beso, sin importarme una mierda que todos puedan vernos. Ella solloza contra mis labios, apoyando suavemente la mano contra mi pecho.

—¿Estás bien?

Me tiembla el labio inferior y me trago mis emociones mientras le suelto la cara.

«Ahora sí».

Tobias coge un recipiente de metal y comienza a golpear el rastreador con él hasta que este se hace pedazos, y todos nos sumimos en silencio una vez más.

Porque ha funcionado.

Olivia está libre y me sostiene la mano con tanta fuerza que creo que no pienso soltarla nunca. Se tapa la boca mientras Abigail la abraza, temblando en los brazos de la otra.

Entonces Molly se lanza hacia mí.

—¡Me alegro tanto de que estés bien!

La abrazo, con su cabecita enterrada en mi pecho, y miro a Olivia, que abraza a nuestro padre, a su amiga y luego da las gracias a todos.

Dirijo la mirada hacia la puerta cuando entra Adryx.

—Mi padre está en el maletero —informa—. Nos ocuparemos de él.

—¿Cómo lo has metido ahí?

—Esa es una historia para otro momento —responde a Barry—. Tenemos que irnos.

—Gracias —agradece Olivia—. Sé que enfrentarte a tu padre ha debido de ser duro.

Él se encoge de hombros.

—La verdad es que no.

Olivia me pone la chaqueta del traje y no me suelta la mano mientras salimos. Xander está apoyado en el coche fumando, con la cabeza gacha. Abigail sale también, abrazándose a sí misma, y se queda mirando a los hermanos, que están junto al vehículo.

—Van a registrar todos nuestros refugios en busca de mi padre. Aunque Olivia ya no está bajo ninguna amenaza, y ninguno de

vosotros tampoco, os sugiero que salgáis de aquí antes de que os atrapen y asuman que habéis tenido algo que ver con su desaparición.

Xander levanta la cabeza, con una expresión llena de arrepentimiento.

—Siento todo lo que he hecho —le dice a Olivia—. De verdad. Nunca quise que pasara nada de esto.

Adryx le da una palmada en el pecho.

—Vámonos. —Estrecha la mano de Tobias y Barry—. Cumpliré mi palabra. Hay un refugio que no está en ninguno de sus radares. Le enviaré los detalles a mi primo.

Base sale con Luciella, que tiene la nariz enrojecida por el frío. Ambos tienen las manos entrelazadas.

—Me llevo el coche. —Base señala el coche en el que acabo de follarme a mi hermana—. Es más rápido que el mío. Más vale que no queden restos de esos fluidos incestuosos en el asiento trasero, Kai.

Papá hace una mueca.

Olivia se pone roja.

Por primera vez en mucho tiempo, suelto una carcajada y sacudo la cabeza. Juro que si vuelvo a cruzarme con este tío, lo estrangulo.

Y no de una forma agradable.

Base se despide de todos mientras Luciella le dice a Olivia que ha sido un placer conocerla por fin y luego sonríe a Abigail. Después, desaparece en el coche y Tobias suspira.

—Espero que no tengamos que volver a vernos, Jamieson. Pero si lo hacemos, más vale que sea en buenas circunstancias.

Papá se ríe entre dientes.

—Cuídate, Tobias.

—¡Deja de follarte a tu hermana! —grita Base, cerrando la puerta del coche.

—Gracias —añade Olivia dirigiéndose a Barry e ignorando a Base—. Por todo.

Él baja la cabeza y le guiña un ojo a papá antes de subirse también al coche con Tobias.

Papá y Molly van al otro que queda, y Olivia me besa la mejilla y se sienta en el asiento del copiloto.

Los dos hermanos Reznikov miran a Abigail, pero ella se aleja de ellos y se sube al vehículo.

—Que tengas una vida feliz con tu chica, Malachi —me desea Adryx, arrastrando los ojos desde el automóvil hasta mí—. Espero que nunca tengamos que volver a vernos así.

Asiento y me estrecha la mano mientras Xander, que tiene un ojo morado por mi puñetazo, sigue mirando el vehículo con furia.

No dice nada, solo me sonríe con los labios cerrados, hace un gesto con la cabeza, se da la vuelta y sigue a su hermano mayor hasta su propio coche.

Me subo al asiento del conductor, cierro los ojos y respiro hondo.

—¿A dónde vamos ahora? —me pregunta Olivia.

«A casa».

Dondequiera que esté nuestro hogar ahora. No importa mientras estemos juntos.

EPÍLOGO 1

OLIVIA

TRES AÑOS MÁS TARDE

—Cierra los ojos —me pide Malachi, y cuando niego con la cabeza, añade—: Confía en mí.

El tono de su voz hace que lo obedezca y el mundo a mi alrededor se oscurece. Me coge de la muñeca y me pone la palma de la mano hacia arriba.

—No te alejes —me advierte, recordando claramente aquel momento en su habitación hace años, cuando puso a Spikey en mi mano y yo lo solté y corrí hacia la cama.

Trago saliva.

—No lo haré.

En cuanto su mascota se sube a mi mano, todo mi cuerpo se paraliza.

—Malachi —digo con la voz quebrada debido a las lágrimas que brotan instantáneamente de mis ojos—. Quítamela. Por favor.

—Mantén los ojos cerrados.

En contra de todo mi ser —que está desesperado por arrojársela a la cara y huir para salvarme y no volver jamás a esta maldita casa que él reconstruyó hace dos años—, asiento mientras una lágrima resbala por mi mejilla. Me la limpia con el pulgar y siento su aliento en mi boca cuando sus labios se acercan y me besa suavemente.

Su araña empieza a subir desde la palma de mi mano hasta mi muñeca. Siento un cosquilleo en la piel y tengo la necesidad de frotarla a medida que la lengua de Malachi se desliza entre mis labios y encuentra la mía.

Abro la boca para saborearlo también a él y le devuelvo el beso, concentrándome en la calidez de su lengua moviéndose contra la mía, en la forma en que me chupa el labio inferior y me muerde… no lo suficiente para hacerme daño, pero sí para que se me escape un pequeño gemido.

Intento apartarme cuando siento que su mascota se acerca a mi hombro, pero me agarra la mandíbula y me obliga a volver a besarlo al mismo tiempo que me presiona el pecho con la mano y me empuja para que me tumbe boca arriba.

Decidido a devorarme una vez más, desabrocha los botones de mi camisa del pijama y la abre para dejar mis pechos al descubierto. El frío me acaricia la piel y mis pezones se endurecen, quizá por la sensación del aire gélido o por el hecho de que Malachi me está bajando los pantalones por las piernas.

La ausencia de su boca vuelve a centrar mi atención en Cordelia. El corazón casi se me sale del pecho y me quedo congelada al notar que está desplazándose hacia mi cara. Cada vez que la miro —soy incapaz de mantener los ojos cerrados—, está más cerca.

Se me saltan las lágrimas cuando sube más allá de mi hombro.

—Malachi —susurro, con un tono de voz que refleja el miedo que siento—. Va a arrastrarse hasta mi cara.

Él alza la vista para ver a Cordelia descansando cerca de mi pecho izquierdo y luego parpadea hacia mi mirada horrorizada y mi pecho agitándose con frenetismo por el terror. No me la quita de encima y no me dice que me calme, que deje de llorar o que mantenga la calma. No, en lugar de eso, baja su mirada hambrienta entre mis piernas, presiona el pulgar contra mi monte de Venus y deja que una gota de saliva caiga desde sus labios hasta mi clítoris, haciendo que todo mi cuerpo se tense y suelte un gemido.

Mi necesidad y la forma en que se me contrae el vientre hacen que mis caderas se balanceen distraídamente, y él recompensa mi valentía separando mis labios y dejando caer otra gota de saliva en mi entrada.

A pesar de que Malachi trata todo el rato de que le pierda el miedo a sus mascotas, y de que es la décima vez que lo intenta de

esta forma, nunca consigo dejar de tener pavor a las arañas. Sin embargo, cuando me distrae de esta manera, puedo fingir que ella no está allí.

—Más —gimo—. Por favor.

Cordelia baja por mi brazo e intento quitármela de encima, pero la mirada penetrante de Malachi hace que me quede quieta.

Vuelvo a mover las caderas, con el pecho subiendo y bajando por el miedo y la expectación y las mejillas empapadas de lágrimas, deseando tener su boca sobre mí a pesar de mi terror.

Cordelia vuelve a moverse, se baja de mi brazo y sus patitas rozan mi costado. Cuando consigue subirse a mí de nuevo, casi me muero al ver a Malachi entre mis piernas y a su tarántula en mi ombligo. Tengo una lucha interna: por un lado, deseo alejarme de ella, y por otro, sentir los labios de mi marido sobre mi clítoris.

Técnicamente lo es. Tengo un anillo y llevo su apellido, pero como papá se negó a anular la adopción de ninguno de los dos, decidimos no casarnos de forma legal. No es que eso cambie nada. Todavía nos amamos con locura.

—Eres una chica muy buena, hermanita mía —murmura, y luego me mete dos dedos con tanta fuerza que jadeo y casi me quito la araña de encima.

Me doy cuenta de que estoy temblando. Aunque estoy aterrorizada y mi cuerpo se estremece como si tuviera frío, también necesito desesperadamente más, pues mi coño se contrae alrededor de sus dedos como si no quisiera soltarlos.

No obstante, cuando desaparece de mi vista y arrastra la lengua por la cara interna de mi muslo, sin mover los dedos en absoluto, mis paredes internas los aprietan aún más. Intento balancear las caderas para que me toque, pero me muerde con fuerza para detenerme.

—No te muevas —dice contra mi piel mientras los hunde más—. O te la pondré en la cara otra vez.

Sabe que me encanta el miedo. Mi coño acaba de contraerse alrededor de sus dedos inmóviles, palpitante, necesitado y empapado.

Voy a morir esta noche. Creo que tendría que desobedecer su orden y saltar sobre él, me da igual cómo me castigue después.

Podría atrapar su cara entre mis piernas y exigirle que me dé un orgasmo, o esperar a que se duerma y follármelo como he intentado hacer en innumerables ocasiones, pero tiene el sueño ligero y siempre se despierta.

Le divierte el negarse a dármelo. ¿Cuándo me toca a mí?

Por otra parte, me gusta cuando me asusta; de hecho, me encanta.

El sexo siempre se vuelve más intenso cuando el miedo proviene de algo que él está haciendo. Tanto si estoy atada en el sótano, torturada porque no me folla el coño y solo presta atención a mi culo, como cuando me persigue y me asfixia con la máscara antigás puesta en medio de un maizal.

Intento moverme contra su mano una vez más y resoplo en el momento que me saca los dedos por completo.

Miro hacia abajo y veo que su mirada está clavada en la mía mientras se los mete en la boca, probándome como ya lo ha hecho un millón de veces. Cierra los ojos, como si lo estuviera saboreando, lamiendo cada dedo con la lengua.

Es demasiado temprano para hacer esto; estoy a punto de llegar al orgasmo de solo verlo.

—¿Por qué me provocas tanto? Fóllame ya.

Sacude la cabeza y sube por mi cuerpo desnudo, y a medida que Cordelia vuelve a trepar por mis costillas hasta el hombro, él besa el rastro que sigue, deslizando la lengua por la parte inferior de mis pechos. Se lleva un pezón a la boca y lo chupa, y la intensidad de sus caricias me hace arquear la espalda.

No sé si gemir por la intensidad o chillar al sentir la araña tan cerca de mi cara.

—Si no me la quitas, gritaré.

Ríe contra mi piel y sus ojos se encuentran con los míos.

—Te aseguro que gritarás —afirma sin aliento.

«Pero no por ella», signa.

Me agarra el otro pecho con agresividad y lo aprieta, amasa, chupa y muerde, mientras su araña permanece inmóvil. Vuelve a

deslizar la otra mano entre mis piernas y respira contra mi pezón sensible y endurecido.

—Estás aterrorizada —gime, introduciéndome los dedos de nuevo—. Pero tienes el coño empapado.

Gimo a medida que vuelve a deslizarse por mi cuerpo y arrastra su lengua por la cara interna de mi muslo, esquivando la zona donde quiero que entierre su cara mientras se aventura hacia el otro muslo. Me tiemblan las piernas y aprieto tanto las manos que mis uñas casi me dejan medias lunas en las palmas.

—Por-por favor —suplico desesperada, y me siento cada vez más cachonda—. Te deseo.

Musita por lo bajo con apreciación y me mira bajo sus oscuras pestañas.

—¿Soy tu hermano o tu marido?

—Mi… —empiezo a decir, pero me tiembla la voz—. Mi marido.

Jadeo cuando me muerde el clítoris: el dolor se mezcla con el placer y creo que me corro un poco contra su mano.

—Prueba otra vez —me advierte, respirando agitadamente contra mi coño, y empieza a meter los dedos despacio hasta el fondo y a empujar.

—Los dos —gimo, estremeciéndome en tanto que él lame, aliviando la zona agredida, deslizando la lengua sobre mi clítoris y alrededor de él, dejándome una marca roja en la cara interna del muslo antes de empezar a provocarme de nuevo.

Solo nos llamamos hermano y hermana cuando estamos en la cama. Si no, resulta demasiado confuso. Ahora es más bien un secreto perverso para nosotros. En la nueva ciudad en la que vivimos, somos una pareja, no los hermanos Vize. Nadie nos mira y piensa que somos raros. Los amigos de Molly creen que estamos casados. Ella se ha adaptado a todo, y papá también ha aceptado nuestra relación. Es como si el divorcio lo hubiera hecho mejor persona.

Mamá se ha ido. Lo más probable es que ya vaya por su tercer marido, lo cual es triste, puesto que ella y mi padre llevaban toda la vida juntos, pero supongo que el dinero y el poder se le subieron a

la cabeza y lo perdió todo. No ha intentado ponerse en contacto conmigo ni una sola vez.

La mascota de Malachi se arrastra por mis costillas, captando mi atención, y se detiene encima de la mano que tiene sobre mi muslo; quizá pueda oler su aroma. Esto hace que deje de provocarme y, cuando su mano desaparece de mi vista junto con su araña, me incorporo rápidamente.

—No te atrevas a ponerme esa cosa ahí. ¡Es maltrato animal!

Entrecierra los ojos, resopla y se levanta. Se dirige al tanque de Cordelia —y de las otras tres arañas peludas que están allí— y la mete dentro. Me siento, desnuda, esperando a que vuelva a prestarme atención.

Los ojos de Malachi me miran y veo cómo se baja los calzoncillos y libera su gruesa polla perforada. Se me hace la boca agua y quiero saborear la gota de líquido preseminal en su glande, pero también quiero que me folle.

En un segundo está de nuevo sobre mí y me arrebata el aire cuando me agarra de la garganta y me mete la lengua para darme un beso salvaje, separándome aún más las piernas. Luego arrastra su boca por mi mandíbula, me suelta el cuello para besarme la garganta y baja por mis costillas hasta estar entre mis piernas otra vez.

Lo juro, si este gilipollas sigue con alguno de sus jueguecitos, voy a…

El estridente sonido de mi teléfono atraviesa la habitación y, aunque al principio lo ignoro, quienquiera que sea no acepta un no por respuesta: un instante después de que deje de sonar, vuelve a hacerlo de nuevo, una y otra vez. Molesta, lo cojo mientras las manos de Malachi me aprietan los muslos.

Entonces veo el nombre en la pantalla. Si llama una y otra vez, debe de haber algún problema.

—Hey, Abbi. Hola.

Malachi parece querer estrangularme.

—Voy a matarlo.

—¿A quién…?

Malachi me silencia metiéndome la lengua en el coño y haciendo que tenga que taparme la boca con la mano para evitar que mi amiga me oiga gemir. No se detiene cuando la quito e intento apartar su cara mientras Abigail me grita al oído.

Pero no le presto atención. Malachi se resiste cuando intento cerrar las piernas, intentando apartarlo poniendo una mano en su frente y empujándolo hacia atrás.

Se mete mi clítoris en la boca y succiona, clavándome sus largos dedos en los muslos, impidiendo que los cierre de golpe y abra más las piernas.

Por fin me está dando lo que quiero, y estoy desesperada por moverme contra su cara, por que me folle con su lengua. Sin embargo, cuando intento decirle a mi amiga que me llame más tarde, las palabras me fallan. El teléfono se me escurre de la oreja y queda tendido sobre la almohada mientras Malachi me separa los labios con dos dedos y luego introduce el dedo corazón, enroscándolo y penetrándome con él con tanta fuerza que mi cuerpo se agita y el cabecero rebota contra la pared.

Aparta la boca de mi clítoris, sube por mi cuerpo y, de un solo empujón, me mete la polla hasta el fondo.

—Si no cuelgas, te voy a follar como si no hubiera un mañana.

—¡Puaj! —grita Abigail, lo bastante alto como para que la oigamos justo antes de que yo coja el teléfono de la almohada y cuelgue. Lo tiro a un lado y le rodeo el cuello con los brazos.

Antes de que nuestras vidas cambiaran por completo, rara vez me follaba en la posición del misionero, y si lo hacía, nunca era romántico, lento o cariñoso. Me follaba como si odiara todo de mí: le encantaba cuando lloraba, cuando podía saborear mis lágrimas y cuando le suplicaba que parara o que me penetrara más fuerte.

No obstante, en los últimos dos años, ha cambiado el ritmo, yendo más despacio y tomándose las cosas con calma, aprovechando el tiempo que teníamos juntos.

Ahora mismo, está inmóvil, palpitando en mi interior mientras me besa.

—Tenemos que darnos prisa —murmuro, clavando los talones en su culo, alentándolo a que se mueva—. Date prisa y fóllame

como a una hermanita traviesa, Malachi.

Gime y me la mete más profundo, deslizando su mano desde mi rodilla hasta mi culo, atrayéndome hacia él a medida que empuja cada centímetro de su miembro dentro de mí.

Nos fundimos en las caricias del otro en tanto que entra y sale de mi interior, y le pido más mientras me lo da. Me folla con las piernas sobre sus hombros, a cuatro patas, y luego empuja mi frente hacia el colchón mientras me introduce los dedos en el culo, sin dejar de metérmela hasta el fondo.

Cuando me corro, él lo hace conmigo y se desploma sobre mi espalda. Me besa el hombro, sin aliento, y nuestro sudor se mezcla a medida que sube la temperatura.

No tenemos sexo a menudo, así que cuando lo hacemos, siempre es intenso y me quedo dormida casi nada más terminar.

—¿Papi?

Al oír la voz de nuestro hijo, Malachi cierra los ojos y deja caer la cabeza sobre mi hombro.

Isaac vuelve a llamarlo, pero esta vez le tiembla la voz. Ha tenido otra pesadilla.

—Joder, sabía que no debíamos dejar que Molly lo cuidara. Es una mala influencia.

Todos los jueves tenemos una cita. Molly siempre hace de canguro y Malachi, como el padre protector que es, siempre la culpa de las pesadillas de nuestro hijo. Sin embargo, no importa cuántas veces intente elegir a alguien más, siempre termina cediendo cuando Molly lo llama y se lo pide.

Se sienta y se mete la polla en los calzoncillos, sin dejar de mirarme. La mirada de mi marido se ilumina cuando le sonrío.

—Me encanta que siempre te llame, pero estoy empezando a ponerme un poco celosa.

Pone los ojos en blanco, me besa la mejilla y se levanta de la cama. Se pone la camisa y se dirige a la habitación de Isaac. Yo también me levanto, me vuelvo a poner el pijama y voy al cuarto de mi hijo, lleno de trenes, coches y barcos.

Cuando empujo la puerta entreabierta de su habitación veo a Isaac frotándose los ojos en brazos de su padre, y una franja de luz

que se cuela del pasillo ilumina su rostro.

Malachi no necesita decir nada, aunque tampoco es que lo suela hacer. Alguna que otra vez le lee un cuento para que se duerma, y otras veces le cantamos una nana —no la canción de la araña—; sin embargo, la mayoría de las veces basta con que su padre lo abrace para que se calme.

Ahora la prioridad número uno de Malachi ha cambiado; antes yo era todo su mundo, pero ahora soy solo una parte de él, y no tengo ningún problema con eso. Creo que necesitaba sentir lo que era ser querido por otra persona, e Isaac quiere a su padre incondicionalmente.

Incluso le estamos enseñando a signar. Malachi ha empezado a hablar, pero Isaac, Molly, nuestro padre en ocasiones y yo somos los únicos que oímos su voz. No porque le cueste relacionarse con los demás, sino porque no tener voz era su forma de protegerse, así que la guarda exclusivamente para las personas que significan mucho para él.

Malachi se vuelve hacia mí, frotando la espalda de nuestro hijo. La dulzura en su mirada y la delicadeza de su tacto dicen mucho de él. Es un padre increíble y creo que no es consciente de ello.

Cuando me enteré de que estaba embarazada, ya estaba de varios meses. Nos pusimos de pie en el cuarto de baño frente a diez pruebas de embarazo y, una a una, les dimos la vuelta. Malachi estaba pálido, aterrorizado y tan nervioso que volvió a ver a su terapeuta. Incluso le pidió ayuda a nuestro padre.

Dijo que, si iba a ser padre, el niño necesitaba que fuera la mejor versión de sí mismo y pensó que nadie había conocido a esa persona. Pero se equivocaba. Nadie tiene realmente una «mejor» versión de sí mismo: es solo una de las lecciones que la vida te obliga a aprender, un sentimiento, una emoción, y Malachi rebosa de ellos.

Mi barriga creció y él se obsesionó con nuestro bebé. Se aseguró de que yo comiera, bebiera y descansara, e incluso buscó trabajo para asegurarse de que podía predicar con el ejemplo.

Aunque tenemos dinero más que suficiente, yo sabía que él necesitaba hacer algo. Recibió algo de formación y ahora trabaja en

un santuario de animales no muy lejos de aquí, para consternación de mi padre. Quería que Malachi trabajara con él, pero como aún están forjando su relación, lo mejor era no alterar ese proceso y crear más problemas.

A papá y a Malachi les va muy bien. Quedan todos los martes y viernes para llevar a Isaac al parque, conversan —sobre todo por señas— y papá le habla de su nueva novia y de lo feliz que lo hace. Empujan a Isaac en el columpio y Malachi llega a casa y me dice que es raro, que por fin siente lo que es tener un padre y que eso lo está ayudando a aprender a ser uno, a pesar de llevar dos años y medio siendo el héroe de Isaac.

Papá lo ha perdonado por lo que hizo y creo que, en el proceso, Malachi también se ha perdonado a sí mismo.

Mamá se ha ido y no se ha puesto en contacto en absoluto desde que nació Isaac. Pensé que lo haría cuando supiera que iba a ser abuela, pero nada.

Aún no sé cómo me siento al respecto.

Cuando Isaac nació, nuestra vida cambió por completo. Estábamos, y estamos todavía locamente enamorados, adorando el suelo que pisa el otro, y ninguno de los dos pensó que podría amar a nadie más de la misma manera que como nos amamos nosotros.

Pero entonces llegó este niño, le agarró el dedo a Malachi y la vida nunca volvió a ser la misma.

Es nuestro hijo. Pero también es el mejor amigo de Malachi. Lo que lo mantiene con vida.

Casi todas las noches, Malachi duerme a su lado si se despierta, así que, cuando se acuesta e Isaac apoya la cabeza en su pecho, espero a que ambos se duerman antes de escabullirme por la puerta con una sonrisa.

EPÍLOGO 2

MALACHI

DOCE AÑOS MÁS TARDE

La mano de Olivia agarra la mía con fuerza mientras nos conducen por la mansión llena de invitados a la fiesta. Se trata de un evento formal: una gala benéfica en la que hemos donado doscientos mil dólares para investigar enfermedades genéticas raras.

En Escocia hace un frío de la hostia. No sé por qué accedimos a esto. Yo quería irme de vacaciones, pero Sebastian Prince nos invitó aquí, y como he mantenido el contacto con Barry, el que le quitó el rastreador del brazo a Olivia, no sentí que pudiera negarme a venir.

A ella le ha quedado una pequeña cicatriz, aunque no es nada en comparación con mis iniciales en su cuerpo o las cicatrices que tengo en el costado y en el pecho, las cuales le encantan. Las besa siempre que puede cuando desciende por mi cuerpo para hacerme una mamada.

—¿Por qué parecéis tan enfadados? Los dos.

Frunzo más el ceño y miro a Isaac, que parece más que cabreado por estar aquí.

Lleva el mismo peinado que yo, para disgusto de Olivia. También lleva un traje entallado, igual que yo, y lo odio. No me gusta llevar esta mierda, y parece que mi hijo quiere pegarse un tiro cada vez que tiene que ajustarse los puños.

Tiene catorce años, pero la terrible pubertad le llegó hace años, así que ya estamos acostumbrados a su actitud y a sus cambios de humor, aunque yo diría que, comparado con los demás, nuestro hijo es el más tranquilo de todos. Isaac prefiere jugar en el ordenador

con sus amigos antes que salir por ahí, y aunque lo haga, enseguida nos llama a mí o a su madre para que vayamos a por él porque no aguanta mucho tiempo fuera de casa.

Es como yo en algunos aspectos, pero en otros no. La agresividad que arrastro debido a los traumas de mi pasado no se le ha pegado; yo tenía demasiadas heridas sin cerrar, y no ayudó que odiara al mundo y a mí mismo hasta que conocí a Olivia.

Incluso le gustan las putas arañas, ¿podría tener más suerte?

No tuvimos más hijos. Isaac es suficiente para nosotros, y eso significa que podemos dedicarle toda nuestra atención cuando no la tenemos puesta en alguno de nosotros dos. No creo que pudiera arriesgarme a tener una niña y que saliera como Molly con sus malditos berrinches. Ella es básicamente como una hija para nosotros de todos modos.

Me pregunto qué dirían todos si supieran que nuestra madre está enterrada en un lugar profundo y perdido en medio de la nada.

Nada más entrar en la fiesta, reconozco al grupo que está apartado en una esquina.

Tobias me saluda con la cabeza mientras guía a la que supongo que es su mujer, por el anillo de boda que lleva en el dedo, hacia Base y sus amigos.

Hay niños por todas partes. Adoro al mío, pero los demás me inquietan y, técnicamente, sigo odiándolos. Hacen ruido sin motivo y me dan dolor de cabeza.

Base tiene a un niño en brazos mientras habla con uno de sus amigos: Kade Mitchell. Nunca lo he visto en persona, pero he oído hablar de él en las noticias y a través de los constantes mensajes de texto de Base.

Es el tipo alto con el pelo negro. Salió de la cárcel el mismo año que nació Isaac, después de enfrentarse a un policía corrupto que lo arrastró al mundo delictivo. Luchó por salir y consiguió tener a la chica de sus sueños y, a juzgar por los niños que tiene a su lado, una familia.

Sus ojos se posan brevemente en mí mientras se acerca a la mujer que está junto a su padre. Le besa la mejilla y, al leerle los labios, me entero de que es su madre.

Joder, hasta Tobias consiguió a la chica, aunque ha tardado treinta años.

El marido que ella tuvo antes falleció. Este evento es por él y para financiar más pruebas para la enfermedad que le quitó la vida de forma tan repentina. Creo que se llamaba Ewan.

—¡Abbi! —la llama Olivia, y yo pongo los ojos en blanco al ver a la chica de pelo morado del brazo de uno de los hermanos Reznikov. Mi mujer se dirige a su amiga.

Isaac resopla a mi lado y, en ese momento, sus ojos se posan en alguien junto a la mesa del ponche.

—¿Quién es?

Me encojo de hombros.

—¿Puedo hablar con ella?

Levanto una ceja al ver cómo se sonroja y le hago un gesto para que vaya.

«Buena suerte».

«No necesito suerte. Soy un Vize», me responde.

Me meto las manos en los bolsillos, riéndome en silencio, y lo veo acercarse a una chica de su misma edad. Tiene el pelo oscuro y, dado que es idéntica a su madre, sé con quién está intentando ligar.

Siento que alguien se acerca a mi lado, con una cerveza en la mano.

—Mantén a tu hijo alejado de mi hija —me advierte Kade.

Sonrío.

Porque los dos sabemos que eso no va a ocurrir.

FIN